

BIBLIOTECA
Aguiles Nazoa

Sencillamente Aquiles



BIBLIOTECA AQUILES NAZOA

SENCILLAMENTE AQUILES

AQUILES NAZOA

SENCILLAMENTE AQUILES

HUMOR • PROSA • LÍRICOS
• TEATRO Y DIÁLOGO • ANIMALES



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1920 - 2020

Aquiles Nazoa

100 AÑOS DE HUMOR Y AMOR

NICOLÁS MADURO MOROS

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

DELCY RODRÍGUEZ GÓMEZ

Vicepresidenta Ejecutiva

JORGE RODRÍGUEZ GÓMEZ

Vicepresidente de Comunicación, Turismo y Cultura

ERNESTO VILLEGAS POLJAK

Ministro del Poder Popular para la Cultura

1.ª edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2010

2.ª edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2020

Sencillamente Aquiles

© Aquiles Nazoa

© Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A., 2006

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Tel. 58 212 4828989

Hecho el depósito de Ley

Depósito Legal DC2020000357

ISBN 978-980-01-2110-8

PRÓLOGO

La vida nos enfrenta a infinidad de conflictos familiares, económicos, sociales, filosóficos y emocionales. Hay quienes se escabullen y hay quienes se sumergen en ellos, pero si queremos que nuestras vidas tengan sentido trascendental tenemos todos que impregnarnos de amor, vivir el arte, escudriñar nuestro espíritu. Esta búsqueda espiritual es más bella y duradera cuando está aderezada por el humor.

Los venezolanos vivimos naturalmente con el chiste en la boca y quizás escondemos con este humor sencillo nuestros problemas cotidianos. Pero hay un humor que no solo nos hace reír sino que nos hace viajar por el mundo imaginario de las cosas más sublimes y *las cosas más sencillas*, donde los objetos y animalitos más insignificantes cobran sentido y el comportamiento humano se desenmascara mostrando su belleza o puerilidad.

En este arte surge un venezolano sin par: Aquiles Nazoa. Nadie como él ha logrado interpretar nuestra naturaleza, conflictos e ideales. Sin haberlo conocido personalmente, a través de sus escritos y programas fue dejando una huella maravillosa en mi intelecto que a menudo me hace sonreír o meditar y sobre todo me ayuda a poner la vida en perspectiva.

Cuando nací no sabía que existía un caballo que comía jardines. Un buen día, Aquiles me tomó de la mano y me llevó a un pueblito con calles cubiertas de flores que el caballo echaba por el culito. Vi a un muchacho ponerse

una en el pecho porque servía para oír cosas. Yo también me puse una y oí cuando un general le decía al caballo que lo llevara a la guerra mundial que había ahí, para defender los principios y tal, y las instituciones y tal, y el legado de no sé quién.

Otro día me llevó a conversar con un cochino que me enseñó muchas cosas y al despedirse me dio un besito y se fue a esperar que le dieran su palo cochinerero. Cuando regresábamos se nos cruzó un perro callejero que iba a «atacar» a una perrita que estaba del otro lado de la calzada. Cruzó sin miedo a los carros, en el convencimiento del que a todo perder no pierde nada.

Siempre recuerdo cuando me presentó a un chino lavandero rodeado de lirios de algodón, a un borracho que habían botado de un velorio por burlarse de que el muerto «quedó igualito». ¡Ah!, ¿y las niñas?, no olvidaré cuando escuché a una tocando piano y envidié a los sordos, o la que fue a hacer un mandado con cara de que le habían hecho odioso todo lo que en la vida podía ser hermoso.

Creo en la amistad como el invento más bello del hombre; creo en los poderes creadores del pueblo, creo en la poesía y, en fin, creo en mí mismo, puesto que sé que hay alguien que me ama.

Era muy divertido salir con él porque conocía y amaba a Caracas como nadie: los helados de La Francia, el tranvía, la retreta, los dulcitos, en fin, todas esas cosas que en conjunto dan vida a lo inerte para que a uno le den ganas de pasear por ahí.

Él tampoco se olvida de mí. Recientemente me mandó un libro, que él había escrito y yo no tenía, con una

dedicatoria: «Para Rafael que se lo mando con mi hijo Claudio porque yo no puedo ir, 20 de marzo de 1999».

Hace poco, mientras Claudio cocinaba unos succulentos cangrejos, me contaba cómo era ese maravilloso personaje en la vida privada. Entre muchas otras cosas, Claudio nos contó sobre su manía de andar en patines por toda la casa y surgió de esa conversación la idea de hacer un libro para las nuevas generaciones donde desnudáramos a este increíble personaje, incluyéramos mucho material inédito, transcripciones de su programa de televisión «Las cosas más sencillas», así como una recopilación de su obra mas bella y vigente.

Por supuesto, la portada del nuevo libro sería una foto que existe de Aquiles patinando.

Una amiga, Norma Stevenson, al conocer a Claudio ese mismo día le dijo: «¡Hola, tú! No lo sabes, pero somos hermanos de espíritu». Esa expresión es común, porque millones de venezolanos sienten a Aquiles como parte de sí mismos.

Realmente me hubiese encantado conocerlo.

RAFAEL RODRÍGUEZ GUERRERO

GUARATARO CON CHAMPAÑA

Otra vez me veo obligado a escribir sobre mi padre, Aquiles Nazoa, y es que si no lo hacía, los periodistas del Papel Literario de *El Nacional**, secuestraban a mi mamá o me mataban si no les entregaba estas líneas.

Trato en lo posible de que sean otros los que escriban o hablen de Aquiles Nazoa, porque siendo yo su hijo es muy fácil caer en la subjetividad, o inclusive en la cursilería, que suelen tener los hijos a la hora de referirse a su padre. Pero ya montado sobre el burro, voy a tratar de contarles algunas anécdotas de este personaje caraqueño, amante de la vida, militante fanático de la estética y guerrillero de la ética.

Muchas personas dicen que Aquiles Nazoa fue un poeta que comprendía al pueblo que no lo olvida. No es que lo comprendía, lo que pasa es que Aquiles Nazoa era también eso que ahora en Venezuela no estamos seguros de lo que es y que los políticos oportunistas llaman «el pueblo».

Nació un 17 de mayo de 1920 en el caraqueño barrio de El Guarataro, hijo de Rafael Nazoa y Micaela González. En una autodescripción de su infancia, dijo: «Mi infancia fue pobre pero nunca fue triste». Creo que eso de alguna forma nos dice que tuvo unos padres que no tenían dinero, pero sí mucho amor y creatividad para regalarle

* El texto que aquí reproducimos fue escrito originalmente para dicha publicación (N. del E.).

a su hijo. Pasa su infancia en la parroquia San Juan, en una Caracas todavía de techos rojos. Hacía muchas excursiones al Ávila con su padre y también paseaba con él en bicicleta, hasta un pueblo cercano a la ciudad llamado El Hatillo. Quizás estos paseos llenos de alegría y sin dinero marcaron su forma romántica y optimista de vacilarse la vida, no importando que la mayoría de las veces tuviera los bolsillos vacíos y viviera en un país sometido por un dictador que le decía lo que tenía que hacer.

Vivió, sufrió y sobrevivió a dictadores y a demócratas. De alguna forma supo tener la fuerza suficiente para no dejarse doblegar por la brutalidad ni por la estupidez de los gobernantes de turno, aunque muchas veces tuvo que pagar con cárcel su determinación. Fue uno de los presos de menor edad que tuvo el gobierno del general Gómez: resulta que cuando vino Lindbergh a Caracas, Aquiles, de seis años, salió junto a otros niños a buscar el mejor sitio para ver el primer avión que surcaría el cielo caraqueño y no se le ocurrió mejor idea que montarse en la cerca que rodea el Palacio de Miraflores, por lo que un guardia se lo llevó preso. Es que los gobernantes de esa época eran muy miedosos y creían que hasta un niño podía matarlos.

A los dieciséis años, tras la muerte de su padre, asume la responsabilidad familiar y valiéndose de haber aprendido a hablar inglés desde muy niño con una dulcera trinitaria, consigue empleo en el Ministerio de Fomento como guía de turistas, convirtiéndose en el primer guía de turistas que tuvo Venezuela.

Por motivo de trabajo, junto a su madre y sus cuatro hermanos se traslada a Puerto Cabello. Allí viven en la famosa calle Lanceros, de donde adopta su pseudónimo «Lancero» para hacer sus primeros escritos en la prensa.

Justamente en Puerto Cabello, luego de una denuncia que hiciera en un periódico local contra un concejal, lo detienen y traen a Caracas, teniendo el extraño «honor» de inaugurar la Cárcel Modelo en Catia, donde pasó varios meses preso. Era una época difícil en Venezuela, donde un periodista, por denunciar a un funcionario público que lo estaba haciendo mal, podía ser enviado a la cárcel.

Aquiles Nazoa fue un autodidacta que estudió más que un didáctico normal. Era un hombre de múltiples conocimientos, ya que cualquier curiosidad la llevaba al extremo y la investigaba con la rigurosidad con que lo haría un hombre de ciencias. Muchas personas creen que él solo era un poeta humorístico, cosa ya de por sí bastante compleja, pero desconocen al curioso por la ciencia. Escribió un libro llamado *Los cien usos de la electricidad*, donde con detalles sorprendentes nos cuenta la historia de los artefactos eléctricos más comunes.

Fue también un apasionado por la historia universal y por Caracas, su ciudad.

También escribió poesía lírica, siendo la más emblemática «La balada de Hans y Jenny».

Hizo del conocimiento cultural algo divertido y al alcance de todo el mundo.

Muchas personas de la década de los setenta aún hoy recuerdan el famosísimo programa «Las cosas más sencillas», que se transmitía por el canal 5 del Estado. En esa época, aunque alguien fuera de izquierda y criticara al Gobierno, tenía derecho de trabajar en los medios de comunicación del Estado.

«Las cosas más sencillas» fue un programa de televisión en blanco y negro que se hacía la mayor parte del tiempo en vivo. Cuando llegó el *video tape*, a principios de los años

setenta, se utilizaba una sola cinta que no se guardaba y se volvía a grabar sobre ella; por eso, lamentablemente, no quedaron programas de «Las cosas más sencillas».

Él decía que en las cosas más sencillas era donde se encontraban las cosas más difíciles e interesantes de explicar y comprender.

Para explicarle a un lector que no tuvo la oportunidad de ver aquel programa, él decía algo como esto: «Hoy vamos a hablar sobre la vela». A continuación encendía una vela y pasaba una hora explicando todo lo que se puede saber sobre una vela encendida o sobre una silla, o sobre un avión. No había tema del que no hablara en ese programa.

Difícil explicar a este hombre en tan poquito espacio, así que pido disculpas a los lectores por lo quizás desordenada de esta historia, en la que quiero contarles muchas cosas.

Mi padre fue un millonario, lo único que no tenía era dinero. Siempre le gustó lo mejor de las cosas de la vida. Era delicado y profundamente estético. No le gustaba la gente desarreglada y vulgar. Le tenía tirria a todo lo que llevara uniforme y le oliera a autoritarismo.

Creo que él era un revolucionario, pero con el sentido profundo de lo que significa el ser humano. Odiaba las injusticias, sufría al ver a la gente pasando trabajo, sobre todo a los niños.

Era un hombre de carácter cambiante, a veces de muy mal humor. Le molestaba que lo confundieran con un echador de broma. No le agradaba que algunas personas estuvieran todo el tiempo esperando que él dijera algo gracioso.

Casi podría decir que Aquiles Nazoa fue un anarquista al que no le gustaba que le dictaran líneas, ni políticas ni artísticas.

Fue un mecenas pobre: Jacobo Borges, Pedro León Zapata, Carlos Cruz Diez, Alirio Palacios, Régulo Pérez, Luis Lucsick y Abilio Padrón, entre otros grandes artistas, fueron protegidos por mi padre cuando nadie creía en ellos. Él tenía un instinto especial para saber el valor artístico de las personas.

Era un hombre a veces extraño para la visión de un ciudadano común. Pasaba el santo día escribiendo y patinando con sus patines de ruedas de goma. Con esto había un problema: se ponía bravísimo si alguien le preguntaba que por qué patinaba dentro de la casa.

No le gustaba que los periodistas grabaran las entrevistas y cuando veía el grabador preguntaba:

—Disculpe. ¿Cuando usted va al cine lleva el grabador?

Los periodistas, tímidamente, respondían que no, a lo que él les replicaba:

—Y usted se acuerda de la película, ¿verdad? Bueno, entonces vamos a hacerlo así.

En el año 1956 Pérez Jiménez lo saca esposado del país como a un delincuente, y es que en esa época el dictador había inventado unas leyes que prohibían a los periodistas escribir con libertad. Recuerdo que apenas tuvimos tiempo de despedirlo en el antiguo aeropuerto de Maiquetía. Nadie sabía a dónde iba. Ni él ni nosotros. Lo llevaron al avión donde el capitán de Pan American le pidió disculpas en inglés a los pasajeros por compartir el avión con un peligroso delincuente. Le quitaron las esposas y allí le dijeron que podía quedarse en Panamá o en Bolivia. Se fue a Bolivia, en donde conoció a un ángel boliviano llamado Pepe Ballón, quien no solo lo acogió a él sino a toda mi familia, que meses después fue a vivir allá durante tres difíciles años.

Allá, junto a Pepe, quien entre otras cosas era librero, mi padre fundó una editorial y publicó varios libros.

Aquiles, el hombre que nació en El Guarataro, a quien le gustaba vestirse de smoking, jugar críquet y tomar champaña. Aquiles, el que se ponía su sombrero, su camisa tropical, su pantalón blanco y sus zapatos de goma para irse en su Volkswagen azul a Villa de Cura, a visitar a su amigo Vinicio Jaén para comerse unas cachapas con queso y chicharrón. Aquiles, al que le gustaba regalarle joyas a mi madre, quien le reprochaba:

—Aquiles, no gastes el dinero en esto. Vamos a comprarnos un apartamento.

A lo que él decía:

—Y... ¿si me muero mañana y no tengo el gusto de regalártelo?

Aquiles, el que leía varios libros a la vez. El que aprendió a hablar en quechua con los indios bolivianos. El que hablaba y leía francés. El que creía en sí mismo porque, como él decía, «...Creo en mí mismo porque sé que hay alguien que me ama».

Aquiles, el ateo amigo de Dios y estudioso como nadie de la vida de Cristo.

En fin, Aquiles Nazoa, un hombre sencillo, de vida muy emocionante, tratando de comprender este complicado mundo, donde quería pasar como «el poeta que le cantó a los cochinos», su animal preferido.

Aquiles, un revolucionario que estaría ahora luchando contra el autoritarismo, la injusticia y la vulgaridad. Aquiles, el que debe estar con Dios convenciéndolo de que el diablo es un tipo de pinga.

MI AQUILES

Yo tengo dos años y él mide aproximadamente tres metros. Sentada sobre sus hombros, abrazada a su cuello, envuelta en el efluvio delicioso de la brillantina inglesa con la que domina su pelo rizado, que de tan negro es casi azul, contemplo con fascinación y miedo la enorme columnata circular brillando alba al sol de un día que ya aprendí se llama el domingo. Todavía no sé que estoy en el Museo de Bellas Artes, pero sé muy bien que él se llama MI TÍO AQUILES. Así, con mayúscula.

La mujer que camina a nuestro lado tiene un nombre tan grande y bonito como ella y los ojos dorados. Estrella Alicia Cristina Viña Martí toca el piano, me cose vestidos idénticos a los de unas niñas rubias que viven en los cuadros de nuestra sala, rodeadas de margaritas y con una regadera de jardín en la mano, y habla distinto a toda la familia, denso y cantado, requebrado y musical. Y aún ignoro que eso es acento cubano y ella la sobrina-nieta del poeta que liberó a su isla porque a mi edad eso no interesa. Solo sé que el hombre moreno y fino que me muestra el mundo desde sus hombros y yo la amamos totalmente, con sus piernas infinitas, su cabello castaño enrulado a la moda de los cuarenta, su carácter de general en jefe, su inteligencia feroz y su hermosura de estatua. Además, ese nombre tan largo y elegante está guardado en algún compartimiento del costurero de paja italiana de donde salen

mis vestidos de paseo, porque para todos los días ella se llama simplemente Nena.

Nena, chocolatín para la niña buena. Nena, mi amor, un guante azul para la flor. ¡Qué bien se siente mi tristeza entre las liebres del Señor...! Yo tengo cuatro y él ya no es tan grande. Tal vez porque todo el peso del mundo le cayó sobre los hombros. El comedor de la casa de La Pastora en penumbras sí es enorme y la tristeza de mi tío lo llena totalmente. Primera lección, esto se llama dolor aunque nadie me lo diga todavía. Esto se llama pérdida. Mira y huele, muchachita, lo que mucho más tarde, con el sagrado derecho de ser cursis, llamaremos corazón destrozado. Nena se ha muerto y tú llegas de la escuela con una flor en la mano que cortaste para ella. Tío come en silencio, con ese gesto humilde de llevar la cuchara a la boca que tienen todos en la primera generación de tu familia. Se la muestras y dulce tío, tío que te acaricia y te alza se transforma, lanza el plato contra el techo con un alarido y sale derribando las sillas. Quedas llorando hasta que Abuela te toma de la mano y trata de calmar tu susto, tu no entender. Aprende, muchachita. Esto se llama pérdida, pero también se llama el verbo amar. Todavía y para siempre mantendrás contigo la voz de abuela Micaela: «el amor es lo único más fuerte que la muerte».

Tengo cinco y la muchacha aparece en la puerta del brazo de tío. Se bajó de la pantalla donde viven las películas mexicanas que ven Aída y Haydée, mi alta y flaca y bonita tía de zapatillas toreras y faldas amplias que revuelve el aire de la casa con sus risas porque, para colmo, nació repetida. Salida directamente de las revistas que las morochas dejan regadas por donde quiera y que llenan la casa de mujeres de pelo rizado, ojos negros enormes y belleza inverosímil, posando junto a caballeros de bigotito

que a ellas les parecen guapísimos y a mamá y a mi abuela cursilísimos, la recién llegada se llama María.

Con sus cinco letras y su voz ronquita ella trae el orden al mundo y a mi primo Raúl, a los Nazoa. Él me estudia desde los entretelones de su falda, con sus orejas de Dumbo y sus ojos inteligentes y tristes, que mucho más tarde escrutarán los misteriosos bailes del átomo y los revoltijones de tripas del magma, pero que ahora solo intentan entender qué hace en este patio, con esta gente extraña y quién es la gordita de trenzas hasta las rodillas que lo invita a jugar mientras los susurros familiares desgranaban la historia a nuestras espaldas... El recién viudo y la recién viuda se conocen en un sitio lejano y caliente, y otra vez polvoriento y caliente de los llanos, donde el poeta fue a visitar a su novia y la novia le pide que acompañe de vuelta hasta la capital a su muy hermosa y triste prima en duelo. Y el camino es tan largo que a la mitad se enamoran y al llegar se casan.

Cuando yo digo el nombre de María, que es para mí la voz del agua clara, es como si a los campos me asomara con la mano de un niño entre la mía... María, Mariíta lavó y almidonó a Tío con todo y traje de dril blanco, le enderezó la espalda y espantó el susto de los techos del comedor. Abuela la amó rápidamente, por necesidad y por merecimiento, aunque Nena y su piano de marfil siguieron para siempre viviendo en el bolsillo secreto que compartimos con Aquiles unos pocos del clan familiar.

Con Mariíta, vía sus operáticos apellidos Laprea Sifontes, llegaron los espaguetis deliciosos, sustituyendo para bien de todos el consabido mazacote que abuela Micaela llamaba simplemente «pasta aliñada». También, algo más tarde y en el mismo orden, mis hermanos-primos Claudio, Mario y Sergio.

Mirando al mundo desde unos ojos enormes de ranita triste, Claudio no solo me robó el nombre al nacer. Vino predestinado a ser un *gourmet*, un glotón esclavizado por dietas de monje medieval, pues nació sin estómago. Se lo fabricaron mientras los grandes susurraban en la cocina de La Pastora los secretos que temprano aprendí a identificar con las desgracias. Cuando lo trajeron a casa no solo estaba listo para comer, sino libre de los demonios gracias a las monjitas metiches que lo bautizaron *in artículo mortis* a escondidas del comunismo familiar. Solo Aquiles y yo intuimos, cada uno a su manera, que el sobrenombre secreto que le adjudicamos solo respondía a sus evidentes poderes mágicos. Él destruyó mis juguetes de niña rica, regalo del tío Aníbal, usando mi piano de cuatro octavas como ring de boxeo, la oreja izquierda de mi oso alemán gigante como barba de enanito y mis muñecas para prácticas oscuras que aún no logro dilucidar.

Aquiles aplastó nuestra autoestima burlándose de nuestras ideas políticas, cuando tuvimos la edad y la desgracia de tenerlas, e informándonos, desde su sabiduría insultante, que nuestro elegantísimo nombre romano significaba, simplemente, «cojo». También nos llevó a patinar por la Vía Láctea, a conversar a gritos con un alemán sordo que llenaba de batallas y otros gloriosos sonidos los discos de pasta que atesoraba en su estudio; y compartió con nosotros tantos y tantos secretos que aun Mario, mi hermano-primo el Vampi (llamado así por el misterio permanente que rodea sus actos y por su voz de trueno) y El Chobi, alias Sergio, hermano menor y némesis personal de toda la familia, están esperando que los invitemos al bosque secreto.

Aquiles trajo a mi vida el cine, representado por los estudios de Bolívar Films, donde más que moverse flotaban

unas argentinas rubias y hermosísimas que enterraban a sus perros bajo los árboles del jardín, en medio de los sollozos del equipo de filmación, y cubiertos por lápidas de mármol con palabras de amor.

Aquiles era tan intolerante que podía quitarle el habla al mecenas que deseaba financiarle un libro por llevar una espantosa corbata de pepitas o un cerebro mal amoblado. Aquiles iba preso por exigirle aullando a los taxistas que lo liberaran para siempre del porro colombiano que lo torturaba desde la radio. Aquiles era el único verdadero comunista que conocí alguna vez y, por ello, fue expulsado del Partido Comunista.

Aquiles aplastó mis ideas a gritos y me compensó con regalos suntuosos e inesperados, como el afiche gigante que cubría todas las paredes de mi cuarto y desde el que me miraban los ojos cuervos de Emiliano Zapata y de todo su ejército.

Aquiles nos enseñó que el sentido del ridículo era mucho más estético, y por lo tanto más importante que el sentido del honor, y las charreteras y las gorras militares una encarnación grotesca y mortífera del mal.

Aquiles estaba en cada uno de los miles de claveles que los liceístas apretaban el día de su entierro, en el símbolo de oro que el amor de mi vida se quitó del cuello y dejó caer sobre su féretro, en las lágrimas del cartero que vio nuestro apellido en el sobre que me entregaba, muchos años después.

Por eso, Claudio, no pude hablarte de Aquiles en familia, tal como me lo pediste para este libro. ¿No ves que eso es mucha gente? Hay tantos Aquiles como afortunados que fuimos, o los que serán de aquí en adelante, tocados por su gracia. Siempre habrá un nuevo miembro del clan

familiar, y nunca lo conoceremos, cuando al compás de la *Pavana* de Fauré, leyendo el Credo, vea salir a la dulce Eurídice, radiante y liberada, del infierno de su alma.

CLAUDIA DACHA NAZOA

SENCILLAMENTE AQUILES

CREDO

Creo en Pablo Picasso, todopoderoso, creador del cielo de la tierra.

Creo en Charlie Chaplin, hijo de las violetas y de los ratones, que fue crucificado, muerto y sepultado por el tiempo, pero que cada día resucita en el corazón de los hombres.

Creo en el amor y en el arte como vías hacia el disfrute de la vida perdurable.

Creo en los grillos que pueblan la noche de mágicos cristales.

Creo en el amolador que vive de fabricar estrellas de oro con su rueda maravillosa.

Creo en la cualidad aérea del ser humano, configurada en el recuerdo de Isadora Duncan, abatiéndose como una purísima paloma herida bajo el cielo del Mediterráneo.

Creo en las monedas de chocolate que atesoran secretamente debajo de la almohada de mi niñez.

Creo en la fábula de Orfeo.

Creo en el sortilegio de la música, yo que en las horas de mi angustia vi, al conjuro de la *Pavana* de Fauré, salir liberada y radiante a la dulce Eurídice del infierno de mi alma.

Creo en Rainer María Rilke, héroe de la lucha del hombre por la belleza, que sacrificó su vida al acto de cortar una rosa para una mujer.

Creo en las flores que brotaron del cadáver adolescente de Ofelia.

Creo en el llanto silencioso de Aquiles frente al mar.

Creo en un barco esbelto y distantísimo que salió hace un siglo al encuentro de la aurora; su capitán Lord Byron, al cinto la espada de los arcángeles, y junto a sus sienes un resplandor de estrellas.

Creo en el perro de Ulises, en el gato risueño de *Alicia en el País de las Maravillas*, en el loro de Robinson Crusoe, en los ratoncitos que tiraron del coche de la Cenicienta, en Beral-firo el caballo de Rolando, y en las abejas que labraron su colmena dentro del corazón de Martín Tinajero.

Creo en la amistad como el invento más bello del hombre.
Creo en los poderes creadores del pueblo.

Creo en la poesía y, en fin, creo en mí mismo, puesto que sé que hay alguien que me ama.

SENCILLAMENTE HUMOR

AQUILES AUTOBIOGRÁFICO

Nací en la barriada El Guarataro, de Caracas, el 17 de mayo de 1920.

He estudiado muchas cosas, entre ellas un atropellado bachillerato, sin llegar a graduarme en ninguna.

He ejercido diversos oficios, algunos muy desagradables, otros muy pintorescos y curiosos, pero ninguno muy productivo, para ganarme la vida. A los doce años fui aprendiz en una carpintería; a los trece, telefonista y botones del Hotel Majestic; y luego domiciliario en una bodega de la esquina de San Juan, cuando esta esquina, que ya no existe, era el más importante foco de prostitución de la ciudad.

Más tarde fui mandadero y barrendero del diario *El Universal*, cicerone de turistas, profesor de inglés, oficial en una pequeña repostería, y director de *El Verbo Democrático*, diario de Puerto Cabello. Durante los últimos diez años me he compartido entre las redacciones de *Últimas Noticias*, *El Morrocoy Azul*, *El Nacional*, *Élite* y *Fantoches*, del que fui director.

Alguna vez fui encarcelado por escribir cosas inconvenientes, pero esto no tiene ninguna importancia. A cambio de ese pequeño disgusto, el oficio me ha deparado grandes satisfacciones materiales y espirituales.

Mi mujer y yo somos los dueños del único tándem o bicicleta de dos pasajeros que existe en Caracas. Muchos

de los comentarios que este extraño vehículo suscita al pasar junto a los grupos de echadores, me sirven a las mil maravillas para sazonar lo que escribo.

RETRATO 1940*

Esta figura mía
de tan flaca da ganas de reír:
parece una lección de anatomía
con flux de casimir.

Esta figura mía,
toda costillas, sombra y discusiones
parece una infeliz radiografía
con pantalones.

Un incipiente lomo
dobla un poco mi espalda envejecida.
(Yo parezco la sombra de un suicida
y sueño en relación con lo que como.)

De buscar la tal «Luz para el camino»,
a los veinte años tengo ya entrecejo.
Yo parezco la sombra de un suicida
cuantos más años pasan, soy más viejo...

* Publicado en *Ultimas Noticias*, en 1942, con el título «Notas para un autorretrato».

Mis manos son dos ramas desprendidas
de un añoso ciprés;
son tan flacas, nudosas, desteñidas
que parecen dos guantes al revés.

Oh, mis manos, raíces carcomidas,
tan largas que me llegan a los pies.
¡Esta figura mía
llena de versos, huesos, amargura,
es una complicada antología
de hambre, bilis, amor, literatura
y odio a la barbería!

BALADA PESIMISTA

Alguna vez caeré enfermo
con un dolor intercostal
y cotidiana fiebre termo-
humorístico-sentimental.

Y mi familia diligente,
si es que no habré «panqueado» ya,
la terapéutica inocente
del borrajón me aplicará.

Mas seguirá mi fiebrequita
y seguirá el mismo dolor
y tendré entonces la visita
de un hipocrático doctor,

que extenderá un par de recetas
—reposo y alimentación—
y pedirá sus diez pesetas
y después el agua y el jabón.

Yo seguiré muy mal, empero,
con un ronquido en el pulmón
(la voz quizás de un agujero
que me hará el hambre sin formón),

hasta que cierta noche... Buena
por fin daré el salto mortal
oyendo voces de novena
y llorantina general.

Alguna vieja rezandera
que tendrá aspecto de fakir
encenderá un cirio de cera
para ayudarme a bien morir,

y caerán gotas, por cierto,
de ardiente cera en mi nariz
lo que me hará pensar que muerto
manque lo ajumen es feliz.

Un gran pañuelo de liencillo
me amarrarán por el mentón,
y me pondrán mi calzoncillo,
mis medias blancas... y al cajón.

Redactarán rápidamente
la invitación al funeral
para que salga al día siguiente
en un periódico local.

Que fallecí cristianamente
dirá la invitación,
después, los nombres de mi gente,
hora del acto y dirección.

Y gastarán real como arena
en cigarrillos, ron Granate

y paqueticos de maicena
para rendir el chocolate,

pues al saber lo del mortuorio
irá un gentío del lugar,
porque sucede que en velorio
nada se paga por entrar.

Darán el pésame contritos,
serios y duros como piedras...
¡Después contando cuentecitos
se volverán unos Saavedras!

A mi mujer de rato
en rato le dará ataque al corazón,
y le darán valerianato
o le dirán «Resignación...».

Y entre los fuegos nada amenos
de mis seis velas amarillas
me irán dejando todos, menos
los que se duerman en las sillas.

Por fin, un cura con salterio
me «saltará» alguna oración
y daré el viaje al cementerio,
como un pescado en mi cajón.

Mas no lloréis la muerte mía
porque, ¡quién quita!, a lo mejor
yo resucito al tercer día
sin ser ningún Nuestro Señor.

MI MADRE EN UN PUEBLITO DE RECUERDOS

Mi madre vive en un pueblito de recuerdos; yo algunos domingos me subo en el elefante del libro *Mantilla* para ir a visitarla.

Allí vive mi madre entre las cuentas de colores que con los años se le han ido cayendo como hermosas gotas de sangre de su corazón.

Allí está ella pensativa, allí está ella muy joven y elegantemente triste, a tono su tristeza con la melancolía de la hora en que atardece en su pueblito de recuerdos.

Yo que amé siempre la tarde, pienso que a la envejecida luz de esa hora mi madre es el alma misma de la tarde; y cuando en esa actitud la he encontrado, me vuelvo de puntillas y llego a casa contando que en el pueblito de recuerdos donde vive mi madre, la tarde permaneció hoy largo rato con la mano en la mejilla.

Allí, como entre vestigios de jardín, vive mi madre entre sus últimos ovillos de sedalina, entre los irisados témpanos de cristal de la lámpara que nunca se compuso, junto a la cruz de palma bendita, que en otros años poníamos en el patio dentro de un plato de agua cuando había tormenta.

Hay algo allí de primavera archivada, serán las flores secas que también hay, o bien aquella mota que aunque ya sin polvera conserva su ampulosidad de bailarina que ha

engordado; en todo caso será de tanto vivir entre esas cosas por lo que la mirada de mi madre es lejanamente dulce y vagamente apagada, como sería si uno pudiera verlo, el nostálgico aroma de las galleticas Palmer's.

A veces mi madre y yo nos vamos pueblo adentro, oyendo bajo nuestras pisadas el crujir de oro de las hojas secas, nos vamos a lo largo de ese territorio de oro, a veces ella y yo nos vamos, mirando yo caer las hojas secas que a lo largo de años y años de vivir en su pueblito de recuerdos se le han ido desprendiendo de su anticuado vestido de flores a mi madre.

Vamos en un tranvía bajo la lluvia, pasajeros los dos de un puente que ella le dijo a papá que parecía un barco, mi madre quiere que nos detengamos donde está el vendedor de granizado para que yo me coma las estrellas. Ahora me sube a su hombro para que yo contemple por la primera vez un río. Pero el fulgor de sus cabellos me resultó más fascinante, pues como era ya la noche y era marzo, y apareció la luna bajísima e inmensa, yo por la primera vez vi el mar, ¡lo vi dormido de mi madre en los líquidos cabellos!

Ahora llegamos al momento en que yo no he nacido. Ahora mi madre está tendida sobre el mundo, y el amor la agasaja de perfumes como a la tierra un río de duraznos; dócil, pluvial, arbórea, taza de leche enamorada, está ahora tendida allí mi madre, cuna de flores el dulce cuenco de su vientre, para tornear —suavísima alfarera— la sustancia de siglos que cantando la nombra en la palabra de mi padre.

Madre, pequeña fábrica de amor, mansa esposa del Tiempo, milagro de tu carne fue darle forma humana a las tinieblas y recoger la noche en tus entrañas para levantarla como una espiga hacia la aurora. Yo lo sé, yo lo sé,

porque mis ojos, yo lo sé, no han conocido estrellas más
suntuosas, ni mañanas más claras, ni flores más augustas,
ni en fin nubes, como las que aprendí desde tu cuerpo
a mirar a través de tu mirada.

PASA MI PADRE

Ahí va mi padre pedaleando su bicicleta de jardinero.
Él lleva sin saberlo, la poesía como una violeta en el
[sombrero.
Y a mi niñez le gustan entusiasmadamente sus zapatos
que son como unos caballos viejos y cariñosos.

En aquellos tiempos estaban muy baratas las cosas.
Teníamos una casa de flores que solo nos había costado
a razón de un sufrimiento insignificante el metro cuadrado.

Figúrense cómo estarían las cosas de tan baratísimas
entonces, que yo tenía una hermana llamada Lilia
a la que no llegué a conocer porque se murió aprovechando
lo barata que se había puesto la muerte por aquellos días.
Mi padre pagó en cómodas cuotas la muerte de aquella
niña: todos los días al llegar del trabajo, lloraba un poquito
sobre el hombro de mi madre.

Y en cosa de cinco meses estuvo saldada la deuda con la
muerte, cosa que no se puede hacer hoy día. ¡Todo está
ahora tan caro!
¡Con decir que las lágrimas están reguladas por el
departamento de control de precios!

Teniendo yo nueve años y él me imagino treinta, me pidió delicadamente esa mañana que me volviera de espaldas, mientras él se bañaba con sus inocentes calzoncillos, porque el mar le gustaba mucho y estaba amaneciendo. No sé cómo aquel hombre se las arreglaba para que yo y mi hermana Elba recorriéramos el mundo, pasajeros los tres en su bicicleta de flores; lo cierto es que el buen hombre tenía un exquisito olfato comercial, y los domingos nos llevaba (él puesto su bellissimo sombrero de violetas y sus conmovedores zapatos, y nosotros sus hijos la niñez como un vestido de estreno) a mágicos mercados donde los campos (con sus correspondientes ríos y colinas) se vendían a dos paisajes por centavo).

Y en aquellos lugares mi padre cumplía plenamente su vocación de ladrón irredento, pues regresábamos los tres a casa con un insólito botín de aromas y todos nos queríamos mucho por eso.

Una vez nos sorprendió un inmenso aguacero durante uno de aquellos paseos.

Como teníamos miedo Elba y yo, pues había muchos relámpagos y el río iba creciendo bastante, mi dulce padre nos acogió a su pecho, un hijo a cada lado, y estábamos como debajo de un pan, bien que me acuerdo.

Nos besaba con las violetas de su sombrero para consolarnos de nuestro miedo, y parece que lloraba también, no estoy seguro.

Y desde luego porque en esa ocasión y lugar oímos mi hermana y yo latir el corazón de nuestro padre Rafael Naoza bajo la tempestad, es por lo que, desde entonces, nos sentimos a ratos tan desdichados en esta vida.

Y sin embargo, si ahora mismo nos fuera dado elegir
entre aquella hora y el destino a que fuimos
implacablemente condenados, yo y Elba elegiríamos
el que nos señaló nuestro indefenso padre aquella tarde
que no olvidaremos, pasajeros los tres en su poética
bicicleta de jardinero.

ELEGÍA A AQUILES NAZOA*

Hoy es mi último día de colegio;
la escuela ha amanecido lloviznando;
la maestra me manda a cortar unas flores;
yo me pongo los guantes del jardín.

Para ir al entierro de mi niñez
vienen algunas hormigas llorando;
abro, para saber cómo se llama esta muchacha,
mi cuaderno de escritura inglesa;
las bonitas letras salen volando hacia las flores.

Entretanto, arrastrándose en el tiempo
se gastan los zapatos de las hojas,
y en la angélica espalda de la tarde
desvanecen su fábula las nubes.

Colores de mi niñez tan delicados.
Recuerdo que en el pecho una casita
me pinté con creyones aquella tarde:
tenía una ventana por la que algunas veces se asomaba mi
[madre
y una puerta por la que yo salía para irme a la escuela.
Lástima grande que se me haya borrado:
si la tuviera me metería a llorar dentro de ella.

* Originalmente titulado «Testamento de mi poesía».

CURIOSIDADES DEL FOLKLORE

a Miguel Acosta Saignes

Los que del folklore se ocupan
y «el alma criolla» interpretan,
de explicar se han olvidado
el porqué de esa tendencia
que priva en nuestros corrios
o mejor dicho, en sus letras,
a exhibir al que los canta,
por buen carácter que tenga,
como un tipo que no vive
sino buscando pelea.

»Por culpa de esa costumbre
tan propia de nuestra tierra,
no hay parranda campesina
que no acabe en sampablera.
Pues lo que el cantante canta
por solo «darle a la lengua»,
es siempre en serio tomado
por alguien que le contesta
y a cantar los dos se enclinchan
en una puja de ofensas,
hasta que el arpa se calla
para que ronque la vera.

Cómo estará esa costumbre
 de arraigada en nuestra tierra,
 que hay partes donde al corrío
 como lo llaman es «pega»,
 y hasta hay un refrán que dice
 con la mayor desvergüenza
 que corrío no es corrío
 si no termina en pelea.
 ¿Que cómo son los corríos?
 ¿Que por qué paran en gresca?
 Pues para que ustedes mismos
 se maten, ahí va una muestra.

Corrío del Comecandela
 «Yo soy el Comecandela
 que con pólvora fui criaio;
 a mí no me asustan bultos
 ni gatos enmochilaos.
 Que el que me busca me encuentra
 y siempre me encuentra armao.
 Quien me buscó con machete
 con machete me ha encontrao;
 pa garrote de bejuco
 lo tengo yo encabuyao,
 y pal que traiga rigorve
 tengo tocón afeitao;
 yo me refalo en lo seco
 y me paro en lo mojado;
 con un ojo duermo abierto
 y con el otro pelao,

y si hay alguno en la fiesta
al que no le haiga gustao,
que vaya buscando al cura
pa que muera confesao.
Y luego venga a Orituco
donde estoy domiciliao;
pregunte allá por el sute
del caballito melao.

Si no me encuentra en mi casa
me consigue en la de al lao,
y si allá tampoco toy,
es que ando arriando ganao,
o consiguiendo pareja
pa bailá el escobillao,
o abriendo fosas pa guapos
que el respeto me han faltao.

Yo me refalo en lo seco
y me paro en lo mojado
y no me asustan ronquidos
de tigre descolmillao,
zamuro no come coco
ni gago dice cacao.
¡Yo soy el Comecandela
que con pólvora fui criaio!»

Y así sigue hasta que alguno
le improvisa una respuesta
cantándole que si es macho
vaya a buscar su carreta

y que él también es un hombre
que se agarra con cualquiera;
por lo que furioso el otro
lo agarra por la pechera,
le quita el cuatro al cuatrismo,
se lo acuña en la cabeza,
y el auténtico corrido
es entonces cuando empieza,
pues se forma un corre-corre
donde el que no raspa, ¡vuela!

DECÁLOGO DEL BUEN BOMBERO

1° Recuerda ante todo, ¡oh hermano!, que entre tú y el fuego se ha declarado una guerra a muerte en la cual tu primer deber es no dejarte chivatear por él. A este respecto, ten en cuenta que un incendio es una especie de reparto forzoso de bienes donde las víctimas, una vez destruidas por la candela la mitad de sus propiedades, hacen llamar a los bomberos para que vengan a caerle a hachazos a la otra mitad.

2° Recuerda que la más importante de tus tareas no es apagar los incendios, sino ofrecerle un buen espectáculo a la turba de muchachos que se paran a ver afuera. Por tanto, aunque el incendio para el que te han llamado se haya producido en un sótano, no pierdas tu costumbre de montarte a apagarlo por el techo, tirando para abajo treinta o cuarenta tejas cada vez que le des un tirón a la manguera.

3° Actúa en todos los casos con serenidad y precisión. Cuando seas llamado a apagar un incendio, al llegar al lugar de los sucesos cerciórate bien de cuál es la puerta de la que sale el humo, para que a la que le caigas a hachazos sea a la de al lado.

4° No dejes perecer a los animales. Cuando el incendio se hubiere declarado en una casa donde haya perros, el buen

bombero debe ingeniárselas para primero salvar él a los perros del incendio y después salvarse él de los perros.

5° Cuando vayas a apagar un incendio debes llevar siempre un perro en calidad de ayudante. Así acompañado, pueden distribuirse entre los dos las labores de salvamento. Si, por ejemplo, en el apartamento al que has subido con tu perro encuentras a una muchacha con su novio, puedes sacar a la muchacha echándotela encima y al mismo tiempo invitar al novio a que salga montado en el perro.

6° Sé cariñoso y atento con las damas. Cuando un bombero mantuviere relaciones con alguna cocinera del vecindario, su obligación es acudir provisto de su equipo de salvamento cada vez que a su amada se le esté quemando algo en la cocina.

7° Está siempre atento para que cuando suene la campana de alarma puedas coger el camión a tiempo. No repitas el caso de aquel famoso cuartel de bomberos donde el único puntual era el chofer, por lo que cuando sonaba la alarma, el único que salía era él mientras sus retardados compañeros iban corriendo detrás del camión y gritándole: «¡Párate, párate!».

8° Ejerce tu profesión con alegría, pero con seriedad. Cuando tengas puestas las botas y el casco, no se te ocurra ir cantando en el camión. Mira que, aun sin cantar, hay muchachitos que cuando ven pasar a los bomberos así trajeados salen corriendo a decirle a la mamá: «¡Mamaíta, mamaíta, por ahí paso el camión de Torrealberos!».

9° Recuerda que tu misión más importante es defender la propiedad ajena. Cuando en el curso de las labores de salvamento una de las víctimas perdiere el conocimiento, el deber de un buen bombero es ayudarla a encontrarlo. En consecuencia, debes abrir inmediatamente una investigación para establecer en qué forma lo perdió: si antes del incendio, si durante la carrera o si fue que algún vecino se lo robó aprovechando la confusión reinante.

10° Todo bombero en servicio que encontrare a una dama sola pidiendo socorro en un apartamento debe proceder inmediatamente a sacarla cargada, teniendo mucho cuidado, eso sí, de que en el último momento aparezca un marido que le salga cargado a él.

EL DÍA DE LOS INOCENTES CONTADO POR UNO DE ELLOS

Aunque el 2 de los corrientes
era el que lo parecía,
hoy, señores es el día
de los Santos Inocentes.

Y esta es la criollización
de lo que en prosa elevada,
cuenta la Historia Sagrada
sobre la fecha en cuestión.

Comenzó el merequetén
justamente al cuarto día
de haber tenido María
su muchachito en Belén.

Difícil que el parto fue,
y propenso él al infarto,
con el trajín de aquel parto
quedó grogui San José.

Por supuesto, el pobrecito,
pasado ya el grave trance,
apenas le dieron chance
se durmió como un bendito.

Pero no bien pegó un ojo
vio en sueños la fantasía
de un ángel que le decía:
—Viejito, no seas tan flojo.

Huye a Egipto con tu esposa
y el fruto de su barriga,
porque aquí color de hormiga
se está poniendo la cosa.

Pues con creciente cariño,
y en cualquier lugar que sea,
ya no se habla en Galilea
de otra cosa que del Niño.

En el revuelo causado,
por un niño tan tierno,
algo hay que a nuestro gobierno
le huele a perro mojado.

Y así Herodes ha prescrito
que a todo niño de cuna
sin diferencia ninguna,
le corten el pescucito.

O enconchas, pues, al nené
o lo raspa el rey Herodes;
así que no te incomodes
y alza arriba, San José.

José, que un burro tenía,
 lo ensilló de cualquier modo
 y en él con muchacho y todo
 montó a la Virgen María.

Ya sobre el burro en cuestión,
 la Virgen, siempre tan ida,
 —¿Para dónde es la movida?
 preguntó con devoción.

Y cuando él saber le hizo
 que hacia tierras egipcianas,
 de lo que ella tuvo ganas
 fue de mandarlo al carrizo.

Y exclamando: —¡Qué tupé!,
 le dijo ya sin rubor:
 —¿A Egipto en burro, mi amor?
 ¿Tú estás loco, San José?

José ante aquella chacota,
 no protestó, sino dijo
 mientras de modo prolijo
 se sobaba la chivota:

—Aunque en mis propios mostachos
 de viejo loco me apodes,
 lo importante es que está Herodes
 descabezando muchachos.

Él espera, con cariño,
 despescuezando arrapiezos,

que alguno de esos pescuezos
resulte ser el del Niño.

Él les ofrece alfondoque
y arepita y empanada
y después con un estoque
los mata de la estocada.

Así habló el santo bendito,
y así contestó su esposa:
—Caramba, si así es la cosa.
tienes razón, Joseíto.

Si la cosa está tan fea
como tú la estás pintando,
de aquí hay que salir raspando
en burro o en lo que sea.

Por huir de ese carrizo
y de su espada filosa,
yo me voy en cualquier cosa,
no digo a Egipto: ¡Al chorizo!

Vamos a buscar posada
a alguna tierra apartada
donde nos tengan cariño
y no le corten al Niño
ni la cabeza ni nada.

Así emprendieron la huida
mientras Herodes, ya en vano,

con su machete en la mano
continuaba la movida.

Blandiendo dicho aderezo
ninguno se la ganaba.
Muchachito que encontraba,
muchachito sin pescuezo.

Era un tipo muy maluco:
mediante el famoso truco
del pajarito sin cola,
degollaba a los chiquitos
diciéndoles, pobrecitos,
—Baja la trompa, mapola.

Convirtió así su poblacho
en una carnicería
donde no se conseguía,
sino carne de muchacho.

Y en cuanto a José y María
yo por mi cuenta discurro
que el cuerpo les quedaría
tras tan larga travesía
más estropeado que un churro.

Quedarían como aquellos
a quienes tumba un susurro,
y si así quedaron ellos,
¡cómo quedaría el burro!

EL MILAGRO DEL CIEGUITO

A la manera del poeta hagiográfico Julio Ramos

El cieguito Juan Azuaje
que es un cieguito creyente,
en pos de la Coromoto
con rumbo a Guanare viene;
en una mano el garrote
y en la otra los billetes,
el cieguito va gritando:
—¡Agarre que er ciego tiene!

De hacer una necesaria
le dan ganas de repente*,
y en un tupido mogote
que encuentra al tacto, se mete.

De un lado pone el garrote,
de otro pone los billetes,
mas cuando ya se acomoda
para poner lo siguiente,
le sale un enorme tigre
que allí su nidito tiene.

* Nuestro cieguito es un martir del cólico miserere.

Es un tigre mariposo
 de colmillos relucientes
 al que con mucha razón
 hasta las tigras le temen,
 pues le zumban los motores
 y le ronca el clarinete.

El ciego, que no lo mira
 pero que el tufo le siente,
 se amarra los pantalones
 y sale como un cohete.

—¡Señora del Coromoto
 —grita el pobre como puede—,
 defiéndeme de este tigre
 que almorzar conmigo quiere!

Y en ese supremo instante
 la Coromoto interviene
 con tan buenos resultados
 que se cambian los papeles:
 le vuelve al ciego la vista
 y el tigre miope se vuelve.

Desde entonces anda el tigre
 con su rollo de billetes
 rugiendo por los caminos:
 —Agarre que er tigre tiene,
 en tanto que Juan Azuaje
 por los montes permanece
 asustando a los tigrillos
 que en los mogotes se meten.

EL MISMO PIANITO

Poema electoral

¡Quién iba a decirlo!
¡Quién iba a pensar
que después de tanto
cerebralizar,
y tanto escribir
y tanto charlar
que si patatán
que si patatán
quién iba, repito,
quién iba a pensar
que sin darnos cuenta
vinimos a dar
en el mismo sitio
y el mismo lugar
donde ya estuvimos
antes de empezar!

«Esto está maduro,
y ahora sí es verdad;
esta lavativa
ya está al reventar:
un empujoncito,
¡uno nada más!,

Y con uno solo
 ¡pal suelo es que va!»
 Así lo creía
 nuestra ingenuidad
 y más de un zoquete
 se sentó a esperar,
 para ver tan solo
 —¡qué broma, caray!—
 que aquello que empujan
 sigue en su lugar,
 igual que la baba
 que dice el refrán
 que menos se mueve
 mientras más le dan.

¡Quién iba a decirlo!
 ¡Quién iba a pensar
 que después de tanto,
 de tanto charlar,
 y tantas peleas
 y tanto bla bla,
 estamos lo mismo
 —peores quizás—
 que aquellos pianitos
 de cuando Guzmán
 Merengue-No-Más:
 comenzaba el hombre
 su piano a tocar
 y al son del merengue
 la gente a bailar,
 y al fin de la pieza
 sonaba: ¡Chin plan!,

y el mismo merengue
volvía a empezar!

¡Qué broma, carrizo!
¡Qué broma, caray!
Tres años corriendo,
tres años o más,
tres años brincando
de aquí para allá,
tres años buscando
por dónde brincar,
y al fin de tres años
venir a encontrar
que no hemos salido
del mismo lugar:
que el ritmo es el mismo
y el mismo compás
y el mismo merengue
que vuelve a empezar:
los mismos doctores,
la misma unidad,
las mismas campañas,
los votos y tal,
y otro presidente
—o el mismo quizás—
y nuevos discursos
y vuelta a empezar
el mismo pianito
constitucional.

Todas estas cosas
las ganas que dan

son de irse uno
 corriendo porái
 y comprarse un burro
 y enseñarlo a hablar,
 y a decir ¡ji ji!
 Y a decir ¡ja ja!,
 para cuando alguno
 lo venga a embromar:
 «Escucha, burrito,
 ¿tú vas a votar?»,
 pele los dientotes
 y diga: —¡Qué va!
 ¡Vayan a la porra,
 vayan al cará
 con sus elecciones
 y con su unidad
 y con sus adecos
 y su grupo Ars
 y sus garantías
 y su libertad
 y con esos viejos
 que ya huelen mal!

¿Qué adelanta un burro
 con seleccionar
 el palo que encima
 le van a quebrar
 o con que lo dejen
 el nombre indicar
 del próximo vivo
 que lo va a montar?

¡Vayan a la porra!
¡Vayan al cará
con sus candidatos
y con lo demás!
Que si en estos años
—¡tres años o más! —
otros no aprendieron
sino a taparear,
yo he aprendido al menos
a decir ¡ji ji!
y a decir ¡ja ja!
¡ji ji ji ji ji ji,
ja ja ja ja ja ja!

LA ÓPERA

Yo no sé si será porque no entiendo
de cuestiones artísticas ni papa;
pero a mí con la ópera me ocurre
una cosa muy rara...

Como quiero abreviaros el fastidio
y aquí una explicación sería larga,
a un ejemplo objetivo me remito
para que comprendáis lo que me pasa.
Se levanta el telón, y una señora
envuelta en una verde sobrecama
aparece en escena dando gritos
con toda su garganta.

De pronto se le acerca un caballero
—casi siempre de bragas—
y después que se abrazan y se besan
arman una trifulca a la italiana
y discuten cantando cada uno
lo que le da su gana.

Y como se supone que es de noche
el vecindario entero se levanta
y una tras otra van entrando a escena
veinte viejas en bata.

Pero en vez de pedir que no hagan bulla
o al menos indagar qué es lo que pasa,
forman una segunda gritería
hasta que cuatro o cinco se desmayan...

Yo no sé si será porque soy bruto,
pero ver una ópera dramática
me causa algunas veces tanta risa
que tienen que sacarme de la sala.

PRESENTAMOS NUESTRA SECCIÓN DE PAVA CLASIFICADA

Una tabla en la que no solo señalamos la cosa pavosa, sino también la categoría de pava a la que pertenece.

Tipo de pava/Cosa pavosa	Descripción/categorías
Tratar de despertar a uno que tiene una pesadilla, llamándolo por un nombre que no es el suyo, por creer que si se le llama por su propio nombre se vuelve loco.	Pava tradicional. Ha caído en desuso desde que se descubrió que tratando de despertar a una persona por ese sistema, lo que casi siempre se logra es que el que se despierte sea el vecino de al lado.
Creer que el caldo alimenta mucho porque uno suda tomándoselo.	Pava ingenua. Por su inofensividad puede catalogársela en la categoría de la pava menor, denominada también pichón de pava.
Contestar uno las cosas que se le dicen a un recién nacido, haciendo uno las veces del recién nacido.	Pava de alta explosividad. Lamentamos no poder dar la clasificación exacta, porque al tratar de calibrarla en su valor justo, se reventó el aparato.

No decir que uno tiene hambre, sino «tengo fatiga». Pava simple. Solo cultivada por los que podríamos llamar los primitivos de la pava.

Las mamás de curas que les dicen padre a sus propios hijos y les piden la bendición en el mismo momento en que los curas se la piden a ellas. Pava compuesta. Cuyas irradiaciones llegan a veces a alcanzar a toda la familia, incluyendo a las sobrinitas del sacerdote en cuestión, que en ese caso se ven obligadas a pedirle la bendición diciéndole: «la bendición, tío padre».

Llevarle de regalo a la novia el día de la visita un paquete de dulces de pasta y volver por la mañana antes de irse para el trabajo a preguntarle si no le guardó uno. Pava antigua. Hoy en día ya no la cultivan sino algunos coleccionistas.

Decir «Voy a poner un telegrama» cuando uno va para el baño. Pava cochina. ¡Fo, fo!

Nombrar por una sola pieza cosas que normalmente se presentan por pares, como, por ejemplo: «¿Ese zapato? Ese es un zapato muy fino». Pava económica. Por su evidente propensión a economizar zapatos.

Los enfermos que explican su enfermedad diciendo que sienten como si les subiera y les bajara una pelota. Pava deportiva.

LA PAVA EN LA LENGUA

El poema que va a continuación (poema digo yo porque es rimado) es parte de un ensayo titulado «La pava en la expresión», al que pronto daré publicación.

Todo el que de mabita a hablar se mete,
siempre un error comete,
y es creer que no habita
sino en seres y en cosas la mabita.

De allí la utilidad de estos renglones
en los que probaré, palmariamente,
que también en el habla hay expresiones
a las que no es la pava indiferente.
Pavoso, por ejemplo (y repulsivo),
es no usar en «casarse» el reflexivo,
como cuando nos dicen: —Fulanito
«casó» y tiene un niño.
Pava es también el que un venezolano
le diga «pampa» al llano,
lo mismo que decir que en el «salcocho»
se cayó un «congolocho».

Pero en la prensa hay algo más temible:
¿qué me dicen ustedes
del que para narrar algo increíble
comienza por decir «cosas veredes»?

¿Y habrá en el mundo un acto más guiñoso
—y eso aquí es por desgracia lo corriente—
que el de llevarse el índice a la frente
para expresar que un tipo es talentoso?

Y si a la acción va el verbo acompañado,
más grave todavía,
pues nos dirán entonces: —¿Quién, García?
«Ese mozo es bastante preparado:
tiene psicología».

¿Y qué decir de algunos eufemismos
que usados en lugar de ciertas voces
muchas veces resultan, por atroces,
más que paños calientes, sinapismos?

Yo he escuchado a muchísimas mujeres
diciendo «cisaracha» o «tataracha»
en vez de cucaracha,
y en vez de El Congo Belga, «El Congo Beres».

Todo esto de la estética va en mengua
y viene a demostrarnos que en la lengua
aunque no lo creáis, también hay pava,
y no de la benigna: ¡de la brava!

Y con esta sencilla conclusión
doy por finalizado
mi meduloso ensayo titulado
«La pava en la expresión».

LO QUE ABUNDA

La señora Paquita de la Masa,
ricacha de esta era,
se compró hace algún tiempo una nevera
y la instaló en la sala de su casa
en donde se la ve todo el que pasa,
ya que desde las seis de la mañana
abre doña Paquita la ventana,
pone allí, en un cojín, una perrita;
y hasta la medianoche no la quita.

Aunque tiene teléfono en su casa,
la señora Paquita de la Masa
usa el de la cercana bodeguita,
procurando pedirlo a aquellas horas
en que haya en la bodega otras señoras
que no tienen nevera ni perrita.

Y por si ustedes quieren escucharla,
les transmito un fragmento de su charla:
—¿Hablo con el Bazar Americano?
Es la señora del doctor Fulano...
Mire, que yo quisiera
que mandara a arreglarme la nevera...

Sí, la que le compramos de contado;
pues le metimos un jamón planchado
y al ir hoy a cortar un pedacito,
la sirvienta de adentro pegó un grito
porque el jamón estaba conectado.

—Además, casi todas las mañanas,
al meterle la torta de manzanas
el motor hace un ruido
que despierta al chofer de mi marido...

—Bueno, pues, yo confío
en que hoy mismo vendrán a repararla.
Mire que vamos a necesitarla
para la graduación de un primo mío.
Usted sabe: mi primo Pantaleón
que llegó de Chicago por avión.

Cuelga el auricular, y la mirada
le tuerce a alguna pobre cocinera,
como diciéndole: —¡Desventurada,
qué le vas a tirar a mi nevera!

Y es lo peor que si usted, que no es discreto
le suelta un «bollo» que la larga fría,
todo el mundo lo acusa de irrespeto
y le acuñan un mes de policía.

¡Lo que le prueba una vez más al mundo
que no hay justicia en este mundo inmundo!

LOS ANIMALES EN CARACAS

Porque leyó en su tierra que Caracas
era prolija en fieros animales,
una ametralladora en la maleta
de Trípoli se trajo un inmigrante.

«Por si las moscas», era su consigna.
«DDT», la inscripción de su estandarte,
y aunque se enoje más de un compatriota
por darle la razón al inmigrante
mi modesta opinión es que la culpa
la tenemos nosotros y más nadie.

Y si queréis las pruebas,
juzgad por estas joyas del lenguaje:
«A fulano de tal lo cogió el toro.
A mi casa no van sino chivatos.
Yo tengo un hermanito que es un tigre.
Regáleme una locha, mi caballo.
La mujer de mengano es una zorra
y él un pájaro bravo.
Antenoche fui al cine con el Mono,
con el Chivo Capote y con el Gato.
—¿Quién es aquel que va con las pollitas?
—No sé, yo no conozco ese pescao.

¡Qué ratón tan terrible el que yo tengo!
¡Qué pava tan feroz tiene Fulano!
¿Quieres un zamurito?

Vamos hasta la esquina del Venado.
Anoche te encontré con esa perra:
tú no eres sino un perro desgraciado!»

Y es bueno que termine
antes que algún lector malhumorado
salga diciendo: —Miren, pues,
al burro dándole la razón a un italiano.

LOS APAGONES

Hoy quiero, en un galerón,
relatarles lo que pasa
cada vez que en una casa
se produce un apagón.
La primera precaución
es ver si hay luz en la calle,
y observado ese detalle
lo segundo es dar un grito
diciéndole al muchachito
que se acueste y que se calle.

Y aquí comienza un trajín
de policíaca novela
por encontrar una vela
que nadie encuentra por fin.
—¡Voy por ella al botiquín!,
dice usted desafiador,
y sale con tal furor
que en su ceguedad de fiera
no ve que al pasar lo espera
la pata de un mecedor.

—¿Qué te sucede, Gaspar?..
(Un pujido es la respuesta).

—¿Qué te sucede? ¡Contesta!,
le vuelven a preguntar.
Y entonces, vuelto un jaguar,
un caimán, un jabalí,
responde usted: —¡Me caí!,
y añade luego despacio
lo que por falta de espacio
no consignamos aquí.

En tan triste situación
oye usted que alguien revela:
—¿Qué están buscando? ¿La vela?
Pues yo la vi en el fogón...
Como en una procesión
el viejo, el grande, el chiquito,
corren al sitio descrito
y en jubilosa algarada
sacan la vela pegada
del fondo de un perolito.

Ya puesta en el comedor
o en algún cuarto la vela,
lo que sigue es una pela
de las de marca mayor.
Pues el niño un tenedor
pone en ella a calentar,
simulando no escuchar
la voz que dice impaciente:
—¡Deje la vela, Vicente!,
porque lo voy a pelar...

Cesa al fin el apagón
y al prenderse los bombillos,
un ¡viva! dan los chiquillos
(y algún que otro grandulón...)
Y usted, que aunque cuarentón
es ingenuo todavía,
mientras acuesta a la cría
le adelanta a su mujer:
—¡Mañana al amanecer
demando a la compañía!

NOCTURNO DEL POETA Y LA AREPA

Esta noche tiene hambre
la amada del poeta,
y él, temblando de frío,
sale a ver qué le encuentra.
Mas todo está cerrado:
por las calles desiertas
no se ve ni una sola
arepería abierta,
los carros de tostadas
terminaron la venta
y en triste caravana
se fueron ya de vuelta
al son de los crujidos
de sus chirriantes ruedas,
y hasta los botiquines
y bares y tabernas,
hace ya mucho rato
que cerraron sus puertas...

Esta noche tiene hambre
la amada del poeta,
y él, igual que una sombra,
cruza las calles gélidas,
en la búsqueda ansiosa
de un lugar donde pueda

comprar alguna cosa
para que coma ella.

Pero todo es inútil,
pues el pobre poeta
en las calles nocturnas
ha dejado las suelas,
y encontrar no ha logrado
ni una taguara abierta
donde comprar un ságuche
de diablito, siquiera,
o una humilde empanada
de caraotas negras
que llevarle a su amada
que lo aguarda famélica.

Entonces, fatigado,
se sienta en una acera,
y mientras de cansancio
los ojos se le cierran,
apoyado en las manos
mira hacia arriba y sueña:
entre viendo y soñando
descubre así el poeta
que es la noche a sus ojos
una cocina inmensa
con lejanas y blancas
bocanadas de niebla
que a flotantes columnas
de humo se asemejan,
tal como si allá arriba
cocinaran con leña...

Y ya al sueño entregado
viendo va mientras sueña
que el cielo es un budare,
la luna es una arepa
y un gran plato de queso
rallado, las estrellas,
en tanto que las nubes
evocan de tan tiernas,
lambetazos de fina
mantequilla danesa.

Y así fue como el bardo
resolvió su problema:
después de rellenarla
de nubes y de estrellas,
la luna en el bolsillo
le llevó a su doncella,
y esta, que todavía
lo esperaba despierta,
entrándole a la luna
como a cualquier arepa,
se la pegó enterita
sin ver la diferencia.

RELÁFICA DEL NEGRO Y LA POLICÍA

¡Oye, negra! ¿Te ha fijao
la cantidá y la cuantía
de cuelpos de policía
que existen en la ciudad?
Pues cuéntalo, y si lo cuenta
uno, dó, tré, cuatro y tal,
si en la cuenta no te enreda
te va a caé pa atrás.

Policía con cachucha,
policía con pumpá;
policía de sombrero
y de cabeza pelá.
Y hasta policía mujeres
pal que se quiera casá.
Eso sí es policiera,
¡qué policiera carál...
Que si la criminológica,
que si la municipá,
que si la arta policía,
que si la de más allá,
que llegó la PTJ,
que si se fue la social,
que si estos son digepoles
y del Sifa lo demá;

que si aquella es la civí,
que si esta es la militá,
que si esta no tiene rolo
sino que tira con gá,
que si este te afloja un tiro
y el otro te muele a plan
y en una radiopatrulla
te rueda el de más allá;
cualquiera te pone preso,
cualquiera te hace rodá,
que con o sin uniforme,
con sombrero o con pumpá,
en cuanto a rodalo a uno
todo lo ruedan igual,
pue la sola diferencia
que del uno al otro va,
e que depué tú no sabe
cuál de ello te va a soltá.

—Suéltame al negro, mijito
—le dice tú a la Social—,
y la Social te conteta
que vaya a la judicial,
la judicial que te entienda
con el cuerpo ditrital,
y el cuerpo que es asunto
de la gualdia nacional,
o de la alta policía
o bien de la militá,
o bien de lo de cachucha,
o bien de lo de pumpá,

o bien de lo que trabajan
 con la cabeza pelá,
 o bien del que tira tiro
 o bien del que tira gá,
 o bien que si patatín
 o bien que si patatán.

Que si uno que tocan pito,
 que si el que no toca na,
 que si el que usa la pitola
 con el piquito pa tra,
 o la lleva en la cintura
 lo mimo que una empaná
 pa dale muelte a la novia
 ca vez que la va a limpiá;
 que si el que lleva manopla,
 que si el que tiene black jack,
 que si el que lo rueda a uno
 sin etale haciendo na,
 que si el que llega a lo robo
 después que el ladrón se va;
 policía con cachucha,
 policía con pumpá,
 policía que trabaja
 con la cachucha pa'tras
 y no te lo cuento todo
 porque me voy a enredá.

HERMOSA POESÍA PARA RECITÁRSELA A PAPAÍTO EN EL DÍA DEL PADRE

Hoy Día de los Padres, papaíto quisiera
dedicarte un minuto de recuerdo siquiera
y al fin cantarte el himno del amor, ¡oh, papaíto!
que escribirte no pude cuando estaba chiquito.

¿Y cómo no escribírtelo, papaíto querido,
si tú eres el único papá que yo he tenido
y yo debo quererte nada más que por eso,
ya que cada pulpero debe alabar su queso?

Además, hay muy pocos papás, oh papaíto,
que, como tú, merezcan un canto bien bonito,
pues siempre como padre fuiste un padre sin menguas,
pese a lo que en contrario digan las malas lenguas.

Cierto que te gustaban los palitos y a veces
cogías unas monas que te duraban meses
y que cuando llegabas a casa en ese estado
dabas unos escándalos de sacarte amarrado.

Mas yo sé, papaíto, yo lo sé aquí en lo hondo,
que, no obstante esa maña tú eras bueno en el fondo;

pero aun cuando hubieras sido un monstruo maldito,
yo te sigo creyendo muy bueno, ¡oh, papaíto!

Porque tú me inculcaste, papaíto, el ejemplo
de que un hogar auténtico debe ser como un templo.
Cierto que tú solías beber como un verraco
convirtiendo tu hogar en un templo de Baco...

Pero tú a pesar de eso —vuelvo y te lo repito—
¡tú eras bueno en el fondo, muy bueno, papaíto!
Tú con nosotros fuiste, pese a ser tan bohemio,
como no hubiera sido quizá ningún abstemio.

¿Te acuerdas de la histórica noche en que yo nací?
Tal vez tú no te acuerdes, papá, pero yo sí.
Rascado como estabas, te me quedaste viendo
y al final exclamaste: ¡qué bicho tan horrendo!

Y gritabas en tanto te sacaban del cuarto:
¡Devuélvanme mis reales! ¡Yo no pago ese parto!,
mientras mamá gemía que dejaras la bulla
y el médico partero llamaba a la patrulla.

Después de aquella escena que yo encontré tan tierna,
siguieron tus ejemplos de ternura paterna:
inventaste, ofendiendo gravemente a mi madre,
que yo no era hijo tuyo sino de tu compadre.

Preferías —decías— verme clavar el pico
que darle a mamá un fuerte para la leche Drico.
Y agregabas de un modo tan rudo como cruel:
¡Pídesela al compadre, que ese muchacho es de él!

Aún la veo acechándote por los alrededores
de aquella taguarita del puente de Dolores
para que le entregaras los churupos del diario
antes que te rascaras con mi padrino Hilario.

Tú, si no la insultabas, la tomabas en chanza
y ella pacientemente seguía su acechanza...
Aún te escucho diciéndole: ¡Carrizo, no me aceche,
mientras yo reclamaba: mamaíta, mi leche!

¿Cómo olvidar tampoco la Nochebuena aquella
en que llegaste a casa metido en la botella
y agarrando una vieja pantufla de cocuiza
me diste de aguinaldo mi primera cueriza?

Fue la primera noche que me meneaste el frito...
¡Por eso no la olvido jamás, oh papaíto!
Y tú también la debes recordar muy bien
porque mamá esa noche te embromó a ti también.

¡Ah papá! cómo evoco tus sabrosas cuerizas
tus clásicos trompones, tus nalgadas castizas
y tus pelas que hacían salir a mamá
con la escoba en la mano gritándote: ¡Yastá!

Y entonces papaíto, demudado el semblante,
la agarrabas a ella de atrás para adelante
y entraban los vecinos —unos noventa o cien—
que al llegar la patrulla los rodeaba también.

Así fue, papaíto, como yo con tu ejemplo
aprendí a comprender que un hogar es un templo:
hombre ya hecho y derecho, hoy tengo mi hogar propio
donde de aquel modelo totalmente me copio.

Y en prueba de lo dicho te va esta poesía
que te estoy escribiendo desde la policía.

FATALISMO

Ruperta, la muchacha que en el Llano
fue durante algún tiempo novia mía,
y que a la capital se vino un día
presa de un paludismo soberano,

ya es una *girl* de tipo americano
que sabe inglés y mecanografía
y que marcharse a Nueva York ansía
porque detesta lo venezolano.

Como esos que en el cine gritan: —¡Juupi!,
tiene un novio Ruperta, y este en «Rupy»
le transformó su nombre de llanera...

Y es que en mi patria —raro fatalismo—
lo que destruir no pudo el paludismo
lo corrompió la plaga petrolera.

FLASH

Un doctor en un congreso
ha salido con la historia
de que comer mucho queso
reblandece la memoria.

Así pues, sin más misterios,
queda por fin explicado
por qué en nuestros ministerios
hay tanto desmemoriado.

GEOGRAFÍA BROMISTA DE VENEZUELA

Entre Puerto La Cruz y Barcelona
hay un pueblo —que el mapa no menciona—
cuyo nombre parece una ironía,
pues el pueblo se llama Lechería
y es el menos lechero de esa zona.

Yo, por lo menos, comprobé hace poco
que, no obstante tan láctea toponimia,
quien busque leche allí se vuelve loco
y, a no ser que la saque de algún coco,
no la conseguirá ni con alquimia.

Un caso parecido, si no igual
nos presenta en el llano Guayabal,
pueblo al que usted va
en busca de guayabas
y no consigue sino reses bravas.

De la misma manera
pecarán de insensatos
quienes crean que yendo a Lobatera
regresarán cargados de lobatos.
Que ya podrán pedirlos hasta a gritos
y quizá no consigan ni perritos.

Y es que en nuestro país ya es tradición
el que los pueblos —como más de un hombre—
no guarden con su nombre
ninguna relación.

Lo corriente es que en toda la nación
un pueblo, un caserío, un vecindario
resulte siempre todo lo contrario
del nombre con que el mapa lo prohija;
pero, ¡ay!, esto tampoco es regla fija...
Yo estuve en Mantecal un mes entero
y nunca vi ni un gordo: ¡puros flacos!
En cambio, pasé un día en Bachaquero
¡y por poco me comen los bachacos!

HOMBRES CASEROS

¿Tendrá razón, lector, esa escritora
según la cual el tipo de marido
por todas las mujeres preferido
es el que está en su casa a toda hora?

La escritora en cuestión, que es una inglesa
sabr a por qué lo expresa:
tal vez ser a mujer de un zapatero
que —condición bien rara en los de banca—
le ha salido más manso que un cordero,
y la opinión que tiene de allí arranca.

Pero, con el perdón de la escritora,
mi opinión es que es todo lo contrario:
no hay para una mujer mayor calvario
que un marido en la casa a toda hora.

Yo lo saco por mí, que como escribo
y no tengo otro sitio en dónde hacerlo,
me la paso en mi hogar por tal motivo
y en mi propia señora puedo verlo.

Ella, naturalmente, se lo calla,
pero,  podr a una esposa ser feliz
al lado de un señor que se amuralla

todo el día a exprimirse la cerviz
 y que el derecho a hablar no le concede
 porque cuando él se inspira nadie puede
 ni siquiera sonarse la nariz?

Y ese soy yo que, haciendo solo eso,
 ya doy lata en exceso
 ¡conque cómo serán de fastidiosos
 los que «toeros» llaman o «curiosos»
 porque ejercen, a más del propio oficio,
 muchos otros por vicio!

Hay que ver lo que sufre la costilla
 de un «curioso» cuando este, por desgracia
 de transformar se antoja, verbigracia,
 una andadera vieja en una silla
 o en jaula una parrilla.

Cuando no la anonadada
 pidiéndole corotos
 que no van a servirle para nada
 y que están en los sitios más remotos,
 por eso no saldrá mejor librada,
 pues entonces la pone, en una orilla,
 a que «le tenga» mientras él martilla...
 Total: le ensucia el piso, le hace bulla,
 de su quehacer doméstico la arranca
 y de ñapa, si un dedo se magulla,
 le forma la gran «tranca».

¿Se sentirá feliz una señora
 con semejante guama a toda hora?

Lo que la autora inglesa, pues, revela
no va con Venezuela.
Aquí para que el hombre preferido
sea el que está en su hogar siempre metido
solo falta un detalle:
que las mujeres vivan en la calle.

JUDAS QUEMADO EN CAGUA

Cuando entró apagando velas
el viento en la procesión,
y la torre echó a la calle
sus campanas de latón
—tres repicando a Aleluya
y dos a Resurrección—
cuando el domingo aragüeño
de muchachas floreció
y el sol como colcha de arpa
puso a la plaza mayor,
cien cohetes levantaron
sus palmas de relumbrón
y todo fue gente y gritos:
¡Ahí viene la Comisión!

Jinetes de punta en blanco,
al ojo el sombrero alón,
espumantes los caballos
y en el pecho todo el sol,
despejando van las calles
formados de dos en dos.
Delante, Benito Melo
va en un caballo marrón,
crujiente en su liquiliqui,
deslumbrante de almidón
y en la cara la sonrisa
como una flor de balcón.

Y atrás, entre las dos filas,
en un burrito trotón,
con el frente hacia la cola,
con el cuerpo hecho un montón,
con los pies escobillando
un forzado galerón,
atrás va el Judas del pueblo
siguiendo a la Comisión.

Pantalón de cotonía,
zapatos sin dirección,
casaca federalista,
basura por corazón,
va el pobre Judas de Cagua:
lo agarró la Comisión
y el pueblo, encendido en gritos,
lo sigue como un hachón.

Ya baja Benito Melo
de su caballo marrón
ya un olor de kerosene
se mezcla con el del ron,
ya flores de las muchachas
recibe la Comisión,
ya sin jinete se llevan
al borriquito trotón.
Y cuando al aire se agitan
las faldas del casacón
y los pies cambian en valse
su forzado galerón,
Judas al pueblo le dice
lo que va a continuación:

—Vine al mundo en Barrio Loco,
pero me crié en Barrancón
y andé pa arriba y pa abajo
como mano de pilón.
Ya grande pasé a Turmero
donde empezó la cuestión,
pues allí en la jefatura
me encerraron por ladrón,
y en un descuido del guardia
me fugué por un balcón
y fui a dar en una iglesia
donde en aquella ocasión,
como era Semana Santa
celebraban la Pasión.
Caifás y Poncio Pilatos,
los jefes de la región,
andaban buscando a Cristo
no sé por qué acusación.
Y como ofrecieran plata
por el que diera razón,
yo quise salir de abajo
con aquel santo varón.

Y entonces lo fui a buscar
con mi segunda intención,
y de Cristo me hice amigo
pa luego hacerle traición.
Le di un beso en la mejilla,
le ofrecí veneración,
y en lo que todos dormían
le avisé a la Comisión.
Vinieron tres comisarios,

le pegaron un cordón
y al mismo tiempo brincaron
con mi gratificación.
Y con los treinta dineros
que cogí por mi traición,
jugué bolas, me eché palos
y me compré un pantalón.

Pero al caer la tarde
vino la crucifixión,
y de Cristo moribundo
yo vi la triste expresión,
y no pude con la pena
que me embargó el corazón,
y me dije: —¡Concha, Judas,
tú no mereces perdón!

Entonces llamé a Benito
y le dije: —Valezón,
mande a comprar kerosene
y conviértame en carbón
para que el pueblo de Cagua
se remire en mi lección
y no venda a los amigos
ni por precio de un millón.
Y mientras el pobre Judas
daba esta peroración,
repicaban Aleluya
las campanas de latón
y las chicharras del campo
cantaban Resurrección.

RECUERDOS DE SEMANA SANTA

Don Mamerto Quiñones
se fue en Semana Santa a Playa Brava,
y mientras se bañaba
detrás de unos peñones,
le robaron la ropa unos ladrones.
Entre tanto a Maimónides, su hijo,
le robaron el carro en Punto Fijo,
y su hijita menor, Carmen Calixta,
salió herida de un choque en la autopista.

Don Mamerto Quiñones
fue a tomarse en Macuto una cerveza,
y al saber que costaba seis simones,
agarró al mesonero a pescozones
y este le puso un plato en la cabeza.
Entre tanto a su esposa, doña Meche,
y a su hermana Lucía
les quitaron un fuerte en Maiquetía
por un café con leche.
Y del caso, lector, lo más nefando
fue que al pobre Quiñones, al regreso
lo estaban esperando
para ponerlo preso.

Con razón, tras de tanta desventura,
la señora Quiñones asegura:
—Para las venideras vacaciones,
¡yo me quedo en Caracas con Quiñones!

ROMANCE ACATARRADO

¡Catarro, déjame quieto,
déjame quieto, catarro!
Hace ya catorce días
me invadiste el carapacho
y al parecer te has propuesto
quedarte allí todo el año.
Otros catarros se curan
con unciones y guarapos
o se les mete un batido
y ahí mismo pican los cabos.
Pero tú, gran sinvergüenza,
tú no eres de esos catarros,
tú no eres de los que ceden
con aceite alcanforado,
ni con agüitas calientes
ni con roncitos quemados:
¡Lejos de ceder con eso,
parece que es lo contrario!

Febricitante, peludo,
la nariz vuelta un guiñapo,
como un acordeón el pecho,
casi frito en mentholatum
y el estómago revuelto
de tanto beber guarapos,

ya llevo catorce días
¡catorce dentro de un cuarto!,
sin escribir ni una línea,
sin darme siquiera un baño,
sin beberme una cerveza,
sin fumarme ni un cigarro.

Tal vez si viviera solo
ya te me hubieras curado
pero tengo una costilla
que es ducha en curar catarros
y a la que, según parece,
le encanta un hombre encuartado.
Por supuesto no me deja
dar hacia afuera ni un paso,
bien porque está haciendo viento,
bien porque está lloviznando,
o bien porque «el ejercicio»,
según ella, me hace daño.
Mas si salir me permite
por diez minutos al patio,
me coloca por encima
como cuatrocientos trapos,
y es tal entonces la pita
que me pegan los muchachos,
que aunque encuartarme no quiera
¡tengo que volverme al cuarto!

Luego vienen los calditos:
—Mi amor, bébete este caldo,
pero te lo bebes todo,
mira que tiene cilantro...

Y eso es desde que amanece:
¡un caldito a cada rato!
(¡Primera vez en mi vida
que tratar veo un catarro
administrando calditos
como si fuera algún parto!)

¡Mira, pues, cuánto he sufrido
por culpa tuya, catarro!
¿No te conmueve tenerme
por tanto tiempo enclaustrado?
¿No crees, di, que conmigo
tuviste ya para rato?
¡Catarro, déjame quieto,
vete a la porra, catarro,
o al menos dile a mi esposa
que tú no eres para tanto!

ROMANCE EN CELEBRACIÓN DEL MES DE LA RASPAZÓN

Ya, lector, llegó don Julio,
ya de portón en portón
llegó don Julio anunciando
que empieza la raspazón.
Y a darle un recibimiento
digno de su condición,
los gallardos estudiantes,
sin ninguna distinción,
se quitan de zoquetadas
y dejan el camastrón.

Mirad aquel, por ejemplo,
mirad aquel mocetón,
aquel que viviendo en Catia
va a estudiar para el Panteón...
Abrumado bajo el peso
de su actual preocupación
—la raspazón y don Julio,
don Julio y la raspazón—;
con más corotos encima
que si fuera de excursión,
la boina hasta las orejas
cual gorrita de Pierrot,
enrojecidos los ojos

y el semblante todo hinchón;
 levantada la solapa
 como un viejo con pestón,
 y al hombro la inevitable
 silletica de extensión
 con la que parece un hijo
 del hombre de la Emulsión;
 con sus tesis bajo el brazo,
 con su librote marrón
 que ya de tan manoseado
 parece de chicharrón;
 con sus cuadernos de apuntes,
 con sus tizas de color,
 con su caucho por los hombros
 tipo Cristóbal Colón,
 allí va el pobre estudiante
 cargado como un camión,
 ¡en busca de una placita
 o un sosegado rincón,
 en donde poder fajarse
 —fajarse como un león—
 a meterse en el cacumen
 esa notamentazón
 y esa pila de bichitos
 que parecen de masón
 y esas cuentas del carrizo
 que uno no sabe qué son
 porque les ponen letricas
 en vez de numeración!

¿Por qué no estudia en la casa?
 Decidme ¿por qué razón?

Porque en la casa no hay forma
de concentrar la atención:
Que si Fulano te busca,
que si esta noche hay Simón,
que si coge el ceniceró
que me quemas el sillón,
que si molesto a Antonieta,
que si despierto a Ramón,
que si tanto echar jareta
con tu estudio y tu cuestión
para que de todos modos
te raspen como un lechón.

Y así va el pobre estudiante
cargado como un camión,
con su termo, con su caucho,
con su silla de extensión,
y con los demás corotos
de que ya hicimos mención,
en busca de una placita
o de un simple callejón
donde estudiar sin que nadie
le eche a perder la cuestión.

Por el día en El Calvario,
por la noche en el Panteón,
a veces junto a una estatua,
a veces junto a un farol,
a veces junto a una mata
que según su vocación
unas veces es de mango
y otras veces de mamón.

Allí está el pobre estudiante,
 fajado como un campeón,
 con su termo, con su caucho,
 con su silla de extensión
 y todas las otras cosas
 de igual significación
 que según tengo entendido
 ya nombré en otra ocasión.
 Desde aquí lo estoy mirando,
 aquí, desde mi balcón,
 estoy mirando la estampa
 del estudiante en cuestión.
 ¡Miradlo cuán solo llega,
 mirad su noble expresión:
 de no más verle la cara
 se le ve la vocación!

Antes de entrar en materia
 fue a buscar inspiración
 y en la venta de tostadas
 se pegó tres de jamón.
 Y en este momento vuelve
 satisfecho y barrigón,
 listo a agarrar esas tesis
 y entrarles como un campeón.

¡Miradlo sacar sus notas,
 mirad con qué decisión
 se saca todas las tizas
 que carga en el pantalón!;
 ¡mirad el gesto resuelto
 con que de un solo tirón,

echando mano del termo
le quita al termo el tapón
y observad con cuántas ganas
se empina el termo en cuestión!
¡Y cómo distiende el forro
de la silla de extensión
y cómo despliega el caucho
y agarra el libro marrón!
y en la actitud del que lee
con sostenida atención,
¡se queda toda la noche
durmiendo como un lirón!

SE DESPIDE DON LIBORIO O EL CRONISTA VA A UN VELORIO

La muerte de don Liborio
Mascaburro y Colalzada
fue antenoche celebrada
con un rumboso velorio.

La elegante recepción
comenzó a las nueve en punto,
hora en que el culto difunto
pasó a ocupar el cajón.

Este fue muy elogiado
con frases harto halagüeñas
para el gusto del finado,
su señora y sus pequeñas.

Me impresionó la belleza
con que en una sola pieza
se mezclaron en sus chapas
—como el queso y las cachapas—
la elegancia y la tristeza.

Algo que estuvo exquisito
constituyendo un acierto,
fue el juego de ver si el muerto
había quedado igualito.

Hubo los clásicos tacos
de chocolate y bizcochos,
además de unos tabacos
achataados y retacos
como si fueran morochos.

A propósito del caso,
en los velorios de ahora
hay juegos que yo no paso
ni tampoco mi señora.

Por ejemplo, el del intruso
que en un momento confuso
se da al fogón su escapada
con el fin de hacer mal uso
de la comida guardada,
¡eso no es deporte nada,
eso lo que es es abuso!

O los juegos agresivos
como los de algunos vivos
que por hacer de ocurrentes
obsequian a los dolientes
con tabacos explosivos.

Pero el velorio de anoche
—lo expreso muy complacido—
fue un auténtico derroche
del chiste bien entendido.

En fin, que sin menoscabo
de lo fino y lo decente,
cortaron oreja y rabo
como dicen vulgarmente.

VERBOS IRREGULARES*

Estos son unos verbos que, a paso de tortuga,
yo conjugo,
tú conjugas,
él conjuga ...

Como sin garantía todo el mundo se inhibe,
yo no escribo,
tú no escribes,
él no escribe.

Sino mil tonterías que, de modo evidente,
yo no siento,
tú no sientes,
él no siente.

Pues de escribir las cosas que uno tiene en el seso,
yo voy preso,
tú vas preso,
él va preso.

* Estos versos fueron escritos en 1945, pero siguen tan de actualidad como el primer día.

O, rumbo al frío Norte, París o Gran Bretaña,
yo me extraño,
tú te extrañas,
él se extraña.

Y por eso, temiendo que nos cojan la falla,
yo me callo,
tú te callas,
él se calla.

Moraleja: Por la ley del chivato, que es una ley eterna,
yo gobierno,
tú gobiernas,
él gobierna.

¿VERDAD QUE LOS CARAQUEÑOS PARECE QUE HABLAN EN SUEÑOS?

¡Qué formas tan pintorescas
son nuestras formas de hablar!
Para decirnos dos cosas
que en cualquier otro lugar
se dicen directamente
con dos palabras no más,
aquí estamos media hora
tratando de concretar,
y el pavoroso enredijo
que nos formamos es tal,
que el que nos está escuchando
no entiende ni la mitad,
ni nosotros entendemos
lo que él nos quiere explicar.
Y si quieren una muestra
de nuestros modos de hablar,
acomoden las orejas,
que allí van:

—Yo, chico, hablé con el hombre
y él me dijo que si tal
que si qué sé yo qué cosa,
que si yo no sé qué más,

que si esto, que si lo otro,
 que si lo de más allá,
 que si patatín, que si patatán...
 ¡Bueno, puej, me volvió loco
 con ese tronco'e macán!

Pero yo le eché coraje
 y le dije: para guan,
 si usted me viene con curvas
 que si tal, que si cual
 y que yo no sé qué más,
 conmigo está bueno, puej,
 ¡porque conmigo qué va!

Si él me dice en un principio:
 «Mira, Pedro, ven acá,
 yo vengo a tal y tal cosa,
 pero tal y tal y tal»,
 pues entonces, qué carrizo,
 ¿pero así? ¡No oh, qué va!

Y así como habla ese tipo
 que acabamos de escuchar,
 así hablamos casi todos
 en la Caracas actual:
 un montón de frases mochas,
 alguno que otro refrán,
 cien mil mentadas de madre
 y el resto, ni hablar, ni hablar.

¡AY, QUÉ RICO!

Son las niñas que vienen de Caracas...
Vienen al pueblo a hacerse las turistas;
andan en pantalones, toman «vistas»
y les tiran piedritas a las vacas.

Con cierta entonación de guacharacas
dicen que las dislocan los arpistas,
y entran a los comercios minoristas
preguntando por loros y maracas.

Por la tarde se van, con las melenas
adornadas con ramas y cayenas
que botarán después por el camino.

Y al bajar en la próxima parada
—«tú sabes, para no llegar sin nada»
se compran medio kilo de cochino.

ARROCERAS

A Cecilia y a Pilar,
mis dos vecinas de enfrente,
las llaman «patacalientes»
por su afición a bailar.

Cuando no por celebrar
el santo de Fulanito,
es... por lo que importa un pito,
lo cierto es que estas hermanas
no se pasan dos semanas
sin montar un arrocito.

Hay que ver ese trajín
de Cecilia y de Pilar
cuando empiezan a arreglar
la casa para el festín.

Casa de pobres al fin,
no tiene grandes salones
pero ellas, sin más cuestiones,
resuelven lo del tamaño
trasladando para el baño
las camas y los colchones.

Mientras esta lava el suelo
aquella cuida, hacendosa,
que esté el dulce de lechosa,
a punto de caramelo;
después se arreglan el pelo
las dos, y van en carrera
rogándole a Dios que quiera
el pulpero de la esquina
ponerles la gelatina
por un rato en la nevera.

Lleno todo requisito
y abiertas ya las ventanas,
las pimientosas hermanas
comienzan el arrocito:
un «pickup» a todo grito
y lo demás es bailar...
De vez en cuando a Pilar
se la escucha entre el jaleo:
—¡Si se va don Servideo
yo me voy a disgustar!

Y así transcurre la fiesta
sin grandes complicaciones,
salvo algunas ocasiones
en que un vecino protesta
y un borracho le contesta
con algunas groserías...
Después, las vecinas mías
amanecen «de a centavo»,
pensando en sacarse el clavo
con las botellas vacías...

AMOR, CUANDO YO MUERA...

Amor, cuando yo muera no te vistas de viuda,
ni llores sacudiéndote como quien estornuda,
ni sufras «pataletas» que al vecindario alarmen
ni para prevenirlas compres gotas del Carmen.

No te sientes al lado de mi cajón mortuorio
usando a tus cuñadas como reclinatorio;
y cuando alguien, amada, se acerque a darte el pésame,
no te le abras de brazos en actitud de ¡bésame!

Hazte, amada, la sorda cuando algún güelefrito
dictamine observándome, que he quedado igualito.
Y hazte la que no oye, ni comprende, ni mira,
cuando alguno comente que parece mentira.

Amor, cuando yo muera no te vistas de viuda.
Yo quiero ser un muerto como los de Neruda;
y, por tanto, amada, no te enlutes ni llores.
¡Eso es para los muertos estilo Julio Flórez!

No se te ocurra, amada, formar la gran «llorona»
cada vez que te anuncien que llegó una corona;
pero tampoco vayas a salir de indiscreta
a curiosear el nombre que tiene la tarjeta.

No me grites, amada, que te lleve conmigo
y que sin mí te quedas como en «Tomo y obligo»,
ni vayas a ponerte, con la voz desgarrada,
a divulgar detalles de mi vida privada.

Amor, cuando yo muera no hagas lo que hacen todas;
no copies sus estilos, no repitas sus modas.
Que aunque en nieblas de olvido quede mi nombre extinto,
¡sepa al menos el mundo que fui un muerto distinto!

AL NAZARENO DE SAN PABLO

Tú que fuiste, Señor, tan dulce y bueno,
y que tan noble corazón tuviste;
tú que consuelo le brindaste al triste
y el dolor tuyo hiciste del ajeno.

Tú que en nieve trocaste el torvo cieno
y en dulce vino el agua convertiste,
y en premio a tanto amor como el que diste
te dieron una cruz, ¡oh Nazareno!

Vuelve ahora a nosotros tu mirada
y si tu corazón aún se apiada
por lo que el hombre sufre y lo que llora.

Entonces, ¡oh, Jesús!, en esta hora
nuestro clamor escucha y nuestros lecos.
¡Y líbranos, Señor, de los adecos!

PROFESIÓN DE BANQUERO

Extraña profesión la del banquero:
dibujar lagartijas en billetes,
comerse puntualmente su tabaco
y pinchar con su pluma entomológica
los números servidos a su mesa.

Instalado en su silla vaticana
pellizca aquí y allá menudas cifras
o bien al escuchar la trompetilla
que le tira un audífono privado,
asume una actitud de esbelto brindis
y se bebe el teléfono de un trago.

Extraña profesión la del banquero:
ponerse bicicletas en los ojos,
limpiarlas cuando llega otro banquero
con su gentil pañuelo junto al cual
lleva también un corazón Luis XV,
o ponerse a decir cosas aseadísimas
con ademanes propios de conejo
ante una dactilógrafa de vidrio
que se sienta ante él como una etcétera.

A las once el banquero toca el timbre,
pues es la hora de tener jaqueca

y de la caja fuerte saca una
píldora de importancia y se la toma.
¡Qué extraña profesión la del banquero!
pinchar con su estilográfica las cifras
como exquisitas presas de ensalada
y en casi maternales cucharadas,
dárselas de comer a la chequera.

HISTORIA NATURAL CONTADA POR CARLOTA

La tara tiene vocación de carreta,
aunque su actual ocupación es la soldadura autógena.
La cerbatana se consume de sufrimiento por el hijo,
pero no lo perdona.

Ciertas maripositas acaban de salir de misa de cinco.
El sapo no se ha acabado de vestir.
Y hay hormigas que andan preguntándose
[atolondradamente:
—¿Será por aquí? ¿Será por aquí? ¿Será por aquí?

La rana es el corazón del agua.
¿Y quién dice que el alacrán no es un invento bélico de
[Leonardo?

El cigarrón es fogonero de una locomotora.
Y la libélula duda entre si estudia química o se casa.

La abeja recomienda, para la gripe, el uso del *sweater*
y próximamente se le va a casar una hija
que en seguida se pondrá como ella.

Las arañas tienen la mano en la mejilla.
¿Cuántas cosas no caben en ese bolso de señora
que llevan debajo del brazo las gallinas?

Los pichones de paloma en camiseta
 pasaron muy mala noche y piensan si se afeitan o no.
 Los pavos se pusieron un saco vacío por la cabeza
 y las gallinetas un ajustado vestidito de mangas largas.
 (¡Ay!, estamos de luto —dicen—, pero eso no impide
 que nos siga gustando hablar de la vida ajena).

Los conejos no cesan de preguntarse qué pasa, qué pasa,
 ni las lechuzas de tener las manos en el bolsillo.
 El hipopótamo se mete en el agua
 y al cabo rato sale para que lo toquen a ver si ya está
 [blandito.

Todas estas locuras
 me las dice Carlota,
 un morrocoy que para no aburrirse,
 se distrae escribiendo sus memorias.

Cada mañana sale por el campo,
 como un viejito, a saludar las cosas;
 orienta a las hormigas extraviadas,
 lee algunas noticias en las hojas
 y después de indagar si la lechuza
 sigue con las parótidas
 y si el gusano medidor ya puede
 caminar sin muletas, ve la hora,
 lo piensa, lo repiensa, y al fin vuelve
 a meterse en su concha.

Tiene allí un libro de Samain
 y tiene una mesita coja,
 ante la cual, en mangas de camisa,

y con sus anteojitos, se acomoda
y, a la luz de una vela,
de todo lo que ha visto toma nota.

Y algún día, tal vez de aquí a cien años,
saldrá a la luz el libro de Carlota.
Carlota para entonces se habrá muerto
y a otro quizá se atribuirá su obra,
mas cada vez que un niño
se ría de leer tan lindas cosas,
habrá un rumor de mariposas blancas
en el lírico túnel de su concha.

SENCILLAMENTE LÍRICOS

DEDICATORIA

Cuando yo digo el nombre de María,
que para mí es la voz del agua clara,
es como si a los campos me asomara
con la mano de un niño entre la mía.

Porque su nombre es campo en lejanía
con mastranteros de fragante vara,
y ella en las manos lleva y en la cara
los olores suavísimos del día.

Así pues fue el amor, sencillamente,
quien su nombre inscribió sobre mi frente
con cinco letras de melancolía.

Y no es mi voz sino el amor quien canta
como espiga sonora en mi garganta
cuando yo digo el nombre de María.

MUCHACHAS BAJO LA LLUVIA

Muchachas que pasáis bajo la lluvia
con campanitas de agua en el cabello;
niñas de la actitud samaritana
que lleváis levantados los cuadernos
como para que el agua milagrosa
su inocente canción escriba en ellos.

Muchachas que ofrecéis vuestras mejillas
al fauno picarón del aguacero;
frutales niñas que cruzáis la tarde
de trenzas largas y uniforme nuevo:
¡Con qué gusto romántico os daría
mi corazón envuelto en un pañuelo!

A ti, delgada niña que transitas
con paso saltarín de minuterero,
te pondría esta flor de mi solapa
—sombriilla vegetal— entre los dedos.

Y tú, la de la capa y verde gorro
de enanito de cuento,
en una torre de ajedrez podrías vivir
mientras escampa el aguacero.

Oh niñas que pasáis bajo la lluvia,
mojados pajaritos del buen tiempo,
¡venid, que en barco de papel nos vamos
a jugar con la lluvia por los puertos!

BALADA DE HANS Y JENNY

a María Teresa Castillo

Verdaderamente, nunca fue tan claro el amor como cuando Hans Christian Andersen amó a Jenny Lind, el Ruiseñor de Suecia.

Hans y Jenny eran soñadores y hermosos, y su amor compartían como dos colegiales comparten sus almendras.

Amar a Jenny era como ir comiéndose una manzana bajo la lluvia. Era estar en el campo y descubrir que hoy amanecieron maduras las cerezas.

Hans solía contarle fantásticas historias del tiempo en que los témpanos eran los grandes osos del mar y cuando venía la primavera, él le cubría con silvestres tusílagos las trenzas.

La mirada de Jenny poblaba de dominicales colores el paisaje. Bien pudo Jenny Lind haber nacido en una caja de acuarelas.

Hans tenía una caja de música en el corazón, y una pipa de espuma de mar, que Jenny le diera.

A veces los dos salían de viaje por rumbos distintos. Pero seguían amándose en el encuentro de las cosas menudas de la tierra.

Por ejemplo, Hans reconocía y amaba a Jenny en la transparencia de las fuentes y en la mirada de los niños y en las hojas secas.

Jenny reconocía y amaba a Hans en las barbas de los mendigos, y en el perfume del pan tierno y en las más humildes monedas.

Porque el amor de Hans y Jenny era íntimo y dulce como el primer día de invierno en la escuela.

Jenny cantaba las antiguas baladas nórdicas con infinita tristeza.

Una vez la escucharon unos estudiantes americanos, y por la noche todos lloraron de ternura sobre un mapa de Suecia.

Y es que cuando Jenny cantaba, era el amor de Hans lo que cantaba en ella.

Una vez hizo Hans un largo viaje y a los cinco años estuvo de vuelta.

Y fue a ver a su Jenny y la encontró sentada, juntas las manos, en la actitud tranquila de una muchacha ciega.

Jenny estaba casada y tenía dos niños sencillamente hermosos como ella.

Pero Hans siguió amándola hasta la muerte, en su pipa de espuma y en la llegada del otoño y en el color de las frambuesas.

Y siguió Jenny amando a Hans en los ojos de los mendigos y en las más humildes monedas.

Porque verdaderamente, nunca fue tan claro el amor como cuando Hans Christian Andersen amó a Jenny Lind, el Ruiseñor de Suecia.

ELEGÍA A LA DULCERA DE SOCIEDAD

—¿Qué se habrá hecho la dulcera
de la esquina de Sociedad,
con su gorra de cocinera
y su esponjado delantal
y su azafate que por fuera
tenía tanto de vitral,
y que por dentro el gozo era
de nuestra hambrienta capital,
con sus tortas tipo burrera
y sus tajadas de manjar
y sus esféricos coquitos
que parecían de cristal?

¿Qué se habrá hecho la dulcera
de la esquina de Sociedad,
que se pasó la vida entera
junto al lugar donde estuviera
en otro tiempo el City Bank?

Brava, locuaz, dicharachera,
rica de pintoricidad,
fue, sin que nunca lo supiera,
un tipo de esos que le dan
a la ciudad su verdadera

categoría de ciudad:
¡rolliza estampa callejera
de Dulcinea popular,
como mejor nunca se viera
ni en la pintura de Lovera
ni en los sainetes de Guinán!

¿Qué se habrá hecho la dulcera
de la esquina de Sociedad,
la que dejó tan hondas huellas
en nuestro criollo paladar
con las grandes tortas aquellas
de majestad episcopal
tan parecidas a su dueña,
y que de haber podido hablar
hablado hubieran, como ella,
un rudo inglés de Trinidad?

Aunque de más de una manera
—excepción hecha de su hablar—
más caraqueña y criolla era
que las criollísimas chiveras
de la parroquia de San Juan,
de vez en cuando a las seseras
se le subía Trinidad,
y de sus fibras patrioteras
daba muestras más severas
no vendiéndoles sino a
los estirados y corteses
americanos medio ingleses
del Royal Bank of Canadá.

(Y una tarde, tarde cualquiera,
 y procedente de la acera
 de la antigua universidad,
 se presentó una periquera
 de San Francisco a Sociedad.
 Y amenazada la dulcera
 de ser tumbada en la carrera
 que la arrollaba sin piedad,
 no se movió de allí siquiera,
 sino se irguió grave y severa
 con la más alta dignidad,
 y en la británica bandera
 embojotó su humanidad.)

¿Qué se habrá hecho la dulcera
 de la esquina de Sociedad?
 Yo no lo sé, mas dondequiera
 que se haya ido a refugiar,
 sepa que aún queda un poeta
 —tal vez el último juglar—
 que dejara su actual dieta
 que es casi toda de galleta
 de la más dura de mascar,
 para en alguna tarde quieta
 volver sus dulces a probar.

BOLÍVAR EN UN LIBRO DE LECTURA

Cuando en su esbelta alfajía
surge la aurora mojada
para tender su mirada
sobre los campos del día,
y en la temprana herrería
despierta el yunque cantor,
porque habla en lengua de amor
y por claro y por fecundo,
se llama entonces el mundo
Bolívar Libertador.

Cuando obediente al anzuelo
derrama el mar en la orilla
sobre la arena amarilla
sus pescaditos de hielo,
porque no es otro su anhelo
que dar de sí lo mejor,
un nombre tiene de honor
y un apellido ese mar:
lo llama el aire al pasar
Bolívar Libertador.

Cuando al rescoldo tranquilo
de su cesto de costuras,

mi madre borda blancuras
con sus estambres en vilo,
y palomillas de hilo
vuelan a su alrededor,
ese universo de amor
a que entonces pertenece,
se llama, pues lo merece,
Bolívar Libertador.

Cuando el aguacero frío
sus rotas cántaras vierte
y en toronjiles convierte
las candelas del estío;
cuando la tierra es plantío
con altas yerbas de olor,
ese tiempo labrador
que abril cantando inaugura,
se llama por su hermosura
Bolívar Libertador.

Mi patria y sus caseríos,
sus petróleos torrenciales,
sus comarcas vegetales
y su tumulto de ríos,
salinas y labrantíos,
animales de labor,
llanto, júbilo y sudor
de esta tierra y de su gente,
se llaman sencillamente
Bolívar Libertador.

MUERTE DEL GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA

Era un río nocturno, y junto al río
pasaba un tren muriéndose de frío.

Era el arco de un puente, y por el puente
corría un largo tren hacia el poniente.

Condecorando el mundo de pañuelos,
fumando nubes, mensurando cielos.

¡Oh! Quién a la distancia,
¡quién te volviera a ver, tren de mi infancia!

ELEGÍA AL BARRIO EL CENIZO

¡Callejón de El Cenizo!
Callejón que a los ojos de
mi infancia revelaste el hechizo
que alojan, sin jactancia,
las cosas que no tienen importancia.

Se aproxima tu ocaso,
y yo, asisto a tu adiós con el esplín
con que tú, paso a paso,
seguiste hasta su fin
la juventud de Aurora Dubaín.

Mas sabes que, como ella,
los que una vez te vieron no te olvidan.
Tu recuerdo y su huella
más bien se consolidan
mientras los años más los intimidan.

Con tu ciega de tango,
tus perros, tu detal de pan isleño
y tus niños sin rango,
trunfaste en el empeño
de hacer de mí un cantor de lo pequeño.

De tu quietud avaro,
jamás cruzó tus noches sino el viento,
y con ellas, al claro de luna de cuento,
¡me volviste un romántico irredento!

Y he aquí que de pronto
la mano del progreso te hace trizas
y caes como un tonto
viendo, en tanto agonizas,
que de Cenizo pasas a cenizas.

Y sobre cuanto fueras
alzará un puente su potente giba
con sus líneas severas
y con su comitiva
de zoquetes que escupen desde arriba...

¡Tú debajo de un puente!
Tú ejerciendo funciones de quebrada y
en barranco indecente
tu calle transformada.
¡Cenizo, ya lo ves, no somos nada!

MARÍA

María se pone todos los días a las 2 p.m.
un dedal de oro para remendarle la ropa a sus hijos.
Ese dedal lo traía ya puesto cuando nació.

Ella está hecha de hilo blanco.
Ella está siempre sentada a su máquina de coser
[remendándole el corazón a uno.
Ella se levanta majestuosamente de su silla de magnífica
[señora
y todos nos deslumbramos ante su imperiosa presencia.
María se sirve a sí misma en un plato de dulce
y todos nos sentimos como arrepentidos de
estar vivos, cuando ella se nos acerca,
porque María nos va a matar con su
presencia, señores.

Todos mis amigos están enamorados más o menos
de María
y yo también.
Qué bonita es esa dama cuando sale a recibir
a una visita
y de tal manera le da los buenos días
que a uno le dan ganas de contestarle: Buenos
días, María.

María es absolutamente niña
cuando está desnuda a uno le da vergüenza
su desnudez.

Siempre está recién nacida.

María desnuda es más indefensa
que una estrella,
con sus magníficas nalgas como duraznos
con su vientre de madre
y sus piernas pedidas a la pastelería
y su barriga donde viven todos los niños
de Vietnam.

Yo a veces le beso los pies a esta
mujer, que cayó rendida por el sueño
y por eso ella anda como de puntillas,
para no pisar los besos que yo he
distribuido equitativamente entre sus dos pies.

A María le gustan las rosas,
He aquí por qué yo me deshago a los pies
de esta mujer, y ella camina por sobre mis pétalos.

María es una máquina antigua de moler violetas.
Cuando uno se está muriendo de sed,
no hay más que darle un beso
a una palabra de María.

Es firme, es peleadora, es agresiva
para todo lo que implique injusticia.
Y sin embargo, nunca he sabido de
nadie que le resulte tan grato a
todo el mundo.

Por lo menos tres de mis amigos están enamorados de María.

Yo estoy algo más que enamorado de esta mujer; yo estoy integrado a ella. Hemos pasado más de 25 años juntos, y todavía sigo yo sin creer el haber logrado semejante adquisición.

Hombres ilustres y famosos que alguna vez pasaron a nuestro lado, se quedaron prendados de la personalidad de María: Juan Bosch simplemente la adora. Manuel Rojas, en una de sus últimas conferencias, la llamó «mi hijita», y una de las familias más ilustres de nuestra patria, una de esas que deciden el rumbo histórico del país —la familia Camejo Octavio— aprecia a María como una víscera de la familia.

POLO DOLIENTE

a Antonio Estévez

Aquí viene el muerto
de Marigüitar;
cuatro pescadores
lo van a enterrar.

Nació en un puerto, murió en el mar
y se llamaba Juan Salazar.

Aquí viene el muerto
de Marigüitar;
cuatro pescadores
lo van a enterrar.

Anoche, anoche salió a pescar.
Cantando anoche se dio a la mar.

Aquí viene el muerto
de Marigüitar;
cuatro pescadores
lo van a enterrar.

Partió cantando, y al aclarar
volvía muerto Juan Salazar.

Aquí viene el muerto
de Marigüitar;
cuatro pescadores
lo van a enterrar.

Lo amortajaron los del lugar
con su franela de parrandear.

Aquí viene el muerto
de Marigüitar;
cuatro pescadores
lo van a enterrar.

Y ya lo llevan a sepultar
en una caja sin cepillar.

Aquí viene el muerto
de Marigüitar;
cuatro pescadores
lo van a enterrar.

Mudas las gentes lo ven pasar.
Luego se quedan mirando el mar.

Aquí viene el muerto
de Marigüitar;
cuatro pescadores
lo van a enterrar.

Como un abrazo sin terminar
quedan los remos en alta mar.
En alta mar. En alta mar.

ELOGIO INFORMAL DE LA HALLACA

Pasadme el tenedor, dadme el cuchillo,
arrimadme aquel vaso de casquillo
y echadme un trago en él de vino claro,
que como un Pantagruel del Guarataro
voy a comerme el alma de Caracas,
encarnada esta vez en dos hallacas.

¡Ah, de solo mirarlas por encima
hasta un muerto se anima!
Regordetas, hinchonas, rozagantes,
dijérase al mirarlas tan brillantes
que para realzarles la vitola
las hubieran limpiado con Shinola;
a lo que agregaremos el hechizo
de un olor más sabroso que el carrizo.

Pero desenvolvamos la primera,
que ya mi pobre espíritu no espera.

Con destreza exquisita
corto en primer lugar la cabuyita
y con la exquisitez de quien despoja
de su manto a una virgen pliegue a pliegue,
levantándole voy hoja tras hoja,
cuidando de que nada se le pegue.

Hasta que, al fin, desnuda y sonrosada,
 surge como una rosa deshojada,
 relleno el corazón de tocineta
 y de restos avícolas repleta,
 mientras por sus arterias corre un guiso
 que levanta a un difunto, vulgo occiso.

Pero, ¿cómo olvidar las aceitunas
 que, no obstante sus pepas importunas
 (las que algunos escupen en el piso),
 le dan sazón al guiso?
 ¿Y la almendra, señores, y la pasa?

¿Y esa tela finísima de masa
 que de envoltura sírvele al relleno
 y cuando queda cruda es un veneno?

¡Oh divinas hallacas,
 aunque os tenga más de uno por dañinas,
 yo os quiero porque habláis de una Caracas
 de la que ya no quedan ni las ruinas!

TENDERAS DE LA PASCUA

¡Oh muchacha de tienda que te pasas el día
como una mariposa detrás del mostrador,
envolviendo raciones de pascual alegría
o edificando sueños en papel de color!

Tendera caraqueña, reina de los bazares,
musa de los juguetes, hada del comprador,
por ti los ramilletes de falsos azahares
conservan, tras del vidrio, su vigencia de flor.

Tu gracia es en la tienda la mejor mercancía,
y sin embargo, el dueño te trata al por mayor.
¡Qué sabe de estas cosas la sórdida jauría
que hace arrestar a un niño por un jabón de olor!

Porque si lo supieran, ese que está a tu lado
siguiéndote los pasos como un inquisidor,
sospechando una pérdida, ya hubiera preguntado:
¿de qué tela estampada se ha caído esta flor?

(¡Ah!, tonto que presume de vender cosas bellas
y para demostrarlo señala al maniquí)
¡Si esas cosas hablaran, cómo dirían ellas
que lo bello que tienen lo tomaron de ti!

Ahora que es diciembre, tiempo de la ternura,
tú que estás al servicio del buen San Nicolás,
ejercitas tus manos en la magistratura
de colorear los sueños, de novias y mamás.

De dar a las más simples y más vulgares cosas
aquel mágico toque de cinta y de papel,
que las compensa un poco de no ser tan valiosas
como las que empeñara por Colón, Isabel.

Las cosas que mañana se mostrará la gente
—iluminado el rostro con luz de Navidad—
sin que a nadie, muchacha, le pase por la mente
que te debe un poquito de su felicidad.

¡Oh!, muchacha de tienda, deliciosa criatura,
musa de los juguetes, madrina del bazar,
¡ponte un lazo de cinta roja por la cintura
y envuélvete en un sueño, que te voy a llevar!

LUGAR DE RESIDENCIA

Vivo en una manzana con mis hijos.
tenemos el amor por vecindario:
por el norte las albas del rocío,
por el sur las estrellas congeladas.

El frailejón nos toca los cabellos
con fraternales dedos, y las lluvias
bajan a nuestras sienes dulcemente
con un rumor de maternal alivio.

A veces un aroma nos visita
de antiguas cosas que ya no veremos;
alguien entorna entonces las ventanas,
y nuestras voces trémulas se apagan.

Pero el cielo de marzo es nuestro amigo
y desde su balcón de lentas nubes
un pañuelo de flores nos envía
y vuelve a ser domingo en nuestros ojos.

Pues somos habitantes jubilosos
de una casa secreta, una manzana,
donde solo el amor tiene cabida,
donde un cielo sin fin nos circunscribe.

No llega allí la muerte: un día un pájaro
sorberá el corazón de nuestra casa,
mas no conoceremos el olvido.
Seremos la sustancia de su vuelo.

UNOS NIÑOS

A ver el tren que llega
jadeante, fatigado
de andar dando silbidos
para alegrar los campos,
o colocando nubes
sobre los cielos mansos;
el tren de los viajeros
jubilosos de mayo,
en cuyas ventanillas
va el corazón viajando;
el tren que las colinas
remonta cabizbajo
por ir paciando flores
—¡oh lírico caballo!—;
el tren que escupe estrellas
y respira relámpagos,
a ver el tren dos niños
a la estación llegaron.

Por el andén pasean
cogidos de la mano
y luego, como absortos
se sientan en un banco.
El menor lleva una
varita de durazno,

y a medida que al otro
 le va todo explicando,
 en el aire con ella
 va como dibujándolo:
 «La máquina es oscura»
 «Los vagones son largos»

«El hombre que maneja se metió por debajo»...
 «¡Mira, tiene una gorra de capitán de barco!».

¡Oh lección inocente!
 ¡Tonto Libro Primario!
 Todo lo escucha el otro,
 pero sigue callado,
 los ojos en el cielo
 y en las piernas las manos.
 Es un ciego. Es un ciego,
 ¡un ciego de once años!,
 que del tren solo entiende
 lo que dice el silbato
 y la plástica simple
 que le dicta su hermano
 y que siempre es la misma
 sobre aquel mismo banco:
 él con los mismos ojos
 al cielo levantados,
 y el otro con la misma
 varita de durazno,
 como un arcángel pobre
 gestionando un milagro.

Cargado de alegría
se marcha el tren de mayo,
el tren que escupe estrenas
y respira relámpagos.
A su paso florecen
los pañuelitos blancos,
y por el niño ciego
que en silencio ha quedado,
va la locomotora
gimiendo por los campos.

ZOO DOMINICAL

Llevemos los niños al zoo
y aprenderán el secreto de los animales
el zoo es más barato que el cine
mucho más sentimental también,
y a todos nos gusta del mismo modo
que nos gustaría exprimir el tubo del dentífrico
para ver la salida del chorrillo súbito.

Elefante para ir a la escuela,
el canguro pintándose los labios,
el león se está fumando un tabaco,
el mono siempre tratando de ensartar una aguja,
el cisne stradivarius.

Hipopótamo cuasimodo subyacente,
vejez de Ana Pavlova el avestruz,
burro verdaderamente en calzoncillos la cebra,
el tigre aburrido de tanto ser tigre,
Mariano Picón Salas se parece a Mefistófeles,
Régulo Burelli Rivas usa bigote para cepillarse la sonrisa,
Pedro Emilio Coll royendo un chiste como un pedacito
[de queso.

La jirafa deshoja la flor de su adolescencia,
la jirafa evocación de la primera novia,
me provoca enamorarme de la jirafa.
Y por fin la ardilla enanito buscando a Blanca Nieves
dentro del corazón perfumado de las nueces.

Llevemos pues los niños al zoo
y serán poetas cuando estén grandes, ¿verdad Rosita?

INVOCACIÓN AL TRANVÍA

Tranvía de Caracas, buen tranvía
que te marchaste de la población,
con tu presencia de juguetería
y con tus campanitas de cordón...

Porque yo te recuerdo todavía
y te guardo sencilla devoción,
he resuelto escribirte esta elegía
así, por no dejar, sin son ni ton...

Elegía muy tierna que te traje
desde los viejos cables del paisaje
donde —memoria musical— persistes.

Y que escribo en el polvo que te cubre
porque yo soy un tonto y está octubre
como para decir cosas muy tristes.

EL CALVARIO

Se está acabando el viejo paseo de El Calvario:
como un tumor maligno lo roe la erosión;
de sus claros jardines, de su oloroso herbario,
solo quedan chamizas en triste confusión.

De amores juveniles romántico escenario,
con él se muere un poco de nuestro corazón:
¿quién no paseó sus frondas de parque octogenario
con su novia y una cámara de cajón?

¡Oh, parque antaño, digno de los impresionistas!,
¿a dónde irán ahora tus pueriles turistas,
los que comían gofios junto al viejo Colón?

Tú fuiste, a la vera del bullicio, un remanso,
descansa en paz. Y cuiden por siempre tu descanso
los leones del Arco de la Federación.

HOMBRE Y PAN

Un hombre come un pedazo de pan sentado en un quicio.
El hombre y su pedazo de pan conversando

[amistosamente en voz baja.

Ese hombre y ese pedazo de pan son hermanos.

Ese pedazo de pan y ese hombre se quieren

[silenciosamente como un perro y su amo.

El hombre come entre largas pausas su pedazo de pan.

Es decir, cada cierto tiempo luego de pensar alguna cosa

[sin importancia.

El hombre toma su corazón en la mano y le da un beso.

Siempre hay un alma buena que le regale un pedazo de

[pan a uno.

Tome, señor, y mira, perro, es lo mismo.

Para los efectos de ver a un hombre ahí sentado no

[digamos que triste. No:

ni siquiera triste ni nada, sino ahí sentado, ahí domado,

[ahí amansado, ahí,

ahí, sentadito comiéndose tranquilamente su pedazo de

[cansancio a la puerta del cine,

y adentro la ciudad viendo la misma película de amor.

MOZART COMESTIBLE

Nadie sabía que el pobre Mozart tenía sus bolsillos llenos de monedas de oro.

El pobre hombre se quitaba cada noche sus desventurados pantalones, y al sacárselos caían al suelo las tintineantes monedas. Pero como su esposa era medio sorda, creía que se trataba de monedas de plomo.

La señora de Wolfgang Amadeus Mozart era muy
[rigurosa en sus costumbres.

Pensaba sinceramente que las heridas de aquel tan elegante corazón se cerrarían con curitas Johnson.

Y se las aplicaba inútilmente cada noche, mientras el hermoso corazón de Mozart se desangraba en silencio, como si dijéramos una botella de jarabe que se le quiebra a uno secretamente en la bolsa de las compras.

Mozart tenía muy mal carácter, muy mala memoria y muy mala suerte.

Especialmente una vista pésima.

Un día se subió en una nube creyendo que era el autobús.

Otra vez mirando salir en sucesivo vuelo unas palomas de un palomar, se puso a gritar en plena calle: ¡Epa, epa, se están escapando los guantes!

Era un hombre muy hermoso y según se dice se alimentaba con medias de seda.

Era muy descuidado también, a la hora del baño se tragaba el jabón creyendo que era una almendra.

Una vez a Mozart los policías lo pusieron manos arriba, porque al pedirle su cédula de identidad les presentó una rosa.

Mozart era muy mal educado: en las recepciones se comía el perfume de las señoras y les besaba la ropa en público.

El día que murió Mozart estaba nevando,
y sus amigos en vez de enterrarlo decidieron comérselo
[como un mantecado.

Y como está comprobado que los helados se comen con la boca especial del amor,

llegamos a la conclusión de que Mozart no existe sino en los labios de los enamorados, y eso si es domingo.

A MOZART, DE UNO DE SUS DOLIENTES

Mozart, con tu peluca de seda estrellada por el rocío,
con tu solemne cara de tonto,
con tus lindos zapatos de papel plateado
y tu piano como una gran caja de chcolaticos recién abierta.
Mozart, pequeña gota de perfume sobre mis párpados,
con tu niñez de oro paseándose por entre deslumbrantes
[espejos,
Mozart, mi pobre niño prisionero de las magníficas
[vitrinas,
¡mira, Mozart, a nadie le falta Dios en este mundo!,
y yo soy entre los dos o tres voluntarios que ese día
[asistieron
a tu deplorable funeral,
tal vez el único en saber dónde fue por fin que te enterraron.
No venderé ese secreto por menos de un centavo,
no se lo confiaré a nadie salvo que me remunere la
[moneda de
oro que insistentemente me reclaman los empresarios de
[pompas
fúnebres por el miserable ataúd comprado a crédito en que
[te enterraron.

RAFAEL PINEDA LE PRESTA SU CAMISA A BOLÍVAR

Todos los días pasas por mi casa soltando una rutilante cantidad de malas palabras y declaraciones de amor a la puerta de mi frente.

Subido a tu caballo de plata vienes, de casa en casa, dándole a cada uno como rosas tu poquito de sufrimiento.

Manuelita no hallaba qué hacer ahogada en lágrimas como estaba en esos días; y yo también, como les consta a algunos, en esa horrenda tarde de tan hermoso dolor me comí casi todos los pañuelos.

Último besamanos de tu pasado, hablábamos un fluidísimo francés, Simón Bolívar con tu alma poblada de pianos.

Simón Bolívar, padre culpable de mi sangre, padre de mis ojos, cómo abandonarte, hijo mío, cómo, si cada vez que mi madre contempla el horizonte de Caracas ahí estás tú, reclinada tu última reserva de derrota sobre los hombros de Rafael Pineda, tan tan solo 1827.

Nunca olvidaremos pues ese instante de varonía suprema en que nuestro amadísimo y diligente Rafael, habiendo galantemente besado una hoja de las que pisó tu caballo, se arrancó los colores de su camisa como quien se despoja el cuerpo de un cuaderno de mariposas.

Y a condición de que el amor te acompañe en la muerte,
te la concede a título de préstamo, para que llegues bien
vestido a tu cielo especial, querido amigo Simón Bolívar.

SOCIEDAD DE CONSUMO

Ahora todas las cosas compradas se echan a perder antes de los cinco días; y no le podemos reclamar a nadie.

Ni el departamento de reparaciones funciona, de modo que nuestra casa va día a día llenándose de cosas lisiadas, de radios tartamudos, de cámaras fotográficas ciegas, de sentimientos que vinieron equivocados de fábrica.

De melancólicas sillas rotas que andan por toda la casa pidiendo limosna con su muleta debajo del brazo, de ganas de vivir que se frustran dada la pésima calidad de las baterías.

Usted no sabe lo lamentable que es dormir en una almohada a la que se le botan los sueños.

O a cada despertar tener que apresuradamente saltar a correr las cortinas para evitar que a la única ventana se le siga botando el paisaje.

No sé cómo llegué el otro día a la estación de servicio, pues resulta que a lo largo de todo el viaje se me había venido botando la vida por el camino sin darme cuenta.

En los basureros de las ciudades hay cantidad de infelices que viven de las cosas que se les botan a otros; de lo que el tiempo va acumulando de las casas a las que se les botan los recuerdos.

De amantes, por ejemplo, a los que por lo mal tapado del corazón, se les bota el amor; o de solitarias mujeres a cuya desolada memoria se les botan los recuerdos.

Nosotros, los solitarios transeúntes de la noche nos ocupamos en recoger esas materias de desecho para tener algo de qué vivir, bajo este miserable cielo de tan mala calidad que se le botan las estrellas.

Ni siquiera nos queda el recurso de morir para de algún modo escapar a este infierno en el que sin merecerlo nos encerró vivos el sistema de la libre empresa, porque nos sobrecoge el temor de que vayamos a parar a uno de esos cementerios, cuya primera cuota pagamos con tanto esfuerzo y entusiasmo y resultan ser de tan pésima calidad que a los 3 o 4 días de enterrados ya empiezan a botárseles los muertos.

LA ALMOHADA

A los tres días de comprada me di cuenta de que a la almohada que me vendieron por cuotas se le botaban los sueños.

A los pocos días de comprado este apartamento me di cuenta de que por sus ventanas se le botaba mi vida.

Me enamoré de una mujer a la que se le botaban mis palabras por todas las grietas de su corazón echado a perder.

Me hice poner un corazón nuevo y a los pocos días se le salían mis sentimientos, y se me iban botando por las calles.

Me compré una juventud de transistores fabricada en Japón y apenas estrenada me di cuenta de que por ella se me iban botando los años.

Me subí en el autobús para ir a mi casa y a poco el chofer nos dijo que debíamos bajarnos todos porque se le estaban botando los pasajeros.

Me morí de tan fastidiado que estaba y resultó que al cementerio se le estaban botando los muertos.

Yo no puedo ver una flor sin que se me boten las lágrimas.
Ni un paisaje sin que se me boten los ojos.

Cada noche llega una hora en que se me botan los pantalones y como digo, me reclino sobre una almohada a la que se le botan los sueños...

MÉTODO PRÁCTICO PARA APRENDER A LEER EN VII LECCIONES MUSICALES CON ACOMPAÑAMIENTO DE GOTAS DE AGUA

LECCIÓN I

MAMA

m-a-m-a

ma-má

Mi mamá es alta y blanca como la luna. Y la luna tiene una cofia como mi mamá.

Mi mamá me pone todas las noches un ángel de azúcar candy bajo la almohada.

Todas las mañanas mi mamá suelta un pajarito azul que tiene escondido entre sus manos.

Mi mamá canta bajito como la lluvia menor sobre las hojas y como la máquina de coser.

LECCIÓN II

PAPA

p-a-p-a

pa-pá

Mi papá era Simbad el Marino.

Mi papá tiene un barco de vela y un tren. Y un caballo blanco de general. Y un cinturón de hebilla de plata.

Mi papá es cazador y el tuyo no.
Mi papá me trajo del bosque una mariposa verdeazulmar
y un arcoíris chiquito que encontró desnudo en el fondo
del río.
La voz de mi papá es como el viento entre los pinos.

LECCIÓN III

NENE

n-e-n-e

ne-né

Nené tiene una almohadita de uñitas rosadas.
Los piecitos del nené son buñuelos y pañales celestes que
Santa Catalina del delantal blanco reparte entre los ángeles.
Nené tiene un cochecito azul de estambre y nieve.

LECCIÓN IV

CONEJITO

c-o-n-e-j-i-t-o

co-ne-ji-to

En vez de querubines, la Virgen está rodeada de conejitos.
Los conejitos salen en el alba de sus casitas de nube y se
ponen a jugar con los piecitos del Niño Jesús.

LECCIÓN V

CANARIO

c-a-n-a-r-i-o

ca-na-rio

El canario tiene un río pequeñito en la garganta.
Por las mañanitas, los canarios se llaman membrillos.
Los canarios tienen zapatillas de cristal y taconcito alto,
como los de la Cenicienta.

LECCIÓN VI

DEDAL

d-e-d-a-1

de-dal

La niña rubia bebe agua del pozo en un dedalito de plata.
El dedal es una campanita que se oye sonar en el fondo del
aljibe. Y un hada madrina de azúcar la toca con su varita
mágica en el corazón de cada naranja.

¡Dedal! ¡Dedalín!

LECCIÓN VII

LINO

l-i-n-o

li-no

El agua que por la tarde se desborda de la fuente, se llama
[lino.

La brisa enreda en las espigas sus cabellos de lino.

Las canas de Doñana son de lino.

Las gacelas y los cervatillos se hacen de lino.

ANIVERSARIO DEL COLOR

*a Isaac Pardo, doctor en zoología
sentimental, a sus pajaritas de papel, dedico.*

Enfermo de leyenda y lejanía
me moriré de bruma
cualquier día;
mar en mi propio límite, redondo,
con náufragos podridos
—mar sin fondo
de mí, perdido, en mí—
sin otro mundo
que el faro y su lucero moribundo
y yo con él:
leyenda, bruma, nada.
Muriéndome de mar y madrugada.

RETABLILLO DE NAVIDAD

De su esposo en compañía,
soñolienta, y fatigada,
por ver si les dan posada
toca en las puertas María.
Él le dice: —Esposa mía, ten calma, vamos a ver...
Nos abrirán al saber
que te encuentras en estado,
y un lecho busca prestado tu Niño para nacer.

Pues tiembla la Virgen bella,
él se quita en el camino
su paltocito de lino
para ofrecérselo a ella.
—Vaya mi linda doncella
con este manto abrigada
—dice con gracia forzada
mientras siente las diabluras
que hace el frío en las roturas
de su franela rayada.

De portón van en portón
suplicando humildemente
y en todas les da la gente
la misma contestación:

«Esta casa no es pensión»,
o «Cuánto van a pagar...».

Y en uno que otro lugar
hay quien al ver a María
dice alguna picardía
para hacerla sonrojar.

¡Qué pobrecitos que son!
¡Qué pena tan sin alivio!
todos tienen lecho tibio,
¡pero nadie corazón!
De cansancio y de aflicción
la Virgen se echa a llorar
y torna triste a mirar
que en la noche alta y desierta
la luna es como una puerta
que se abre de par en par.

A la casa de un pastor
van por fin José y María;
solo piden hostería
para que nazca el Señor.
Pero hay allí tanto amor
por los buenos peregrinos,
que la pastora sus linos,
abandona en el telar
y al punto les va a buscar
cuajadas, panes y vinos.

Ya la Virgen tiende el manto
sobre la yerba olorosa;
ya como delgada rosa
se dobla su cuerpo santo;
ya a través de un claro llanto
los ojos del buey la ven;
llora el burrito también...
Y la historia nos relata
que una estrella de hojalata
brilló esa noche en Belén.

RETABLO ARAGÜEÑO

Él conduciéndolo a pie,
ella en una burriquilla,
vienen llegando a La Villa
la Virgen y San José.

Flores de fino matiz
dejando a su paso van:
hoy pasaron por San Juan,
ayer salieron de Ortiz.

Cuando de andar y de andar
están ya muy fatigados,
llegando a Los Colorados
se sientan a descansar.

Ya casi al anochecer,
viniendo por el camino,
ven a un niño campesino
que un ángel resulta ser.

El niño viaja escotero;
la sierra cruzó temprano
lleva una flor en la mano
y un cocuyo en el sombrero.

Niño que muestras de Oriente
la estrella en el sombrerito
¿a dónde vas tan solito
por esos campos ingentes?

Les dice el niño al pasar:
—Ando en busca de María
que en la noche de este día
debe a La Villa llegar.

—Entonces no busques más
por este campo perdido,
pues yo soy, niño querido,
lo que tú buscando estás.

He venido a ti en pos
para anunciarte ¡Oh María!
que en la noche de este día
serás la Madre de Dios.

El aire se hace rumor
de espigas, flores y henos;
de María entre los senos
coloca el ángel la flor.

Ya el radiante parpadeo
de pascual lucero brilla;
ya el Niño nació en La Villa:
Gloria in Excelsis Deo.

ELEGÍA A UN ELEFANTE

Arco de Triunfo amable, fallecido
como un anciano tren ya derrumbado;
un juguete de pobre ha sollozado
y una estrella de azúcar ha caído.

Ha muerto el elefante: detenido
el cielo entre sus ojos ha quedado;
Pinocho y Gulliver han regresado
para llorar por él que está dormido.

San Pedrito de plata, dulce abuelo,
abre con tu llavín de caramelo
el huerto de inocentes pomarrosas,

que el niño grande se ha dormido y sube:
el cuerpo: gavia gris, henchida nube;
la trompa, respirando mariposas.

POEMA RIGUROSAMENTE PARROQUIAL

Un día —cualquier día— sin meditarlo mucho,
cansado de hacer versos cogeré mi morral
y en busca de sosiego me marcharé a un pueblucho
donde nunca suceda nada trascendental;
donde pueda pasarme la vida en un chinchorro
hablando con la vieja dueña de la pensión
sobre los amoríos de su ahijada Socorro,
la moral de estos tiempos, la mala situación...

Por las tardes, sin saco me sentaré a la puerta
—recostada la silla de cuero a la pared—
para ver al curita que en la plaza desierta
evoca las escenas cristianas de Millet.

Me llegaré otras veces al botiquín de enfrente
en donde los «pesados» juegan al dominó,
y allí tendré una charla pueril e intrascendente
con un bachillercito poeta como yo.

Seré el mejor amigo de un viejo excomulgado
detenido tres veces por el jefe civil
por acusar al cura de ladrón de ganado
y a la iglesia católica de empresa mercantil.

Y vendrán los domingos —esbozo de sonrisa
sobre la adusta cara del tedio parroquial—
con sus pobres muchachas que concurren a misa
y su descolorida banda municipal.

Yo también daré entonces unos cuantos paseos
por la pequeña plaza, y acaso yo también
me incorpore a la cuerda de locales romeos
que «se tiran a fondo» con todo lo que ven.

Después para sus casas se irá toda la gente
mientras de algún potrero viene el triste gemir
de un burro que rebuzna melancólicamente
anunciando la hora de acostarse a dormir.

Y seguirá mi vida monótona y oscura
sin que en ella suceda nada trascendental,
salvo alguna pequeña discusión con el cura
o alguna periquera de tipo electoral.

Hasta que un día salga montado en mi tarima
rumbo del camposanto, y algún corresponsal
escriba mi elegía con esta frase encima:
«Ha muerto el secretario del Juez Municipal».

BUENOS DÍAS AL ÁVILA

Buen día, señor Ávila.
¿Leyó la prensa ya?
¡Oh, no!... No se moleste:
siga usted viendo el mar,
es decir, continúe
leyendo usted en paz
en vez de los periódicos
el libro de Simbad.
¿Se extraña de la imagen?
Es muy profesional.
¿O es que es obligatorio
llamarlo a usted Sultán
y siempre de Odalisca
tratar a la ciudad?
¡Por Dios, señor, ya Persia
no lee a Omar Khayyán,
y en vez de Syro es Marden
quien manda en el Irán!

Cambiamos, pues, el tropo
por algo más actual:
digamos, por ejemplo,
que usted, pese a su edad
y pese a que en un ojo
tiene una nube (o más),

es un lector celeste
y espléndido, ante el cual
como un gran diario
abierto se tiende la ciudad.

¿Se fija usted? La imagen
no está del todo mal...
¿Que le ha gustado? ¡Gracias!
Volvamos a empezar.

Buen día, señor Ávila,
¿Leyó la prensa ya?
¿Se enteró de que pronto
con un tren de jugar
su solapa de flores
le condecorarán?
¡Oh, no! ¡No, no! No llore,
¿por qué tomarlo a mal?
Será, se lo aseguro,
un tren de navidad
con el que usted, si quiere,
podrá también jugar.
Serán, sencillamente,
seis cuentas de collar
trepándose en su barba
de viejo capitán.

Tendrá el domingo entonces
un aire de bazar
con sus colgantes cajas
de música que van

de la ciudad al cielo,
del cielo a la ciudad.
¡Adiós, adiós! los niños
le dirán al pasar
y el niño sube-y-baja
tal vez le cantarán:
usted dormido abajo
refunfuñando: —¡Bah...!
y arriba los viajeros
cantando el pío-pa.

¿Pero por qué solloza,
si nada le ocurrirá?
¿Le asusta que las kódays
aprendan a volar?
¿O dígame, es que teme,
¡mi pobre capitán!
que novios y turistas
se puedan propasar
y como a un conde ruso
lo tomen de barmán?
¿Es eso lo que teme?
¡Pues no faltaba más!
¡Usted de cantinero!...
¡Qué cómico será!
¡Usted, que más que conde
fue en tiempos un Sultán!
Con una nube en el brazo
diciendo: —Oui, madame,
en tanto que la triste
luna de Galipán

le sirve de bandeja
para ofrecer champán...

Buen día, señor Ávila,
me voy a retirar.
Saludos a San Pedro
y a los hermanos Wright.

(El Ávila lloraba,
llovía en la ciudad.)

UNA PELA

Por fin, después de toda una semana
de llovizna obstinada y fastidiosa,
ha vuelto a aparecer, como una rosa
de juventud, el sol esta mañana.

Y abierta hacia los campos la ventana
me siento ante mi Rémington mohosa,
con ganas de escribir alguna cosa
en loor de San Isidro y de Doñana.

Pero de pronto, rotos, conmovidos,
me llegan unos trágicos gemidos
y el áspero chasquear de una correa.

Y olvido a San Isidro y a Doñana...
¡Cómo encontrar hermosa una mañana
que para un pobre niño está tan fea!

CUENTOS DE NAVIDAD

Al niño todo desaliño
le pregunté: —Dime en dos platos,
hijo, ¿qué quieres tú que el Niño
Jesús te ponga en los zapatos?

No contestó en ninguna forma,
pero me habló por él su abuela:
—Si usted supiera, él se conforma
con que le ponga media suela...

EXALTACIÓN DE LA SOPA DE CEBOLLA

Señores invitados e invitantes:
Permitid que me asome unos instantes
a este sávido altar de succulencias
donde dictan su norma los trinchantes
y vosotros, conspicuos oficiantes,
proclamáis la más noble de las ciencias;
permitidme, señoras y señores,
que alzadas nuestras copas como flores,
ciña el viejo laurel mi musa criolla
para exaltar la sopa de cebolla.
Yo las sopas probé más exquisitas,
yo dormí los más pródigos mondongos,
yo fui barquero chino en la de hongos
y astrónomo en la sopa de estrellitas;
yo fui Drake en la sopa de tortuga
y en la sopa de pan fui el Lazarillo,
comprendí en la de coles a la oruga
y en la de ajo a los cuadros de Murillo;
no hubo, en fin, en el mundo una soperita
donde yo mi cuchara no metiera.
Pero frente a esta sopa de cebolla
que más que un comestible es una joya,
con las otras me pongo en pie de guerra;
y declaro al chocar de nuestras copas:

¡la cebolla es la perla de la tierra
y esta sopa es la perla de las sopas!

Hoy gran dama, ayer moza de hostería,
la cebolla en un tiempo sufrió tanto
que a pesar de los años, todavía
todo el que se le acerca vierte llanto.
Como una Cenicienta sin madrina,
su infancia fue el rincón de una cocina
donde llegó a manjar de baja estofa,
pitanza de mendigos y juglares,
en tanto que en la mesa de los Pares
triunfaban el faisán y la alcachofa.
Ella fue de Villon musa y divisa,
ella de Pantagruel cantó la risa;
su historia juvenil es tan sencilla
que en dos versos la cuenta el menos parco:
ella lloró en Compiègne con Juana de Arco
y estuvo con el pueblo en la Bastilla.

Hasta que por su dicha y por la nuestra,
apareció Escoffier en la palestra,
y como quien del cieno alza una estrella,
o como el que en un rastro encuentra un Goya,
probó Escoffier la sopa de cebolla
y descubrió lo noble que hay en ella.
Y entonces le enseñó buenos modales;
de aroma y de sabor le dio lecciones,
la enseñó a comedirse en las porciones
y la sentó a las mesas señoriales.
Y así pasó derecho, de la nada,
a Madame Recamier sopificada.

¡Loado de Escoffier el nombre sea,
loada, donde quiera que haya un plato
esa nariz vidente cuyo olfato
trocó a Teresa Panza en Dulcinea!
Y a ti, sopa de luna derretida,
para ti, flor de lis de la comida,
las letras de mi canto cambio en flores,
y así anuncio con lengua florecida:
Caballeros, la sopa está servida.
¡Cantemos al Amor de los Amores!

NADA

El que escribe para comer,
ni come ni escribe.

Leo toda la prensa. Todavía
no he dado con el tema. Ni siquiera
una perlita en el filón de afuera,
ni una vulgar cuestión de policía.

Y sin pensarlo —tonta tontería—
me dedico a formar una ringlera
de letras sin sentido, a la manera
de una lección de mecanografía...

Porque el día, señores, que ha pasado
ha sido melancólico y pesado
como un día de lluvia en el destierro.

Y yo he estado vacío y aburrido
con ese aburrimiento indefinido
del hombre que regresa de un entierro.

MARILYN EN LA MORGUE

En el año ya lejanísimo
mil novecientos treinta y dos,
cuando en las últimas pianolas
rodaba aún el charlestón
y en las pantallas fulguraba
la mirada de Clara Bow,
y mi hermana tenía un novio
que había estado en Nueva York
y yo tenía doce años
y era un muchacho soñador
y me bastaba verlo a él
con su flamante traje sport
—saco de rayas, gorra a cuadros,
pantalón a lo Harold Lloyd—,
y oír narrar sus aventuras
de fogonero en un vapor
y lavaplatos en Manhattan,
y bailarín de un *music hall*;
en esa época que digo
—¡era en el año treinta y dos!—
ah, me bastaba solo eso
—¡Yo era ya el tonto que aún soy!—
para subirme a mis ensueños
como quien sube a un ascensor.

Desde entonces ando en el mundo
 como anduviera Dreamy Boy,
 viviendo en sueños la aventura
 que la vida nunca me dio
 visto harapos de vagabundo,
 mi equipaje es mi corazón,
 viaje en los trenes de la noche,
 no tengo un diez para un *hot-dog*,
 pero mastico mi esperanza
 como quien masca un *chewing-gum*
 y si me mata la tristeza
 echo una estrella en el *juke-box*.

Nadie me espera, como nadie
 cuando salí me dijo adiós.
 De dónde vengo no me importa
 como tampoco a dónde voy.
 Cierto que soy un muerto-de-hambre,
 un vagabundo, un polizón,
 con el sombrero agujereado
 y los zapatos sin cordón,
 pero quién niega que soy libre,
 que soy tan libre como Ford
 y que a mis pies tengo la tierra
 como un magnífico balón
 para jugar al *football-rugby*
 y así olvidar de qué soy:
 de que soy un hombre sin casa,
 un pobre paria, un Dreamy-Boy,
 un John Smith desamparado
 de quien se ha olvidado el amor,
 un prisionero de ciudades

que a sí mismo se encadenó
y que se arrastra por los trenes
de una prisión a otra prisión.
Y aquí está América a mis pies
como un magnífico balón;
puedo jugar con ella al rugby
o, si prefieren, al beisbol.
Un Rockefeller es el pítcher
y un Rockefeller es el coach.
Pero juguemos a otra cosa,
porque yo soy mal jugador,
y lo que quiero con América
es encontrarle el corazón.

Por hallárselo ando rodando
de la Florida a Nueva York.
En Alcatraz viví cien años,
tuve una novia en Oregón,
en Carolina fui John Brown
y en Alabama fui Jim Crow;
en Chicago fui caletero
y en Amalfi morí de amor;
fui bailarín en Nueva Orleans
allá en el año treinta y dos,
y ahora en un tren de madera
voy de Pittsburgh a Nueva York
con la esperanza ya perdida
de descubrir en cuál rincón
dejó la América de Lincoln
olvidado su corazón.

¿Qué contaré cuando regrese
a aquel mundo del treinta y dos
cuando bastaba que mi amigo
me saludara: —*hello boy*—,
para que yo, muchacho tonto
hiciera igual que Dreamy-Boy
y me subiera a mis ensueños
como quien sube a un ascensor,
para llegar a un mundo mágico
en donde estaba Nueva York?

Ah, Marilyn, tu cruel América,
tu desdichada gran nación
te ha destrozado entre sus manos
como un paquete de *pop-corn*.
Y allí estás, pálida manzana
bajo tu luna de neón.

SENCILLAMENTE PROSA

EL HOMBRE Y SU VIVIENDA

Antes de instalarse en la superficie de la tierra el hombre era un habitante de los árboles, como sus cercanos parientes los monos y como los pájaros. De los monos conservaba todavía el aspecto físico, el cuerpo cubierto de vellos y los hábitos alimentarios, así como la aptitud para el desplazamiento acrobático propia del cuadrumano. De los pájaros contrajo la vocación del vuelo, la que realizará cientos de miles de años después, con el invento de la aviación.

Como la civilización no sigue un desarrollo igual en todas partes, sino que muchas comunidades humanas siguieron viviendo en estado semianimal cuando ya otras alcanzaban conquistas tan ingentes de la inteligencia como el automovilismo, la televisión o los cohetes interplanetarios, todavía en nuestros días existen regiones selváticas de África o de la parte sur de América donde los hombres siguen viviendo en las copas de los árboles. Claro que ya las especies de árboles no son las mismas que conocieron nuestros remotísimos precursores los primates, ni sus actuales habitantes conservan muchos rasgos comunes con tan peludos antepasados. La naturaleza desde entonces sufrió cambios, sobre todo cambios de clima, que determinaron la desaparición de unas especies vegetales y la aparición de otras. Estos cambios, que los especialistas han llamado mutaciones de la naturaleza, se traducían para los seres animados —y entre ellos para el hombre—

en la insurgencia de nuevas necesidades a las que su instinto vital debía dar la adecuada satisfacción, para poder seguir viviendo.

Además de la forma ya definidamente humana de su cuerpo, los actuales habitantes arbóreos de América o de África difieren de nuestros milenarios antepasados no solo en que disponen de un lenguaje articulado para entenderse con sus semejantes —mientras aquel no podía hacerlo sino por medio de la mímica y la onomatopeya—, sino por lo que constituye el paso inicial de toda la historia de la cultura: la posición erecta. Todos sabemos que un mono, librado a sus propios recursos de locomoción en una llanada sin árboles, es una criatura prácticamente indefensa, fácilmente alcanzable por cualquier adversidad que avance sobre él. A causa de la conformación anatómica de su cuerpo, acomodada para un tipo de desplazamiento acrobático, sus movimientos en la superficie desnuda son torpes y de una coordinación tan basta que no le permitirán ir muy lejos. Soltémoslo en cambio en una región arbolada y nos sorprenderá la agilidad y rapidez con que se desplaza por entre el laberinto de los ramajes. Pero cuando se le acaben los árboles y comience otra vez la llanura o le salgan al paso el fuego o la anchura de un río, nuestro mono se verá forzado a rehacer su camino: está, según la gráfica expresión de Ilin, como enjaulado en su medio rural. Si un trastorno cualquiera lo priva de los alimentos que le provee el ámbito en que vive, morirá de hambre.

Algo semejante al caso de nuestro mono ocurría con el hombre arbóreo de los primeros tiempos: era un prisionero de su medio.

Pero las mutaciones del clima, con sus largos períodos de lluvias torrenciales, con sus agobiantes calores y sus

heladas que parecían eternas, produjeron tales alteraciones en el reino vegetal que los seres animados que vivían de él debieron acomodar sus organismos, en incesantes procesos de evolución, a las limitaciones que aquellos cambios imponían a los árboles como productores de alimentos. En un período de milenios unos monos redujeron al mínimo su tamaño, como parece que fue el caso del tití o del miquinho de Brasil, para poder sobrevivir a la escasez o a la reducción en el tamaño de los frutos. Otros, como los micos que hoy nos divierten en los zoológicos, desarrollaron el instinto migratorio, para volver a los árboles allí donde la fruta era abundante... Pero hubo algunos, como el gorila y el antecesor del hombre, que se habían desarrollado demasiado para satisfacer su hambre con pequeñas raciones, como pudo hacerlo el tití, y además eran demasiado lentos para emprender una marcha migratoria con posibilidades de éxito. Lo que hicieron uno y otro fue bajar al pie de los árboles. Como medios defensivos de los peligros que acechaban en la superficie de la tierra, el gorila desarrolló su fuerza titánica y sus afilados dientes. El hombre aprendió a diversificar la función de sus extremidades. Aprendió que desplazándose con solo dos de ellas, las otras dos podrían servirle para defenderse de los otros animales, para cavar la tierra en busca de los nuevos alimentos, para procurarse albergue en el seno de la tierra: adquirió la noción de las acciones simultáneas.

De esa manera descubrió el hombre en sí mismo la más antigua herramienta de trabajo conocida por la historia de la cultura, y que es precisamente la mano humana. Para conocer en términos de relación el largo proceso que debió vivir nuestro antepasado para llegar a la posición erguida que le permite usar sus manos en una función distinta

a la de caminar, basta observar a un niño en sus primeros quince meses de vida, en ese período que va del gateo a los primeros pasos, y en el que según los biólogos cada ser humano repite en sí mismo, por lo que se ha llamado memoria ancestral, todo el aprendizaje de equilibrio que prelude la marcha del hombre primitivo hacia la conquista de la tierra.

Bien asentado sobre solo dos de sus extremidades, puede ahora el hombre utilizar las otras dos en la empresa más urgente de ese momento, que es liberarse de su gran esclavizadora, la naturaleza. Las potencias defensivas que otros seres desarrollaron en los dientes, en las alas o en las uñas, las reunió el hombre en las variadas posibilidades de sus manos. Enfrentando con piedras y palos a los grandes animales que lo perseguían, el triunfo sobre ellos le permitió, además, enriquecer su alimentación mediante el aprovechamiento de la carne y procurarse vestido con las pieles. Para comer la fruta no era ya necesario estar encima del árbol, pues la mano, con la ayuda de una vara, podía tumbarla desde abajo. Por razones de estrategia, en lo alto de los ramajes seguían meciéndose las hirsutas chocitas de chamiza que componían su vivienda; pero el auxilio manual las había hecho evolucionar de la condición original de nido hacia la de una rudimentaria arquitectura, vagamente semejante a la de las jaulas con sus toscos enrejados de ramas entretejidas. A la escueta liana que en un principio les servía de acceso desde el pie de los árboles siguió el largo tendido de gráciles escaleritas, acaso la más antigua invención debida al ingenio humano.

Confiado en el inusitado poder defensivo y creador que otorgaba la conquista de sus manos, podía ya el hombre abandonar su vivienda en los árboles al escasear los frutos y arriesgarse en migraciones hacia parajes más propicios,

parajes a veces tan lejanos de su lugar de origen que ningún mono pudo jamás trasladarse a ellos sin perecer en el camino. Porque la liberación de sus manos lo facultó para armarse, para defenderse, diversificar sus medios de sustento, para abrirse camino, es por lo que el hombre alcanzó a dispersarse por todo el globo terráqueo, mientras sus contemporáneos los monos continúan confinados a aquellos lugares donde buenamente quiso acogerlos la naturaleza.

Liberado de la necesidad de vivir en los árboles, el hombre se instaló debajo de ellos, y a continuación aprendió a utilizarlos no ya como albergues en sí, sino en calidad de materiales de construcción. Atando una con otra las copas de dos árboles que reunieran las condiciones de altura, la flexibilidad y mutua cercanía necesarias para esta operación, lograba una especie de horquilla alrededor de la cual levantaba una empalizada circular cuyos extremos libres se reunían arriba en apretado haz, para lograr en el conjunto la forma del cono. Las copas de los árboles quedaban por fuera a partir de su punto de convergencia, con lo que la casita quedaba sombreada por el paraguas natural que le proporcionaba el ramaje. Los palos que componían las paredes de aquella vivienda agavillada solían echar raíces, y pronto se vestían con los colores de la naturaleza, produciendo seguramente en sus habitantes más sensibles, la poética sensación de que vivían dentro de un ramo de flores.

La armazón del conjunto se revestía al principio con pieles entrecosidas, pero como estas eran también necesarias para confeccionar el vestido y para hacer la cama, ya en los albores de la época neolítica se las sustituye por un espeso revestimiento de barro. Así artificialmente combinadas la tierra y la madera para dar alojamiento al hombre, quedaba inventada la primera de todas las artes, que es la arquitectura.

El uso de las pieles como material de revestimiento no llegó nunca a desaparecer del todo, y aún persiste en ciertas modalidades del alojamiento indígena de América como las chocitas cónicas llamadas *tepees*, de los pieles rojas y la tienda peluda de los patagones, suerte de arquitectura zoomorfa en que la piel ha sido dispuesta de tal manera que a la distancia le da al intruso la impresión de un enorme oso que lo espera en actitud amenazante.

De una técnica más ingeniosa y complicada, puesto que al arte de combinar los materiales añadían el de mantener las estructuras a flote, bien por enclavamiento de los pilotes o bien anclándolas con grandes piedras, eran las viviendas que los arqueólogos designaron con la palabra de origen italiano palafitos, y que simultáneamente con la cabaña circular de los bosques afloraba en la superficie de los lagos y ríos.

La región de Europa más abundante en palafitos parece que fue lo que hoy se llama Suiza, donde se han encontrado vestigios no ya de casas aisladas, sino de grandes aldeas lacustres, verdaderos pueblos flotantes donde las casas se comunicaban entre sí y el conjunto con la tierra por medio de puentes de admirable trazado. En la América Meridional es acaso nuestro país el más consecuente heredero de aquel tipo de viviendas acuáticas. La leyenda histórica asegura que fue la apretada profusión de palafitos en el delta del Orinoco o sobre el lago de Maracaibo, lo que sugirió a los descubridores el nombre de Venezuela, pequeña Venecia, por comparación con aquella hermosa ciudad del Adriático donde el esquema primitivo de esa construcción había evolucionado hacia las formas más exquisitas de la arquitectura civilizada. Los palafitos del lago de Maracaibo han cedido con el tiempo a las torres de la

industria petrolera. Pero aún quedan deleitables rincones de aquella vasta mancha de trópico, como el vecindario marabino de Santa Rosa, donde el viajero al aproximarse sigue viendo surgir la ciudad de las aguas como una imagen de espejismo.

Pero además de los fuertes y prolongados aguaceros y de las ventiscas implacables, todavía acosaban al hombre prehistórico en su endeble vivienda a la intemperie, seres feroces como el mamut, especie de súper elefante peludo, o como la más sanguinaria de las fieras conocidas que era el esmilodonte, milenario antecesor de los tigres cuyo nombre significa «el de los dientes como cuchillos de zapatero». Con semejante vecindario rondándole constantemente el hogar, especialmente por las noches, es probable que el hombre no pudiera dormir tranquilo. Y aunque para asegurarse el reposo nocturno su organismo había desarrollado la facultad de roncar ferozmente durante el sueño —particularidad orgánica que aún conservan algunos hombres de nuestros días—, sus ronquidos apenas le servían para amedrentar animales pequeños, acaso los que en un tiempo constituyeron su vecindario de la época arbórea.

Necesitaba entonces el hombre un tipo de vivienda más fuerte, mejor defendida y más estable, que sus recursos manuales no estaban aún en condiciones de proporcionarle. Sus posibilidades como arquitecto no habían progresado todavía lo bastante para edificarse albergues de piedra, las que solo empleaba como material para confeccionarse herramientas y armas, o para erigirlas en curiosas edificaciones de un carácter supersticioso o funerario, en esos monumentos que la arqueología ha bautizado con palabras de una extraña sonoridad, como menhires, cromlechs, dólmenes, talayots, taulas y nuragas. Siguiendo a los animales,

descubrió el hombre que aquel tipo de vivienda segura y defendida que él buscaba había sido ya construida por esa gran empresa de ingeniería y arquitectura que es en sí misma la tierra. Al pie de los montes o en el pecho de las laderas, bien frescas por el día y relativamente tibias por la noche, abrían sus bocas oscuras los grandes sótanos de la naturaleza. Desalojados de su seno los animales por el procedimiento infalible del ataque colectivo a palo y pedrada, pasaron los hombres a ocupar las cavernas, inaugurando así un nuevo capítulo en la historia de la vivienda.

Bien amurallado entre las sólidas paredes de su hogar cavernario, ya la preocupación principal del hombre no era protegerse contra el acecho de las fieras, o contra las calamidades de orden meteórico. Ya disfrutaba por lo tanto de un relativo sosiego; ya podía dedicar las horas, otro tiempo ocupadas en la lucha, a ingeniar nuevos recursos, nuevas técnicas que lo ayudasen a liberarse de la naturaleza. Descubrió la manera de apropiarse del fuego, de llevárselo a su casa, de conservarlo y finalmente de fabricarlo con un equipo de su propia invención. Inventó la manera de multiplicar las formas utilitarias del barro, por el sometimiento al calor, de cacharros cóncavos inicialmente inspirados en la función contentiva de la mano misma. Unos inventos engendran otros, y la historia de la civilización no es sino eso: una larga familia de creaciones humanas, inexorablemente eslabonadas entre sí por la más intrincada maraña de relaciones. Si de la combinación racional de la tierra y el fuego nació la alfarería, de la yuxtaposición de ambos elementos convertidos así en objetos de uso nace la cocina, esa fórmula maravillosa por la que el hombre se define en biología como el único animal que digiere sus alimentos antes de comérselos.

La cocción de los alimentos no solo significa para el hombre la multiplicación de sus recursos alimentarios, merced a los procesos de ablandamiento, de gratificación de los sabores, sino que simplifica las funciones de ingerir y digerir que convierten a todos los demás animales en verdaderos esclavos de su estómago. Se comprende entonces la importancia que desde siempre otorgó el hombre a la cocina como dependencia de la casa, y que aún haya casas, casas viejas de España o de América, donde la arquitectura del fogón y del horno aventaja en amplitud, en fuerza y en gracia la de los cuartos de dormir.

De los que pudiéramos llamar subproductos del fogón nacieron, ya en la edad cavernaria, muchas otras cosas; nació un método para suavizar el duro suelo donde se dormía, mediante el tendido de una espesa capa de ceniza tibia, a modo de colchón, debajo de la piel que le servía al hombre de cama. La docilidad del carbón de leña ayudó el nacimiento de las artes representativas. La propensión de los niños a rayar las paredes, dicen los psicólogos, es la repetición, por memoria ancestral, del descubrimiento por el hombre primitivo de las posibilidades del carbón como recurso comunicativo.

Un hecho bien curioso, y todavía no explicado sino en parte por los arqueólogos e historiadores de la cultura, es que el hombre hubiera podido desarrollar sus facultades para decorar su vivienda, con anterioridad a sus recursos para defenderla. Se supone que en el orden de las necesidades, las primeras a que debía atender aquel hombre primitivo fueron las relativas a su sostenimiento y a su seguridad. Pero no fue así.

El hombre primitivo, que por lo visto era una criatura tan paradójal y desconcertante como los hombres de

cualquier otra edad, parecía más atento a las sugerencias poéticas de la naturaleza que a las duras imposiciones de las leyes de sobrevivencia. Y aplazando en miles de años invenciones para ese momento tan urgentes como la puerta o la agricultura, se dedicó inocentemente a pintar las paredes. Pinturas tan antiguas como las que han sido descubiertas en las cuevas de Altamira, en Lérida, en Lescaux, realizadas unos diez mil años antes de Cristo, evidencian que el afán de ennoblecer la vida por medio del arte privó desde siempre en el ser humano con tanta fuerza como el afán mismo de vivir.

En sus idas y venidas por la tierra en pos de alimento y seguridad, el hombre abandonó muchas veces las cuevas, desalojado por los osos o por las hienas, para volver a ocuparlas a la vuelta de siglos. Pero hubo también grandes masas de gente que al no encontrar en la naturaleza el refugio fuerte que buscaban, tuvieron que inventárselo. El hombre, hasta bien avanzado el neolítico, aprendió a mudar las piedras y a erguirlas como árboles en sus enormes monumentos simbólicos, pero no tenía cómo fragmentarlas en piezas manuales, única manera de emplearlas como material constructivo. En las regiones desprovistas de cavernas, mientras los grupos que llegaron a territorios pétreos perfeccionan los medios por los que las piedras se pueden convertir en murallas, aquellos que no las encontraron se encierran por millares entre espesos muros de barro circuidos unos por otros como en un laberinto, a fin de compensar por multiplicación lo que les falta en resistencia.

Pero la historia del hombre nos habla también de pueblos deambulatorios, de pueblos sin asiento fijo, que por razones de necesidad o de inadaptabilidad se vieron obligados durante siglos a recorrer el mundo con su casa

a cuestras. En la proximidad de los oasis aparecían un día las largas tiendas de piel o de fieltro, cuyo contorno se mimetizaba a la distancia con las ondulaciones del paisaje desértico. Del Norte venían enormes carretas entoldadas como las que conoció el siglo V con las huestes de Atila. Algunas comunidades trashumantes de Oriente alcanzaron tal grado de perfección en la técnica de la vivienda móvil, que se les puede tener como los precursores auténticos de la actual casa prefabricada.

Desplegando las paredes de piel entrecosida cuyos bultos traían junto con el maderamen cuidadosamente repartido por grupos de piezas, en cuestión de minutos armaban una cómoda casa de varias habitaciones, que con frecuencia incluía hasta una escalera y un sótano para alojar a los animales. Los escandinavos ejercían un nomadismo marino y llegaron a convertir sus hermosos barcos en una especie de vivienda anfibia. «Después de colocarlas en seco —nos informa Fergus—, aprovechando para ello el descenso de la marea, y de afirmarlas en la playa, utilizaban los remos y mástiles para establecer una especie de armazón de techo, sobre la cual extendían las dos velas que poseían sus ágiles y fuertes navíos».

La guerra, la rapiña, el temor a sus semejantes más fuertes y también la tentación de los grandes espacios abiertos, fomentaron en los hombres hasta muy recientemente en la Edad Moderna, el hábito migratorio. Pero hubo pueblos que por las condiciones geográficas en que se encontraban —los pequeños pueblos islarios que por otra parte no dispusieron de medios para desarrollar la navegación mayor—, debieron enfrentar ciertas amenazas por métodos más inteligentes que el de escapar de ellas. Uno de estos métodos de defensa, acaso el más cómico de

todos, fue el de alzar en su territorio unas inmensas figuras de piedra con expresión feroz, que a la distancia debían darle al enemigo la impresión de un ejército de invencibles gigantes. Esa fue al menos la impresión que recibieron los españoles al divisar las extrañas esculturas megalíticas que aún se alzan en la isla de Pascua, donde también existe un curioso tipo de vivienda mimética, una larguísima bóveda en forma de gusano casi ilocalizable por la vista en el conjunto del paisaje, y muy semejante en su propósito de camuflaje a las que construyen en nuestras selvas de occidente los indios motilones.

La vivienda humana, en general, tiende a ser un traspunto más o menos directo de la naturaleza. Por lo mismo que la tierra no es igual en todas partes, tampoco lo son las casas. Cada comunidad humana debió arreglar las formas de su vivienda a las particulares características naturales del lugar en que se necesitaba construirla. Donde el espacio aprovechable era reducido, las casas se hicieron anchas y aplanadas con tendencia a una sola planta, siguiendo la relación lineal del horizonte. Donde la forma dominante de la naturaleza era el bosque, las sólidas paredes de troncos superpuestos traducen la primera preocupación del hombre en ese medio, que es la de asegurarse contra la incursión de las fieras; donde el terreno es anegadizo, la casa se erigirá sobre altos basamentos de piedra, o sobre largas patas, como las aves zancudas; en las vastas llanuras de clima caliente se abren anchos interiores para gozar de la intemperie; en las latitudes frías los espacios se cierran para evitarla; donde el elemento dominante todo el año son las lluvias, como en muchas comarcas de Asia, la primera aptitud que perfecciona el hombre es la de construir techumbres; y mientras en China, en Indonesia o en

Japón abundan las construcciones en que la estructura general está enteramente dominada por la floración de los techos, conocemos en cambio regiones de América, como el puerto de Arica, en el norte de Chile, donde la ausencia total de lluvias permite cubrir las casas con apenas un leve encañizado desnudo para defenderlas del sol.

En los países escandinavos el aspecto general de la vivienda constituye un trasunto fidelísimo de la naturaleza que la rodea. Sus adornos, sus soportales y sus remates son como estilizaciones del pino y del abeto de cuyas maderas fueron construidas. Los tejados, de gran alzada, evocadores del contorno de las pináceas, se abren en rápidas vertientes lisas como para facilitar el deslizamiento de copiosas nieves durante el invierno. En las achatadas casas que orillan el Sahara el techo es plano y sin salientes, desplazándose toda la importancia de la construcción hacia la solidez de los muros para defender al habitante contra el viento.

Pero hay en nuestro continente regiones igualmente desérticas, donde la lucha que ha de librar el hombre no es ya contra el viento sino contra el frío. Una de estas regiones es la habitada por los indios chipayas, en el altiplano de Bolivia. Allí las casas no son ya cuadradas ni chatas, sino cónicas y rematadas en domo como la parte superior de un papelón. Merced a esa forma, y a que todas abren sus puertas hacia el este, el interior de estas casas recibe directamente la luz solar, sea cual fuere la posición del sol en el momento en que la necesiten, proporcionándose así un sistema de calefacción tan ingenioso como barato.

Pero la adopción de la forma redonda para construir parece que no en todas partes se inspiró en las imposiciones del clima frío. Sin contar con que los países invernales de Europa emplean en general la rectangular, la latitud donde

con mayor profusión abunda la vivienda circular —las cabañas en forma de trompos, de peras, de conos, los domos de paja, los monópteros— es precisamente en una latitud tan cálida como el África negra. Un brillante historiador de la arquitectura —Jean Dollfus— atribuye el empleo de estas formas al primitivismo de aquellos pueblos cuya cultura no logró todavía desvincularse del patrón arquitectónico que les dicta la naturaleza en la configuración de los nidos o de las colmenas.

De las necesidades pues que se relacionan con el clima o con el relieve y textura del terreno, con el tipo de materiales constructivos disponibles y con la fisiología misma de la casa —como la invención de la chimenea, sin la cual nunca hubiera sido posible construir viviendas de varios pisos—, nace lo que en arquitectura se llama los estilos, es decir, los signos formales por los que cada pueblo define su peculiar manera de vivir.

Pueblos que en su origen tuvieron una misma manera de habitar, como los arios, que vivían junto a la región del Oxo, al abrigo de las grandes peñas en las laderas del Himalaya, produjeron al dispersarse en sus migraciones de conquista, tantos estilos de arquitectura como variaciones ofrecía la naturaleza en las tierras que iban ocupando. Muy poca semejanza encontraría un viajero de hoy entre una vivienda de la India rural, con su vasta techumbre de bambúes arqueados, sus ventiladas paredes que evocan la estructura de las cestas, y esas deliciosas casitas aguzadas como capillas, decoradas en gris y negro, que erigen su gracia de juguete en ciertas aldeas alemanas. Ambas construcciones, sin embargo, se identifican por el origen como ramas diferenciadas de una complicadísima genealogía arquitectónica cuya raíz está en la caverna aria.

Llevados a extremos casi perfectos los usos constructivos de la madera, del barro, de la piedra o del junco, más problemático parecía construirse una vivienda medianamente acogedora en las regiones polares, allí donde la única materia que encontró el hombre fue una que le servía para prepararse apetitosos mantecados, pero no para levantarse un albergue decente. Pero los esquimales, los pequeños inuits de Groenlandia, no solo aprendieron a cultivar en su propio organismo la más eficaz defensa contra el frío que son las reservas de grasa, sino incluso crearon para su albergue una encantadora y originalísima arquitectura del hielo. Cavando en el seno de la tierra se fabricaron ese afelpado iglú cuyo interior, acolchado con espesas pieles, le infunde a la vida doméstica una sensación de intimidad y paz como no conoció ninguna otra casa del mundo. La entrada del iglú se hace por unas construcciones abovedadas de hielo, que al mismo tiempo les sirven de tejado. Y su interior disfruta de tan dadivosas comodidades que hasta dispone, como cualquier casa moderna con refrigeradora, de una despensa especial donde los alimentos se conservan refrigerados mediante el uso indirecto del clima exterior.

Por razones defensivas, los hombres contrajeron desde el principio de su historia la costumbre de andar juntos. Hordas, tribus, gens, clanes, son núcleos de vida colectiva por los que el hombre evoluciona hacia su agrupación por naciones y a la organización de las naciones por ciudades. En las ciudades venía el hombre a reunir como en el acorde culminante de una vasta sinfonía, toda la experiencia constructiva, todos los productos de invención que habían conformado su cultura en un proceso de milenios. Pero la ciudad como fábrica de bienestar humano, por lo mismo que constituye la concentración de muchas

comarcas dispersas, plantea al hombre exigencias de acomodación, de circulación y convivencia cuya solución impone todavía la invención de nuevas técnicas. Contra el uso simple del espacio como lo hacía el hombre en su medio elemental, la ciudad le impone la necesidad de crearlo y multiplicarlo artificialmente. Sobre las formas intuitivas de construcción que aplicó el hombre de las tribus se impusieron, al nacer las urbes, las normas técnicas que inspiraban las matemáticas y la geometría. «La ciudad —había escrito Aristóteles ya en la Grecia de hace dos mil años— no es más que una asociación de seres iguales, que aspiran en común conseguir una existencia dichosa y fácil». Alcanzar el máximo de bienestar por el máximo de orden en la disposición de los espacios es el ideal que aspira a cumplir para el habitante de las ciudades un oficio multifacultado como el del urbanista, que participa de la técnica, de la ciencia y del arte. La definición más poética y perfecta de la función de la arquitectura, tal como se concibe hoy, nos la ofrece, paradójicamente, un hombre de hace dos mil quinientos años, el filósofo chino Lao Tse: «Se levantan paredes —dice— y se rasgan puertas, pero lo útil no son en sí las paredes ni las puertas, sino la porción de nada que hay entre ellas». Son los grandes escultores del aire, decía de los constructores de ciudades un poeta, evocando aquella diáfana caja de armonía que se llamó la Atenas de Pericles. Pero acaso a los de ninguna época cuadra mejor la imagen como a los de la nuestra —los Le Corbusier, los Niemeyer—, ahora que las casas del hombre se disparan hacia las nubes, como en un impulso por devolverlo idealmente al árbol del origen.

MESA SERVIDA

Como a una vasta mesa ricamente servida y que tuviera la extensión del mundo, se sentaron los pueblos en el alba de las culturas a compartir e intercambiar sus alimentos. La historia no está hecha solo de peripecia guerrera y de hazaña del pensamiento: la historia es, de manera principalísima, la energía de la tierra transformada por el hombre en acción creadora, y esta energía no conoce otra fuente que la tierra misma configurada en materia alimentaria. Por eso en la raíz de toda cultura están los oficios agrícolas; y entre las invenciones más antiguas que recuerda la historia de la humanidad, está la invención de la cocina. Por eso también cuando los pueblos se fundieron en las grandes peripecias de los cruzamientos técnicos e históricos, los primeros productos de esas fusiones culturales a que dieron nacimiento fueron los que se expresaron en el mestizaje de los alimentos. Con la misma pasión que sobre el oro de las tierras conquistadas, los conquistadores desataron su gula sobre los frutos del mundo vegetal que inauguraban, sobre la amplia despensa que les tentaba desde los mares vírgenes y sobre las carnes vivas de que palpitan los nuevos paisajes. Regaron, en cambio, el territorio de su conquista con semillas de lejana procedencia que traían en sus escarcelas, poblaron de nuevos animales bosques y sabanas y así fueron enriqueciendo y multiplicando los sabores del mundo y sus olores nutridos.

En el solemne acto de comunión entre los alimentos que fue entre otras cosas la conquista de América, Europa implantó en nuestras tierras la nobleza de los alimentos bíblicos significados por el trigo, el aceite y el vino; nos trajo con el ganado vacuno, con los cochinos y con las gallinas, algunas de las primeras carnes de cría que comieron nuestros pueblos; nos trajo también las formas más abundosas de la miel, así como la caña de azúcar y aquellos duraznos, peras y manzanas que perfumaron un tiempo el valle de Caracas y la Argentina. Mas por su parte América les dio con las papas el que ha llegado a ser el alimento más popular de Europa, fruto tan dadivoso, rico y suave que los franceses lo llamaron con el hermoso nombre de «manzana de la tierra». Les dio además América a los europeos ese áureo hermano indiano del trigo que es el maíz; les dio en el pavo centroamericano, el más principesco de los platos pascuales; les completó con el tomate, incorporándolo a la clásica asociación del ajo y la cebolla, la más rápida trilogía de la culinaria, y les dio en el chocolate bebida tan reconfortante y sabrosa que el paladar sabio de los monjes no vaciló en bautizarlo «alimento de los dioses», que es el nombre latino del cacao. Los aguacates, los mangos, los mameyes, las diez o doce variedades del plátano, las guayabas de sonrosado corazón, la quinua altioplánica apta para las más tonificantes sopas; el ají que enriquece y enciende la sangre, los rozagantes pimentones que perfuman la mesa y al mismo tiempo transforman el acto de comer en gozo visual y cada plato en paleta de pintura digna de un Breughel: he allí la sinfonía gustativa con que la tierra de América sale a agasajar a Europa en la gran fiesta alimentaria de la conquista. El barbudo huésped blanco traía por su parte para solidificar el magno banquete histórico

entre los dos pueblos, el arroz, las habas, las carnes mayores, el repollo; y para adornarlo, así como para darle ese toque olfativo que excita la bulimia del comensal, la hierbabuena, el cilantro y el orégano; para colorearlo trajeron el azafrán —finísimo sucedáneo oriental de nuestro onoto—; para decorarlo, la gracia floral de los rábanos, y para tonificarlo, el ajo y la cebolla. Para tan estupendo encuentro de culturas gustativas la arquitectura española le incorporó a la vivienda criolla el estilo de esas cocinas anchurosas, ricas del calor humano y cuyos esponjados hornos y fogones en arco de ladrillos evocaban interiores de iglesias del románico. ¡Obras de noble albañilería, calculadas como para imprimirle un sentido trascendente a la alquimia de sabores y aromas que allí tenía lugar, realizada la vitalidad de su ambiente por las pesadas ristras de cebolla que se desbordaban de las paredes, por los doctos jamones y lonjas de tocino que colgaban de las vigas, por las sartas de chorizos que ondulaban en los travesaños como rojos collares, todo como en un capítulo posadesco de *Don Quijote de la Mancha!*

De condumios heredados de la tradición culinaria española y aquí enriquecidos, variados o transculturados a las novedades gustativas que proveía el trópico en la ingente riqueza de sus frutos, nació la rica familia de platos en que se expresa la cocina criolla y que alcanzó su momento de suma exquisitez en el alto siglo XIX cuando el auge agrario del país permitió a los venezolanos disfrutar de la buena mesa como de otro de los lujos que proporciona el bienestar económico. Aquella es la época en que aparece en la mesa pascual de los caraqueños la hallaca como la más suntuosa y rara flor del barroquismo culinario mestizo; época en que se inventa un postre de incomparable delicia como el bienmesabe, verdadero príncipe de la mesa

transculturada donde se reunieron en equilibrio perfecto el budín, la leche, el coco, la canela y el ron. Y entre estos dos nombres supremos que definen los términos de perfección insuperable a que la cocina venezolana ha llegado por entonces, gira la suculenta familia de los mondongos, los sancochos, las abigarradas olletas de gallo o de res con sabor mezclado de clavo de especia y papelón, los vistosos pabellones combinados de caraotas negras, arroz blanco y carne desmechada (todo bien guarnecido con baranda de plátanos fritos), el arroz con coco de las viejas semanas santas caraqueñas, los complicados y perfumadísimos pebres y toda esa rica dulcería popular que va desde los tímidos suspiros o conventuales «teticas de monja», hasta las sólidas tortas bejaranas y tortas burreras que los arrieros del antiguo Mercado Principal acompañaban con su vaso de guarapo fuerte.

Atesoradas hoy por familias caraqueñas de vieja estirpe que las conservan como flores de tradición, una especialista en la indagación de aquellos secretos de la antigua cocina criolla, Graciela Schael Martínez, trae hoy a un vistoso libro consagrado al siglo XIX, algunas de las recetas más expresivas de aquella época de oro de la gastronomía popular de Caracas, época en que, como en un buen capítulo costumbrista de Tosta García, las grandes cocinas eran verdaderamente «el corazón de la casa».

NAVIDAD

Tal vez el atributo que le confiere a la Navidad tan conmovedora significación humana sea el trasfondo melancólico que matiza su bulliciosa alegría. Un resplandor de inefable tristeza convoca en Navidad el corazón de los hombres hacia la memoria de cosas muy lejanas y un tiempo amadas. Pero es también esa la fiesta de la esperanza, de la fraternidad y del amor. El alma del niño que una vez fuimos divaga entre los olores caseros del turrón y las ropas de estreno; la sonrisa de nuestra primera novia tiene la boca llena de uvas. La Navidad nos pone a vivir en dos tiempos. Nos bastaría subirnos en el trineo de esta hermosa tarjeta para viajar con el sueño hasta el país de los cocuyos; pero una rápida mirada por la ventana, hacia el radiante cielo nocturno de diciembre, nos restituye a la fe en que este instante del mundo es también hermoso, puesto que aún podemos de un solo trago celeste, llenarnos los párpados de estrellas.

En todos los países se asocia la Navidad a la idea de niñez; lo que permite definirla como la fiesta más bella que se haya inventado, es precisamente el hecho de ser una efeméride cuyo personaje central es un niño. Es igualmente la Navidad, entre las fechas del cristianismo, la más popular y extendida en el mundo, pues merced a los atributos de ternura que reviste, es la que más hondo llega al corazón de los hombres en todas las latitudes. Tórnanse

en esos jubilosos días los ojos espirituales de la humanidad hacia el resplandor de esperanza en que envuelve a la tierra, desde los cielos más azules del año, la Estrella de Belén, anunciadora de paz y buen tiempo para los habitantes del mundo. Ya en las gélidas tundras que entristecen el mundo blanco de los trineos, ya en las grandes ciudades septentrionales que en estos tiempos se recogen en un sueño melancólico y sereno, algodonados los días por el perezoso descenso de los copos; ya en las comarcas cálidas de América, donde la tierra se adorna con el azul infantil de las flores de pascua, animados todos los seres de un misterioso impulso de regreso en el tiempo, diríase que para esa época jubilar del corazón los pueblos se hacen niños, y en el culto inocente, casi pueril, que dedican por entonces a la figura encantadora del Niño Jesús, realizan idealmente el anhelo, que a todos nos asiste en lo más secreto de nuestra intimidad, de retornar alguna vez por siquiera un instante, al mundo iluminado de nuestros siete años.

Es por eso la Navidad la fiesta de los juguetes y de las golosinas, la que trasciende el sentimiento religioso para asumir el acento de los cuentos y de las fábulas: centrada en la figura de un niño, la ternura del símbolo auspicia su maravillosa atmósfera de infancia. Trineos, pastorcillos, nieve, menudos corderitos, reyes mágicos: todo ese elenco humano, todo ese decorado y fabulosa utilería que adornan tantos siglos de tradición navideña, parecen más que los componentes de una conmemoración religiosa, los del más lindo de los cuentos.

Lo que es hoy la Navidad remonta sus orígenes a tiempos remotísimos de la historia. Como la conocemos hace diecinueve siglos consagrada en ese tiempo a festejar el nacimiento de Cristo, ya la celebraban mucho antes del

cristianismo los romanos y se la consagraban a la primavera, en la figura de Ceres, deidad pagana de las cosechas, y también en la de Venus, diosa del amor. Siempre se la relacionaba con la idea de nacimiento, pues se refería precisamente a la estación en que la tierra se despoja de las nieves que durante el invierno la mantuvieron como muerta bajo su melancólico sudario, y resurge a la vida, cubierta de hojas nuevas y coronada de flores, mientras los ríos reanudan la música de su viaje, derretidos ya los hielos del invierno por el padre sol, que aparece victorioso en el limpísimo cielo de primavera.

La gente entonces se contagiaba de la alegría del mundo que reasumía el júbilo y la belleza del vivir. Las fiestas se ilustraban con actos hermosos de fraternidad y amistad. Como hoy todavía, los ciudadanos se prodigaban en sonantes abrazos, se hacían regalos y se congregaban en imponentes comilonas. Los dignatarios comparecían fastuosamente vestidos, en compañía de su familia, a la puerta de sus palacios, para recibir las felicitaciones de sus súbditos, criados y amigos. Estos traían la felicitación finamente caligrafiada en una tablilla, y antes de entregársela al anfitrión se la leían de viva voz. Así nacieron las que hoy son nuestras tarjetas de Navidad. Las redactaban y caligrafiaban unos escribanos públicos llamados tabeliones, que eran a la vez poetas y artesanos, y para aquellas ocasiones se instalaban con su equipo en las plazas públicas. Los tabeliones romanos son los precursores más antiguos de las imprentas que con idéntica finalidad de imprimir tarjetas de felicitación, se establecen por el tiempo de las Pascuas en los mercados de Caracas.

La más conmovedora manera de celebrar la Navidad es quizá la que se practica en algunas regiones de Alemania.

El acto con que las fiestas comienzan es aquel en que los niños de la ciudad van en procesión hasta el cementerio para ponerles en sus tumbas regalos a los niños allí enterrados. En la Unión Soviética la fiesta no es religiosa, pero es igualmente bella. En esa época, todos los escolares y estudiantes se van a los campos para prepararles sus cuevas y nidos o guaridas a los animalitos, a fin de que las conserven dispuestas, accesibles y tibias durante las terribles nevadas que azotan en esa época a la tierra rusa. En Inglaterra es tradición que los niños, de los dulces y panes que se sirven en Navidad, reserven unas migajas para ponérselas ellos mismos en las ventanas a los gorriones, que durante el invierno se quedan sin alimentación. En Venezuela la tradición navideña no ha conservado su genuinidad sino en los estados andinos. Allí, para estos días se usa todavía el adornar las casas con ramas de la planta aromática llamada albricias, palabra que designa el regalo que se hace como recompensa al que nos trae una buena noticia. Ese es el sentido simbólico de las albricias andinas: es la recompensa que el pueblo le ofrenda al Niño Jesús por la buena nueva que trae, de que el hombre se salvará. Es muy estrecha, en todas las expresiones de la tradición, la relación entre las plantas y la fiesta de Pascuas, por lo mismo que más o menos visiblemente la celebración sigue fiel a su origen pagano, que la refería al renacer de la naturaleza. Esa simbología vegetal se conserva vivísima en la figura del arbolito. El arbolito de Navidad es siempre un pino, árbol que desde antiguo emblematisó en los países nórdicos la vitalidad invencible de la naturaleza, pues es el único árbol que en el invierno crudo del Norte permanece indemne a la acción del frío, además de ser en aquellas comarcas un proveedor insustituible de calor para la casa.

Los niños en muchos países de Europa, bailan alrededor de un pino que ellos mismos trajeron del bosque y lo han colocado en su casa graciosamente paramentado. Al dar las doce la Nochebuena, apagan las luces y todos se sientan en silencio a cierta distancia del arbolito, por creer que a esa hora aparecerán debajo de sus ramas elfos y gnomos. En otras partes, Austria y Alemania, los emblemas de Navidad son la cabeza del jabalí y el leño encendido. El jabalí simboliza, como el pino, fuerza y fecundidad. El leño de Navidad se conserva hereditariamente a lo largo de siglos a veces, en una misma familia. Cada año se enciende a media noche un rato y luego se vuelve a apagar. Su simbolología es aún más antigua: se relaciona con los cultos prehistóricos relativos a la conservación del fuego por el hombre.

Los regalos de Navidad tienen desde los tiempos del paganismo una significación supersticiosa: se creía que lo obsequiado en aquel momento alboral del nuevo año se multiplicaría luego, lo mismo para el obsequiado que para el donante. Se llamaban augurios, palabra que define en su origen latino, «adivinación del porvenir por el vuelo de las aves». Los aguinaldos —en su sentido de regalo navideño— son de origen celta. *Au gui l'anne neuf* designaban en la Francia antigua a una planta de hoja muy decorativa que parasita de la encina. Tiene como el pino esa planta la facultad de resistir el invierno; por eso adquirió la significación simbólica de sobrevivencia que le otorgaron los druidas. La cortaban en los tiempos de Navidad, en medio de magníficas ceremonias y fiestas, utilizando una hoz de oro. Esa tradición ha sobrevivido en casi toda Europa, y se continúa en Estados Unidos. La hoja tal no es otra que el muérdago, cuyas coronas u otras formas de arreglo son por estos tiempos industria de consumo. La figura de Santa

Claus participa con todos estos atributos del gran elenco navideño que entre nosotros se embellece con la imagen más tierna de la hagiografía cristiana, el Niño Jesús. San Nicolás, castellanización de Santa Claus, es santo perteneciente a la rama ortodoxa del catolicismo. Griego de origen, fue adoptado como personaje simbólico del espíritu navideño por los holandeses. Los colonos que partieron de Holanda para fundar la ciudad de Nueva York, adornaron con su efigie el célebre barco *Mayfair* en que hicieron el viaje; se lo aplicaron a la nave como mascarón de proa. Así como Santiago es el patrón de nuestra Caracas, el de la ciudad de Nueva York es ese anciano rozagante, el simpático Santa Claus, circunstancia que hace de aquella gran urbe una especie de capital espiritual o santa sede de la tradición navideña.

Los aires finísimos de diciembre se ocupan ahora de colorear con sus acuarelas de alegría las mejillas de la ciudad, para la fiesta que ya enciende sus primeras estrellas de juguete sobre el cielo venezolano. A toda prisa prepara el Ávila su magnífica escenografía, compuesta para esta ocasión de nubes a lo Botticelli y suntuosa tapicería de esmeraldas y crepúsculos. De un momento a otro se abrirán los antiguos balcones de la montaña tutelar para que a ellos se asome, como una reina modelada en fulgores de oro, la Estrella de Belén, cuya significación como emblema de paz y de amor para todos los seres, traduce la emoción venezolana en palabras tan perfumadas de tradición y animadas de fraterno impulso como «¡Felices Pascuas!».

DESCUBRIMIENTO DE LA CASA

No hay de seguro entre las cosas inventadas, ninguna en que el hombre haya llegado a reflejarse tan exhaustivamente a sí mismo como en esa réplica casi perfecta de nuestro equipo vital que es, por definición, la casa. Aun sin considerarla en ese extremo de perfección funcional a que han podido llevarla los arquitectos, que a la vez que creaban como artistas pensaban como biólogos, la casa dejó de ser, hace muchos siglos, el puro refugio del hombre sobre la tierra para convertirse, con creciente precisión, en su más claro y minucioso retrato.

Para componer con otros productos de la civilización una imagen cabal de su precursor orgánico, sería preciso reunirlos a todos, como las partes separadas de un complicado mosaico, en una especie de mapa de las técnicas donde estuvieran representadas por orden de relación con el esquema original humano las máquinas de ver, las máquinas de oír, las que proyectan el oficio de la mano y hasta esa fraganciosa máquina de comer que constituye la cocina. El hombre reprodujo en cada uno de estos inventos una aptitud particular de las muchas en que se manifiesta la vida. Pero la vida misma, la vida compendiada en la totalidad de sus funciones, y por lo tanto en su emoción y en su drama, no reconoce otra imagen tan completa como la que compone la casa en su estructura visible y en su intimidad entrañable; en esa síntesis de técnica y de

ciencia, o sea de cultura, donde el hombre parece haberse complacido en repetir paso a paso los mecanismos de su propio cuerpo.

Tan estrechamente ha llegado el hombre a relacionarse con su casa y de modo tan integral se ha desdoblado en ella, que es este el único de nuestros artificios al que aceptamos como expresión sustantiva de nosotros mismos. No otra cosa que esa identidad es la que establecemos por medio del pensamiento y del lenguaje, en la fusión de los conceptos «vivir» y «habitar». ¿Dónde vives?, nos pregunta el amigo que nos encontró en la calle, como si el hecho de estar uno fuera de su casa supusiera no vivir. Y aun hay formas del pensamiento metafórico en filosofía, en las religiones, en el habla cotidiana, que otorgan a la casa una categoría de símbolo o transcarnación de lo humano. El cuerpo, dicen los orientales, es la casa del hombre; el cuerpo, dice la Biblia, es la casa del alma. Y cuando la religión católica buscó una imagen para encarecer la figura de la madre divinizada en la Virgen Santísima, la nombró con tan hermosa metáfora como «Casa de oro».

Tomamos a la habitación por el habitante cuando advertimos al visitante procaz que esta casa se respeta, o cuando hablamos de la Casa de los Austrias, o de la Casa de Aragón para aludir, en realidad, a las familias que en esas casas nacieron.

Le conferimos asimismo a la casa atributos fisiológicos tan privativos del cuerpo viviente como dormir o mirar: «Esa casa durmió abierta toda la noche» o, en las descripciones topográficas, «la casa tiene por su fondo un balconcete que mira hacia el sur». Casas que duermen, casas que miran, casas que se nombran como sucedáneos de gente: de ellas hay todo un pueblo en la poesía, en la historia y en

la conversación cotidiana. Con el tema de la humanización de las casas se escribieron páginas inolvidables. Una de las novelas más conmovedoras es la que se llamaba, precisamente, *La casa muerta*.

Y es que si el hombre representa en sí mismo la síntesis más acabada de todas las formas de vida que se repartieron en la naturaleza, la casa es, a su vez, una síntesis artificial del organismo por el que el hombre vive.

Nace la casa por un acto extrañamente semejante al de la consumación del amor. Para que nazca la casa es preciso que el hombre hunda su cuerpo en el seno de la tierra. La piedra que él deposita en ese pedazo de naturaleza que ha hecho suyo, la piedra que se nombra con palabra semejante a semilla, es como el germen, como el microorganismo del que la casa brotará hacia la vida.

La estructura de la casa se sostiene en una armazón de materiales de soporte y proyección que se relacionan, se articulan y se organizan entre sí con la misma armonía y proporcionalidad que rige la integración del esqueleto humano. Y mientras esas formas adquieren un movimiento propio, o sea, mientras conforman sus espacios y consolidan sus elementos de integración, el hombre la encierra en la jaula de los andamios, tal como se hace con el apoyo de la andadera, al niño que todavía no gobierna sus movimientos.

Las materias de que se viste ese esquema estructural para convertirse en superficie y contorno, se acumulan por orden de texturas en una superposición de capas que van, a la manera del revestimiento humano, desde el tejido más espeso y sólido, hasta ese verdadero cutis de la casa que es la pintura de sus paredes. Un mal acabado en el revestimiento de la casa, o su exposición abusiva a un agente de destrucción cualquiera, como el fuego, el agua, el roce

desconsiderado o el desaseo, ocasionará en la pared toda suerte de hinchazones, abombamientos, manchas, descarpelados y excrescencias que en muy poco se diferencian de las dermatitis, ampollas, ulceraciones o callosidades que atacan a la piel humana sometida a las mismas contingencias.

Por entre las paredes de la casa se ramifican los tubos, las cañerías y los alambres eléctricos, como por nuestro cuerpo la complicada red de conductos que acarrear y reparten las sustancias de la vida. La tubería del agua será, con relación al hombre, como una copia simplificada del aparato circulatorio; una comparación que puede parecer de pura especulación poética, pero que se nos aparece perfectamente objetiva cuando recordamos que los depósitos de agua reciben y liberan el líquido por medio de esa bomba automática, cuyo funcionamiento es, en líneas generales, el mismo corazón.

Más claramente evocador de su modelo humano es el aparato digestivo de la casa. La digestión humana, nos enseñan los fisiólogos, no comienza en la boca: comienza en la cocina, pues la cocción no es sino el método por el cual adelantamos artificialmente un fastidioso proceso de ablandamiento y extracción de sustancias nutritivas, que tendría que realizar nuestro organismo a costa de duro y demorado trabajo, si tan espléndido recurso de simplificación no se hubiera inventado. Así considerado su papel como organizador de los alimentos, podemos ya ver que la casa dispone en la cocina de una especie de máquina de digerir que completa, como el equipo sanitario y las cañerías subterráneas, la más aproximada imagen del aparato digestivo. Y aún podríamos fortalecer el cuadro, asociando la significación del kerosén o del gas como potenciales calóricos de la casa, y la del hígado como gran almacenador de calor en nuestro

cuerpo. Aunque no sea sino por esa facultad, y porque en su función descansa literalmente toda la eficacia de la cocina, puede afirmarse con toda propiedad que la bombona de gas es el hígado de la casa.

Descubrimos también una ingeniosa analogía entre el trabajo que ejerce la electricidad dentro de la casa y nuestro sistema nervioso, tomando el medidor de la corriente como cerebro de la casa. Como los estímulos cerebrales recorrerían los nervios para idénticos fines en nuestro cuerpo, recorre el fluido eléctrico los cables que parten del medidor para poner en funcionamiento esos órganos visuales de la casa que son sus luces —incluyendo esa forma evolucionada de la luz artificial que es el televisor—, o para dar movimiento a esa serie de manos mecánicas por medio de las cuales la casa nos lava o plancha la ropa, o nos bate los alimentos, o se ventila a sí misma como podría hacerlo una acalorada señora con su abanico.

Y cuando decimos que la casa duerme, no estamos haciendo con esa expresión una figura literaria; es que, en efecto, al apagar la luz hemos reproducido en el conmutador un fenómeno semejante a esa disociación entre las neuronas y la corriente nerviosa que determina en nosotros el sueño. Y nada tan parecido a las sensaciones de sobresalto, de susto o de miedo que recibimos cuando algún agente exterior altera el ritmo normal de nuestra vida, como la alteración que sufre una casa cuando se produce una falla cualquiera en su servicio eléctrico: la casa pierde súbitamente su visión y su voz; y sus órganos de proyección se inmovilizan o se aceleran incontroladamente, como le ocurriría a una persona que pierde su equilibrio nervioso. Aun surge ese momento de sobresalto nocturno en que la casa no reacciona a los estímulos de la llave de la luz, y hay

que acudir al expediente de la vela. Cumple la vela en esa situación con respecto al alumbrado de la casa, una misión semejante a la de la inyección de adrenalina en esas personas que no la segregan en cantidad suficiente, como para sobreponerse a una emoción.

Quien conozca cómo distribuye nuestro cuerpo su vasta red de recursos defensivos, sus puestos de guardia destinados a avisar la presencia de infecciones, de anormalidades, está en capacidad de relacionar sin mayor esfuerzo el papel que en el tendido eléctrico de la casa desempeñan los tapones y las rosetas, con el de esas nudosidades llamadas ganglios que se distribuyen estratégicamente por nuestro tejido periférico. Son los ganglios como los perros del organismo, órganos de alarma cuya misión es avisar, por medio de la inflamación, que algo anda mal en las proximidades. Porque los ganglios le cortan el camino, una infección localizada en una extremidad, por ejemplo, no se extiende a otros órganos; porque la roseta funde un alambre de plomo al producirse un cortocircuito en la zona de su dominio, es por lo que el apagón no se extiende al resto de la casa. Un sistema ganglionar deficiente permite que la más leve tumoración degeneren en enfermedad grave, como una instalación con sus resistencias en mal estado puede convertir en un incendio al más inocente cortocircuito.

Órganos visuales de la casa, y sin duda los más notables, son también las ventanas. Las ventanas representan una proyección de nuestros ojos y, como ellos, poseen la facultad de regular la percepción de la luz por medio de postigos, visillos, cristales y cortinas cuyo oficio de ampliar o disminuir la visibilidad se relaciona con las contracciones del iris.

Que las ventanas están cerradas es indicio de que la casa duerme, y no hay sensación tan clara de que el

hombre ha despertado como ese momento de la mañana en que las ventanas de su casa se abren hacia el nuevo día. Parece demasiado subjetivo afirmar que las casas nos ven por sus ventanas y que hasta cada tipo, cada categoría de ventana tiene una manera particular de mirarnos que nos permite adivinar, lo mismo que en los ojos del hombre, el alma que por ellas se expresa. Hay la casona señorial de la arquitectura clásica hispanoamericana, esa mansión de estirpe colonial donde el tiempo se quedó como arremansado, cuyas ventanas de severo empaque, pero polvosas, cariadas por la erosión de los años, nos sugieren en la derrota de sus jambas, en el vencimiento de sus maderas y en el pedazo de cristal apagado por el que se adivina un jirón del desteñido cortinaje, la altivez de ese ceño que se frunce en una expresión reunida de dignidad venida a menos y de incurable miopía.

Hay la mirada de dulzura, de proletaria simplicidad y calor humano con que llama a nuestro corazón la ventana de arrabal, la que delata en el decorativismo elemental de su enrejado, de su cortinita zancona y poblada de flores, el mirar casi infantil de esa muchacha de rostro recién pintado que esta noche vendrá a enmarcar en ella sus ensoñaciones o sus esperanzas.

Y hay la mirada fría, la mirada apática e impersonal que nos dispara el rascacielo, en su condición de técnico del espacio, desde esas ventanas ajenas a toda pasión, a toda filiación sentimental, donde los vidrios demasiado limpios, los ángulos demasiado rectos, evocan esa neutralidad de espíritu que les otorga a los ojos humanos el empleo de anteojos sin montura.

Y si las ventanas pueden asimilarse tan fácilmente a la función visiva, ¿con cuál relacionar la de sus cercanísimas

parientes, las puertas? ¿Acaso también con los ojos, puesto que ellas suelen también actuar como conductoras de la luz? Es indudable que entre los atributos anatómicos de la casa no se consiguen otros dos tan semejantes entre sí por su disposición en el espacio, por los materiales de que están hechos y hasta por la utilería de que una y otra se rodean, como la ventana y la puerta. La diferencia entre ambas reside entonces en el trabajo que cada una desempeña en la fisiología general de la casa. El hecho de que pueda una puerta reemplazar en un momento dado a una ventana como agente de la luz no supone que sea esa su misión específica, como el hecho de que accidentalmente pueda uno respirar por la boca no permitiría caracterizar la boca como un órgano respiratorio.

Hermanadas por tantas coincidencias formales con sus vecinas las ventanas, las puertas parecen más bien asociarse, como las escaleras, a la noción de dinamismo. Si las escaleras representan una actividad asimilable a la de los músculos de elevación en su tarea de echarse al hombro el espacio, por así decirlo, para dispararlo hacia arriba, corresponde a las puertas como reguladoras de la movilidad horizontal, una función semejante a la de esos músculos llamados de aducción y abducción, por los que nuestro organismo alarga o acorta sus miembros. Vinculadas al esqueleto de la casa por esa forma simplificada del tendón que configuran las bisagras, las puertas ejercen el oficio de administrar aquel mecanismo de coactividad de los espacios por el que decimos que la casa se pone en movimiento. Por su función de multiplicar o restringir las posibilidades de movilidad y desplazamiento del ámbito habitable es justamente por lo que les atribuimos, en el lenguaje metafórico, la facultad de conducir. Las puertas, en efecto, actúan como los términos de una invisible red

de poleas por las que el espacio desplaza sus recursos cinéticos. Excelentes imitadores de la musculatura humana, conducen el movimiento ampliándolo por proyección cuando están abiertas, limitándolo por contracción cuando están cerradas, todo como podría hacerlo el tendido de los músculos con relación al brazo cuando este se extiende o se contrae. La actividad de la casa se traduce por la movilización de sus puertas, como la del hombre por la movilización de sus músculos; y no muy diferente de la relajación muscular por la que el hombre reposa es esta imagen de la casa en descanso, cuando sus puertas se cierran para el sueño. A la manera del cuerpo que acomete la actividad cotidiana al fin del reposo, la casa habilita su equipo de movimiento por activación progresiva de ambientes que se continúan unos en otros como los eslabones en la cadena, y por eso se llaman precisamente dependencias. En una operación expansiva cuyos accidentes se representan por otras tantas puertas, el movimiento iniciado en el dormitorio se comunica inmediatamente al baño, donde se transmite a la cocina, la que a su vez lo prolonga al comedor, hasta que finalmente se dispara a la calle. ¡Las puertas han puesto la casa en marcha!

Lo que en fisiología se llama inervación de los músculos, o sea la orden de ponerse en movimiento que les transmite el cerebro por medio de la onda nerviosa, puede compararse con lo que sucede cuando alguien que viene a visitarnos toca el timbre: conducido por la vibración nerviosa del cable, llega el timbrazo estimulante. En respuesta al estímulo, la puerta reacciona abriéndose. Todo, como cuando el cerebro les transmite a nuestros músculos motores la orden de echar a andar, y nuestras piernas obedecen, poniéndose instantáneamente en marcha.

Por lo mismo que repiten tan fielmente el papel de los músculos, a ningún otro aspecto de la patología humana como a los achaques del sistema muscular se parecen los que alteran el funcionamiento eficaz de las puertas. Pienso especialmente en la puerta traumatizada, la que perdió parte de su aptitud dinámica por desprendimiento de una bisagra, como se quedaría cojo o paralítico a medias el hombre que sufriera traumatismo de sus tendones. La artrosis, el reumatismo, las enfermedades cuya etiología se relaciona con el tiempo y de las que son síntomas la pesantez, la impracticabilidad del músculo a que atañen, tienen su representación más patética, dentro de la casa, en esos viejísimos portones, cada noche más engorrosos de cerrar, cuyas bisagras y goznes gimen en el movimiento con gemido que es casi el mismo del cuerpo forzado a la flexión dolorosa. Y así como las puertas que le quedaron angostas al marco o redujeron sus tejidos con el calor, o transportan con dificultad el espacio, dibujan casos de atrofia, así las que se inmovilizaron por condenación evocan el dramático cuadro de la parálisis por polio —incluido en la semejanza el papel correspondiente de los clavos como agentes de infección.

Así como las puertas y pasillos sugieren el movimiento, la electricidad su sistema nervioso, y la cocina y los conductos del subsuelo la digestión, así los ámbitos de intemperie proveen la respiración de la casa, no los que el mal albañil tuvo que producir a la fuerza en horrendos boquetes por los que la pared reclama desesperadamente su transfusión de oxígeno, sino los que la nobleza arquitectónica dispuso como para que el ámbito habitable disfrute en ellos de buenas narices y tráquea bien despejadas. La casa mejor ventilada no es la que ha de fabricarle aire a su cuerpo por medio de abanicos, ventiladores o acondicionadores; es la

que más cómodamente respira por sus recursos orgánicos espontáneos, por sus espacios de aireación. En el modelo ideal de la casa viviente, verdaderos productos de fisiología transferida como la que propone el realismo biológico de Richard Neutra o la que ensayó Howard en su invención de la ciudad-jardín, el aire no solo interviene como entidad de presencia espontánea, sino como materia constructiva y aun como célula de relación. Atrapado por terrazas que se abren como trampas allí donde lo desplazan naturalmente los accidentes del paisaje, una ingeniosa sinergia de compuertas recoge la bocanada y una vez que la subdivide en corrientes más suaves, lo remite a las áreas verdes que circundan la casa, al órgano que describe su perfil femenino, a sectores de jardín donde sus plantas ejercen su acción filtrante y purificadora de verdaderas narices vegetales y que, para acentuar aún más su significación respiratoria, están debajo de las ventanas, como está la nariz debajo de los ojos.

Cuando la casa no dispone de ese aparato respiratorio natural, como es ahora el caso de tantos edificios de apartamentos, la mecánica y la ingeniería deberán acudir con su equipo de respiración artificial, como tal el doctor o el bombero que asisten un caso de asfixia. La creciente condensación del espacio habitable en ámbitos cada vez más cerrados, ha terminado por convertir tan molestos artilugios en el verdadero aparato respiratorio de la vivienda contemporánea. Son el oxígeno potencial de la casa, y le proporcionan su alimentación atmosférica con mucha más generosidad a veces que el trabajo de las narices al animal pulmonado.

Pero además de sorber, de conducir y hasta de transformar la materia respirable, desempeñan estos objetos en el organismo de la casa una función de reguladores del calor que permite adscribirlos a la categoría fisiológica de

las glándulas. Parece una metáfora del más abyecto feísmo estético el caracterizar el aparato acondicionador de aire como una gigantesca glándula sudorípara, o afirmar que los ventiladores son el emuntorio cutáneo por el que nuestra casa suda. Suda sin embargo nuestra casa, por esos aparatos, en el mismo sentido figurado en que respira por ellos. Transpira el espacio por esas curiosas glándulas aspadadas, puesto que ellas le realizan, en términos de aire, una función tan propia al sudor como es *mantener constante la temperatura del cuerpo, cuando el cuerpo mismo o el ambiente propenden a elevarla*.

Todavía más evidente es la significación del lavabo —comprendidos en el término los lavaplatos y bateas— como glándulas excretoras mayores o riñones de la casa. Aunque su mecanismo contraría en cierto modo la de su modelo orgánico, se le parece, en general, por su función de eliminar los líquidos residuales derivados de un proceso depurativo que él mismo ha realizado. Utilizar el lavaplatos, y especialmente ahora que la técnica los ha puesto a trabajar solos, es ponerlo a hacer lo que hace el riñón en el cuerpo; reactivarles, por eliminación de adherencias espurias, sus potencias de servicio a aquellas materias de circulación y trasiego —léase en este caso partes de la vajilla— por las que las células de la vivienda comen y beben. Reemplazando por la química del jabón el mecanismo de los filtros renales, le lavan a la casa sus células de activación vital, y una vez que las dejaron en condiciones de circular sin peligro de contaminación para el vecindario, proceden, como riñones que conocen bien el oficio, a liberar sus uréteres mecánicos para desalojar las aguas servidas. Riñones y lavabos se asocian así en su genealogía profesional, como el aguador y el ingeniero hidráulico.

Distanciados por el procedimiento, se identifican por la función que uno y otro desempeñaron, por la actitud con que ambos supieron convertir en materia de salud un líquido sustancial de la vida.

Pero al mismo tiempo que glándulas eyectoras de la materia líquida, que órganos destinados a trasladar sus aguas íntimas al exterior, tiene otras el cuerpo que le sirven, por función contraria, para cerrarle el paso a la humedad que pretendiera penetrarlo por las vías anormales de la piel o el cuero cabelludo. En eso trabajan recubriendo constantemente nuestra piel con su barniz impermeabilizador, las glándulas sebáceas. Para encontrar algo que cumpliera un trabajo equivalente en el cuerpo de la casa, habría que ir en primer término a la organización defensiva de los tejados. El tejado clásico, el ritmo arquitectónico de un tejado que sabe conjugar utilidad y gracia, no solo evoca las proporciones de una cabeza bien modelada, sino que es en verdad una simplificación de las funciones que se reparten en nuestro cuero cabelludo, las glándulas sebáceas y el pelo. Hay ya una aceptable relación de estructuras entre la organización imbricada de las tejas, su montaje que recuerda el de las escamas y la textura escamosa que presenta la epidermis humana en una visión aumentada. Pero lo que acredita para el tejado su definición de órgano craneal viviente, lo que le otorga su personería como cuero cabelludo de la casa, es la exactitud de resultados con que reedita el mecanismo defensivo de su pariente orgánico bajo la acción del chubasco. Todas sus formas se reúnen entonces para producir los mismos efectos físicos que un cuero cabelludo expuesto al torrente de la regadera. Traduce a la eficacia deslizante de su posición inclinada, la función por la que el riego sebáceo hace que el agua resbale sobre la piel; e interpreta en la

conductibilidad de las tejas recolectoras el papel de remitir y orientar las corrientes que hacen los cabellos en una cabeza mojada.

La más extraña industria que el hombre ha inventado, la industria de los cosméticos, que se especializa en vendernos ya ejecutadas y clasificadas las reacciones de nuestra piel, tiene su correspondiente para el arte de la arquitectura en esa porción de materias plásticas que en la construcción contemporánea han ido sustituyendo con ritmo creciente el trabajo fisiológico de las tejas. Reducida la anatomía de la techumbre al escueto funcionalismo de la platabanda, a superficies donde la significación orgánica de las formas se resume en el uso de sustancias cada vez más parecidas a productos de secreción, pueden las nuevas casas vivir sin tejas, como puede vivir con la sola protección que le prestan las glándulas sebáceas de su cabeza el hombre que se quedó calvo. Ya no son las tejas indispensables para la vivienda, como seguramente tampoco lo es el pelo para la vida humana. Antes bien, la alopecia progresiva parece definirse en uno y otro caso como el más claro signo de afirmación biológica. Si el progreso del hombre como especie se significa por una creciente pérdida de pelos, el de la casa como producto de civilización se manifiesta por una creciente pérdida de tejas.

El orden en que los revestimientos superficiales de la casa gradúan la calidad de sus texturas, parece dispuesto para una animada lección de dermatología comparada. La misma relación que descubrimos entre el tejado y el cuero cabelludo como principales órganos de anhidración, como regiones donde se reunió la mayor concentración de recursos contra la intemperie, podría reconocerse entre la suavidad con que cambia la piel craneal a medida que se resuelve en epidermis facial, y la calidad de relativa tersura

que adquiere la casa cuando desciende de la techumbre a las paredes. Aquí la acción de la intemperie no es ya tan directa y, en consecuencia, puede el recubrimiento protector ser menos denso; puede atenuarse como lo hace la actividad grasa del rostro, hasta ese grado de sutileza plástica en que su función defensiva se transfunde a la de un agente de la expresión estética. El papel de pulimentadores, de tonificadores del maquillaje natural que hacen las glándulas sebáceas en un cutis saludable es —*mutatis mutandis*— el mismo que juega un buen trabajo de friso y pintura en aquellos sectores del conjunto visible por los que la casa exterioriza su sexo y su carácter —en su fachada especialmente, que no por otra razón nombramos con ese italianismo significativo de faz—. Y un cambio de textura casi idéntico al endurecimiento, a la compactación que acusa la piel humana en los que son por excelencia nuestros órganos de roce es el que experimenta la casa en la transición de las paredes a los pisos, sobre todo en esas regiones descubiertas del piso, en esas áreas de patio donde la casa tiene como si dijéramos, la palma de su mano.

Llegamos por fin a la cocina y al baño, para encontrarnos con superficies neutras, con ámbitos de estricta función fisiológica que de algún modo se parecen a las cavidades de nuestro cuerpo, vistas desde adentro. Son como la piel interna de la casa, como cavidades bucales o viscerales donde la impresión de tejido epitelial que dan las baldosas vidriadas, las superficies blancas, las formas del peltre, se completa con las glándulas en actividad que sugieren las diversas llaves del agua, las regaderas y los chorros.

A medida que la arquitectura se enriquece en recursos de integración, que la vivienda va multiplicando sus posibilidades de servicio, va la casa como cerrando sus

líneas de semejanza con el hombre. Hasta hace muy poco las casas carecían del sentido del habla y de la facultad de escuchar; su silencio de hace cien años, ese silencio que un escritor llamó «el espeso silencio de un siglo que duerme la siesta forzado de los afásicos, de su condición de sordomudos de nacimiento, que para entenderse con sus semejantes, apenas si disponían de ese lenguaje manual por antonomasia que es el lenguaje del correo». Ahora la casa sabe hablar; ahora tiene en la radio su tímpano mecánico, elabora su fonación en el teléfono, y para dar forma sensible a sus estados de ánimo dispone en el tocadiscos de una especie de alacena sentimental donde el corazón puede servirse los más variados platos de emoción en conserva.

¡Si hasta un órgano de función que pudiéramos llamar abstracta, como el que rige el sentido de la orientación, se lo ha plagiado la casa al cuerpo humano! Con la antena de la televisión la casa no solo se ha plagiado la filosofía de nuestro aparato vestibular, sino aun le imitó los detalles más característicos de su curiosa anatomía.

Y así como igualó al hombre en los mecanismos íntimos de su cuerpo, la asemeja también en aquella dimensión del ser que ya no es posible localizar en concreciones viscerales; en lo que define también al cuerpo humano como una fábrica de fluidos inefables, que vagamente se llaman ensueño, imaginación y poesía. Para recordarnos que también en eso es humana, nos invita entonces la casa a contemplarla en el misterio de sus espejos. Es el espejo su víscera de función indefinible, su glándula secretora de la materia con que se elaboran los fantasmas o de que se nutren las criaturas de la fábula; es el órgano que les confiere a sus limitados espacios una dimensión de infinito, la que transforma sus realidades en imagen pura, la que le idealiza su

AQUILES NAZOA

mundo inmediato y le sugiere la existencia de otro cuyos habitantes son el silencio y la luz. ¡Quizá sea el espejo la memoria de la casa, o acaso sea su conciencia, o tal vez sea su alma misma!

JUDAS

«Dime con quién andas y te diré quién eres». He aquí un adagio que no podría aplicársele ni a Cristo, que andaba con Judas, ni a Judas, que andaba con Cristo. Y, sin embargo, Judas y Cristo han andado juntos a lo largo de más de veinte siglos por memoria de las generaciones. Y cuando se alude a la pasión, cuando se alude al alba del cristianismo, se mencionan juntos Cristo y Judas como si no fueran sino los únicos protagonistas, los más importantes y vigentes de ese magno episodio. Andan juntos Cristo y Judas en la imaginación de los hombres y en la memoria de la historia, uno como contrafigura del otro: Cristo, todo bien, suma de todas las perfecciones; Judas, todo mal, alma sombría, lúgubre; con su nombre se alude a la cualidad más baja que puede afectar a un ser humano, al espíritu de traición.

Y uno siempre se pregunta cómo pudo Jesucristo, todo bondad, todo disposición de bien, permitir que en su destino y en su posteridad, le tocara una participación tan negativa y deplorable al pobre Judas.

Se dice, entre cualidades superiores que se le atribuyen a Dios, que es «El que todo lo sabe»; es decir, el que sabe lo que ocurre y lo que se ve en la inmediatez de las cosas, y el que sabe lo que está aún por ocurrir. Cristo, según la Biblia, ya estaba predestinado al fin que tuvo, y encarnación de Dios y profeta como era, sabía de antemano todo lo que

iba a ocurrirle y cómo le iba a ocurrir. Y uno se pregunta: ¿cómo, siendo Cristo el Salvador por antonomasia, el Redentor del Hombre, el que viene a la tierra para apartar al hombre del mal y abrirle la senda del bien hacia el cielo, cómo pudo abstenerse de intervenir a tiempo en el destino torcido que siguió Judas, Él, cuya misión en este mundo fue enderezar el destino de los hombres?

Se dice en la Biblia que la Escritura, la Profecía, había establecido ya, inexorablemente lo que iba a sucederle en el mundo, y se cree que Cristo no podía contravenir en ninguna de sus implicaciones lo que le estaba de antemano señalado.

Eso no parece ser tan eficaz como elemento de convicción, porque precisamente una de las prendas de Cristo, uno de los motivos que tuvo el mundo de su tiempo para ver en Él a un verdadero revolucionario fue, precisamente, aquella soltura, aquel desgaire con que propendía a violar todas las leyes establecidas.

La vieja religión de los hebreos, aquella cuyos cánones recibió Moisés en las Tablas de la Ley, señalan, por ejemplo, que la mujer incura en cierto tipo de pecado con respecto a su pureza debía ser apedreada, lapidada por la turba, castigo bárbaro y sanguinario. Cuando le traen a María Magdalena perseguida por la multitud que ya alza sus piedras contra ella, Cristo oyó la acusación que recaía sobre la mujer, e inclinado en el suelo, sin levantar la vista y escribiendo con el dedo en el suelo, en esa actitud de reflexión un poco irónica, un tanto socarrona, siempre encantadora que asumía en ciertas circunstancias, cuando hubo terminado el expositor de explicarle el cargo que recaía en la mujer, se volvió a la multitud para inquirirle: «El que se encuentre sin pecado que arroje la primera piedra». Al extraño influjo de estas palabras, las manos que ya se alzaban dispuestas al

apedreamiento sanguinario de María Magdalena bajaron lentamente y soltaron las piedras en el suelo. La silenciosa gente se retiró, quedando frente a frente Jesús y la Magdalena. Y el corolario de la escena no pudo ser más hermoso ni comprensivo, más humano. «Por lo mucho que amaste, te perdono. Vete y no peques más».

Esta solución que dio Jesús a aquel caso que ya estaba previsto por las duras leyes del Sinaí, fue indudablemente un acto revolucionario. Así osaba Jesús contravenir una tradición que era sagrada para los hebreos. Aquello era nada menos que reconocerle a la conciencia humana el derecho a cuestionar o condicionar la obediencia a las leyes tenidas entonces por inflexibles, por infalibles e indiscutibles, no teniendo el hombre otra intervención en ellas que aplicarlas y obedecerlas ciegamente. Erigir la conciencia del hombre en juez de sus propios actos, eso fue lo que hizo en aquel momento Jesús. Hasta entonces, todo lo que se hacía, en el sentido de la moral o de la religión, era efecto de una aceptación mecánica e indiscutible de las leyes escritas. No había según tales leyes, opción a meditar sobre si lo que se hacía era malo o bueno. Bastaba que estuviese escrito en la ley tradicional, para que debiera cumplirse al pie de la letra. Y por primera vez Jesús, no solamente le niega a la ley el derecho a decidir sobre una vida humana, sino además invoca la conciencia como árbitro de los actos humanos y deja aparte la idea de que Dios, aquel Dios inflexible de los hebreos, era el único que a través de la dura ley escrita podía decidir justamente. Lo que hizo del cristianismo una religión tan popular y que llegó a derribar todo un imperio, empezando por la acción de doce hombres inermes, fue esa importancia que le asignó al hombre como juez ante sí propio, de sus actuaciones en el mundo.

Dios fue reemplazado, en el cristianismo, por la conciencia del hombre. Eso es lo que simboliza aquel episodio inolvidable de Jesús ante el caso de la Magdalena. En beneficio de la redención de un ser humano, y de su salvación para el bien, no vaciló en contrariar Jesús la inexorabilidad de lo que estaba escrito, según la tradición, por la mano misma de Dios. ¿Por qué no procedió de igual modo ante el destino que —en las propias escrituras— le señalaban las profecías a Judas?

Las Escrituras, los Evangelios, son muy parcos en la exposición de los hechos. Y hay que acudir un poco a la imaginación para comprender lo que en realidad debió suceder entre dos magnos protagonistas de la Pasión: Judas y Jesús. Cristo se preciaba de ser «el Hijo del Hombre». Decía constantemente, con sumo orgullo, que Él era el Hijo del Hombre; es decir, se tenía como el hombre configurado en la suma de todas sus cualidades. Se sentía Él profundamente humano. Y puesto que se complacía en aclamar la condición humana como algo tan perfecto y tan digno que le enorgullecía mostrarse como hombre, como hijo del Hombre, entonces para explicarnos un poco aquel suceso vayamos a examinar la condición humana simplemente, tanto de Cristo como de sus compañeros los Apóstoles. Así puede quedar más clara la situación.

Cristo y Judas han pasado, como héroe y antihéroe de la tragedia del Gólgota, a la tradición, al folklore, a la historia y a la leyenda, a través principalmente del arte. El arte, ese gran intuitidor de la realidad, que a partir del Renacimiento especialmente, nos da una tipología del mundo cristiano, localizado sobre todo en los días en que Cristo anduvo por el mundo y evoca los principales episodios de su vida. Leonardo da Vinci es, entre tantos artistas que

han tratado el tema, seguramente el que mejor nos ha transmitido la emoción de aquel drama ocurrido entre Judas y Cristo, y cuyo primer acto es la Cena. Leonardo da Vinci, en Milán, en la iglesia de Santa María de la Gracia, realizó este mural que está entre las más grandes obras que salieran de su pincel, y es como una de las creaciones excelsas que haya producido jamás el arte de la pintura. No es solamente el cuadro de la Cena un prodigio de uso arquitectónico del espacio disponible por el pintor, sino en su concepción, factura y distribución, una obra maestra de comprensión de un clima espiritual humano. Allí se han distribuido las figuras humanas de tres en tres, cada parte constituyendo como un grupo aislado, y entre todas componen lo que llamaríamos el clima del cuadro. Allí hay, resuelto en términos de figura humana, una atmósfera de estremecimiento, de convulsión espiritual colectiva, precisamente la que sobrecogió a aquel grupo de comensales en el momento en que Jesús los sorprende con la noticia de que «Entre vosotros hay uno que me traicionará». Allí no son solamente los semblantes, las expresiones faciales, las que traducen una serie de reacciones ante semejante noticia, que van desde la sonrisa un tanto despectiva y hasta cínica de los que toman un poco en broma la cosa, hasta la ira por la sospecha que ha recaído sobre el grupo, y también hasta la adulonería relamida de los incondicionales. Ahí están expresadas, no solamente con los semblantes sino muy particularmente con las manos, las reacciones de rechazo o una sospecha de que todos quieren escapar. Leonardo, que fue el más grande pintor de manos humanas que jamás haya existido, allí agotó todos los recursos expresivos de que dispone la mano del hombre para exteriorizar la expresión de emociones intensas y sentimientos

profundos. No hay un fresco, como ese, tan rico en lección de psicología y caracterología traducida por las manos. Cuando Leonardo pintó este fresco, parece que hubiera recorrido toda la gama de las expresiones del hombre, desde la más vulgar, extravversa y grosera, hasta la más íntima, introversa, profunda y misteriosa. Ahí están el cinismo, la rudeza, la desfachatez, la politiquería, el edulcoramiento, la sonrisa buida. Y allí está, entre todas estas expresiones, contrastando al mismo tiempo con las otras doce y complementándolas, centro del cuadro y alma de toda aquella atmósfera plástica y humana, la figura de Jesús. Es la primera vez que vemos a Cristo sin barba. Lo hizo así para mostrar, Leonardo, todo lo que hay en Jesús al mismo tiempo de sutilmente femenino por su dulzura de alma, y también exquisitamente niño por su fineza, y lo que tiene también de alma enferma, antena sensibilísima como es a las pasiones del mundo y sus dolores. Ahí está a la vez Jesús como metido en sí mismo, está pensativo hacia adentro, está levisísimamente sonriente, como solo puede capturar un rostro humano el pincel psicológico de Leonardo da Vinci. Leonardo aquí ha puesto en juego la suma de sus medios para compensar, para oponer, para equilibrar por oposición y contraposición lo que es la alta pureza de Cristo y lo que es la bajeza humana, la brutalidad encarnada en la figura de Judas. Judas en este cuadro compone un personaje al que Leonardo ha colocado deliberadamente en escorzo, no solo para sugerir así idea de doblez, sino para que se le vea todo lo que tiene de brutal y de rapaz; es una figura prognática, una figura excesivamente musculosa, tensa, ruda; no hay en esta expresión nada que sugiera bondad ni propensión de dulzura, ni vida espiritual, todo lo contrario de lo que en el mismo cuadro es

la expresión de Cristo. Ahora bien, así pasaron los dos a la historia y a la leyenda, y así están fijos en la imaginación del hombre. ¿Por qué no le evitó Jesús a Judas ese horrible estigma que lo marcó para la eternidad, Él, que pudo hacerlo, Él, que pudo cerrarle el camino de abyección que siguió, pues sabía de antemano lo que Judas iba a hacer? Allí es donde entra lo que hay de humano en Cristo y lo que, como digo, hay de humano en sus compañeros, lo que adivinó en ellos el fresco de Leonardo.

Judas era para todos los que componían la comunidad apostólica, incluyendo a Cristo, un personaje profundamente antipático. Era, quizás, el más rudo de ellos, que eran hombres talentosos, oradores, gente con mundo; había entre ellos hasta un médico, Lucas; Judas en cambio era un campesinote, procedía de un lugar oscurísimo que se llamaba Keriot, precisamente. *Is* quiere decir en el hebreo antiguo hombre, como *Isa* es mujer. *Is Keriot* significa «el hombre de Keriot». Se le llamaba a Judas «el hijo de Simón», pues Simón se llamaba su padre, campesino laborioso como él. Judas tenía cualidades de administrador y de buen ecónomo, porque era inflexible en sus determinaciones relativas a los gastos, y exacto en su contabilidad. Los Apóstoles hicieron recaer en él esa responsabilidad que en todas las épocas y en todas las circunstancias hace tan antipática la figura humana. Es el hombre que maneja los intereses de la comunidad. Era el que recibía, guardaba y distribuía, según su destino, las dádivas que los Apóstoles recaudaban en sus correrías de prédica política y religiosa. Era, por lo mismo que manejaba burdos intereses, el hombre a quien se tenía por inferior a los demás. Cuando los otros hacían poesía, cuando oían embelesados al Maestro, cuando inventaban las palabras

más maravillosas que se hayan escrito en lenguaje alguno, cuando practicaban el vivir como un ejercicio de pura belleza, Judas estaba amasando dinero, estaba contando dinero, estaba haciendo cuentas, estaba en esa tarea ingrata que tradicionalmente se ha tenido como la más antipodética. Judas, cuando observaba las relaciones existentes entre todos los demás discípulos con Cristo, se sentía profundamente deprimido. Judas contemplaba, por ejemplo, aquella zalamería en que rivalizaban Pedro y Juan por conservar cada uno para sí el favor del Maestro; Juan, poético, humilde y embelesado ante Él, siempre en disposición de beberle las palabras, amoroso y tierno, en actitud constante de besarle la mano, como lo vemos en el famoso cuadro de Andrea del Castaño. Y Pedro, esperando que se levante Juan de aquellas actitudes siempre cortesanas y sumisas ante el Maestro para hacer él lo mismo, para dedicarle grandes loas de palabra. En medio de los dos, Judas, como está en el lienzo de Andrea, como un viejo perro abandonado, esperando siquiera una mirada amable del Maestro. El Maestro, humano como era, gozaba de aquella atmósfera cortesana en que lo envolvía la admiración de sus discípulos, respiraba con placer la solicitud, tierna y siempre florida de elogios de que lo rodeaban sus preferidos Pedro y Juan. Y esto encelaba, le dolía a Judas, que se sentía, es seguro, profundamente solo y cuya austeridad campesina no dejaba de experimentar cierta repugnancia ante aquellas manifestaciones algo excesivas de amor al Maestro. Por otra parte, era ostensible en Cristo su preferencia por algunos discípulos en detrimento de otros. Su tolerancia, por ejemplo, para con las veleidades de Pedro. Pedro no llegó a traicionarlo, pero le hizo algo que casi es traición y que está en la escala de la traición

en un término bastante reprochable; le fue hipócrita, lo negó; y no una vez, sino tres, como el propio Cristo había previsto aquella misma noche de la Cena, cuando se lo dijo: «Me negarás tres veces antes que cante el gallo»; como había dicho también: «Entre vosotros hay uno que me traicionará». Uno no se explica cómo a quien lo negó tenazmente, a Pedro, lo perdonó y lo enrumboó hacia el camino que siguió este, hasta hacerse cabeza visible de la Iglesia, el Santo Padre; y en cambio a Judas no le hizo ni remotamente el mismo favor, dejándolo que se hundiera en el desprestigio y en la ignominia que lo han seguido por siglos. Eso no se hace. Eso no se hace, y mucho menos cuando uno es el Divino Salvador, y sobre todo cuando uno ha aceptado la condición de Hijo del Hombre, cuando encarna al hombre en la suma de sus aptitudes, la primera de ellas, la de la piedad y perdón para el prójimo.

A las reacciones de celos que experimentaba Judas ante los halagos de los otros discípulos al Maestro hay todavía que añadir su discrepancia con respecto a ciertas actitudes, que en los Apóstoles y en el propio Jesús le parecían contrarias a la doctrina por la que luchaban y a sus prédicas. Por ejemplo, el episodio del pomo de ungüento, en Bethania. Después de resucitado Lázaro, en la casa de la familia de Marta y María, hermanas del resurrecto, se le ofreció como acto de gratitud un banquete a Jesús y a sus discípulos. Hubo un momento del ágape en que María, que estaba enamorada del Maestro por lo dulce y sabio que era, se ovilló en el suelo junto a él y se puso amorosamente a ungirle los pies con ungüento de nardos que guardaba en rico pomo.

Judas asistía con disgusto a aquel acto, a aquel acto del unguimiento, que en aquella época era el homenaje

más grato que podía rendírsele a un huésped, sobre todo cuando era una mujer quien lo cumplía; Judas, siempre retraído, contemplaba el acto de ungir María los pies del Señor y luego volcar sobre Él sus cabellos sueltos para enjugarle con ellos el ungüento. Y no aceptó semejante homenaje, en parte porque comparaba su situación de hombre solo, torpe y feo, con la del afortunado rey de la fiesta que recibía homenaje de tan hermosa mujer, y principalmente porque él, como administrador, como hombre de dinero y de números, se fijó e hizo la observación correspondiente, en que aquel pomo «era de los más costosos», en que aquel ungüento valdría por lo menos trescientos dineros. Y entonces exteriorizó sus reflexiones, que fueron más o menos: «Cómo despilfarran el dinero aquí en comprar ungüentos, cuando pudiéramos tomar ese dinero y repartirlo entre los pobres. ¿No se dice que nuestra misión es socorrer al pobre?». Naturalmente, entre los otros discípulos, los que no sonrieron despectivamente ante tan ordinaria salida, simplemente insultaron a Judas. San Juan dice que lo que le importaba a Judas cuando hacía aquella observación, no era precisamente la suerte de los pobres sino que si el dinero que costó el pomo lo hubiera tenido él en efectivo, algo hubiera podido robarse; agregando sin embozo alguno que Judas acostumbraba sisar los haberes de la comunidad. En otras palabras, lo que llana y simplemente le dice San Juan a Judas allí, delante de todos, es ladrón. Y Jesús, que es hombre dispuesto siempre al bien y al amor y a la justicia, no se muestra siquiera conmovido ante aquel insulto violento de hermano a hermano sino que ignorando al agraviado le dice tranquilamente a Juan: «No insultes al hermano porque te haya robado, déjalo que robe». (No son estas exactamente sus palabras,

pero el sentido es el mismo.) Es decir, da por cierto, sin hablar previamente con Judas, que el hombre es un ladrón y acepta el insulto que le echa encima el otro y no hay en él ni un gesto bondadoso o de comprensión para el insultado.

Tenía, pues, Judas que sentirse muy sordamente disgustado entre aquella gente que tan mal lo trataba. Y más que todo muy triste ante la evidencia de lo poquísimo que podía esperar de aquel a quien había seguido por creerlo la personificación de la Bondad y del Amor. Y todavía en aquella ocasión el propio Jesús lo ofende y lo humilla en presencia de María, con la increpación que cito de memoria: «¿Cómo perturbas el placer que esta mujer deriva de tratarme con ternura? Yo pronto me iré de la tierra. Pobres habrá siempre, Cristo no hay sino uno y está de paso, déjala que lo aproveche». Ese es el sentido de sus palabras, las cuales seguramente provocan la burla de los circunstantes. Y a todo esto podemos añadir el hecho de que Judas, de ninguna manera estaba plenamente convencido de la causa a la que se había integrado; y lo que lo impulsó a seguir al grupo apostólico fue la necesidad de compañía. Era un hombre eminentemente solo. Se dejó en un momento fascinar por la palabra de Jesús porque (como siempre sucede en las almas rudimentarias), en el mismo hecho de no comprenderlas muy bien, intuyó que algo muy grande se encerraba en ellas.

Las palabras que oyó de Cristo y que lo arrastraron a la causa de los Apóstoles no habían despertado sino una emoción en él; no lo habían convencido en el fondo de su corazón. Y además, contra la prédica de Jesús, que entonces andaba muy solo, como se ve, con únicamente doce hombres predicando por el mundo, se erguía toda una organización religiosa de suma fuerza, que era la de los escribas, los fariseos, los sacerdotes del Sanhedrín; que aquellos, por

lo que hoy llamaríamos publicidad y propaganda, mantenían al pueblo en un estado permanente de enfrentamiento con cualquier novedad que en el sentido religioso, social o político, propendiera a perturbar la continuidad del sistema allí establecido por los romanos. La fuerza del Sanhedrín, la fuerza de la vieja religión hebrea (aliada en muchos modos del poder imperial) pesaba aún grandemente sobre la conciencia del pueblo y modulaba todas sus actitudes. Entonces se comprende que, sometida su débil inteligencia a la constancia de esas presiones, Judas no estuviera convencido de que seguía el camino mejor al sumarse a la causa de Cristo. Y Cristo no parece que se ocupara mucho en consolidar el impulso emocional, el movimiento intuitivo que lo había decidido a seguirlo, al nuevo discípulo. No se ocupó mucho Jesús en dialogar con ese discípulo todavía no convencido, como sí departía amorosa y fraternalmente con todos los demás. Eso fue el caso. Judas no estaba íntegramente ganado para la causa de Cristo. Y también parece que Cristo, aunque discretamente, compartía la antipatía que todos los demás miembros del grupo apostólico le tributaban abundantemente a Judas. No hay noticia de que tuviera nunca una sola palabra dulce para él, ni una sola expresión de amor. Y esto es, precisamente, porque Cristo también en eso era profundamente hombre, profundamente humano. Cristo decía: «Amaos los unos a los otros», pero puntualizando el sentido no irrestricto ni incondicionado en que debía obedecerse su prédica, decía igualmente: «Ama a tu prójimo como a ti mismo», es decir, ama a aquel que esté próximo, cercano a ti por simpatía, sea o no de tu familia y de tu sangre. Él elegía sus amistades y preferencias sentimentales, no según vínculo convencional alguno, sino según el

elegido compartiera con él aquellas que Goethe llamó «las afinidades electivas». Llegó Jesucristo a ser, de tal manera, una especie de gran aristócrata de las relaciones humanas, allí donde lo vemos tan humilde (alguien decía que la humildad es la soberbia de los pobres); llegó a ser tan aristocrático en la selección de sus relaciones humanas, que a la propia María su madre la rechazó en la fiesta de Caná, diciéndole: «¿Y qué tengo yo que ver contigo, mujer?», como quien dice: «tú no eres prójima mía». Y así mismo en otra ocasión dijo: «¿y quién es mi madre, y quiénes mis hermanos?». Sus hermanos para él eran los que estuvieran vinculados a su personalidad por razones de simpatía y de compenetración espiritual.

Por eso es por lo que uno ignora que Cristo no era el único hijo de José y María. Cristo tenía varios hermanos, hijos de José y María, varios hermanos carnales. Esos hermanos fueron Jacobo, llamado Jácob entonces, que llegó a ser Santiago cuando pasó a España a predicar el Evangelio; hoy es el patrón guerrero de España. Se llamaba Jácob en el Testamento, y le adicionaron el san cuando lo consagraron los pueblos, empezando a llamarlo Saint Iacob (en latín la jota, que reemplazó a la i, es reciente) y de allí viene la forma que después adoptó su nombre, evolución de Saint Iacob. Y además tenía Cristo otro hermano, de nombre José, y otro aún que se llamaba precisamente Judas, que fue Judas Tadeo. ¿Por qué son tan escasamente mencionados como hermanos estos personajes en las referencias a aquel con quien tuvieron nexo tan importante? Cuando más, se les menciona como primos, aunque sus hermanos es lo que eran ciertamente. *Adelfos*, dice refiriéndose al parentesco de ellos con Jesús la versión griega de la Biblia; *adelfos*, que significa ‘hermanos’. Si hubieran

sido primos los nombraría con la palabra *anexios*, que es lo que define esa relación familiar, el primo.

Ahora, ¿por qué fue esto? Porque los hermanos de Cristo, sus propios hermanos carnales, nunca creyeron en Él mientras vivió; si ellos se plegaron al cristianismo y llegaron a ser Apóstoles, fue después que Cristo había muerto. Y Cristo nunca les hizo el menor caso por lo mismo que no tenían nada en común, ni dio nunca un solo paso para catequizarlos ni para convencerlos de nada. Ahora, si esa actitud la tenía frente a su propia familia carnal, ¿qué no esperar un pobre diablo como Judas?

¿Qué no esperar de su actitud ante aquel que tenía todas las cualidades negativas para ser un ilustre desdichado? Era feo, era ignaro, era torpe, era profundamente solitario y era, además, muy antipático. Eso fue lo que realmente perdió a Judas.

Cuando uno recorre la historia en estos términos, piensa inmediatamente en el escenario donde tuvo lugar semejante tragedia y se imagina un mundo muy grande, y aun un mundo imaginario. Pues no, ni grande, ni mucho menos imaginario. El lugar donde todo esto sucedió es un pedacito mínimo de la Tierra Santa, el cual no es nada en comparación con el resto del Asia Menor. Aquí está el mar Rojo, historiado tanto y tan cargado de leyenda, el que atravesó Moisés cuando liberó a su pueblo del cautiverio en Egipto. Aquí está el Mediterráneo, que ahora se une con el mar Rojo, dando salida al mar Árabe por medio del Canal de Suez, que fue aquí construido en el siglo pasado. Y por aquí está Jerusalén, ese pedacito mínimo de tierra que se impuso a todo el mundo moderno a través del cristianismo. Aquí, a Jerusalén, fue precisamente a donde el pobre Judas vino acompañando a Jesús

desde Capernaum, donde residía Jesús corrientemente y donde se habían encontrado. Cuando Judas hubo consumado su traición por los treinta dineros, vino a ahorcarse aquí, al sur de Jerusalén, en un valle profundo y lúgubre que allí existe llamado el Valle de Hinnón. Allí también existen todavía los vestigios de un cementerio que conmemoran aquel hecho funesto.

En efecto, una vez que Judas hubo perpetrado ese hecho absurdo completamente de vender a un hombre tan importante por una suma tan pequeña, treinta dineros, menos de quince dólares de hoy (lo cual indica que no solamente fue ambición del hombre ansioso de dinero lo que lo llevó a traicionar al Maestro, sino otros motivos que hacen de Judas un personaje misterioso). Judas sintió profundo arrepentimiento cuando midió en toda su horrible significación lo que había hecho, y lo acosó el remordimiento. Fue a devolver el dinero, a deshacer el negocio, y los que antes lo habían halagado, los que hábilmente lo habían utilizado como instrumento, los que en su beneficio capitalizaron la estupidez; el resentimiento de Judas para sus compañeros, los sacerdotes, los escribas, los fariseos, lo rechazaron diciéndole: «Allá tú». Lo dejaron en la estacada; ya no les era necesario. Entonces, desesperado, arrojó Judas el dinero en el recinto del Templo; y como en aquella época no se podía usar el dinero que procediera de la venta de un hombre o de su muerte en fines de utilidad pública ni en gastos del Estado, entonces, con las treinta piezas de la plata maldita le compraron los sacerdotes a un alfarero un pedazo de tierra que se llamó Acéldama y que estuvo al sur de Jerusalén hasta los tiempos de las Cruzadas. Cuando los caballeros de Europa fueron a saquear a Oriente se llevaron, como recuerdo de aquellos santos

lugares como ellos los llamaban, tierra del cementerio Acéldama, que se compró con los treinta dineros de Judas y se destinó a dar sepultura a los forasteros, a la gente sin nombre, a los parias y a los suicidas. Se conmemoró así y así pasó a la historia, manchado con ese nombre que él ciertamente no merecía, como humano que era, el nombre infamante de traidor.

En un recodo tétrico de Hinnón fue a ahorcarse el desventurado Judas. San Lucas, que era médico, anota que al desgajarse la rama de que se colgó, en la caída se destrozó el cráneo contra una roca. El cementerio de Acéldama, como una úlcera incurable en el costado de las santas tierras, perpetúa la memoria de aquel desdichado, asociado su nombre a palabra tan ominosa como traidor, su imagen a lo más despreciable de la condición humana, a todo eso que significa la palabra Judas.

Jesucristo alcanzó la gloria por la resurrección, como compensación por su sacrificio. Judas, de distinta manera, fue también un sacrificado y la recompensa de su sacrificio fue el desprecio; Jesús lo fue por su afán de redimir a los hombres; Judas, más desdichado que nadie, porque para él no hubo acceso al mundo de los redimidos. Destino horrendo el de ese infeliz, pobre sordo del corazón, condenado por la eternidad; «TÚ ERES LA MALDICIÓN Y LA MUERTE», allí donde se ha dicho «YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA».

ELOGIO INCONDICIONAL DE LA JUVENTUD

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver,
cuando quiero llorar no lloro,
y a veces lloro sin querer.

DARÍO

Cada vez que pronuncio la palabra «juventud» me remito a la tragedia griega personificada en el más grande de sus nombres, Sófocles, que a través de símbolos inmortales nos transmitió la significación de la juventud en su fugaz y creador paso por el mundo, y que la personificó en toda la grandeza y magnificencia de su drama en esa criatura estremecida y sangrante que fue Edipo. Edipo es un nombre que hoy no evoca a Sófocles tanto como el complejo que así se designa. Por excepción, ahora no lo vamos a contemplar en la acepción patológica que le viene de Freud y desde que el psicoanálisis, escuela psicológica por él encabezada, impuso el nombre de Edipo como sinónimo de inclinación incestuosa del hijo hacia la madre.

Recordemos a Edipo en la verdadera dimensión de su tragedia como ser humano, tal como creo yo que Sófocles lo concibió para la eternidad del teatro. Layo, el rey de Tebas, en el momento más radioso de su prestigio como jefe de una colectividad que lo ama y lo acata, es condenado por los dioses a un destino siniestro.

Le vaticinan los oráculos que morirá a manos de su propio hijo y que este, además de quitarle la vida, le sucederá en el trono, en unión incestuosa con Yocasta, la real consorte. Layo y Yocasta no han tenido aún descendencia, mas Yocasta está embarazada y los temores que contrae el rey a partir del oscuro anuncio comienzan a confirmarse cuando la criatura que da a luz Yocasta es un varón; este es Edipo. Layo, para contrariar el destino que le señalan los dioses, hace llevar al niño a un monte, a Citerón, para que allí lo dejen abandonado y muera; pero pasan por el monte Citerón unos pastores, oyen los llantos del infante y lo rescatan llevándoselo a Corinto. Allí lo entregan a Polibio, rey de la comarca, cuyo matrimonio había sido estéril. Polibio adopta al niño como hijo suyo; nunca le da a saber que no es su verdadero padre, y cuando ya Edipo ha llegado a su plena juventud, enterado por misterioso modo de que él acarreará una inmensa desgracia a su familia, a fin de salvar a los que cree sus padres de ese destino implacable, huye de la casa, toma por el monte hacia Tebas y en el camino lo intercepta un anciano que no lo deja avanzar, porque ante el joven tiene un palpito inexplicable pero horrible. Se empeña Edipo en seguir su camino, y el viejo en imperdírsele. Hay una lucha cuerpo a cuerpo entonces entre ambos y el anciano resulta herido de muerte y allí cae. El anciano era Layo, padre de Edipo. Dejándolo allí ultimado, Edipo sigue hacia Tebas, y al llegar a sus puertas se encuentra con la novedad de que la gran ciudad se halla bajo el acoso de la esfinge, un ser sobrenatural con cabeza de mujer, alas de águila y cuerpo de león, que somete a todo el que intente entrar en Tebas a una especie de adivinanza, a un enigma. Si el viajero no es capaz de responder al enigma, la esfinge lo devora.

Tebas está aterrorizada por la presencia a sus puertas de semejante monstruo, cuya afición a los pasatiempos ingeniosos ha causado ya muchas víctimas. Pero Edipo, cuando el temido encuentro le toca a él, resuelve correctamente el enigma que le propone la esfinge, y que consiste en esta pregunta: ¿Cuál es el animal que en la mañana camina en cuatro pies, por la tarde en dos y en la noche en tres? Es el hombre —le responde Edipo—; el hombre, que antes de aprender a caminar, gatea, o sea que anda en cuatro pies; que en su plenitud de vida, anda en dos; y en el anochecer de la vida, cuando ya es un anciano, necesita socorrerse de ese tercer pie que es para el débil andar de los viejos, el bastón. La esfinge es así vencida por el poder de la inteligencia de Edipo. El sucesor provisorio del rey Layo, a quien el joven ha asesinado sin saber que era su padre, ha prometido la mano de la reina viuda, Yocasta, al que libre a Tebas de la esfinge. Así entra Edipo en la ciudad, en pos de su recompensa. Aclamado redentor de Tebas, se casa Edipo con la que aún no sabe que es su propia madre, la reina Yocasta, y con ella tiene varios hijos que, por consiguiente, son a la vez sus hermanos. Azota a continuación a Tebas una terrible peste, especie de castigo divino cuya causa se señala en la cómplice pasividad con que, en beneficio de sus intereses, asisten los tebanos a la corrupción de sus instituciones. Creyéndose a sí mismo el causante, aunque no es sino la víctima de aquel castigo inmenso que se abate como una maldición sobre la ciudad, Edipo emigra de Tebas. Y se marcha acompañado de su hija Antígona; se marcha desesperado y en acto de suprema expiación, se arranca con sus propias manos los ojos y así, ciego y deshecha su alma, Antígona lo va conduciendo por los caminos de la tierra como a un mendigo, hasta que llorando

le suplica a esas deidades de la crueldad que tienen la potestad de darles a los hombres la paz o el tormento, él que ya no puede con más sufrimientos sobre su corazón, que por piedad le den la paz a cambio de que no se sepa que él ha existido; y así se le dan. El fin de la tragedia es el momento en que Edipo muere, y es enterrado en un lugar en el que nadie volverá jamás a saber de él.

He allí una cadena de alegorías admirablemente aplicables al papel que toca a la juventud en el mundo. Layo, el rey de Tebas, configura ese momento constante en todos los periodos de la historia en que una generación que ya ha madurado y empieza a envejecer, sintiendo amenazada su estabilidad pone en juego todos sus recursos para cerrarle el paso a la generación nueva, por la que será inexorablemente reemplazada.

Es la historia un encadenamiento progresivo de épocas, que se suceden una a las otras en el tiempo, y cada época, como dice Hebbel, propende a perpetuarse, bajo la creencia de que con ella llegó el hombre al fin de su evolución y el mundo, a la consumación suma de sus aspiraciones. Layo, rey de Tebas, con sus temores sombríos del futuro, con sus precauciones en previsión del final que se le anuncia, simboliza ese encelado afán de aferramiento del hombre de edad a su circunstancia y momento histórico. Los pronósticos de que su poder toca a su fin, asociados a la circunstancia de estar próximo a ser padre y de que el hijo por nacer será su destructor, simbolizan dramáticamente en Layo esa ley inexorable de la historia según la cual todo sistema está condenado a ser destruido por fuerzas emanadas de su propio seno.

Los dioses, o sea las invisibles fuerzas que gobiernan la historia, ya le han señalado al rey de Tebas su irreversible

destino: morirás a manos de tu propio hijo. Es decir, la generación que viene llegará implacablemente a reemplazar la tuya, para que el mundo siga en marcha. Además te quitará tu trono, tu poder, y será el esposo de tu esposa. Y esa unión que hay entre Edipo y su propia madre es la que efectivamente se expresa en ese encuentro del joven como fuerza recién llegada al mundo, con el momento histórico en que va a vivir. La historia es ciertamente nuestra madre, pues de ella nacimos, y a la vez va a ser la madre de nuestros hijos. Esa unión, ese desposorio de Edipo con Yocasta es de alta significación desde el punto de vista del papel simultáneo, como digo, de la juventud como criatura y creadora de la historia. Y aquel epílogo tan terrible y trágico que tiene el desventurado Edipo, aquel arrancarse los ojos de desesperación e ir a buscar la paz y el silencio, eso fue lo mismo que de otra manera había hecho Layo, su padre, cuando cumplida su misión en el mundo partió en pos de su fin en Citerón. Así como Layo debió darle allí a Edipo su lugar, Edipo a su turno ha tenido también que ir a buscar su fin, una vez cumplido el destino histórico que le estaba señalado entonces, ya no como modelador ni como usufructuario de ese momento sino como su gran víctima y el elegido para sufrir el escarmiento de todos, pues la juventud tiene también en el mundo un papel redentor.

La juventud es un estamento de la vida que surge de una manera casi milagrosa a un mundo donde ya todo está acomodado, donde todos tienen su lugar bajo el sol, donde cada uno está seguro de que con él ha terminado el proceso de la civilización, cada cual está seguro de sí mismo y de su significación, y como atornillado a los intereses que lo han erigido en árbitro de la historia. Entonces, al brotar esa fuerza extraordinaria que encarna el joven, esa

fuerza magnífica que viene como de la entraña misma de la tierra, como una sustancia de fuego a ocupar el mundo, entonces se plantea lo que tradicionalmente se ha llamado la lucha de las generaciones. Las ideas viejas afirmadas en la fuerza y en lo que llaman la experiencia, se oponen a desplazarse por las buenas para pasarle la dirigencia de la historia a la nueva fuerza que surge. Los viejos movilizan una serie de sofismas para combatirlos, para no dejarlos insurgir en la tierra, y eso es lo que determina en el joven el que esa materia volcánica, que ya por naturaleza viene en su sangre, puesto que es materia nueva de vida, derive en lo que se llama violencia.

Cuando decimos viejos, deberíamos aclarar inmediatamente que no se trata aquí de la vejez considerada como un hecho biológico; no es eso. Me refiero a la vejez mental, a la vejez de las ideas, a la vejez de las maneras de concebir el mundo; y los años físicos del hombre no cuentan tanto en ese caso. Desde el punto de vista biológico lo que se llama vejez no es sino una incapacidad progresiva del organismo humano a medida que van pasando los años, para retener la sustancia de que está hecho nuestro cuerpo: el agua. No es otra cosa el envejecimiento que una pérdida irreparable de la capacidad de retener nuestro cuerpo el agua. No tiene nada que ver eso con las ideas, que sí suelen quedarse cuando ya nuestro cuerpo se ha quedado como un viejo tinajero arrinconado. Hay hombres de 80 años y más, como Picasso, por ejemplo, que es el joven más luminoso en el mundo artístico de nuestro tiempo, y que constantemente está dándonos lecciones, no solo de una salud y de una juvenilidad mental tonificante y que embellece al siglo XX, sino aun de niñez purísima; tal es su bondad primaria, aquella ingenuidad y aquel candor

que hacen de este magnífico Pablo, además de uno de los grandes jóvenes que mueven el mundo de nuestro tiempo, uno de los niños más encantadores que haya producido la especie humana. Y algo semejante podríamos decir de Charlie Chaplin, que anda también por los 80, y lo mismo de una criatura tan juvenil y tan llena de luz interior, de esa que no irradia la gente sino cuando tiene 17 años, como Albert Einstein, precisamente por encarnar la mentalidad moderna por excelencia, es decir la juventud intelectual y científica del mundo, lo que lo puso a marchar en dirección de las estrellas.

Esos se llaman hombres jóvenes que solo por casualidad tienen 80 o 90 años; y al contrario, se ven muchos casos un poco fenoménicos, un poco teratológicos, de jóvenes que a los 20 años ya se han rodeado de una pequeña cantidad de intereses, a los que han encadenado su impulso juvenil y empiezan a tener mentalidad de lo que se llama gente de orden, es decir, alma de viejos. No, no se puede confundir vejez física con vejez mental; juventud es un término más bien convencional, igual que vejez. Lo que pasa es que a uno le gustaría, ¡ay!, que a su convencional juventud de ochenta años pudiera corresponder la vejez convencional de un joven de 18. Es muy bueno tener ideas jóvenes en la cabeza; pero es aún mejor tener recursos corporales con qué defenderlas, tener bíceps, ágiles piernas y certeros puños con qué defender nuestras ideas.

Y sobre todo, con qué imponerlas, frente a la resistencia de una sociedad que no es únicamente regañar a la juventud lo que hace, ni solo agraviarla con estúpidos peyorativos —pavos, zagaletones, patoteros, vaguitos—, sino además ha convenido en señalar a los jóvenes como un estamento delictivo de la sociedad, al que ya no es cuestión

de enfrentar con sabias máximas y artículos de periódicos sino con medios de represión activa, por las armas, como a un azote.

Esa actitud, como es natural, lejos de aplacar los ímpetus subversivos de la gente joven, la afirma en su rebeldía, incrementa su agresividad y acelera el proceso por el cual un modo de pensar evoluciona en conciencia polémica, y esa conciencia termina por cristalizar en realizaciones de fuerza.

Es aterrador que todo cambio progresivo en el devenir humano haya tenido que decidirse como la Revolución Francesa, la Independencia de América, la Unidad de Italia conducida por Garibaldi, en términos de esos enfrentamientos ensañados entre seres humanos. Pero parece inevitable que sea ese el precio al que debemos pagar nuestros avances en la historia, mientras a cada brote de discrepancia con nosotros que nos plantee el prójimo naciente acudamos, en vez de consultar nuestro cerebro o nuestro corazón, a la violencia represiva.

Si la represión tuviera el poder de frenar el curso de la historia, ¿cómo se explica que el mundo no se hubiera estacionado en el tiempo de las feroces batidas de Roma contra los cristianos, ni en la Francia de la Noche de San Bartolomé, ni en la España de Torquemada, ni en los hornos crematorios de Hitler, ni en los calabozos célebres de La Rotunda de Caracas? Y si la represión tuviera alguna eficacia como método para componer el mundo, es indudable que desde que el género humano viene llevando palos por la cabeza a lo largo de toda su historia, ya a estas alturas el mundo sería un estuche de monerías, o como dice la gente, un dechado de perfecciones.

El error más grave que cometemos al encararnos con las inquietudes de la juventud no es, sin embargo, ese de

movilizar contra ella los toletes de la represión sino invocar, para cohonestar nuestra falta de piedad para con los jóvenes, para justificar nuestra falta de comprensión humana y de sentido histórico, esa cosa que parece ser una propiedad exclusiva de los viejos, una reliquia atesorada en los baúles de la tradición y que se llama: la sensatez. Esa palabra nos traiciona miserablemente.

La palabra sensatez perdió hace mucho tiempo su verdadero significado, de tanto que ha sido manipulada por las gentes godas para nombrar sus ideas regresionistas y estacionarias. Bernard Shaw, especialista en poner en ridículo ciertas grandes palabras, interpreta sensatez como sinónimo de conformismo. Y de paso, en su traviesa interpretación, pone al descubierto la verdadera significación en que entienden los viejos la palabra *insensato*, cuando se la aplican a los jóvenes. «El hombre razonable —dice Bernard Shaw— es el que se adapta al mundo; el hombre irrazonable es el que lucha por adaptar el mundo a él. Por consiguiente, todo progreso ha sido obra de hombres irrazonables».

Los viejos, en todas las épocas, han comprendido bien el peligro que significa para su estabilidad como estamento dirigente el advenimiento de una nueva generación, y por eso en cada época, ante la insurgencia de las fuerzas juveniles, han puesto en movimiento cuanto recurso tuvieran a mano para apaciguarlas, para neutralizarlas, y para desacreditarlas o para eliminarlas. A veces fue por el método de asediarlos con una hipócrita moralina, clamando contra los trajes de la juventud, contra sus peinados, contra su conducta amorosa, contra sus maneras de bailar. Pero los jóvenes nunca cedieron en esos casos, porque comprendían que en el fondo de aquellas censuras no había afán pedagógico alguno sino una profunda envidia biológica, nacida de la incapacidad de

los viejos de vestirse, de peinarse, de bailar y sobre todo de amar como ellos. A veces para sofocar los impulsos renovadores naturales de la juventud se acudió a métodos francamente terroristas, como se ha hecho aquí tantas veces en las universidades y liceos. Y en otras acciones acudieron los buenos ancianos a la actitud farisaicamente paternalista y consejera, como aquellos que en los días ardientes de 1810 le dijeron al fogoso Bolívar que había que tener calma.

La atención que dispensó Bolívar a aquellas voces calmosas, y las consecuencias de haberle sido fiel en 1810 a los impulsos de su sangre joven, cargada de fuego subversivo, nos obligan a comportarnos hoy un poco más serenamente, y más comprensivamente, ante los motivos de desasosiego que nos plantea la juventud de nuestra hora.

Si volviéramos un momento los ojos a la historia nos encontraríamos con que ni cualquier tiempo pasado fue mejor, como dice el poeta Manrique en la «Elegía a su padre», ni tampoco el que vivimos es tan dislocado, tan descocado y anárquico como nos parece a veces a nosotros. Todos los tiempos del hombre han sido iguales en sus manifestaciones humanas. En todas las épocas, las ideas nuevas han surgido violentadas por la historia misma; las ideas nuevas nunca le han llegado al hombre servidas en bandeja, por así decirlo. Para triunfar, para imponerse, las ideas nuevas han sido motivo de grandes luchas entre el pasado, el presente y el porvenir. Ninguna idea nueva triunfa por sí sola, aunque lo merezca. No triunfa por sí sola porque, cuando ella surge en la vida del hombre, ya hay ideas viejas que están desde hace mucho tiempo establecidas y como soldadas en la historia, que se niegan a cederle el puesto a las ideas que advienen, a las novedades que llegan configuradas en la presencia animosa

de la juventud. Cada época trae consigo el agotamiento de unas ideas y la insurgencia de otras, repetimos, que vienen a desplazarlas en la historia; y ninguna idea nueva —como decimos— se impone sin lucha, porque las ideas viejas son tenaces, son porfiadas, son duras de reconocer que las nuevas puedan ser mejores. Eso es lo que resume aquello que se ha llamado tradicionalmente en la historia, lucha de generaciones. Y al hecho de que esa lucha está siempre activa en nuestro vivir, es a lo que debemos lo que somos como civilización. Cada generación trae ideas que no son todavía las mejores, que a veces no son todavía ni ideas mismas, sino emociones en cuanto a que están aún en ebullición, en proceso formativo; pero no hacemos bien en cerrarles el paso, ni materialmente ni con actitudes espirituales negativas o de incompreensión.

Cuando un tumulto estudiantil nos fuerza a detenernos en la calle e impide el paso de nuestro automóvil, es a la circunstancia histórica que los lanzó a la calle a la que debemos culpar del retardo que nos significa el conflicto, y no a los jóvenes. ¿Por qué? Porque si la juventud cediera a nuestro señalamiento, si la juventud de verdad se plegara a esa exigencia de no estorbar con sus tumultos que nosotros le imponemos para desplazarnos cómodamente por la calle en nuestro automóvil en el momento de un conflicto, tal vez podríamos continuar la marcha en nuestro carro, pero con la misma nos detendríamos en nuestro proceso civilizador, nos detendríamos en nuestro avance histórico. En todas las épocas hubo tumultos estudiantiles, en todas las épocas hubo manifestaciones estudiantiles que interceptaron el paso de los carruajes por la calle, y en todas las épocas se impusieron a la postre las ideas que estaban envueltas en esos conflictos callejeros.

Cuando condenamos a los universitarios, cuando condenamos porque manifiestan a los liceístas y los insultamos diciéndoles vagos, diciéndoles irresponsables y endilgándoles otros adjetivos tan estúpidos, cuando porque están revueltos impetramos para ellos la intervención de la fuerza bruta, estamos mostrándonos como ignorantes de los mecanismos por los que avanza la civilización. No recordamos que por lo que podemos hoy andar en automóvil, en vez de estar todavía colgados del árbol primario, es porque hubo siempre jóvenes que en el momento de hallarse en peligro de perecer o de retrogradar las ideas por las que el hombre llegó al automóvil, salieron a defenderlas por la acción combatiente en las calles.

La gente trivial, la gente cómoda y además ingenua, cree que las efusiones políticas de la juventud son actos inmotivados, explosiones emocionales, como les dicen también, simples variantes de la misma «necesidad de acción» que los lleva a hacerse fanáticos del fútbol o a repetir mecánicamente la canción de moda. Ese juicio simplista y tan cómodo con que pretende la gente despachar las revueltas de la juventud, se ha resumido hoy en la expresión «rebelde sin causa», acuñada por el cine norteamericano. Para justificar sus actitudes de condenación a estas incómodas efervescencias de la rebeldía juvenil, también se pretende tipificarlas como un fenómeno sin precedentes en ninguna época de la historia.

Ambas creencias son falsas. Así como se dice que «ni la hoja de un árbol puede moverse sin la voluntad de Dios», así puede asegurarse igualmente que en las sociedades no se produce ningún brote de inquietud que no obedezca, en la intimidad de su mecanismo, a alguna causa histórica explicable. Sobre todo tratándose de estas algaradas juveniles,

que así se teorice tanto acerca de su espontaneidad, tienen muchos rasgos que permiten distinguirlas de una simple partida de fútbol improvisada en la calle. Por lo menos sugiere un estado colectivo de conciencia y de decisión heroica, el hecho de que sean tantos los que en ellas están constantemente exponiendo su integridad física, su libertad y su vida. Tal vez no le atribuyamos a estos actos otra motivación que el instinto de embochinchar el orden público, porque nuestra elementalidad política las aprecia tan solo en su aspecto externo, en lo que nos molesta de esas manifestaciones, en lo que muestran en la calle. Pero, ¡cuidado con lo que vemos en la calle! Tratándose de ciertos conflictos sociales, nos sucede lo que en el teatro cuando hemos llegado con retardo a la función: perdidos uno o dos actos anteriores, nos es imposible hallarle una coherencia, una explicación, una lógica a la parte del drama que nos ha sido dado ver.

Las manifestaciones de calle son como la última etapa, siempre, de una discusión comenzada mucho antes, de otra manera y en otro lugar; de una discusión, cosa curiosa, que casi nunca fue de tipo político en su origen. Siempre se trató, en la génesis de estas cosas, de invenciones, de teorías, de modos originales de interpretar el mundo, con los que algún creador talentoso, algún pensador o científico revolucionario, soñó contribuir al mejoramiento de la vida humana, pero que le fueron rechazados por los orientadores del ideario vigente, de la filosofía dominante en su momento, en vista de la amenaza que por su índole misma entrañaban tales novedades para la continuidad del sistema imperante. Esto fue lo que pasó en tiempos del Renacimiento, con los descubrimientos astronómicos de Galileo y con la filosofía naturalista de Giordano Bruno, lo mismo que en los días alborales de la era industrial, con

las mentes avanzadas que proponían el reemplazo del trabajo manual, de la tracción de sangre o de la navegación a vela, por las posibilidades mecánicas del vapor. Ahogadas en su principio, estas ideas, en el seno de los laboratorios, de las academias, de aquellas instituciones, en fin, representativas del pensamiento dominante en cada época, aquellos sus únicos simpatizantes que como es natural fueron los jóvenes, hicieron causa común en el propósito de imponerlas contra toda oposición de los poderes establecidos. Para lo cual las trasladaron a la calle, formuladas en términos que el pueblo pudiera comprender sus ventajas como valores y avance para todos. Así nacieron las ideas políticas.

Los que fuimos una vez jóvenes y ya no lo somos tanto, sabemos que esas tareas de cambio histórico no las puede llevar adelante sino la juventud, único estamento de la sociedad en quien a la necesidad de un cambio se unen las posibilidades de lograrlo, y además los impulsos espontáneos de su propia vocación biológica.

La juventud es, por excelencia, la encarnación de las energías de que dispone la naturaleza y dispone la historia para renovarse. Su misión es en las crisis de estancamiento de la civilización, violentar, cambiar mediante la lucha aquello que se niega a mudarse, a desplazarse, a ceder de buen grado al avance del tiempo. La juventud, por poseer agilidad, fuerza, entusiasmo y coraje, es por antonomasia la salud de la historia y el nervio vital de la especie. Comparece a la cabeza de todos los conflictos sociales en cada época, como un agente de purificación del tiempo. ¿Por qué? Porque su visión de juventud no está todavía —no ha tenido aún tiempo de estarlo— interceptada por ningún prejuicio, ningún convencionalismo, ninguna enseñanza,

ni ningún módulo de conducta de aquellos que conforman la vida de la generación anterior.

Apto como está para mirar con claridad las cosas, el joven, lo primero que comprueba cuando aparece en el mundo es que todo aquello que se le enseña por las vías de la educación, ya sea doméstica o escolástica, está en escandalosa contradicción con las realidades que él comprueba en la vida y en la visión directa del mundo. Su experiencia tiende a negar, pues, todo aquello que se le trata de inculcar en la escuela o en la casa, y primero discrepa entonces del mundo en que viene a inaugurar una nueva visión de las cosas, después se da cuenta de que hay resistencia por parte de la generación anterior a dejarle que él discuta o imponga sus ideas. Y es así como se echa a la calle en pos de aliados para su causa, como lo hizo Jesucristo. Las ideas del joven están todavía oscuras, están aún en formación, y es posible que yerre en sus búsquedas; pero de ninguna manera puede uno tratar de quitar al joven del camino de su posible error juvenil, imponiéndole por su parte un error de los que ya vienen establecidos en la historia. No puede cambiarse un error por otro, ni puede dársele a la juventud el error que ya traíamos del pasado para que él lo sustituya con la que cree su verdad y con ese error como bandera, avance en la historia. A causa de ese sistema de convertir errores y estupideces en una especie de enfermedad hereditaria legada de una generación a otra, a veces se perpetuaron por centurias las más dañinas aberraciones de la cultura. En la Edad Media remota, el sistema de enjuiciar, castigar y aplicar justicia entre los hombres era de los más salvajes que uno pueda imaginarse, y aquello duró muchos siglos y por muchos siglos fue admitido como la única manera posible de hacer

justicia. Ese es el caso, por ejemplo, de aquel método que se llamaba «El juicio de Dios» en los siglos de la Edad Media, que consistía en que cuando había duda acerca de la culpabilidad de un reo en el tribunal, entonces se le hacía sumergir su mano en agua hirviendo y a continuación se sometía a una observación constante durante días el proceso que seguía aquel bárbaro escaldamiento; según lo que dibujara aquella ampolla inmensa que se le volvía al reo la mano a medida que esta evolucionaba, decidía el juez si el indiciado era culpable o no. Eso era lo que llamaban «El juicio de Dios».

La palabra «sospecha», que define la intuición de la verdad, dio nombre a otro de los espantables procedimientos empleados en aquellos tiempos para establecer la culpabilidad de ciertos reos. Sospecha viene de *suspectum*, que es latín; *suspectum*, que es un compuesto de *sursum*, que significa ‘arriba’ (recordamos *sursum corda*, en la primera parte de la misa, en que el sacerdote exclama: *sursum corda*, o sea, arriba, corazones), y por otro lado, de *spectum*, de donde viene ‘espejo’, de donde viene ‘espectador’, de donde viene ‘especular’, que es también una manera de buscar la verdad; en fin, *spectum*, que es forma de «mirar» —«yo miro hacia arriba» es lo que quiere decir la palabra «sospecha»—, *sus* y *spectum*; y bueno, así se nombra ese expediente tan curioso y cruel que asistía a los jueces en la Edad Media cuando se trataba de enjuiciar a las mujeres que estaban incursas en un presunto delito de infidelidad. Si la infidelidad no era flagrante, si había dudas acerca de la culpabilidad de la mujer en esa circunstancia de acusación, entonces se acudía a lo que se llamaba el *cáliz de sospecha*. A la acusada le daba el juez a beber una copa, un cáliz, que contenía una bebida altamente tóxica; se la hacía

beber en presencia de todos los que componían el tribunal y si la infeliz no daba demostraciones de intoxicarse con aquel brebaje, se la declaraba inocente; pero si como ocurría normalmente, la pobre caía prácticamente envenenada por aquel endemoniado brebaje, presa de pavorosos dolores en el vientre y vomitando, entonces se tenía por culpable. Eso era la prueba del *cáliz de sospecha*.

Nos parece hoy inconcebible que a nadie se le hubiera podido ocurrir jamás, ni siquiera relacionar la idea de justicia con semejantes procedimientos de salvajismo, supersticiosos y crueles. Y sin embargo, por muchos siglos constituyeron en Europa la base, por decirlo así, en que descansó toda la administración de justicia. Aun sus víctimas los consideraban inmejorables, y eran acatados como expresión de la voluntad inapelable de Dios. Cuando insurgía contra ellos, en nombre de la razón y el humanitarismo, alguno que los consideraba insensatos, criminales y absurdos, entonces recaían sobre el discrepante los señalamientos de ateo, agente de la subversión contra las instituciones, enemigo del orden, de la religión y de la familia.

Todo cambia en el mundo, menos al parecer las palabras que se le endilgan por las mentes estacionarias a todo el que aparece trayéndole a su época alguna idea nueva, algún motivo de controversia con el pensamiento dominante. Quien conozca la causa sonadísima por la que alcanzó celebridad mundial el gran abogado norteamericano Clarence Darrow, sabe las vicisitud increíbles por las que debieron pasar, en ese país, antes de conquistar un modesto lugar en la enseñanza, las ideas modernas relativas a la biología. Aún hoy, con todo y sus cohetes interplanetarios, hay en Estados Unidos muchos lugares donde la teoría de Darwin acerca de la evolución de las especies

es materia de enseñanza prohibida por la ley, y el maestro que ose siquiera mencionarla en su escuela, que no sea para ponerla en solfa, no solamente es retirado en el acto del cargo sino encarcelado y sometido a juicio bajo acusación de hacer propaganda comunista, atentar contra la seguridad del Estado, proponer el derrocamiento del gobierno por la fuerza o estar al servicio de una potencia extranjera.

No se conoce época de la historia en que los portadores de ideas nuevas, los rejuvenecedores del mundo no fueran señalados como enemigos de alguna de esas grandes palabras con que la sociedad que ha envejecido nombra sus intereses. Ni hubo época en la que el portador de alguna idea nueva no fuera objeto por los personeros de las ideas viejas, de las más atroces persecuciones o terribles castigos. Jesucristo es el ejemplo más conocido; el más extraño es la cristianísima Juana de Arco, que fue sacrificada por las propias autoridades cristianas en vista de que su cristianismo les pareció excesivo. En la Francia del siglo XVIII, una idea aparentemente tan inofensiva como la de renovar la manera de cantar la ópera desencadenó un conflicto civil sangriento, el que se conoce como «La Guerra de los Bufones». Todos los libertadores de nuestros países, sin excepción, en el momento inicial de su insurgencia contra España fueron, unos asesinados, otros perseguidos como enemigos de Dios, todos declarados bandidos y forajidos y viciosos, y no solo por los gobiernos, sino por sus propios pueblos. La historia de las ciencias, de la filosofía, hasta la historia del arte, es un nutrido martirologio de hombres de mentalidad nueva, inventores, pensadores, poetas, juventudes que purgaron sus anhelos de renovar al mundo en la hoguera, en el cadalso, en la guillotina o en la miseria. Sin embargo se impusieron a la larga, y los que

en vida fueron acosados o exterminados pasaron luego a embellecer con sus estatuas las plazas de las grandes ciudades, o a la gloria heroica de los panteones. Pienso por eso que ante los conflictos hoy protagonizados por la juventud, los de nuestra edad debemos observar una actitud cautelosa, comprensiva en lo más que podamos, solidaria en todo lo posible, y en cualquier caso discreta, no sea que en vuelta de unos años nos llevemos el gran chasco. Tratemos de comprender las inquietudes de los jóvenes, y aunque no les concedamos toda la razón en los motivos de su ardiente discrepancia con el mundo que nosotros representamos, concedámosles al menos una cosa: que la imagen del mundo que nosotros le oponemos al que ellos proponen, está desvirtuada por la insinceridad, por la cobardía a permitirles que lo vean en toda la autenticidad de su trasunto.

La juventud tiene que estar en actitud discrepante constantemente frente al medio a que surge, porque permanentemente está topándose con un contraste vergonzoso entre lo que le dicen, entre lo que le enseñan, entre lo que le exaltan como modo de vida ideal, y lo que en la experiencia va encontrando a cada paso por los caminos del mundo. Es un contraste miserable. Se le dice que vive en el mejor de los mundos, en lo que se llama el mundo de la libertad, y a la salida a la calle bien puede encontrarse con una comisión que lo recluta, o también con otra comisión que está cumpliendo una de esas tareas de terrorismo colectivo llamadas redadas. Se le dice que vive en un mundo de libre oportunidad para todos, y al ir a la calle a buscar su oportunidad lo que encuentra es el rechazo de los que están ya acomodados y nada quieren cederle del pedazo de mundo que ocupan. Se le dice que bajo el sistema democrático el hombre es feliz, y quizá ya él está destinado

por su pobreza a ser uno más de esos miles y miles que en la realidad de este mundo sufren, envejecen y mueren sin haber conocido jamás un solo minuto de felicidad en su vida. Nos les mostramos como sumos practicantes de la religión del amor; ya se sabe lo que en nuestro mundo se entiende por ese alto sentimiento: una red de engaños, trampas, intereses y odios soterrados. Le predicamos al joven el amor a los grandes ideales de la libertad; el sacrificio del transitorio bienestar por las superiores causas del hombre, y en la realidad del diario vivir nos les mostramos como una turba de gentes mezquinas, aferrados a pequeñísimos intereses y cosas de uso, que sofrenamos los latidos de nuestro corazón y los impulsos de nuestra inteligencia por temor a ser despojados de nuestras refrigeradoras, de nuestros carros, de nuestras lavadoras, de nuestras pulidoras, de nuestros tocadiscos, del cúmulo de objetos inútiles y vulgares a los que hemos vendido nuestra alma y nuestra conciencia.

Nos quejamos de lo poco estudiosos que son nuestros jóvenes: la respuesta que él puede darle, desde su experiencia, a este reproche es que ninguno de sus conocidos que estudiaron matemáticas, griego, literatura y física ha logrado, ni remotamente, llegar a las alturas de prosperidad y significación social en que se encuentran los más conspicuos analfabetas de la nación, convertidos en auténticos héroes nacionales por la televisión, la radio, el periodismo, la politiquería y el comercio deportivo. En nuestra propia acrimonia ante la juventud observamos una insinceridad terrible; la censuramos en nombre de una moral, de un sentimiento de responsabilidad, de un deber de respeto y de otras cosas bajo las cuales lo que en realidad palpita es el melancólico resentimiento de comprobar que ya no somos

como ellos. En nuestro caso parece cumplirse aquello que decía La Rochefoucauld: «Los ancianos están a toda hora dando buenos consejos, consolándose así de no poder dar por su edad malos ejemplos». No rige nunca en el mundo de la gente mayor, tan lastrada de prejuicios, intereses, resentimientos y convencionalismos, un criterio sincero para ver a la juventud, y entre nosotros menos. Si fuéramos sinceros, más que condenar a los jóvenes por sus defectos, admiraríamos el que hayan podido todavía conservar tantas virtudes, nacidos y crecidos en una atmósfera histórica tan negativa como esta que a nosotros nos parece tan agradable.

Si usted le está dando, constantemente, en dosis intensivas y bien cuantiosas a la juventud, como lección constante de vivir, el espectáculo de un mundo que ha hecho de la tenencia de cosas el centro supremo de los intereses del hombre sobre la tierra; si usted le está diciendo, constantemente, a la juventud a través de todos los medios de divulgación habidos y por haber, que el triunfo en la vida está asentado en el hecho de poseer mejores automóviles, de tener las refrigeradoras más caras, de comprar los aparatos más bonitos de pulir pisos, de atiborrar su vida cotidiana de desodorantes, de cepillos dentales eléctricos, de chatarra tecnificada y costosa; si usted somete, sistemáticamente, a un joven, mediante un régimen continuo de televisión, al espectáculo de una sociedad que se burla de los valores sustanciales de la condición humana, del sentimiento de la libertad, de la inteligencia, y envilece la idea del amor, ¿qué otra cosa podemos esperar de ese joven, sino todo lo que censuramos en él después que fue eso lo que le dimos? Si ese es el tipo de enseñanza que le hemos dado, ¿por qué quejarnos de que la haya aprovechado tan bien?

Nos conturba la falta de apego del joven a sus estudios, pero, ¿es que tiene nuestro sistema de estudios algo que pueda prender en el interés del joven como aliciente a su curiosidad, de su imaginación o de su sentimiento? Los estudios de bachillerato en nuestro tiempo, ¿qué son en Venezuela? Son un simple juego de preguntas de las que antes se hacían en las secciones recreativas de los almanaques, en los libritos de adivinanzas. No se estudia nada a fondo, se trabaja simplemente para memorizar unas nociones de ínfima calidad que parecen de concurso de radio, y que el joven se aprende mecánicamente para responderlas en el examen, a donde va por su título. Cuando el joven lucha por intereses fundamentales de la colectividad, por lo que quiere ser como ciudadano, como persona, como hombre de su época, ¿qué se dice?: que está perdiendo el tiempo en sus estudios; con lo que se quiere decir que está perdiendo un año de los que tiene que pasar a toda carrera (por eso se llama carrera) para llegar al codiciado título. El título, esto es, el pasaporte hacia el éxito, es lo que mandamos a buscar al joven en las aulas, y siempre que nos lo traiga al fin del curso, poco importa que en materia de formación no sea sino una cifra más en el numerosísimo gremio de los ignaros titulados. Yo creo que más pierde el tiempo un muchacho estudiando cosas triviales que no conducen a ninguna parte, que son enrevesadas e insuficientes en su exposición, que están mal expuestas, y que además son casi todas falsas; creo que se pierde más tiempo copiando lugares comunes y caletreándose nociones anticuadas, que en la calle manifestando o mirando simplemente el pasar de los automóviles y la gente. Porque al menos ahí hay una lección directa de vida.

Entonces, ¿qué va a darnos el joven de sí sino un fiel producto de lo mismo que le hemos dado? Ese desbordarse

del sexo que cunde en nuestro tiempo entre todas las juventudes, ¿por qué la gente sería lo censura en sus efectos y no en sus causas? El hombre lleva dentro de sí un instinto natural de libertad, al que si no le diese salida cada cierto tiempo, y de algún modo, lo ahogaría. La juventud tiende a desahogarlo por las vías nobles y creadoras de la lucha política y de la discusión de ideas. Pero estas manifestaciones se le reprimen dura y tenazmente. Se comprende entonces que obturadas todas las demás posibilidades de ejercer su impulso natural de libertad, haga uso de la única que por no amenazar la estabilidad del sistema le está permitida. En esa manía de desnudez y obscenidad que ha invadido ahora el teatro, la literatura y la vida de las ciudades no veo otra cosa que un desplazamiento del sentimiento de libertad, impuesto a las nuevas generaciones por el régimen de creciente represión política, hoy imperante. Las gentes mayores se alborotan mucho porque los jóvenes se recrean, como solo ellos pueden hacerlo, en esas prácticas del cinismo sexual; pero es a los jóvenes a quienes condenan; de ninguna manera, yendo a la raíz del asunto, exigen se le dé a la juventud otra opción de libertad. Si no se le permite a uno desahogar sus impulsos de libertad por la palabra, por las ideas, por la lucha, pues, es comprensible que tienda a desarrollarlo por cualquier otra manera, porque si no uno simplemente estallaría. En 1965, el 18 de octubre, se estableció que los universitarios más diestros del mundo en materia de destruir pianos a hachazos son los de la Academia de Artes y los del Colegio Técnico de Meadway en la ciudad de Kent. Todos los años se celebra allí un concurso internacional al que acuden universitarios de toda Europa y de Estados Unidos. Es una especie de campeonato o festival del destrozo, cuyo motivo es la

destrucción, a hachazos, de uno o más pianos. Para esa finalidad se ponen a disposición de los participantes pianos de diversos modelos y fabricados en distintas calidades de madera. Los concursantes se organizan por equipos. Casi siempre los equipos se integran con jóvenes de distintas nacionalidades, a fin de fomentar así la fraternidad internacional entre los destructores profesionales de pianos. En la prueba que tuvo lugar el 18 de octubre de 1965, los estudiantes de Meadway batieron el récord mundial al dejar tras de ellos, totalmente destruido a hachazos, un piano de cola, de conciertos, en exactamente tres minutos y once segundos. Los fragmentos a que fue reducido el piano quedaron en capacidad de pasar, como lo demostró el juez del torneo, por un anillo de treinta centímetros. Esta forma brutal, estúpidamente inútil y degradante de consumir sus energías la juventud, en esas circunstancias se llama deporte. Pero si el joven aplica esas mismas aptitudes a una finalidad noble y de interés social, entonces oficialmente ya eso no se llama deporte sino violencia. No se concibe una imagen más atroz de la violencia, porque es violencia elemental, que el frenesí de un grupo de jóvenes afanados en la tarea de destruir un piano a hachazos. Pero lo que decide a la luz de nuestros intereses la calificación de estas prácticas no es su espectacular desbordamiento de instintos primarios en acción; es el grado de participación que en ellos pueda tener algún tipo de conciencia. Violentos llamamos a estos hechos cuando su objetivo no es un piano sino nuestra estabilidad en la dirigencia del mundo. Son una constante de todas las épocas de la historia en sus momentos de crisis, estos márgenes de expansiones toleradas que se le proporcionan a la juventud en reemplazo de aquellas que simultáneamente se les coartan.

Un famoso historiador de las luchas juveniles, Gregorio Bermann, ha llamado sucedáneos de la libertad a la multitud de medios que se le facilitan al joven para que, sin comprometer la estabilidad del sistema, encauce sus necesidades de acción, sus inclinaciones afectivas, su vocación de originalidad y alegría, en dirección de una visión artificiosa, individualista, deshumanizada y cruel del mundo. El amor, cuando no sofisticado por una cursilería lacrimosa que se los muestra como un sentimiento ridículo y despreciable, se les presenta como una pasión elemental, instintiva, fundamentada en la obscenidad y en la fuerza. No se les permite a los jóvenes, en la televisión, responder los pronunciamientos, siempre interesados e injuriosos, que señalan las manifestaciones estudiantiles como actos pandillicos. Pero se les halaga con premios para que se exhiban ante el público compitiendo a cuál se muestra más necio o más indigno y vulgar. En las películas, en las distracciones gráficas llamadas tiras cómicas, se les fomenta la desestimación a la vida humana, la idea del éxito asociada a la aptitud para matar. Estos matices del condicionamiento para la barbarie son los que nos aterran cuando los contemplamos reunidos en su consecuencia natural, «la patota», sin advertir que se trata de nuestro propio retrato hablado. La patota, la delincuencia juvenil, los actos de destrucción misma, las irrupciones vandálicas en las fiestas por el simple gusto de acabarlas, las consumaciones delictivas del instinto sexual, esas son las formas de la violencia anarquizada que hemos permitido progresar al calor de nuestro miedo a la violencia política.

Seamos sinceros, queridos amigos, hagamos intervenir en nuestra visión de las cosas un poco de amor, un poco también de objetividad dialéctica, y en vez de situarnos ante

la juventud como sus acusadores, como sus jueces o como sus víctimas, veámosla como lo que hemos hecho de ella. Es semejante nuestra relación de causa a efecto en este caso, a lo que sugiere la respuesta de Picasso a un oficial alemán durante la ocupación de París, según anécdota famosa. Se cuenta que ante su célebre cuadro *Guernica*, inquirido por el alemán el gran pintor: «¿Eso lo hizo usted?», la respuesta de Picasso fue: «No. Eso lo hicieron ustedes».

UN POQUITO DE MÚSICA

Son tan cambiantes los acentos de la música venezolana, tan variadas sus manifestaciones instrumentales, tan numerosas sus aplicaciones a la danza o al canto como los signos mismos de nuestra diversísima geografía. Como muy pocos países del orbe hispánico, atesora la cultura venezolana un acervo sonoro que enumera —y conserva vigorosamente activas— todas las formas en que el hombre ha desarrollado, en el curso de la civilización, su sentido de la música.

Comparable en significación a la escuela de pintura que floreció por los mismos tiempos en el Potosí de Melchor Pérez Holguín, surgió en Caracas a finales del siglo XVIII una escuela de música culta cuya magnificencia y fecundidad en grandes manifestaciones y maestros no ha sido aún igualada en nuestra América. Teresa Carreño, en el siglo pasado la más grande figura de la pianística mundial después de Liszt, y Alirio Díaz, el mayor guitarrista de los tiempos actuales junto a su maestro Segovia, son las dos figuras más renombradas en quienes se continuó la tradición que sentó aquella escuela que arrulló con música de Haydn y Mozart a la juventud de la primera generación republicana.

Una réplica espiritual del mapa físico de Venezuela se podría lograr en términos sonoros, si pudieran ensamblarse como las piezas de un mosaico las maneras en que cada una de las regiones del país manifiesta su gusto por el canto y el baile. La actividad de especialistas en los estudios

del folklore como Juan Liscano, Luis Felipe Ramón y Rivera o Luis Laffer, han reevaluado, y las han dado a la circulación en grabaciones fácilmente accesibles en el comercio, especies musicales de la más genuina procedencia popular, pacientemente coleccionadas en largas giras por todo el país, y que incluyen algunas sobrevivencias de las culturas autóctonas precolombinas, como el *jayetchi* de los indios motilones, tribu de misterioso origen que habita en las sierras de Perijá, en la región noroccidental del país. Se trata de formas elementales, expresivas de una etapa de la precultura selvática, en que el hombre no aplica todavía la palabra articulada a la comunicación por el canto.

La música indígena, que aún se hallaba en un estado muy larvario de su desarrollo cuando llegaron los conquistadores, fue casi totalmente avasallada por la que surgió —rica de melodía y cargada de pasión— al reunirse en la tierra venezolana dos pueblos de tan imperiosa fuerza como el español y el africano.

A la gracia melódica de la música española, a su *doire* en la danza y a sus finas letras, le insufló el negro la carga sensual de sus tambores y su ardiente ritmo. Muy cerca de Caracas, en una profunda mancha de trópico que se comparte entre las playas de Barlovento y el mundo selvático del cacao, las grandes comunidades afrovenezolanas de Río Chico, Curiepe o El Guapo, ilustran de un modo fascinante el proceso de aquel mestizaje entre músicas, con los impresionantes «bailes de tambor», acompañados de cantos corales y actos de pantomima, que allí tienen lugar anualmente para la Noche de San Juan.

«Fulías» llaman allí a formas tradicionales del canto individual que no se oyen en ninguna otra parte de Venezuela, y cuya entonación, en muy bajito falsete siempre, lo

mismo que el estilo madrigalesco de sus letras, denuncia su prosapia europea. Las «folías», originadas en Andalucía con remoto ancestro en los antiguos madrigales del primer Renacimiento italiano, llegaron a América con los conquistadores, y por su carácter cadencioso y lánguido prendieron inmediatamente en la sensibilidad melancólica de las esclavitudes. El elemento rítmico que le impuso el pueblo negro no permite descubrir con facilidad el cercano parentesco que identifica a las fulías barloventeñas con las tonadas y cantos de ordeño que se escuchan en las regiones ganaderas de los llanos.

De origen hispánico muy puro es también nuestro baile más popular, el joropo, que cantado o no, se asiste normalmente del arpa, las maracas y el cuatro. Sus variantes más reputadas son las de Miranda y Aragua en las proximidades de Caracas y los coloreados «golpes» y «corríos» llaneros por el rumbo sur del país. Las dificultades del arpa criolla para actuar como solista o cantante, son compensadas por los buenos arpistas con recursos de ornamentación y empaste musical que exigen del ejecutante una agilidad prodigiosa, tanto de inventiva como para mover los dedos. Un exponente genial de ese raro virtuosismo hoy cotizadísimo por las empresas grabadoras, es el nacionalmente famoso «Indio» Figueredo, arpista de San Fernando de Apure.

Al acompañante inseparable del arpa, a la pequeña guitarra tetracorde que nos emparenta con el temple de las Canarias, con el ukelele de Hawái o con el charango boliviano, a nuestro típico cuatro le ha consagrado meritísimos estudios el maestro Freddy Reyna, en quien la popular guitarrilla de los venezolanos ha venido a conocer su Espinel y al mismo tiempo su Segovia.

En Caracas es tradicional una forma del joropo influenciada por el ritmo negroide: el «merengue». En ese género se han señalado, especialmente por sus arreglos para orquesta de salón, músicos populares de gran fama como Luis Alfonzo Larrain y Aldemaro Romero, y el compositor Eduardo Serrano, cuyo merengue «Barlovento» goza de celebridad no igualada sino por el joropo «Alma llanera», de Pedro Elías Gutiérrez.

Gran compositor y mandolinista fue el memorable maestro popular Antonio Carrillo, que conjugó en su arte las varias corrientes de expresión que confluyen en los valles del estado Lara. Allí se suavizan los acentos movidos de las cálidas tierras de Miranda, Aragua, Carabobo y Yaracuy, y comienzan a sentirse los aires andinos, ya saturados de esa íntima melancolía que fluye de los bambucos y pasillos serranos, a medida que la geografía remonta las estribaciones andinas. Está el nombre de Carrillo vinculado a una de las tradiciones más bellas que adornan el gentilicio larense: la de las «serenas» que pueblan con trémolos de estudiantina y lánguidas canciones cantadas a dos y tres voces, las noches de Barquisimeto. Aquella ciudad crucial de nuestra geografía, cuyos largos atardeceres se ilustran con crepúsculos que sugieren fantásticos e inmensos vitrales en el horizonte, se señala entre todas las de Venezuela por la lozanía con que se han conservado en ella los componentes humanos y espirituales primigenios de la cultura venezolana. Los testimonios más importantes y numerosos de nuestro pasado indiano se los ha dado a la arqueología venezolana Barquisimeto, en los constantes hallazgos de admirables cerámicas, de piezas de guerra, de utensilios, de objetos rituales y de tumbas indígenas —a veces cementerios enteros— en que el subsuelo de la

vieja ciudad parece inagotable, lo mismo que las plateadas arenas de su río tutelar, el Turbio. Es a la vez Barquisimeto un animadísimo centro de tráfico mercantil, donde las comarcas artesanas de todo el estado Lara concurren con sus vastas y vistosísimas «chamarras» tejidas de lana en telares de antiquísima estirpe española, con sus bellas labores en piel de cabra, con los hermosos cacharros torneados y pintados a mano por las mujeres del campo, con hamacas cuyos delicados caprichos de encajería sugieren obras de plateros; y entre todos los prodigios de artesanía que allí se ofrecen destacan los instrumentos de cuerda, los requintos, los cuatros, los bandolines, las anchurosas guitarras, cuyo acabado artesanal y fino timbre testimonian la significación que aquellas gentes les conceden en su vida a los oficios de la música.

En su ciudad más antigua, castigada hace unos años por un terremoto que abatió con ella nuestro emporio más puro de arquitectura colonial, en la ciudad de El Tocuyo, retuvo el estado Lara y la ha expandido por casi todo el país, expresión danzaria tan original en su música y coreografía y en su contexto teatral, como la que se llama el tamunangue. Las formas de la danza y del canto anteriores a la Conquista sufrieron transformaciones profundas cuando no se extinguieron a su encuentro con la cultura hispana. Como en otra escala sucedió en el mundo incásico, aquí las viejas danzas y cantos se sincretizaron a los modos impuestos por el conquistador, y así las festividades agrarias de nuestros indios adoptaron del europeo sus instrumentos y fórmulas coreográficas. Y en ciertos casos también, un valor desconocido entre ellos: la polifonía. Así nacieron formas culturales admirables, tal la que representa el tamunangue, transculturación de antiguos

ritos aborígenes en que San Antonio ocupó el lugar de las viejas deidades agrarias nativas, y la música reviste un instinto coral único en el folklore de Venezuela y de claro origen europeo, aunque no carece de cierta influencia negra, sutilmente infiltrada en su ritmo. El tamunangue está entre las escasas formas colectivas de la música popular venezolana en la que no abundan los modos corales en el sentido polifónico.

Con el tamunangue compiten en colorido, en gracia musical y en estilo, los cuadros de Pastores, que se organizan en las cercanías de Valencia para las fiestas pascuales de diciembre. Los villancicos y todas las formas de la música navideña se encuentran entre las prácticas de origen español que primero penetraron en el folklore venezolano, dando nacimiento a los tradicionales aguinaldos y parrandas que se cantan por todo el país en diciembre al Niño Jesús. Entre las formas más antiguas de la música venezolana de Navidad y entre las más curiosas —acaso la que mejor ha conservado hasta hoy su pureza original—, figura esa rara fiesta de los Pastores, que anualmente inviste de tan singular encanto a los pueblecitos carabobeños de Mariara, San Joaquín y Aguas Calientes, a escasas dos horas de Caracas. La fiesta es actuada por grupos de hombres —casi todos labriegos— que por promesa hecha al santo, para los días pascuales se atavían y maquillan como pastorcillas a la usanza española de la época de Lope de Vega, y con ese gracioso empaque femenino se reúnen en el templo la Nochebuena de Navidad para cantar y bailar alrededor del Niño Jesús. El acto comprende varias partes y diálogo argumentado a la manera de una pieza de teatro, señalándose las transiciones en la acción por cambios en la música.

En la isla de Margarita, tan célebre por sus perlas, estas fiestas coreográficas del pueblo cobran el encanto de una pintura ingenua con sus pescados de cartón pintado, en el que va metido el bailarín, con el gran barco de vela que lleva encaramado en el hombro un individuo que hace el papel del mar, con su burrita vestida en esponjada colcha de flores para que no se vea que con lo que camina no es con sus propias patas, sino con los pies del jinete. Lo que agracia especialmente de tan delicioso acento infantil estas pantomimas que escenifican episodios pesqueros o celebran al Niño Jesús, es la cándida alegría de sus músicas, a las que corresponde la ingenuidad de unas letras que cautivan al oyente por los usos diminutivos del lenguaje. Es un estilo expresivo muy propio de aquel pueblo que para encarecer la simpatía de un niño lo califica con tan cariñosa palabra como «aseadito» y a la más pequeña de nuestras monedas, el diminuto medicito, da el nombre de «mariquita».

Pero tiene también el margariteño reservas de profundidad poética, de nostalgia ancestral, que esperan en cada atardecer la aparición de las primeras estrellas para desahogarse en la desgastada belleza de los «polos». Variante marina del joropo, el polo posee rasgos propios que le infunden un acento personalísimo entre todos los demás componentes de su familia musical. La presencia del mar, sus vagos horizontes, su asociación con ideas de ausencia, de soledad y de nostalgia, definen en el polo una de las formas más patéticas de la música venezolana. A diferencia del joropo de tierra adentro, cuyo fraseo es dinámico y uniforme, el fraseo del polo pertenece al orden llamado agónico, aquel en que el cantante demora o alarga las pausas, traslada los acentos o adopta métricas de arte mayor, saturando así la cadencia melódica de una sentimentalidad

conmovera. Como todas las formas musicales que se relacionan con el mar, respira el polo una íntima tristeza, de la que no han logrado despojarlo ni los carupaneros, que le imponen un aire más movido que en Margarita, ni los corianos que lo cantan con letras más festivas. En las regiones donde se ha conservado más puro, allí en la Margarita de los carpinteros de ribera, allí en mínimas aldeas de la isla que parecen inventadas para jugar, como el pueblito de El Maco, donde todos son zapateros, o en las comarcas pescadoras de aire bíblico, las letras del polo fascinan por su rara calidad idiomática y por su intenso lirismo. Muchos evocan, en el patetismo de su contenido, los dolientes acentos del cante jondo de Andalucía, y como este, es el polo margariteño la forma musical de expresar el hombre venezolano su sentimiento trágico de la vida.

LA ELECTRICIDAD COMO ARTISTA

Llevar al terreno de la música todas las nuevas actitudes de la naturaleza, producidas continuamente por el hombre en virtud de los incesantes descubrimientos científicos. Dar el alma musical a la masa, a las grandes industrias, a los trenes, a los trasatlánticos, a los acorazados, a los automóviles y a los aviones. Añadir a los grandes motivos íntimos de la música el reino de la máquina y el victorioso dominio de la electricidad.

En estos términos tan vibrantes de modernidad expresiva, formulaba en 1909 la prosa de Filippo Marinetti uno de los postulados que consagran para la historia del arte la insurgencia del movimiento futurista, como la más grande revolución ocurrida en el mundo de la cultura desde el alba romántica. La enorme fuerza y el poder de expansividad con que logró el futurismo decidir en la estética moderna tan radicales rupturas con la tradición como las que significaron el dadá, el surrealismo, la plástica de un Klee o la poesía de un Huidobro, no afectó solo al orbe occidental de Europa; antes bien la circunstancia histórica le había abonado el terreno para que fuera la lejana Rusia el país en que se cumpliera a plenitud el aspecto más interesante de su programa. Era indudablemente el futurismo, con sus arrestos de iconoclasia, con la juvenil violencia de sus actitudes y su prédica de una estética para las masas, la

tendencia que mejor se avenía con el espíritu de la Revolución de Octubre. Establecido el Soviet en 1917, los rusos de la Revolución vivían ya en cierto modo en el dinámico mundo previsto para el porvenir por aquella escuela. Y sin contar con que en el seno de su propia tradición nacional poseían ya en la música salvaje de Stravinski una especie de futurismo al natural. Cuando el futurismo apareció en escuela y como programa, ya estaban los rusos ampliamente familiarizados con su lenguaje áspero, vibrante y colectivista, de grandes insurrectos de la poesía como Alexander Bloch o el genial Maiakovski.

Se explica el fervor con que las más altas inteligencias de aquel tiempo fueron crecientemente suscribiendo el futurismo, por el llamamiento —muy estruendoso, pero bien razonado— que ardientemente les planteaba a los artistas a despertar al inmenso mundo de posibilidades insólitas que le prometía el siglo XX a la creación artística, en tan típicas de sus manifestaciones como la mecánica y la tecnología.

Sabed —decía en 1909 el primer Manifiesto del Futurismo— que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una belleza nueva: la belleza de la velocidad... Un automóvil rugiente, que parece correr sobre la metralla, es más bello que la Victoria de Samotracia... Cantaremos las grandes multitudes agitadas por el trabajo, la vibración nocturna de los arsenales bajo sus violentas lunas eléctricas.

Enfrentados con la evidencia de que a nuevos modos de vivir el hombre debían corresponder nuevas maneras de expresión en el arte, proclamaron la renuncia total al pasado;

y no solamente pusieron en discusión la validez de formas de arte tenidas tradicionalmente como inmortales y como indemnes al tiempo —lo mismo la pintura renacentista que la música de Mozart y Beethoven—, sino adoptaron como consigna de sus propósitos revolucionarios la famosa conminación de Marinetti, todavía por entonces escandalosísima, de: «¡incendiemos los museos y las bibliotecas!».

Descontados sus juveniles desbordamientos de gusto por el escándalo y de pueril exhibicionismo, por el carácter profético de sus actitudes y realizaciones, vinieron a ser los futuristas, en el campo del arte, lo que en el de la tecnología había representado antes un Julio Verne. Con sus audacias literarias, con sus fantásticas invenciones poéticas en que los personajes son máquinas o absurdos robots, prepararon a la sensibilidad contemporánea para admitir como arte y vibrar con él, cosa tan ajena a la ortodoxia o a la tradición como aquella tan famosa composición orquestal —*Pacific 231*— en que Arthur Honegger imita con la orquesta todos los movimientos sonoros de una locomotora, desde el instante en que va a ponerse en marcha, hasta alcanzar el máximo desarrollo de su velocidad.

En busca de alguna fórmula para traducir a sonidos artísticamente organizados los ruidos de nuestro tiempo, se parecía un poco la música de los futuristas en su primera época a la que entre los románticos fue la música de programa o música descriptiva, un arte que como en la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven, tendía a la imitación de los sonidos de aquellas cosas, seres y situaciones que solicitaban el interés o la emoción del artista. Desde los tiempos del impresionismo musical encarnado en la figura de Debussy, los compositores venían intentando métodos de comunicar mediante la música su sensación de

la naturaleza, en vez de su emoción, como habían querido hacerlo los románticos. Para lograr esa finalidad, empezaron por violentar algunas leyes de la composición tenidas hasta entonces por inmutables; a continuación, en músicos extraordinariamente imaginativos como el ruso Scriabin, aparecieron los experimentos de impresionismo sinestésico, un modo de música en que el piano se había acondicionado mecánica y eléctricamente, de tal manera que en simultaneidad con sus sonidos surgían de él luces de colores, que se proyectaban sobre una inmensa pantalla. Con antelación a Scriabin, que puso en práctica tan atractiva invención en 1910 en la ciudad de Moscú, ya en 1891 Paul Roinard y Flamen de Labrely habían estrenado en París su *Canto de Salomón o Sinfonía del Amor Espiritual en Ocho Artificios Místicos y Tres Paráfrasis*, en cuyo decurso se exponían en la sala exquisitos perfumes y se proyectaban rayos de distintos colores: unos y otros supuestamente complementarios de la música.

A medida que avanzaban la tecnología y la mecánica en el devenir del siglo XX, se les hacía más imperiosa a los artistas del sonido la urgencia de hallar recursos con que traducir a términos musicales los ruidos en que el mundo contemporáneo descubría su insólito lenguaje: trepidar de motores en la tierra y en el aire, estallidos de bombas, tecleos mecanográficos, locomotoras que aúllan en la noche, mensajes de telégrafo inalámbrico que se atraviesan en la audición radiofónica, sirenas de coche policial y angustiosos pitazos de la fábrica que llama a los obreros para que se restituyan al trabajo. Resultaba además imposible de conciliar la música concebida en el estilo tradicional, con las formas en que se manifestaba el espíritu del siglo XX, en el ámbito de los espectáculos, lo mismo en la comedia

musical que en los dibujos animados o en las ficciones de la radiofonía.

Más que de una cuestión de partitura o de reforzar la música con trucos de color o de aromas, el problema que entonces se les planteó a los artistas fue de un orden diferente: se trataba de descubrir nuevos sonidos y, para lograrlos, de inventar recursos instrumentales que no estaban en la tradición.

Del afán con que entre los años 1915 y 1923 se entregaron los compositores a la búsqueda de novedades instrumentales para expresar en la música su mundo es delicioso testimonio el acápite explicativo con que Erik Satie encabeza una de sus partituras de entonces:

Esta obra está escrita para: dos flautas de émbolo, en fa sostenido; un impermeable en do; un sifón en do; dos clarinetes de émbolo en do menor; tres trombones de teclado en re bemol; un contrabajo de cuero, en do; y una batea cromática, en si.

Una figura memorable de aquella década bulliciosa en que los compositores trabajaban a la vez como técnicos y como artistas, es el simpatiquísimo John Alden Carpenter, que en su pantomima jazzística *Krazy Kat* (1921) lleva al lenguaje de los sonidos y a la expresión escénica el dinamismo del cinematógrafo, la emoción de la ciudad moderna, la vibración del siglo XX, y así lo hizo también en su mejor obra en ese estilo, la que precisamente se llama *Skyscrapers* (*Rascacielos*), compuesta en 1926 para los célebres ballets de Diaghilev. Tuvo también mucha fama por aquella época la personalidad juvenil de Jorge Antheil. Este compositor fue uno de los primeros devotos norteamericanos

del culto artístico de la máquina preconizado por los futuristas. Aspiraba a expresar el espíritu de nuestro siglo por medio de una música —decía él— «que fuese como una máquina increíblemente hermosa». Gran sensación causó en París y en el Nueva York de los años veinte su *Ballet Mecanique*, cuyo heteróclito aparato orquestal incluía hélices de avión, yunques, sierras, láminas de hojalata, trozos de acero, timbres eléctricos y dieciséis pianolas que sonaban simultáneamente.

Precursor de aquella tendencia a lograr una especie de integración entre la tecnología y el arte fue el hoy casi olvidado Luigi Russolo. Adherente del futurismo desde sus primeros manifiestos, ya en 1913 anunciaba Russolo su propósito de crear una música que orquestara «los ruidos de las puertas metálicas, del bullicio de la multitud, la inquietud de las masas en las estaciones de ferrocarril, las fábricas de acero, las imprentas, los camiones y los trenes subterráneos». Y por lo mismo que para tan ambiciosa finalidad no le servía ninguno de los instrumentos heredados de la tradición ortodoxa, inventó diecinueve aparatos a los que dio el nombre de *ruideros*. Para estos instrumentos compuso unas extrañas partituras que se llamaban *El despertar de la ciudad*, *Comiendo en la terraza del hotel o Aeroplanos y automóviles*. En sus ruideros —o como se llaman en italiano, los *intonarumori*— aplicó por primera vez Russolo la electricidad, para obtener ciertos efectos de tipo acústico y algunos timbres inusitados.

Desde aquellos tiempos han venido proliferando en todos los centros musicales del mundo los inventos de naturaleza eléctrica relacionados con la música. Insatisfechos los artistas, lo mismo que los técnicos, de que la electricidad tan solo sirviera para conservar o transmitir

los sonidos, no han cesado de crear aparatos destinados a producir las más insospechadas sensaciones auditivas, y los más sorprendentes efectos en el tratamiento de la sintaxis musical. Aparte de instrumentos cuyas peculiaridades técnicas se han traducido en toda una revolución en el arte de componer y ejecutar la música, como el Neobechstein, el Theremin —que los venezolanos conocimos en 1945—, el Trautonium o las Ondas Marthenot —de las que hizo tan noble uso Honegger en su partitura de *Juana de Arco en la hoguera*—, la organología tradicional ha ampliado contemporáneamente sus alcances comunicativos y ha descubierto nuevos matices de expresión, en innovaciones técnicas como la guitarra eléctrica, hoy tan popular, y el órgano sin tubos inventado por Laurens Harrimond en 1934.

Desde Paul Hindemith hasta Stockhausen y John Cage, ningún gran compositor contemporáneo dejó de servirse alguna vez de los recursos de la electricidad o de la electrónica para realzar el poder comunicativo de sus partituras. En nuestro país ha sido el primero en adueñarse de la electricidad para servir nobles exigencias del espíritu, el solitario y fogoso maestro Antonio Estévez.

A dos venezolanos insignes como Carlos Raúl Villanueva y su discípulo Fruto Vivas les corresponde el mérito de haber profetizado una época en que como la intuyó Baudelaire en su verso famoso, y como angustiosamente intentó inaugurarla en su *Orfeo* el gran Scriabin, pudiera el hombre comprobar que «aromas, colores y sonidos se responden». Orgullosos se sentirán estos maestros de haber testimoniado tan maravillosa realización del espíritu humanístico que orienta el siglo XX hacia una nueva integración de las artes, como la que se expresa en el *Poema Electrónico* que compusieron entre el músico y Edgar Varése

y el arquitecto Le Corbusier, para la Exposición Internacional de Bruselas en 1956. La tecnología eléctrica, la geometría arquitectónica, el sonido, el color y la luz, se reunieron allí en términos de arquitectura y de física para legarle al porvenir el más completo trasunto espiritual de nuestro siglo.

LA ELECTRICIDAD EN VENEZUELA

En materia de electricidad nuestro país ostenta el singular privilegio de haberse adelantado a los más avanzados del mundo, lo mismo en el campo de la investigación científica de los fenómenos eléctricos como en el de sus aplicaciones prácticas. Ya en años tan tempranos como los de 1770, hacía el explorador Schilling en los ríos de nuestra Guayana sus famosos experimentos acerca de la electricidad de los tembladores, y la relación entre esa manifestación de la electricidad animal y la contenida en los imanes. Y tres decenios más tarde, cuando Humboldt y Bonpland visitaron Venezuela en 1800, se sorprendieron de descubrir que en tan perdida comarca de la llanura venezolana como la población de Calabozo, tenía su laboratorio un solitario llamado Carlos Del Pozo y Sucre, que había logrado construir una máquina eléctrica de grandes discos, así como todo un equipo de electróforos, baterías y electrómetros. «Con sus mismas manos —escribe Humboldt en sus elogiosas referencias a Del Pozo—, y sin haber visto nunca cosa semejante, ha construido en Calabozo una máquina eléctrica que se puede comparar con las mejores que he visto en España y en Francia». No menos asombrado que los ilustres viajeros al encontrarse con aquel extraño sabio que todo lo había logrado ayudándose de sus escasas lecturas y de su intuición, quedaría el propio don Carlos al comprobar que los diversos aparatos

de experimentación eléctrica de que iban provistos Humboldt y Bonpland, eran casi del todo idénticos a los que intuitivamente él mismo había inventado.

Fuera de las referencias elogiosísimas que hace Humboldt de don Carlos Del Pozo en su *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, las generaciones que le siguieron lo recuerdan solamente por la mención que hace de él el diplomático y artista inglés Robert Ker Porter, que en tiempos de Páez le dedicó un amable recuerdo al contemplar a su paso por un sitio del Guárico llamado Laguna del Vicario, un pararrayos instalado allí por Carlos Del Pozo, seguramente el primero que se conoció en Venezuela.

En el renglón de la ingeniería eléctrica y la electricidad como industria, no es menos significativo el ejemplo del ingeniero venezolano Ricardo Zuloaga, a cuyo claro talento y tenacidad de auténtico pionero se debe la instauración en Venezuela, en seis años de trabajo que culminaron con gran éxito en 1897, de un sistema de electrificación que por entonces casi no tenía igual en el mundo. Juan Rohl, en su emocionante biografía de Ricardo Zuloaga, enjuicia así la magnitud de la empresa cumplida por el famoso ingeniero:

La inauguración de El Encantado (primera planta que se instaló en el país, obra de Zuloaga y que utilizaba la corriente del Guaire), tenía una trascendencia intercontinental, por ser la primera estación hidroeléctrica para la trasmisión a distancia de corriente alterna, instalada en Latinoamérica, la segunda del continente americano y una de las primeras construidas en el mundo; lo que coloca a Ricardo Zuloaga entre los pioneros de la electricidad, no solo en Venezuela, sino en todo el orbe.

El alumbrado eléctrico de las calles de Caracas se inauguró el 8 de agosto de 1897, con la iluminación de la avenida Este, o sea, desde La Torre hasta la esquina de Cervecería. Los únicos antecedentes que conocía la ciudad en este tipo de iluminación habían sido el realizado por Vicente Marcano el 28 de octubre de 1873, con motivo del onomástico del Libertador; el que se hizo al año siguiente en la plaza Bolívar con una planta instalada y manipulada por el doctor Adolfo Ernst; y el que tuvo lugar en el Teatro Municipal la noche del 27 de octubre de 1884, para una función en la que se representó la ópera *Fausto*.

Otro hecho sorprendente, que abona para Venezuela su condición de país precursor de la iluminación eléctrica en el mundo, es que ya en 1888, como nos lo informa también Juan Rohl, «había sido inaugurado en Valencia el alumbrado eléctrico, con la circunstancia especial de haber sido la primera ciudad sudamericana que tuvo el orgullo de utilizarlo».

Por los tiempos en que se encendieron en Venezuela las primeras lámparas eléctricas, la electricidad les era ya familiar a los venezolanos en el telégrafo, que se conocía en el país desde 1851. Lo habían introducido Luis Baker y Salomón Humphrey, que le proponían al gobierno de José Tadeo Monagas «el establecimiento de la comunicación instantánea por medio de alambres conductores del pensamiento, según el sistema de Morse». Ante una concurrencia que se había preparado para el acto como para una función teatral, hizo su primera demostración el señor Humphrey el 24 de febrero de aquel año. Con todo el entusiasmo que suscitó entre aquellas importantes personas la sensacional revelación, se atravesaron tenazmente en las diligencias subsiguientes de Humphrey y Baker aquellas

aberraciones de la burocracia que *Hamlet* señala entre las calamidades que a veces hacen indeseable la vida: *the laws delays, the insolence of office*.

Ahogada la iniciativa de Humphrey por el papeleo burocrático, vino desde Nueva York a retomarla en sus manos el español Manuel Montúfar, una de esas imperiosas personalidades convocadas para las empresas difíciles, para las aventuras de titanes, como las celebra Whitman en su poema de los pioneros. En la arruinada Venezuela de aquel entonces, al cabo de una larga lucha y de un infatigable apostolado contra la cicatería y espíritu parroquial de unos comerciantes que todavía tienen las velas esteáricas como la última palabra en iluminación, logra Montúfar establecer una compañía para la instalación de una línea de telégrafo electromagnético entre Caracas y La Guaira. Fue la primera que se tendiera en el país, y entró en servicio el 9 de mayo de 1856.

Y entre los jubilosos testigos de ese momento en que el ministro don Francisco Aranda consigna en los transmisores el primer telegrama que se escribió en el país; entre los que prorrumpieron en vibrante salva de aplausos y vivas a la ciencia y a la patria, cuando momentos después llegaba la respuesta al mensaje inaugural del ministro, se encontraba, entonces muchacho de catorce años, Gerardo Borges, un caraqueño que estaba llamado a la fama como primer telegrafista venezolano, y como uno de los latinoamericanos de más grande reputación en el estudio de la electricidad como ciencia. En 1880 fue designado Borges por el gobierno de Guzmán Blanco para representar a Venezuela en el Primer Congreso Internacional de Electricidad, celebrado en París, donde se reunieron físicos e inventores de gran nombradía mundial como Kelvin, Helmutz, Ortuño

y Edison. Cincuenta años después de aquel congreso célebre, los venezolanos recordaban con emoción y alto orgullo el momento en que, en el curso de una de las brillantes intervenciones de Gerardo Borges, se levantó de su asiento Thomas Alva Edison para estrecharlo en un abrazo de conmovida admiración, en tanto que el resto de los congresistas aplaudían la escena como niños, y algunos descubrían en la presencia y admirable expresión de aquel joven extraordinario, la existencia de un país llamado Venezuela.

PEQUEÑA HISTORIA DE LA RADIO

En abril de 1926 los periódicos de Caracas publicaron cortesías notas de primera página dando su bienvenida a los señores Luis R. Scholtz, Albert Muller y David Lewman, que llegaron de Nueva York para montar el equipo destinado a las transmisiones de radio en la ciudad. Y ya la noche del 24 de mayo una gran muchedumbre de caraqueños se congregaba en los alrededores del Nuevo Circo para asistir a la inauguración de la «Broadcasting Central de Caracas». Distinguíase la estación con las letras AYRE y se estableció con sus estudios y sus dos torres entre la esquina de El Tejar y los antiguos terrenos de La Yerbera, donde hoy comienza San Agustín del Norte. El ingeniero Scholtz, nombrado su primer director, compartía al mismo tiempo la administración y propiedad de la empresa con la firma venezolana A. Santana. En Estados Unidos la primera radiodifusora había salido al aire en Pittsburgh el 2 de noviembre de 1920, y ya en 1922 el total por venta de aparatos y accesorios de radio alcanzaba entre los norteamericanos a sesenta millones de dólares. La afición por la radiofonía prosperó entre las gentes jóvenes de Caracas auspiciada por la elemental simplicidad de los primeros receptores, aparatos de fabricación casera que cualquiera podía construirse sobre el breve espacio de una tapa de caja de tabaco con una bobina de alambre, una piedra de galena y una bocina telefónica; y con un poco de paciencia

para «coger la onda», el pequeñísimo juguete permitía escuchar estaciones tan remotas como las de Schenectady o del canal de Panamá. Para los que desearan escuchar la de Caracas a un volumen normal, instaló la empresa una corneta en las ventanas de su local, pero pronto tuvo que retirarla a causa de las tumultuarias concentraciones de oyentes y curiosos que cada noche se congregaban a oír sus transmisiones, produciéndose largas interrupciones del tráfico en la cuadra y bulliciosas peleas entre los que querían estar más cerca de las ventanas. Presentada la estación por sus promotores aquella memorable noche de 1926, dijo el discurso de inauguración el historiador y académico Eloy G. González, y como programa inaugural se presentó un concierto de canto por la señora Susana de Lyon Paván y la señorita Hilda Jagemberg. El primer locutor fue el señor Albert Muller, cuya voz arrancó lágrimas de emoción y una salva de aplausos entre los invitados y la multitud, apiñada en las ventanas, cuando anunció: «Esta es la Broadcasting Central de Caracas, estación AYRE», y a continuación rompió a sonar el Himno Nacional. Con el entusiasmo de la primera estación la radiofonía alcanzó extremos de verdadera pasión colectiva entre los caraqueños. La onda se localizaba en la piedra con una inestable aguja que hacía presión sobre ella por medio de un resorte. Casi no había hombre de Caracas que de las siete de la noche en adelante no estuviera en algún rincón de su hogar, inmóviles los abiertos ojos en la actitud estática de un magnetizado, manipulando su primitivo receptor con la bocina pegada al oído y llamando a cada instante a la familia para que vinieran a oír la onda que había sintonizado. El punto del piso donde se fijaba el polo de tierra del aparato se mantenía siempre mojado por los abundantes

vasos de agua que había que echarle para mantener la recepción en buenas condiciones. El espectáculo más constante de los domingos en la mañana era el de multitud de hombres en camisa que amanecían como extraños pájaros en los tejados de sus casas instalando o mejorando sus antenas. En las casas, a las horas de transmisión, había que pisar muy pasito para que al radioescucha no se le fuera la onda. En las pulperías, en las boticas y hasta en las casas particulares aparecían constantemente los teléfonos con la bocina arrancada, robada por alguien que se la había llevado para hacer un radio.

Los receptores profesionales, equipados con su corneta y fabricados por las casas norteamericanas Stromberg Carlson, Fada y Radio Corporation, fueron puestos en exhibición en una sala especial que se instaló de Sociedad a Camejo, y su venta fue sometida a la más cuidadosa vigilancia oficial. No disimulaba el Gobierno sus temores de que tan eficaces aparatos pudieran ser utilizados para comunicar al país con los grupos de exiliados que conspiraban desde el exterior contra el régimen gomecista. Para adquirirlos tenía el aspirante que formular una solicitud escrita indicando sus datos personales, la clase de aparato que deseaba comprar y el lugar exacto donde pensaba instalarlo.

Los sucesos políticos que se desencadenaron en 1928, con sus prisiones masivas de estudiantes, con sus vastas batidas de represión contra la ciudadanía y los intelectuales, con su intensificación de la fiscalía oficial sobre los medios de publicidad, dieron al cauteloso gobierno de Gómez el pretexto que hacía tiempo buscaba para proceder a la clausura de AYRE, invocando como motivo la seguridad del Estado. Caracas no volvió desde entonces a oír una estación local hasta la inauguración de Radio Caracas en

1930. La época de singularísimo esplendor que comenzó a vivir a partir de aquellos años la radiodifusión venezolana se manifestó especialmente por la alta calidad de sus locutores. De acuerdo con la ortodoxia profesional de la radiodifusión llamábaseles *perifoneadores* y también *speakers*. Los más notables de aquellos tiempos —y seguramente los mejores en toda la historia radiofónica del país— fueron Edgar Anzola, Ricardo Espina, Ernesto D'Escriván y Edimundo Castés. La primera voz de mujer que se oyó hablar por radio en la ciudad fue la de Carmen Serrano con sus celebradísimos «Cuentos de la Madrecita», que narraba todas las noches a las siete y que ya se habían popularizado desde los tiempos de AYRE. Y el primer locutor deportivo especializado fue Esteban Ballesté, cuya voz se hizo la más popular del país en las transmisiones de los grandes juegos de beisbol, entre equipos que han pasado a la historia como el Royal Criollos, el Magallanes, Cardenales y el Santa Marta. En 1931 comenzaron a transmitirse por radio las retretas de la plaza Bolívar. A mediados de 1932 la sensación del día fue para los radioescuchas la presentación de Max Coll, el niño venezolano que había hecho carrera como actor en Hollywood. También desde 1931, aprovechando el gran interés despertado en el público por la llegada del cine parlante (lo estrenó el teatro Bolívar en 1930), Radio Caracas instaló sus micrófonos en las pantallas del teatro Bolívar y del teatro Pimentel para transmitir en las noches de estreno las películas habladas. Así se familiarizó Caracas con las voces de José Bohr, María Ladrón de Guevara, Luana Alcañiz, José Crespo y Rosita Moreno, en grandes cintas pioneras del cine sonoro en castellano como *Sombras de gloria*, *La mujer X*, *El proceso de Mary Dugan* y *La mano del muerto*. El mayor

orgullo de un radioescucha de aquellos años se cifraba en la posesión de un aparato superheterodino de toda onda, modelo de acapillada forma muy en el gusto arquitectónico del *modern style*, que ya traía la corneta incorporada al mueble. Las gentes hasta aquellos años se congregaban religiosamente en sus hogares para oír el radio, con la actitud de recogimiento y concentrada atención que se dedica a un buen concierto. Y como había ocurrido con la pianola en los años iniciales del 20, y posteriormente con las victrolas y ortofónicas, se instauró entre los caraqueños la moda de poner bailes con radio.

La primera figura del canto que alcanzó fama por sus actuaciones por la radio venezolana, fue la hermosa caraqueña Soledad Espinal, quien junto a Tito Coral (Pío Corao) fue también una de las primeras voces nacionales que se oyeron en discos. Siguióla en popularidad Juanito Renot, célebre por su interpretación de «Capullito de alhelí», estrenada en 1930. Aquella década es también la de los comienzos del programa cómico «La familia Buchipluma», que destacó a Carlos Fernández como el más grande comediógrafo de la radiofonía venezolana en todos los tiempos.

La decadencia de la radio caraqueña y su gran quiebra artística comenzó al faltarle figuras de gran talento creador y amplia solvencia cultural que la habían sostenido desde sus principios, como Edgar J. Anzola, Mario García Arocha y Alfredo Cortina, finos talentos que habían logrado imponerle el más noble estilo como medio de divertimento y recurso de cultura.

De aquellos años heroicos de la radiodifusión, del conmovedor entusiasmo porvenirista con que nuestra ciudad acogió el advenimiento de la nueva invención, nos queda el testimonio de un poeta entonces joven que cantó

con su voz vanguardista de veinte años el «Poema de las torres del radio»:

Hoy ha subido hasta mi verso,
amargado de músicas antiguas,
la alegría del poema
de las torres del radio.

La brisa de Marconi,
que sacude los follajes de la selva y del mar, marcha,
de rocío con el vino de mi poema, que es un vino color de
[cargada
[sangre.

Recoge los signos de las llanuras del hielo,
la voz de los pájaros de las islas volcánicas,
la égloga de las colinas,
la oda de los Himalayas.
Y canta bajo las estrellas cosmopolitas
su inmenso canto de púrpura.

Los hombres se alzan para escuchar el canto, prolongados
[sobre sí mismos,
tienen la actitud de las torres
que avizoran el mundo
con sus pupilas de marfil o sus pupilas de cristal.

Y todo mientras las torres de los poetas, las torres del radio,
alzadas en la luz del alba,
con su cabellera de alambre tendida a las espaldas, oyen,
[con sus oídos eléctricos,

AQUILES NAZOA

el numeroso rumor,
la multitud de las voces fraternales de todos los climas,
el ritmo de la joven alegría del mundo!

Oyen,
y cantan con su lengua millonaria,
para ceñir el oscuro planeta
—nuevo Saturno—
con el anillo del poema futuro.

(JOAQUÍN GABALDÓN MÁRQUEZ)

LA PAVA Y LO PAVOSO

Como en ninguna otra forma del folklore urbano, la espiritualidad del caraqueño tradicional —mezcla curiosa de humor, de sentido mágico de la vida y de una propensión natural al buen gusto— tiene su manifestación más típica en la idea de la «pava». Con sus sinónimos de mabita y guiña y con su terrible derivado *pavoso*, se define entre nosotros como pava a la superstición popular que atribuye a ciertos objetos —y principalmente a ciertos objetos de carácter decorativo— la propiedad de atraer la mala sombra sobre el infeliz que los posee. Semejante en este aspecto a la alusión italiana de la *iella*, a la *yeta* argentina y al *ñeque* de los cubanos, se diferencia nuestra pava criolla de aquellos ilustres congéneres en ser el único entre ellos que ha evolucionado del plano de lo puramente supersticioso para convertirse en la institución crítica por excelencia de que disponemos para la valoración de nuestros gustos estéticos. La fina intuición crítica de los caraqueños cataloga dentro del género pava —y le atribuye según su peligrosidad su correspondiente lugar entre las diversas categorías de lo pavoso— a todo lo que es estéticamente mostrenco, a las cosas fabricadas con una finalidad decorativa y que fracasaron en su aspiración de belleza, a cuanto en el mundo resulta innecesariamente feo. Otras veces es a la inarmonía entre la cosa y el uso indebido que se hace de ella —tal como usar una vela para calentar el café, o emplear una brocha

de afeitarse para pintar los muebles—, y aun hace extensivo el peligroso concepto de pavoso a ciertas formas literarias, a muchas formas de la conducta, a algunos personajes por su manera de vestir o por su modo de ser, y hasta a muchas venerables instituciones que han ido a la quiebra al caer bajo tan ominosa catalogación.

Al atribuirle a las cosas enumeradas la propiedad de atraer el malestar al ambiente en que se encuentran, coincide curiosamente la intuición caraqueña con las teorías de la moderna psicobiología, según las cuales el hombre es un animal de naturaleza optodinámica, un ser cuyo medio más importante de comunicación con el mundo es la vista y, por eso, tanto mayor será su sensación de bienestar, de equilibrio psíquico y tanto mejores sus aptitudes para el disfrute de la vida, para el amor, para la elevación moral y plena realización de la personalidad, cuanto más intensa sea la sensación de armonía, de claridad y de belleza que reciban sus ojos. Si la disposición de lo visible es capaz de influir de tal forma en los impulsos de nuestra subjetividad, es comprensible entonces que en la presencia de lo chato, de lo mediocre, de lo inestable y de lo ramplón, nos sintamos como ensombrecidos, como psíquicamente perturbados. Es un mal que los psiquiatras denominan psicosis de lo feo y que el folklore urbano de Caracas llama sencillamente la pava. Si el que se siente bajo la influencia de la pava no está en capacidad de discernir racionalmente los verdaderos motivos del malestar que lo perturba, hay en él en cambio una especie de intuición crítica, algo así como una potencia defensiva secreta, o vacuna espiritual, que lo conduce invariablemente a localizar la causa de su perturbación en el objeto más antiestético o más anacrónico que tenga en su cercanía y que es, para él, un objeto pavoso.

A tan peculiar expresión del folklore caraqueño le viene el nombre de pava del ave nocturna así llamada —en otros tiempos habitante de las arboledas del Ávila—, cuyo vuelo sobre las casas en la alta madrugada con su melancólico quejido, se tenía como anuncio de desgracia. Creíase que la pavita nocturna era la forma que adoptaba alguna bruja del vecindario para echar sus maleficios sobre las casas, y para conjurarla, la primera mujer que oyera su canto en la noche debía gritarle: ¡Venga mañana por sal!, mientras tendía en el patio un pantalón blanco con las piernas abiertas. Se suponía que atraída por el pantalón (pues las brujas son siempre mujeres solas), en la primera hora del siguiente día la hechicera, ya restituida a su figura humana, visitaría la casa con el pretexto de pedir un poquito de sal, permitiendo así su identificación por los vecinos a los cuales les quiso echar su daño.

El sinónimo de *mabita* le viene a la pava por comparación del estado de ánimo que abate al «empavado», con el estado de ruina en que quedan los árboles cuando los invade el parásito así llamado que cubre sus hojas en forma de feas manchas blancas.

El humorismo caraqueño ha inventado para describir la pava, la ciencia popular llamada Mabitografía y un supuesto aparato, el mabitógrafo, que al serle sometido un objeto tenido por pavoso, o una persona sospechosa, describe, como una máquina electrónica, el potencial de mala sombra que uno u otra son capaces de desarrollar; para lo cual se dispone también de una unidad convencional de medición que parodiando el kilovatio de los medidores eléctricos, se denomina el *pavovatio*.

LISTA DE ALGUNAS COSAS PAVOSAS

El zapatico del niño menor que algunos hacen momificar en cobre (al zapatico, no al niño) para colocarlo como pisapapel en el escritorio;

Los muchachitos que dicen el que da y quita el diablo lo visita;

Llamar a las prostitutas «mujeres de la vida»;

Decirles a las visitas cuando se despiden «en esta humilde choza nos tiene a su orden»;

Las madres que se pasan la noche en la cabecera del hijo enfermo y se quedan dormidas sosteniendo una cucharilla y un frasco de remedio;

Usar al mismo tiempo elástica y correa, lo que se tiene por hábito de hombre prevenido;

Cargar en el bolsillo un frasco de remedio y una cucharilla para cuando llegue la hora de tomar la cucharada y si está en la calle;

Las arepas clavadas detrás de la puerta entre un casquillo y una penca de zábila para que no falte el pan;

Los negritos de tablas que sostienen un cenicero;

Tener un loro entre el cuarto;

Tomarse un ojo de toro en vino;

Comer cambur titiario chupándoselo por el piquito;

Tenerle cariño a una gallina;

Y bailar pasodoble viéndose los pies;

Decir voy a hacer una necesidad cuando uno va para el baño;

Decir que el luto se lleva en el corazón;

Usar en la conversación eufemismos como pe-ene-pen guayabita, no jose y te voy a dar un fondazo;

El «mamertismo literario», o sea los versos que algunos poetas ramplones escriben sobre el amor de madre, por el estilo de aquellos que dicen:

«¿Qué es madre? Madre es el nombre
que con letras de granito
por el mismo Dios fue escrito
en el corazón del hombre.

Para el pobre y para el rico
sin diferencia de idioma,
la madre es una paloma
que lleva amor en el pico.

Cuando el dolor te taladre
y manen llanto tus ojos
ponte un momento de hinojos
y acuérdate de tu madre»;

Decir toma la cruz, perro sucio, cuando nombran al diablo;

Decirle usted a un perro;

Los ateos que cuando el hijo les pide la bendición le contestan yo te bendigo;

Imitar un idioma extranjero diciendo guaríguanche son frijoles y cotejer;

Escribir con el meñique paradito;

Ponerse un algodoncito con leche de pecho para el dolor de oído;

Cepillarle la planta de los pies a una persona que tiene un ataque;

Tratar de despertar a la persona que tiene una pesadilla llamándola por un nombre que no es el suyo, por creer que si se la llama por el propio se vuelve loca;

Leer en el periódico las invitaciones de entierro para ver si lo han puesto a uno;

Llorar leyendo;

Los novios rascados que la noche del matrimonio, entre confidencias y cursilerías, le dicen a la mamá de la novia: Señora Fulana, usted pierde una hija, pero ha ganado un hijo.

Sacar un perro para que se purgue comiendo pajita;

Fumar desnudo;

Rezar para acostarse a dormir la siesta;

Los poetas que al saber que su mujer está embarazada le escriben unos versos acerca del hijo que está por venir, como aquellos que dicen:

«Tú le dirás si atolondrado crece,
que su papá lo encerrará en la cueva

y el hijo que a su madre no obedece
viene el pájaro negro y se lo lleva»;

Decir cuando uno está comiendo que lo está haciendo
por la vida;

Los puntos de yodo, los parches porosos y echarse
linimento con una pluma;

Limpiarse los oídos con una horquilla;

Bañarse con agua asoleada a la cual se le han añadido
unas gotas de yodo y sal para que parezca agua de mar;

Los muchachitos que se hacen los borrachos en la
Nochebuena,

Tener una piedrita apartada en el baño para cuando
uno se lava los pies;

Echar una gallina con huevos de gallineta;

Las pantuflas bordadas con una dedicatoria repartida
entre las dos pantuflas así: en la izquierda *a mi que*– y en
la derecha *–rido padre*;

Decir al dar un pésame que no somos nada;

Retratarse cabeza con cabeza;

Y el estilo vargasviliano de escribir con punto y coma
y aparte, como está hecha esta lista.

FORMAS PAVOSAS DE LA INDUMENTARIA VENEZOLANA

Liquiliqui con camisa de manga larga.

Liquiliqui con corbata abajo.

Paltó de casimir con saco de pijama abajo.

Pecho peludo con camisa sport y cadenita.

Elástica y correa juntos.

Paño de mano por el pescuezo.

Camisa con ligas en las mangas, y si tiene yuntas peor.

Corbata larga pisada con la pretina del pantalón.

Pantalones de tubito combinados con zapatos de dos tonos y tacón francés.

Chaquetas de dos tonos, de esas que dan la impresión de que el tercio se bañó de avena con chocolate.

COSAS QUE PASARON DE MODA

Mandarle un papel a la novia con la sirvienta de la casa y esperar la razón en la esquina.

Ponerle la orina a las hormigas a ver si uno tiene diabetes.

Poner una escoba detrás de la puerta para que se vaya la visita.

Recibir todas las semanas un santo en su nicho para que pase el día en la casa.

Vestir a todas las hermanas de un mismo color para que se vea que son hermanitas.

Comer papelón con queso y decir «Deme un San Simón y Judas».

Tocar una serenata con un peine soplado a través de un papel.

Hacer hallacas y mandarlas de regalo a todo el vecindario.

Clavar dos tenedores en un corcho y ponerle a este una aguja para que gire sobre una botella.

Comerse un aguacate muy sabroso en el restaurant y llevarse la pepa en el bolsillo para sembrarla en la casa.

Meter los huevos en una ponchera de agua y si flotan es que están buenos.

Esconderle los zapatos al muchacho para que no ande vagabundeando por la esquina.

Comprar un centavo de sal, dos de manteca y pedir la ñapa de papelón.

Pedirle un flux prestado al vecino para hacerle uno igual al muchachito de uno.

Purgarse con zábila y pasar el día en alpargatas con medias.

NUEVA LISTA PAVOLÓGICA

- Las reconstrucciones radiales de eventos deportivos.
- Las pañeras hechas con tubos de luz fluorescente quemados.
- Tomar café con leche en vaso de cristal.
- Las sombrereras hechas con bombillos quemados.
- Los teléfonos pintados al óleo.
- Los paisajes pintados en los zaguanes.
- Los muchachitos vestidos de terciopelo.
- Los retratos de cantantes con cigarros en la mano.
- La frase: «Obras son amores y no buenas razones» que usa A.V. Jota.
- Los muchachitos vestidos de militar y con bigotes pintados.
- Las liguitas para sostenerse las mangas de la camisa.
- Las pantaletas moradas.
- Los zapatos de muchachito colgados en los autobuses.
- Los barcos metidos dentro de una botella.
- Los pisapapeles de vidrio con animales o flores metidos dentro.
- Los gatos con orejas agujereadas y lacitos.

AQUILES NAZOA

Bañarse en el mar con zapatos de cuero.

Los que duermen con gorritos de media de mujer.

Los cubiertos con mango de hueso.

Las fundas para guardar la bandera.

La propaganda en los periódicos con el retrato del dueño del negocio.

¡NO DESPILFARRE SUS UTILIDADES!

ADQUIERA CON TIEMPO UNO DE ESTOS PRECIOSOS OBJETOS

Unas pantuflas con trabillita de tripa de automóvil y una vela de sebo de Flandes para ablandarse los callos de noche.

Un par de yuntas de vidrio con un paisajito pintado adentro.

Un frasco de ají en leche con su tusa para taparlo.

Un ejemplar de la novela *Malditas sean las mujeres*.

Un flux volteado.

Una mota de perillita.

Una cesta para la ropa sucia, con tapa en forma de muñeca disfrazada de dama antañona.

Un tobo desconchado, con las desconchaduras disimuladas con pintura al óleo.

Un juego de copas de concha de coco pulida, hecho en Maracaibo.

Una lámpara de cacho en forma de pescado con un bombillo en la boca.

Si ninguno de estos objetos le parece suficientemente bonito para comprarlo, entonces le aconsejamos que se compre un revólver y se pase la Nochebuena tirándole tiros al vecindario.

CEMENTERIOS DE CARACAS Y ALGUNAS COSTUMBRES FUNERARIAS

Desde 1698 acordó el Obispado de Caracas, con aprobación del Rey, que los cementerios se establecieran junto a las iglesias parroquiales. Así, con los primeros templos que se levantaron en la ciudad surgieron sus primeros cementerios, el más antiguo el de San Mauricio, los más importantes los de San Pablo y Catedral y el más reciente el de la parroquia Candelaria, fundada en 1708. Además de los parroquiales existían en los conventos los cementerios destinados a enterrar a los individuos de sus órdenes y a personas particulares cuyos deudos tuvieran para pagar la bóveda. Al pequeñísimo cementerio que fundaron a principios del siglo pasado los hermanos de la cofradía de San Pedro, y que fue el último sobreviviente de una larga familia de cementerios desaparecidos, debe su nombre de Los Canónigos esa céntrica esquina de Caracas.

El primer cementerio público de la ciudad fue el que existió en el extremo oeste de la hoy avenida San Martín, en los terrenos de El Empedrado, y donde fueron enterrados muchos de los muertos ocasionados por el terremoto de 1812. Desde 1825 hasta su clausura en 1856 existió en la zona de El Conde el Cementerio del Este, lugar desamparado y sórdido donde a mediados de siglo llegaron a verse cochinos hozando entre restos desenterrados. En 1856 se fundó al extremo norte de la ciudad

el de los Hijos de Dios, uno de los más bellos que haya tenido jamás ciudad alguna y en cuya demolición se perdieron los restos de Juan Vicente González, el primero de sus poetas. Desde 1857 existió el Cementerio de San Simón, demolido en 1889 para construir en sus terrenos el Hospital Vargas. En sus inmediaciones estaba el de Las Mercedes, fundado en 1862, refaccionado en 1864 y clausurado en 1876. Por los mismos años existió el Cementerio Militar de Catia, fundado bajo la administración del mariscal Falcón en los años siguientes a la Guerra Federal. Para enfrentar tan odiosa tradición como era la de discriminar a los protestantes y judíos, así como a los suicidas, obligando a sus deudos a enterrarlos detrás de los camposantos, en 1843 se construyó por iniciativa del gran dibujante y diplomático británico Robert Kerr Porter, el Cementerio de los Ingleses, al que siguió en 1853 el de los Alemanes, ambos en la zona después conocida por antonomasia como Quinta Crespo. Muchos de estos pequeños cementerios, cuyas blancas tapias y altos cipreses saturaron por mucho tiempo el ámbito de la ciudad de una poesía triste y serena, fueron abandonados o demolidos al inaugurarse, por Guzmán Blanco el 5 de julio de 1876, el Cementerio General del Sur.

Con el establecimiento de la primera agencia funeraria que conoció la ciudad, la de don Antonio Echaíz fundada en 1849, se iniciaba la sociedad caraqueña de aquellos años en la costumbre de participar las defunciones e invitar a los actos funerarios por medio de anchas tarjetas impresas, muestra de la más severa artesanía del blanco y negro, donde la tipografía romántica llevó a sus máximas posibilidades expresivas el vasto repertorio de las orlas y viñetas alegóricas a la muerte. A diferencia de

las tarjetas de invitación a bailes o a recepciones de boda, los encargados de repartirlas no eran los criados de la casa, sino unos extraños mensajeros servidos para ese menester por la propia empresa de pompas fúnebres. Especie de ceremoniosos caballeros del siglo XVIII, en correspondencia perfecta con sus chatas zapatillas de ancha hebilla a lo rey de la baraja, vestían calzón corto ceñido a la rodilla, chaleco y casaquín, todo de brillante seda negra como las medias y como el largo crespón que les caía del sombrero de alas vueltas estilo cuáquero. Realzada la luctuosa imponentia de la vestimenta por los cordones de plata que les fulgían en las bocamangas, en la costura del calzón y en los bordes del sombrero, andaban por parejas en solemne marcha de pasos medidos, y para completar la majestad espectacular de su aspecto, llevaba cada cual un alto bastón a la manera de los maestros de ceremonia de los antiguos actos de la realeza o del tambor mayor en los desfiles militares, solo que en su caso el bastón mostraba también un crespón de luto en amplio lazo de dos guías. Que el chaleco y los guantes de los mensajeros fueran blancos indicaba que el fallecido a cuyas exequias invitaban era un niño.

Casi en contraste con la fúnebre pesantez de sus orlados negros, con sus severos encabezamientos de cruces lisadas o treboladas, mostraban estas tarjetas en su texto un tierno afán de investir el acto de morir con los atributos de un hermoso sueño o de un apacible vuelo: «Confortada por los Santos Sacramentos y con la bendición de sus padres, se ha dormido en la Paz del Señor la señorita María E. García». Y a continuación de la súplica a acompañar a los adoloridos deudos en el acto del sepelio, venía el ramillete de adelfas sobre la tumba de María, trazas del más edulcorado romanticismo funerario, inspiración de literatos de

segunda que habían colocado sus sollozantes plumas bajo la égida del Juan Vicente González de las *Mesenianas*:

¡María...! Deslizóse como ráfaga fugaz de brisa primaveral la existencia de esta hermosa niña, que por sus eximias virtudes constituyó hasta ayer el encanto de sus padres y amigos, que aún la lloran, llenos de amargo desconsuelo.

¡María...! Al pronunciar este nombre que en día feliz llevara un ángel de eterna recordación, el corazón se oprime de pesar... La mente se remonta a lo infinito en pos de simpática visión y el pecho palpita con violencia a impulso de la emoción profunda... ¡María...! Hoy venimos donde tu tumba a ofrendarte nuestras lágrimas, elocuente idioma del dolor y fiel tributo de veneración a tu memoria, como lo hicimos también el día en que despojándote de prestada vestidura, desplegaste, sonreída, tus alas de armiño para remontarte luego a otros mundos en busca de la verdadera perfección...

A.M.C.R.

Señal de que en alguna casa había un enfermo agónico era la majestuosa aparición del «viático» en la cuadra. Adelantado por un monaguillo revestido de blanco que iba tocando pausadamente la campanilla, mientras en los conventos e iglesias cercanas quebraban los dobles de las esquilas sus más dolientes tañidos, el sacerdote portador de los sagrados instrumentos marchaba con lentitud debajo de un gran quitasol carmesí que tras él iba sosteniéndole otro monaguillo. La morosa procesión era seguida por los parientes y amigos del enfermo y por espontáneos acompañantes que

se le iban añadiendo en la calle y marchaban con ella hasta la casa del agonizante. Al paso del viático los jinetes desmontaban y se descubrían y, como todos los demás transeúntes, se arrodillaban en la calzada o en la acera. Más patéticas eran estas procesiones en la noche, cuando se hacían a la luz de vacilantes faroles por las oscuras y desoladas calles, y al oírse en el interior de las casas la campana del viático, de todos los postigos y ventanas salían brazos que sostenían velas y hachones encendidos.

Asociando la muerte al más antiguo de sus símbolos, los enterramientos se efectuaban en horas nocturnas. Momentos antes de salir de la casa, uno de los caballeros invitados leía el elogio del fallecido, enumerando las virtudes que le habían adornado en su paso por la tierra, y terminada la lectura se enrollaba el texto del discurso y atado con una cinta negra se colocaba en el ataúd junto al cadáver, tal como se entrega una carta de recomendación para un amigo que sale de viaje. Ya para entonces, provisto cada cual de una gruesa vela de cera negra previamente encendida, el cortejo de invitados se repartía en dos filas a lo largo de la calle, abriéndole camino al monumental ataúd, el que precedido por sacerdotes y mónagos en oración era conducido sobre una especie de mesa bajo cuyo pesado paño de terciopelo negro con adornos plateados, solo alcanzaban a verse los pies de los seis peones que lo llevaban debajo. Iniciábase así la fúnebre procesión hacia el cementerio o hacia la iglesia, deteniéndose la marcha en cada esquina para la práctica de las «posas», largas estaciones en que los sacerdotes oraban y el séquito coreaba sus rezos. Terminada en el camposanto o en el templo la ceremonia de inhumación, un empleado de la funeraria recogía las velas, que eran alquiladas, y los asistentes al sepelio

regresaban a la casa del duelo, donde se les ofrecía un suntuoso banquete con pavo y jamón, adornados con lacitos negros el codillo del jamón y las patas del pavo. Hasta por un año permanecía enlutado el mobiliario de la casa, arropados con sábanas el piano y los muebles de sala, descolgados los cuadros de adorno, atravesados los retratos por anchas bandas negras y empañados con almidón los grandes espejos. En el certificado de enterramiento que los dolientes recibían de la administración del cementerio, para despojar el documento de su fría impersonalidad oficial, agregaba el funcionario encargado de expedirlo, una nota de fina cortesía personal: «El Administrador que suscribe, lamenta el fallecimiento de tan virtuoso y honrado caballero (o de tan distinguida y virtuosa señora) y se asocia al justo sentimiento de sus deudos, teniendo el honor de ser el fiel guardián de tan estimables reliquias».

Pero en contraste con los elementos de nocturnidad, con el lóbrego aparato que hacía de la muerte de un adulto el tema de un culto sombrío, los entierros de niño celebrábanse a la luz de la tarde, y revestían el colorido festivo de una bonita piñata o de una fiesta de escuela. En la casa, que se llenaba de flores y bizarros adornos de cumpleaños, los felices padres del párvulo afortunado que había muerto sin tener ocasión de pecar, más que pésames recibían los parabienes de sus amigos, mientras los endomingados compañeritos del fallecido jugaban y bailaban en el alegre cortejo para llevarse al angelito.

A la hora del entierro —cuenta el Marqués de Rojas— una hermosa orquesta desplegaba al aire sus inefables armonías, en tanto que los convidados decían al desdichado padre: «Dios le dé a usted vida y salud para que

mande muchos ángeles al cielo». A estos buenos deseos seguía el refresco, compuesto por lo común de frutas, dulces, caratillo y huecas de varios colores, o sea azucarillos, como los llaman en España. Los convidados disfrutaban al son de la música del suntuoso refresco del angelito, y algunos menos escrupulosos hacían provisión para toda la semana...

De un festivismo más primitivo y parrandero resultaban los mortuorios infantiles entre las gentes de los cerros y barrios pobres. Vestido el muertecito con profusión de colorines y papeles rizados, al acostarlo sobre la mesa cubierta de flores se le ponía en la barriga por debajo de la ropa un hierro de aplanchar sin asa, o una piedrita plana, para evitar con ese peso el abombamiento; y con las contribuciones en aguardiente, dulces, café y chocolate traídas por los invitados, poníase una fiesta con joropos, recitaciones y juegos de salón que se prolongaban hasta por tres y cuatro días, al son del arpa y las maracas. Era tradicional que en estas fiestas los tabacos con que se obsequiaba a la concurrencia corrieran por cuenta del padrino de la criatura, y que en homenaje al angelito, entre tanda y tanda de joropo, cantase alguna muchacha las más lánguidas canciones del repertorio romántico aprendido en las serenatas de ventana:

Ángel hermoso a quien amor juré,
sombra querida que en mi mente estás,
paloma pura cuyo vuelo alcé,
dime por qué,
dime por qué
no me amas más.

Dime a quién puedo consagrar mi amor
 dime a qué aspiro si la fe perdí:
 que el mundo entero en su placer mayor,
 marchita flor,
 marchita flor
 será sin ti.

O a veces eran desafíos de poesías entre improvisadores como el muy famoso pulpero Ño Esculapio, quien por los años de 1854 era disputado concurrente a los velorios de angelitos del barrio de Agua Salud, no solo por la riqueza de su anecdotario sino por su peculiar estilo poético en que los intereses de las musas se confundían con los de su condición de bodeguero:

¿Hay algo mejor que un beso?
 —¿El alza del queso? —¡Eso!
 ¿Cuál es la mayor desolación?
 —La baja del papelón
 y del jamón.
 ¡Celestiales querubes,
 mi inspiración os impreca:
 poned, por las nubes
 aliños, carraotas, pan, arroz y manteca!

El angelito, entretanto, comenzaba a dar signos de descomposición, y cuando ya la fetidez se hacía insoportable venía un grupo de niños para llevárselo y atrás iba el cortejo de invitados medio borrachos, para terminar la jarana con un gran sancocho al regreso del cementerio.

Para colmar la vanidad de los dolientes ricos disponía el ceremonial eclesiástico de la magna coreografía funeraria

que componían sus cruces altas, sus clérigos de capa, sus dobles, sus incensarios, sus ocho acompañados y sus paliós; pero como la obligación de enterrar a los muertos no estaba tan claramente determinada en las ordenanzas municipales como en nuestro tiempo, para satisfacer el sombrío masoquismo de ciertas grandes familias chapadas a la antigua existían también en la ciudad técnicas de embalsamamiento que permitían dejar a los cadáveres indefinidamente encerrados en sus casas, vestidos y maquillados en algún rincón como extrañas piezas de museo. Al morir, por ejemplo, de muerte súbita el doctor Tomás Lander en la cuadra Bolívar el 7 de diciembre de 1845, trasladado el cadáver a su hogar en la esquina de Los Cipreses su familia lo hizo embalsamar, y vestido de riguroso chaqué negro lo sentaron a su escritorio, con la pluma en la mano en actitud de escribir, y así permaneció 38 años, hasta el 5 de abril de 1884, cuando el gobierno de Guzmán Blanco dispuso su traslado al Panteón Nacional.

La pompa de los entierros se enriqueció con un nuevo elemento de vistosidad con la aparición del primer coche fúnebre, traído a Caracas en marzo de 1868 por la agencia de José Giráldez. Parientes monumentales del landó, con su techado dispuesto en nave, con el estilo ojival de sus vidrieras y sus ángulos rematados en frondosos penachos de plumas negras, tenían estos coches suntuosidad de capillas rodantes, y evocaban también algo de los torneos caballerescos de la Edad Media en los pesados escaupiles en negro y plateado que arrojaban hasta la rodilla a sus empenachados caballos. Pero entre la antigua costumbre de llevar los féretros en andas y el pésimo estado de las calles, reducían la eficacia del coche funerario a la de su papel decorativo. Para no usarlos sino como adornos del entierro,

contaba además el temor —no siempre mal fundado— de que en el momento menos pensado, a la vuelta de cualquier esquina, a causa del ladrido de un perro o de un resbalón en el suelo lodoso o de cualquier accidente del camino, pudieran los asustadizos caballos desbocarse, obligando al séquito a emprender desordenada carrera en seguimiento del fugitivo carruaje.

Pero tan dispendiosas y pintorescas costumbres funerarias —como los enterramientos en conventos e iglesias— eran un lujo exclusivo de los muertos ricos. Hasta la institución en 1880 del llamado «Tributo a los pobres», por el que el Municipio contraía la obligación de costear los entierros de personas no pudientes, los muertos de las clases desposeídas eran enterrados de caridad por la Iglesia. A disposición del que lo solicitara, tenía siempre cada parroquia un mugriento y usadísimo ataúd que podía utilizarse gratuitamente, pero solo para el traslado del cadáver al cementerio; allí el cuerpo era depositado en «suelo limpio», apenas envuelto en una raída cobija o en una pieza de coleta, y el ataúd vacío volvía de regreso a la casa parroquial, donde los dolientes de otro infeliz ya lo esperaban para el próximo turno.

SENCILLAMENTE
TEATRO Y DIÁLOGO

RATÓN PÉREZ

Parodia lírica de un cuento popular infantil, en un acto,
cuatro escenas y un epílogo gatuno.

a Pedro Emilio Coll

REPARTO

La hormiguita, que no pica
ni come dulce (ni nada,
pues la tienen concertada
con una familia rica).

Y un ratoncito arruinado
que ya está casi en el hueso
porque está muy caro el queso
y no se lo venden fiado.

Los escenarios
son surrealistas
y los artistas
imaginarios.

Con esta advertencia
ya queda entendido:
cualquier parecido
será coincidencia.

Último damos,
sube el telón

y comenzamos
con la función.

*La hormiga, barre que barre
levanta el polvo mojino
sin importarle un comino
que el público se acatarre.*

*Inmóvil queda
y en el petate
ve una moneda
de chocolate.*

ESCENA I

HORMIGUITA:
¡Dadme algún remedio!,
¡traedme un colirio,
pues tengo el delirio
de que he visto medio!

APUNTADOR:
No es delirio: lo que ves
es un pilón de dinero
que te hará feliz primero
y desgraciada después.

HORMIGUITA:
Si sueño no fuera,
con él compraría

una dulcería
y una azucarera;
mucho confitura,
mucho mermelada
¡y un perol de pura
leche condensada!

(Al público):

y si hay alguno que quiera
gozar conmigo estos reales,
que suba por la escalera
para fijar esponsales.

*(Suben del salón,
dándose gran tono,
la foca y el mono
y el sapo lipón.)*

HORMIGUITA *(a la foca):*

A usted ni loca
le doy mi mano,
porque la foca
no toca el piano;

lo que es al sapo
no me le abono,
y en cuanto al mono
¡ni lo destapo!

*(Al foro se abre un portón,
suena el Himno Nacional*

y con porte señorial
hace su entrada el ratón.)

ESCENA II

RATÓN (*Lírico*):
Para tu dedo meñique
traje un arito plateado;
tiene tu nombre grabado
con letricas de alfeñique.

HORMIGUITA (*Conquistada*):
¡Que el campanario repique
llamando a fiesta nupcial...!
Vestida iré de percal,
pendientes de anís tendré
y a la mar le pediré
gargantillas de coral.

*(Por la escena
semioscura
entra un cura filistrín,
y advirtiéndolo
que ha olvidado
su tratado de latín,
los llama a los dos
y en nombre de Dios
une en la capilla
sus dos corazones
leyendo oraciones
del libro Mantilla.)*

ESCENA III

*Presenta la escena
un nido de amor
en cierta alacena
casa del autor.*

*Se escucha el rumor de un beso.
Cruzando el follaje espeso
van mariposas de prisa
y embalsámase la brisa
con un suave olor a queso.*

RATÓN:

Como el jardín después que escampa
yo tengo fresco el corazón,
sin los azares de la trampa
ni la felina inquisición.

HORMIGUITA:

Hoy yo comprendo a la cigarra
que el tiempo bello despilfarra
sin tener más ocupación
que la de hacer del mediodía
una sonaja de alegría
y de la tarde una canción.

RATÓN (*Burlón*):

Siendo hormiguita,
como eres,
¿cantar quieres
tú también?

—¡Caracoles,
vida mía,
qué diría
La Fontaine!

(Una campana suena, lejana)

HORMIGUITA:
Me voy porque me espera
la misa de ocho.

RATÓN:
Mientras tú estás por fuera
yo haré el sancocho.

HORMIGUITA:
Ponle cebolla, y ten mucho cuidado con esa olla.

ESCENA IV

*La hormiga vuelve de misa
y con amable sonrisa
saluda a la gente toda,
exhibiendo la andaluza
que le mandó la lechuzza
como regalo de boda.*

HORMIGUITA:
Ratoncito, ¿dónde estás?
¡Te doy a cambio de un beso,
una tortica de queso patagrás ... !

(Silencio)

—Si no responde
será que duerme,
o que se esconde
por sorprenderme...

(Silencio)

Lo busca en la alcoba,
lo llama en la sala,
sacude una escoba,
levanta una pala.

(Silencio)

Y al pensar que al ratoncillo
algo espantoso le ocurre,
siente un lagarto amarillo
que por sus venas se escurre,
y piensa sobrecogida
en la vez que se halló sola
en un disco de victrola
sin encontrar la salida.

(Silencio)

Loca y desatada
corre a la cocina;
al fogón se empina
y vuelve callada.

(Silencio)

Con lágrimas cristalinas
moja el retrato nupcial
mientras el viento otoñal
se filtra por las cortinas.

EPÍLOGO

Oración fúnebre del gato

En un zapato de niño
lo vinimos a enterrar;
lloró por él la tinaja
y el caballito de mar,
y el lagartijo no vino
porque se puso a llorar.

Esperándolo en el cielo
los inocentes están,
San Francisco en su pañuelo
guardó migajas de pan
y en Hammelín un flautista
tiró la flauta en el mar.

TELÓN LENTÍSIMO

EL ARROCITO DE LAS LÓPEZ

Cuando llegamos a la casa donde tiene lugar el arrocito, se oyen los últimos compases de la antiquísima guaracha «Taboga». A los aplausos de las parejas danzantes que se separan sigue un creciente siseo de los presentes, imponiéndose silencio unos a otros. La señorita de la casa avanza del corredor, remolcando materialmente a un señor que hace inútiles ademanes de protesta, y lo planta en el medio de la sala.

LA SEÑORITA: Bueno, ahora sí nos va a complacer el señor Rogelio, que va a echá una poesía aquí.

GRITO EN LA BARRA: ¡Púyalo! (*El grito es repelido por los invitados con un enérgico*): ¡Sshhhhhhiit!

EL SEÑOR ROGELIO:
¿Qué es madre? Madre es el nombre
que con letras de granito
por el mismo Dios fue escrito
en el corazón del hombre.

UNA SEÑORA: Eso es verdad.

TODOS: Shhhhhhhh ...

EL SEÑOR ROGELIO:
Cuando el dolor te taladre
y manen llanto tus ojos,

ponte un momento de hinojos
y acuérdate de tu madre.

(Aplausos de los invitados y grandes risas en la barra. Se restablece el ambiente festivo y la acción pasa al corredor.)

SEÑORITA: Mira, mamaíta, hazme el favor de sacar a Bernardo de la sala. No está ahí sino metiéndoles zancadillas a todos los que están bailando.

SEÑORA: ¡Ay, Dios mío, ese muchacho del carrizo va a acabar con mi vida! *(Llamando)*: Bernardo, mijito, salga de la sala. Venga a recogé más pepas de durazno pa' que les saque lo de adentro, venga.

CARLOTICA: ¡Ay, señor Narciso! Usted va a perdonar que estamos escasos de platos, pero puede echar las pepas en la mata de palma con toda confianza, ¿sabe?

EL HOMBRE DE LA CASA: Mamaíta, ¿dónde está el tirabuzón pa' destapá la ponche crema?

SEÑORA: No hombre, ¡qué tirabuzón, niño!... Eso se pone una almohada contra la pared y se le va dando así con el fondo de la botella, pum, pum, pum, hasta que el corcho coge viento y sale.

EL HOMBRE DE LA CASA: Pero es que no hay almohada, sino el cojín de la sala que tú dices que es de Perucho...

SEÑORA: De Perucho no, niño, de peluche. Mira, entre los corotos que se pasaron pal baño hay una almohada. Cógela. ¡Pero cuidado si la ensucias de ponche crema! Mira que esa es la mía y después me comen las hormigas.

(Empieza a sonar el tocadiscos con «Taboga», que se pega fatigosamente en ...boga mía ...boga mía ...boga mía.)

SEÑORITA: Ponga otro, Rodolfo, que ese como que está rayado.

SEÑORA: No hombre, déjelo, que eso no es el disco sino el picó que se pega. Usté le pone una caja de fósforo encima y él sigue.

SEÑORITA: ¡Pues no es el picó! Ya yo voy a poné «Compae Gallo» pa' que tú veas.

SEÑORA: Es lo mismo, niña, no seas porfiada. Acuérdate que cuando mi santo no lo pudimos tocar porque cada momento se pegaba en ...pae gallo ...pae gallo ...pae gallo... Ay, yo no puedo contar eso porque me pego yo también.

(Estalla un gran zaperoco de animal suelto en el tejado, con berridos de chivato.)

SEÑORA: ¡Virgen del Carmen!... Ya se soltó el chivato de al lado.

UN TIPO: Pero bueno, ¿y qué maní es ese que pasa por allá arriba, misia?

SEÑORA: Guá, niño, unos portugueses que viven ahí al lado, que compraron un chivato y yo no sé qué le pasa a ese bicho con «Taboga». Cada vez que ponemos «Taboga» se suelta y empieza a correr por los techos.

(Al ruido del chivato vienen a agregarse unos golpes como de pilón, que retumban profundamente en el baño.)

TIPO: Pero caramba, ese chivato debe estar sacando algún entierro. ¡Óigame eso!

SEÑORA: No, ahora no es el chivato. Ahora es Danilo destapando la ponche crema con la almohada. *(Tocan a la puerta.)* ¿Quién es?...

MUCHACHITA: ¡Gente de paz!

SEÑORA: Adelante.

MUCHACHITA: Que manda a decí mi mamá que cómo están por aquí y que le haga el favor de no destapá botella en ese lado porque se oye clarito y allá hay enfermo.

SEÑORA: ¡Ah caracha!... ¿Usted cree que yo me acordaba?... ¡Danilo, Danilo!... *(Viéndolo salir enchumbado.)* ¡Pero Danilo, muchacho! ¿Qué te pasó, Danilo?

DANILO: Guá, que me resbalé en el baño, y pa' no caeme me agarré de la cadena de la regadera y la regadera se abrió.

SEÑORA: ¡Ay mi madre!... ¡De seguro que ya mojaste las colchonetas! Cada vez que hay fiesta en esta casa se mojan esas colchonetas... Y después, en la noche, es la gran tranca pa' acostase: nadie quiere dormí en las colchonetas mojadas.

SEÑORITA: Mal jueguito le diste a Bernardo, mamá. Ahora anda con el martillo machacando pepas de durazno por todo el suelo, y ahorita le dio un martillazo por el pie a la señora Josefa.

(La señora Josefa viene atrás haciendo sorbidos labidentales y quejándose sordamente del martillazo.)

SEÑORA JOSEFA: Schf... uhm... uhm... ¡ay!...

SEÑORA: ¡Pero bendito sea Dios que ese condenado muchacho va a acabar con mi vida!... ¡Bernardo, vaya a dejar ese martillo, que usted no puede hacer fuerza!... ¡Dígame eso!... Menos mal que el martillazo se lo dio a la señora Josefa que es de confianza. Porque si le llega a dar a un mosaico de esos, hubiera yo pasado esa pena con el dueño de la casa. ¿Le duele mucho, señora Josefa?

SEÑORA JOSEFA (*Feroz*): No. Él me anestesió antes de darme el martillazo.

BERNARDO (*Llegando, chismoso*): ¡Mamaíta, aquí Lucrecia me está diciendo que cuando se vaya la visita le voy a dejá una oreja en la mano!...

SEÑORITA: Embuste, mamaíta, fue que él se puso a bailá con el perro y no deja bailá a la gente tranquila.

SEÑORA: Bueno, ya está, Bernardo, vaya a decirle a los portugueses de al lado que amarren el chivato, que vamos a poner «Taboga».

(Vuelve a rodar el disco, y de nuevo se pega en ...ga mía ...ga mía.)

Denle un empujoncito, que él se compone en lo que pase «yo no te puedo olvidar».

SEÑORITA: ¡Ay mamá, por Dios! ¿Y por qué no te pusiste los zapatos?... ¿No te da pena que te vean esos talones que parecen unos cochinos?

SEÑORA (*Herida*): Guá, si no te gusta que tus invitados me vean con esos talones, cómprame otros talones y ya está. Demasiado sabes tú que yo no puedo calzar porque me da hormiguillo.

CARLOTICA: Mira, Dolorita, llama con disimulo a José Gregorio, que está bailando muy feo, chica.

SEÑORA: ¡Yo lo dije!... ¡Yo lo dije!... Ese hombre no puede oler una copita, porque ahí mismo se pone a bailá rucaneao.

(Estampido de una botella que alguien ha batido contra el suelo. De la sala emerge un rollo de gente que viene llevándose por delante todo lo que encuentra, en una ruidosa pelea.)

VOCES: ¡Ahí lo tiene, pues, cará! ¡Ahí lo tiene!... ¡No, no, con navaja no!

UN GUASÓN: ¡Un momento, que hay piojito!

UNA MUJER: ¡Ay, le desprendió el bolsillo!

SEÑORA: ¡Ay, pero si es Danilo!... ¡Danilo, por caridad, mijito, acuérdate que tú no puedes hacer fuerza!... ¡Danilo, déjate de eso, que tú estás recién herniado!

SEÑORITA: ¡Ay, Dios mío, se van a matar!... ¡Sepárelos usted, señor Narciso!

SEÑOR NARCISO: ¿Yo? ¡Qué váquiro, cochino! ¿Y si me salpican con un cabezazo de esos?

(Aspaviento de algo que ha caído, con un golpe seco, y se ha hecho pedazos. Gran carcajada de la mayoría.)

EL GUASÓN: ¡Eso sí que estuvo como pa' cogé palco!...
Cogió la mata e palma pa dale por la cabeza con el pote, y el pote se le salió y le dejó la mata en la mano.

DANILO (*Bufante*): ¡Con mi hermana no viene ningún lambucio a bailá rucaneao!... ¡Es preciso que sepa que aquí hay un pantalón!

EL CONTRICANTE (*Con voz chillona*): ¿Y queeé? ¿Qué me vas a hacé tú con tu pantalón a mí? ¿Tú me vas a asustá a mí con tu pantalón?

UNA ANGUSTIADA: ¡Quítenselo, quítenselo!

EL GUASÓN: ¿Cómo es el golpe?

LA ANGUSTIADA: ¡Quítenselo, que lo va a matar!

EL GUASÓN: ¡Eso sí que estuvo como pa' cogé palco! ¡Yo creía que era que le quitaran el pantalón!

SEÑORA: Mire, señor, tenga la bondad de dejar ese vasito ahí. Mire que usted tiene muy mala bebida.

EL GUASÓN: ¿Mala bebida? ¡Noo, misia! ¡Mala bebida es el lavagallo ese que ustedes dan aquí!

(Danilo produce un ruido extraño con la garganta, a causa de que el otro le tiene la mano metida en la boca.)

CARLOTICA: ¡Pero no sea criminal, señor! ¡Sáquele la mano de la boca, que lo va a ahogar!...

EL CONTRINCANTE: ¡Es que él me la tiene mordida y no afloja!

SEÑORA: ¡Ay, qué angustia, Genoveva! Pon un disco pa disimular.

(Empieza, una vez más, a sonar «Taboga», que como de costumbre, vuelve a pegarse en ...ga mía ...ga mía, ahora sin que nadie le haga caso por atender al pleito. Segundos después de empezar el disco la casa comienza literalmente a estremecerse, lo que indica que el chivato de al lado ha cogido el techo; y al estruendo infernal que forman todas estas cosas juntas, viene a sumarse el de la «barra» que, al verse privada del espectáculo por habersele cerrado la ventana, ha levantado una gritería de pronóstico.)

TELÓN RÁPIDO

EXTRACCIÓN SIN DOLOR

El escenario es la antesala de un dentista. Llega un pobre hombre con la cara amarrada con un pañuelo, debajo del cual puede vérsese el cachete hinchado y engrasado con unto de gallina. Viene a atenderle una enfermera y empieza el diálogo.

—Tenga la bondad, señorita, ¿cuánto cobra este doctor por sacar un diente?

—Veinte bolívares.

—¿Veinte bolívares, señorita? No juegue. ¡Ni que fuera un diente de oro!

—Bueno, de dos en adelante podemos hacerle un descuento. ¿Cuántos se va a sacar usted?

—Uno.

—¿Uno solo? ¿Y por qué no se saca más para hacerle el descuento?

—Porque este es el único que me queda.

(En ese momento se oye un tremendo alarido en el gabinete del dentista.)

—¡Aaayyyy...!

—¿Qué fue eso, señorita?

—Un cliente. Debe ser que el doctor le está haciendo una extracción sin dolor.

—¿Sin dolor, señorita? Y entonces, ¿por qué grita?

—Ah, porque es sin dolor de su alma.

(Se oye un segundo alarido, todavía más espeluznante que el anterior.)

—¡Aaaayyyyy...!

—¿Y ese, señorita? ¿Ese es otro cliente?

—No, ese es el mismo. Lo que pasa es que aquí los clientes acostumbran gritar dos veces: El primer grito lo pegan cuando el doctor les arranca la muela...

—¿Y el segundo?

—Cuando les arranca los veinte bolívares. Es una norma que no falla en esta clínica. Y si no, fíjese en ese señor que va a entrar ahora.

(Se abre el fondo de una puerta y por ella sale la cara del dentista, que ordena con un espantoso vozarrón.):

—¡El otro!

(Entra por la puerta un tembloroso caballero. Hay una pausa de silencio, al cabo de la cual se oye el clásico grito.)

—¡Aaayyyy...!

—¿Se fija? Ya le arrancó la muela.

(Nueva pausa de silencio, y revienta otro desgarrador berrido.)

—¡Aaaaayyyyyyy...!

—Ahora le está arrancando los veinte bolívares.

(Pero inesperadamente se oye un tercer alarido, mucho más tremendo que los dos anteriores.)

—¡Aaayyy...! ¡No! ¡No! ¡Ay mi madre...!

—¿Y ahora, señorita, qué es eso?

—¿Ahora? Pues, caramba, eso sí que es raro... Esto sí que me desconcierta. Es la primera vez que ocurre... *(Con súbito chispazo de inteligencia.)* ¡Ah, sí! Ahora el que está gritando es el doctor. Ya sé lo que pasa: ¡Seguro que le sacó la que no era!

LA PASIÓN SEGÚN SAN COCHO O SER SANTO NO ES SER MOCHO

*Al levantarse el telón
se ve en escena una cena
donde cena una docena
de tercios en camisión.*

*Ante la mesa de cedro
cuya forma es de redoma
se pone de pie San Pedro
y alza una copa de goma.*

SAN PEDRO:

Y ahora, con guarapita
voy a tener el honor
de pegarme esta copita
por el Reino del Señor.

JESÚS:

Te doy las gracias, Perucho,
mas no te entusiasmes mucho.
Mi reino no es de este mundo
donde hay tanto vagamundo.
Sin darme tiempo a que reine
aquí ni en lugar alguno,
entre vosotros hay uno
que me está poniendo un peine.

*Rojo San Juan de furor
y con el gaznate seco
dice con sordo rencor:*

—Ese de que habla el Señor
tiene que ser un adeco.

JESÚS:
Y bien, aunque la velada
está tan encantadora,
me parece que ya es hora
de tocar la retirada.

La cena estuvo exquisita
y la charla muy amena.
Yo voy a bajar la cena
Y a echar una rezadita.

*Bendiciendo a los demás
sale Cristo en un burrito
y al coger su cachachás
se le va Judas atrás
haciéndose el motolito.*

SAN JUAN:
Hoy Judas se ha comportado
como antes nunca lo hizo:
para mí que ese carrizo
tiene su trompo enrollado.

*Tras la escena que hemos visto
se pasa a un sitio remoto*

*donde Judas ya está listo
para negociar a Cristo
como si fuera un coroto.*

*En acción cinco soplones
y Judas, un poco esquivo,
que ya ha firmado el recibo
y está contando marrones.*

JUDAS:

Ya sabéis lo convenido:
yo al verlo le doy un beso
y vosotros lo hacéis preso
cuando escuchéis el chasquido.

*Iscariote se retira
y la escena pasa ahora
a un lugar donde se mira
a un gentío que le tira
peñones a una señora.*

*Y Jesús entra en escena
cuando ya falta muy poco
para que a la Magdalena
le desportillen el coco.*

JESÚS:

¿Qué te asusta? ¿Qué te arredra?
¿Quién te persigue cual rata?
¿Quién te ha tirado esa piedra
que si te alcanza te mata?

MAGDALENA (*Llorando*):
Porque visto este sudario
color de zamura clueca,
mi vecindario me impreca
diciéndome: ¡Adeca, adeca!
¡La adeca del vecindario!

JESÚS:
¿Y por eso se te acosa
como a un animal inmundo?
Pues qué raro, niña hermosa,
porque, bien vista la cosa,
adeco aquí es todo el mundo.

Del interior o del centro,
ricachos o güelefritos,
aquí hasta los muchachitos
llevan su adeco por dentro.

*Y alzando hacia el pueblo el brazo
le lanza el siguiente leco:*

—¡Que el que no se sienta adeco
suelte el primer ladrillazo!

*Todo el mundo se serena;
de armar la marimorena
ninguno tiene el valor,
y Cristo a la Magdalena
le susurra en la melena:*

—¿No te lo dije, mi amor?

*Haciéndose el distraído
sale Judas Iscariote
y según lo convenido,
a Cristo que está abstraído
le da un beso en el bigote.*

*Cristo observa con sorpresa
semejante atrocidad,
porque Judas cuando besa
es que besa de verdad.
Consumada esta acción vil,
la escena pasa, en dos platos,
a una especie de redil
donde están Poncio Pilatos
(un solemne pelagatos),
y Caifás que es un reptil.*

PILATOS:

¿Cómo estamos hoy de presos?

CAIFÁS:

Ni muy flojos ni muy gruesos:
fuera de mil en La Planta
y seis mil en La Modelo
y el número que ya espanta
de los enviados al cielo,
tenemos dos nada más:
Jesucristo y Barrabás.

*Caifás hacia afuera grita
con su voz más detonante:*

—¡Que traigan a Carne Frita
y al tercio de la chivita
que se hace el interesante!

*Salen los dos prisioneros:
Barrabás, que casi en cueros
muestra su cuerpo retaco,
y Jesús al que le choca
que en vez del Credo en la boca
cargue un enorme tabaco.*

PILATOS:

¿Cuál de ellos es Barrabás?

CAIFÁS:

El mediano, el gordiflón,
el que tiene el pantalón
abrochado para atrás.

PILATOS:

¿Cuál dices? ¿Aquel gordito
que está junto a la mampara?
¿Aquel que tiene la cara
como de loro chiquito?

CAIFÁS:

Tiene a monte a sus vecinos
robándoles el ganado:
solamente el mes pasado
cargó con treinta cochinos.

Y el otro es como un chiflado,
es una especie de cura
de quien la gente asegura
que multiplica el pescado.

PILATOS:
¿Y por qué lo han arrestado?

CAIFÁS
Porque anoche, ¡voto al cuerno!,
fue por la calle encontrado
falsificando el pescado
y hablando mal del gobierno.

PILATOS:
Los dos debieran panquear,
pero no se va a poder
Tendremos que resolver
por votación popular.

CAIFÁS:
Excelente solución;
haremos un plebiscito
para que gane el gordito
y el otro vaya al cajón.

(Al pueblo)

¡Como hay una sola cruz
y un candidato de más,
diga el pueblo ante Caifás

si se embroma a Barrabás
o si se raspa a Jesús!

—¡Que se salve el Nazareno
—grita el coro de vecinos—
él podrá no ser muy bueno,
pero no roba cochinos!

BARRABÁS (*Llorando*):
¡Salvadme, nobles vecinos,
que si salváis mi cabeza
yo en cambio os doy la promesa
de devolver los cochinos!

*Todos levantan las manos
cual parando un autobús.*

—¡Si él devuelve los marranos
completos, sanos y salvos
entonces, muera Jesús!

CRISTO:
—¡Qué ejemplo tan oportuno
de lo que yo siempre noto:
para lo que sirve el voto,
pa' que lo embromen a uno!

*Mas Cristo, que por lo visto
no es el de años anteriores,
al mirar que sus captores
tienen el mecate listo,*

*pegando un salto imprevisto
los increpa ya molesto.*

—¡Vayan buscando otro Cristo,
porque yo no sigo en esto!

Y a los que me quieren tanto
por mi carácter sumiso,
que se busquen otro santo.
¡Yo no soy manso un carrizo!

*Oyendo palabras tales
Judas de pena se ahoga
y entonces coge los reales
para comprarse una soga.*

*Mas tiene tan mala suerte
que al colgarse de una rama,
en vez de encontrar la muerte
encuentra un golpe tan fuerte
que pasa un año en la cama.*

AUTOR:

Y aquí termina la broma
en donde como hemos visto,
se demuestra que hasta Cristo
vino este año por la goma.

LAS PERSONAS SUPERIORES O AL QUE NO LE HAYA SUCEDIDO ALGUNA VEZ, QUE LEVANTE LA MANO

Una tragedia intelectual en tres actos

ACTO PRIMERO (EN LA CASA)

Salón estudio de un escritor. Entre los estantes abrumados de libros, las paredes atestadas de cuadros absurdos, las inevitables flechas goajiras, las toneladas de periódicos viejos y demás utilería de que gustan rodearse los seres superiores, aparece él, trabajando en una máquina de escribir. Su aspecto es el de un hombre fatigado, absorto, y que, además, lleva largas horas fumando y sin lavarse. Teclaea indecisamente una letra hoy y otra mañana, y entre teclazo y teclazo abre largas pausas, durante las cuales se queda como hipnotizado, fijos los desorbitados ojos en algún tornillito insignificante de la máquina. En una de estas pausas entra ella, una criatura también superior, y de la que él asegura a sus amigos que es la mujer más inteligente que ha conocido en su vida. Empieza la

ESCENA I

ELLA: ¡Hasta cuándo escribes, caramba! Llevas más de dieciocho horas ahí sentado sin comer, sin hablar, dándole vueltas a los ojos como un loco... ¡Fo, mi madre! ¡Qué hedentina a tabaco!... Déjame botar este cenicerito, que ya está hasta el tope. *(Va a hacerlo sin parar*

la conversación.) Y luego vas a acostarte a mi lado, y me paso toda la noche respirando ese terrible olor a cobre de cornetín que te deja el tabaco. Mira cómo está ese cuarto de humo. Parece que estamos en pleno Londres. ¡Fo, Dios mío!

ÉL (*Con sorpresivo estallido de cohete*): ¡Pero bueno, chica, cállate! ¡Qué fastidio! ¡Déjame trabajar!... Pareces una pistola de repetición.

ELLA (*Lloriqueando*): Yo te lo digo porque es domingo y tú me ofreciste salir conmigo.

ÉL (*Conmovido*): Sí es verdad, mi amor. (*Se levanta*) Arréglate, pues, y vamos a salir.

ELLA (*Reaccionando*): ¿Salir a esta hora?... Ay chico, mejor es que termines tu trabajo. Yo no quiero salir... Está haciendo mucho frío.

ÉL: ¡Ah, bueno! Entonces voy a salir yo solo. De todos modos tenía pensado dar una vueltecita antes de acostarme.

ELLA: Sí, naturalmente. Eso era lo que tú querías. Aprovechas la oportunidad por lo que te dije para irte solo y dejarme aquí como una perra. Yo no te lo dije sino para probarte. Uuh, uuh, buuuuh.

ÉL: Pero mi amor, no llores. Fuiste tú misma quien dijo que no tenías ganas de salir; pero si quieres salir, vístete y salgamos.

ELLA: No, no. Ahora no. Basta que tú expreses el deseo de irte solo para que yo no vaya. No quiero estorbarte tus planes.

ÉL: Pero si yo no dije lo de irme solo porque no tenga gusto en salir contigo, sino como tú no querías...

ELLA: No, no. Vete solo que yo me voy a acostar.

ÉL: Bueno, pues tampoco saldré yo y se acabó.

ELLA: Eso es. Te quedas para después sacarme en el primer pleito que tú eres un esclavo mío, que te tengo amarrado a la pata de la cama y que no te dejen ni respirar.

ÉL: Eso es mentira, vieja. Si he resuelto quedarme es precisamente porque no quiero salir sino contigo. Y porque, viéndolo bien, creo que tienes razón. Hace mucho frío. Nos quedaremos aquí leyendo.

ELLA: Uhm, yo no tengo ganas de leer; yo lo que quiero es salir.

ÉL: Bueno, entonces saldremos.

ELLA (*Meditando*): ¿Salir a esta hora...? ¿Y no te parece que es muy tarde? Son más de las nueve.

ÉL: ¡Pero si a nosotros no nos están esperando en ninguna parte! Te vistes, vamos por ahí, tomamos algo y volvemos a dormir.

ELLA (*Inesperadamente*): Sí hombre, me voy a vestir.

(El escenario queda solo. Un cigarrillo humea en el cenicero. Momentos después se sienten los pasos de la pareja que baja las escaleras hacia la calle. Empieza el...)

ACTO SEGUNDO O «YO SÉ QUE TE ESTORBO»

ELLA: ¿En qué piensas que vas tan callado?

ÉL: En nada.

ELLA: Y entonces, ¿por qué no hablas conmigo?

ÉL: Porque no tengo ganas de hablar.

ELLA: Claro, ¡qué va a tener un genio que hablar con una burra como yo! Yo no penetraría la profundidad de tus sentencias...

ÉL: Mi amor, déjate de ridiculeces. No hablo porque verdaderamente no se me ocurre nada.

ELLA: Antes de casarnos siempre se te ocurrían cosas; pero ahora las ocurrencias son para otros... Y quién sabe si para otras...

ÉL (*Con furia*): Pero bueno, chica, ¿vas a seguir con esa lata por la calle?... Caramba, ten un poquito de consideración.

ELLA: Perdóname, mi vida; pero es que tengo la sensación de que yo soy un estorbo para ti y tú no te atreves a decírmelo. Dímelo francamente: ¿yo soy un estorbo para ti?

ÉL: ¡Qué estorbo vas a ser! Yo te quiero demasiado para considerarte un estorbo.

ELLA: Eso me lo dices por lástima, pero yo sé que te estorbo.

ÉL: Que no, mi vida... ¡Te juro que no me estorbas!

ELLA: Sí te estorbo. Eso puede verlo cualquiera. Yo misma lo comprendo, y si tú fueras sincero conmigo me lo dirías. Lo que pasa es que ya tú no me dices la verdad.

ÉL (*Condescendiente*): Bueno, hija; sea como tú quieras: sí me estorbas.

ELLA: ¡Ah! ¿De modo que yo soy un estorbo para ti? Has debido decírmelo en casa y yo me hubiera quedado. Yo me voy para que te quites ese peso de encima. Yo no quiero ser un estorbo para nadie.

ÉL: Pero mijita, yo... yo...

(El telón baja con rapidez, a fin de que el primer actor pueda desahogarse como es debido.)

ACTO TERCERO O «¡AHÍ HAY UN HOMBRE,
MI AMOR!»

(Al levantarse el telón el escenario está completamente a oscuras y en silencio. Antes del primer parlamento transcurre un lapso discrecional, durante el cual se oyen los ronquidos acompasados y profundos de alguien que duerme en habitación contigua. Pausa.)

ELLA *(Medrosa, llamándolo bajito)*: ¡Mi amor!... ¡Mi amor!... ¡Mi amor!

ÉL *(Entre sueños)*: ¿Uhm?... ¿Uhm?... *(Sigue roncando.)*

ELLA *(Insistente)*: ¡Mi amor!... ¡Mi amor!

ÉL *(Despertando, atolondrado)*: ¿Uhm?... ¿Qué es?

ELLA: ¿Tú estás dormido, mi amor?

ÉL *(Molesto)*: ¡Pero bendito sea Dios!... ¡No! ¡No estoy durmiendo! Yo lo que estoy es jugando a que estamos durmiendo!

ELLA: No te pongas bravo, mi amor. Es que tengo miedo. Yo siento como un hombre curucuteando por allá afuera. Levántate a ver, mi amor...

ÉL (*Resignado*): Bueno, paciencia.

ELLA (*Súbita*): ¡No!... ¡No prendas la luz!

ÉL: Y entonces, ¿cómo lo voy a ver? ¿Tú crees que yo soy familia de murciélago?

ELLA (*Aprensiva*): Pero, ¿y si él te ve a ti? ¿Y si carga una llave inglesa y te arregla?... Mejor es que no vayas, mi amor.

ÉL (*Enérgico*): Bueno, ¿voy o no voy?

ELLA: Bueno, ve; pero no prendas la luz.

(Efecto sonoro: Parte de la «Danza macabra», de Saint-Saëns, imitativa del andar de los fantasmas. Inesperadamente se produce, en pleno escenario, una formidable catástrofe de vidrios rotos.)

ÉL (*Con el estrépito*): ¡Aaayyy!

ELLA (*Ídem*): ¡Ay, lo arregló el hombre!... ¿Qué fue, mi amor? ¿Lo agarraste?

(Él no responde, sigue quejándose sordamente.)

ELLA: ¡Pero contesta, Romualdo Antonio! ¿Qué fue?

ÉL (*Quejándose*): ¡Ay, uuhmm... uuhmm! Prende la luz... ¡Uuhmmm!... Me caí con el rabo... Me caí con el rabo...

ELLA: Pero, ¿qué rabo? ¿Qué rabo es ese, mi amor? ¿Tú tienes algún rabo?

ÉL: ¡El rabo del mecedor! ¡Mira la patada que le di! ¡Ay, ay! (*Exasperado*). ¡Pero acaba de prender la luz!

(Se enciende la luz del escenario. Y allí aparece él, en pijama, con una facha lamentable y como anidado en medio de un reguero de muebles en desorden y de los restos de una romanilla que acaba de venirse abajo. Casi simultáneamente con la llegada de la luz, entra ella. Lleva un salto de cama con su inevitable dragón en la espalda.)

ELLA (*Pasmada, con alarma*): ¡Ay, Dios mío!... ¡Mira como esguañangaste la romanilla!... ¡Ay mi ma...! (*Transición de burla disimulada. Con marcada ironía*) Pero mi amor, ¿tú eres loco?... ¿Cómo se te ocurre ponerte a darles patadas a los mecedores a esta hora? Vamos a ver: ¿qué vas a sacar tú con eso?

ÉL (*Gimiendo y furioso*): Ah, ¿pero de ñapa me vas a venir con ese chicle ahora? ¡Vete a dormir chica, vete! ¡Déjame solo con mi dolor! Como un perro. Porque eso es lo que yo soy en esta casa: un perro, ¡un perro a la izquierda!

ELLA: Perro a la izquierda no, mi amor; ¡cero a la izquierda!

ÉL (*Violento*): ¡Déjame terminar! (*Terminando en el tono anterior*) ¡...al que no se le atiende ni cuando está herido!

ELLA (*Molesta*): ¡Pero si yo no estoy haciendo nada!... No seas injusto, Romualdo Antonio. (*Rompe a llorar*) ¡Es que cada vez que tú te levantas a ver si hay un ladrón, tenemos que amanecer comprando corotos nuevos!... ¿No ves que te levantas de mala gana?

ÉL (*Tratando de calmarla*): ¡Pero mi amor!

ELLA (*Llorando más*): ¡Qué desgraciada he sido en mi matrimonio!... Todas las mujeres tienen un marido que se levante a buscar ladrones, menos yo. (*Crece su llanto.*)

(Se oyen unos golpes fortísimos y urgentes en la puerta de la calle.)

VOZARRÓN *(Con los golpes, afuera)*: ¡Los pasajeros pa' Barquisimeto!

ÉL *(Por ella y luego por la voz)*: Pero mi amor, ¡yo te juro que...! *(Explosivo)*. ¡Aquí no hay ningunos pasajeros, está equivocado!

(Se despierta el bebé en la habitación contigua, dejando oír unos berridos de pronóstico.)

ELLA *(Brava)*: ¿No ve?... Eso era lo que tú querías. ¡Ya despertaste al muchacho!... ¿No ve que tú no eres el que se va a echar esa capuchina ahora? ¿No ve? *(Sigue llorando)*.

(Vuelve a sonar el portón, todavía más fuerte, y el bebé continúa berreando.)

VOZARRÓN: ¿Qué hubo, pues? ¡Esos pasajeros!

ELLA *(Por el niño)*: Ya va, mi amor; ya yo le voy a llevar su teterito.

VOZARRÓN *(Con extrañeza)*: ¡Cómo! ¿Cómo es el golpe?

ÉL *(Por uno y por otro, sin saber a quién hablarle primero)*: ¡Que no es aquí!... *(A ella, en el mismo tono)*. ¿Cómo le vas a dar tetero a esta hora a ese muchacho?

VOZARRÓN: Pero, ¿y esta no es la esquina de Miguelacho?

ÉL: ¡Sí es! ¡Sí es, pero aquí no es!...

(Suena el teléfono.)

AQUILES NAZOA

VOZARRÓN (*Coincidiendo con el timbrazo*): ¿Cómo dice?

ÉL (*Por el timbrazo*): Ahora está sonando el teléfono... ¡Yo no voy a contestar a esta hora!

VOZARRÓN (*Exasperadamente*): ¿Entonces a qué hora vengo a preguntar?

(*El bebé llega al clímax de los berridos, coincidiendo estos con la pregunta que ha hecho el vozarrón.*)

ELLA (*Desde dentro*): Mi amor, cárgalo un ratico para que se calle mientras le hago el tetero!

ÉL (*En el colmo*): ¡Yo no voy a cargar nada!

VOZARRÓN (*Con furia*): ¿Y entonces pa' qué pidieron el carro?

ÉL (*Lanzando un berrido*): ¡Yo no aguanto más esta mecha! ¡Yo me voy pa' Barquisimeto! ¡Espéreme, señor, que aquí hay un pasajero! ¡Espéreme! ¡Espéreme!

TELÓN ULTRARRÁPIDO

LAS MUÑOZ MARÍN SALEN DE COMPRAS

En Sears una señora andaba como una hormiga loca sin resolverse por nada, cuando se topó con otra señora que también andaba como una hormiga loca.

—Guás, niña, óuh, ¿tú por aquí? Yo te hacía en la vieja.

—¿Cuál vieja?

—La Vieja Uropas.

—Pues no. A última hora resolvimos dejar el viaje para el año retropróximo venidero. ¿Y tús, qué haces por aquí?

—Ay niña, loca buscando un fulano papel tualé de Navidad que no se consigue. ¡No sé cómo van a hacer pupú esos niños este año!... ¿Y esos discos que llevas ahí, qué son?

—Música plástica. Tú sabes que a Freddicito le ha dado por la música plástica desde que vio el Valle Ruso en Nueva York. Aquí le llevo la Sífilis de Chaplín, La Hipotética de Charcosqui, y una sinfonía de Schubert que me dieron más barata porque le falta un disco.

—¿Y eso fue todo lo que compraste? ¿Por qué no compraste la novela de Beethoven el Divino Sórdido?

—Ya la tenemos. Freddicito la compró en Nueva York tocada por la orquesta de Arturo Brinquini.

—También tenemos El Mascanueces, El Lago de los Chismes, El Manubrio Azul y una ópera que se llama Tristán y la Sorda de la Warner Bras.

—Niña, pero entonces ustedes tienen una discoteca completa.

—Y eso que tú no has visto la billoteca. ¡Tenemos una billoteca!... Todas las noches me pongo mis anteojos jazz-band, abro una caja de manzanas y me acuesto a leer Don Cipote de la Mancha en inglés. ¡A mí me encanta Don Pipote!

—Tendrán muy buenos libros, ¿verdad?

—Naturalmente. Todos están forrados en cuero. Vamos hasta ahí, que estoy buscando unas velitas de vidrio de esas que tienen agua hervida por dentro y echan bombitas.

—¿De esas que parecen unas ampollitas rosadas?

—Yes... ¿Verdad que son un sueño? Figúrate que Freddi-cito trajo dos cajas de Nueva York, ¿y tú crees que queda una para remedio?... Todas las hemos ido regalando entre nuestros amigos más ínfimos. Y a mí me dislocan esas condenadas velitas. Para ponérselas a las tortas de cumpleaños están soñadas. Uno las sopla y no se apagan como las otras.

—Ahí las tienes...

—Ah, sí... (*Llamando.*) Esteem... ¡Mire, señorita! (Ahí viene. Pregúntale tú a cómo son).

—¿Very moch bólivar biútiful general elétric merry critsmas?

—¿Cómo es el golpe?

—Ay, chica, como que no entiende. Esa mujer es nativa. Mire, señorita, ella le está preguntando que a cómo son esas velitas. (Qué horror, qué servicio tan pésimo; no sé cómo a estos americanos tan prácticos que son se les ocurre poner nativas a atender a uno. En Estados Unidos todas las dependientas de tiendas saben hablar inglés.)

—¡Ay, mira quién viene allá!

—Ay, qué sorpresa. Cuchi Mogollón. Me privo. (*Llamando.*) ¡Come já, Cuchi!

—¡Jalóu!... ¿Pero qué hacen ustedes aquí? Yo las hacía en la Exposición de Huérfanos. ¿Ustedes no y que eran del Comité Organizador, pues?

—Yo sí, pero tuve que renunciar porque no me ha quedado tiempo para nada. Primero, despidiendo a William Guillermo que se fue para Mayami Flórida; después, recogiendo levitas viejas para los niños pobres. Total, no he tenido tiempo para nosing at oll.

—Yo también renuncié al Comité. No me he sentido muy bien después de aquella botella de ponche crema que nos tomamos el otro día en el desayuno. Bueno, Cuckyí ¿cómo está tu marido?

—¡Guá, niña, en Estados Unidos! Tú sabes que a él lo mandaron en una Micción. Es que los dos gobiernos van a celebrar conjuntamente este año el fifticentenario del Natalicio de la muerte del Libertador, y él va a pronunciar la oración lúgubre.

—¡Ay, prívense! ¡Miren aquella americana que viene allá!

—¡De veras, niña! ¡Qué musiúa tan elegante! ¿Verdad que se parece a Majarete Truman?

—Bueno, yo las deajo. Voy a ver si me cambian un tráveler para comprar aquel juego de reinocerontes de yeso parados en dos patas. ¿Verdad que están soñados?

—Son fantásticos. Bueno, yo también me voy. Freddi-cito debe estar esperándome para ir a la piccina a practicar un poco de nutrición. Mañana damos un almuerzo criollo en casa. No dejes de ir por allá para que te tomes aunque sea una copita de mondongo. Babay...

—Gubay...

AQUILES NAZOA

- So long...
- Ariós!...
- Iúju!...
- Iuju
- Jasta luegou!...

LOS AMANTES DE VERONA O EL FINAL DE UNA ENCERRONA

PERSONAJES DE ESTE DRAMA:

*Julieta, Romeo, el Ama,
su madrina, su padrino
y un monje benedictino
que no estaba en el programa.*

ACTO I

*Principia nuestra opereta
con la fiesta o comilona
que en su mansión de Verona
dan los padres de Julieta.*

*Toda mimos y cuidados,
y ama de casa perfecta,
la madre de la interfecta
les sirve a sus invitados.*

LA VIEJA:

Marqués, ¿os gustó el hervido?

EL MARQUÉS:

Señora, me ha deleitado;
lo que dejé fue el pescado.
No me gusta tan podrido.

*Más atrás, un viejo chocho
comenta en un tono extraño:*
—A mí me encanta el topocho,
pero siempre me hace daño.

*A otra anciana, muy coqueta
se le oye inquirir en broma
si el gallo usado en la olleta
era de tabla o de goma.*

—¡Ese pan no hay quien lo coma!
—ruge el padre de Julieta—.
¡Para ser una vigueta
lo que le falta es carcoma!

LA VIEJA:
Y tú, querida Julieta,
¿no te sirves más batata?

JULIETA:
No, madre; yo estoy en dieta
y la batata me mata,
pero en vez de la batata
dame una paila de olleta.

*Un anciano alza su copa,
y en honor de los presentes,
con frases muy elocuentes,
propone un brindis de sopa.*

EL ANCIANO:

¡Levantemos los litros de ron
por aquesta pareja insufrible,
cuyas Bodas de Vidrio Irrompible
se celebran en esta ocasión!

*Julieta deja su plato
explicando que es el sexto,
se para con el pretexto
de tomar bicarbonato.*

*Y llamando aparte al ama,
le enseña el portón, y exclama:*

JULIETA:

¡Ay ama, Dios nos socorra!,
figúrate que en la barra
hay un tercio en plan de farra
que trata de entrar de gorra.
Y no sé por qué he pensado
que se trata por lo fresco,
de aquel muchacho Montesco
que me tiene el ojo echado.

EL AMA:

¿Cuál dices? ¿Aquel trovero
que anoche a cantarte vino
y a quien le salió el vecino
con un machete liniero?

¿Aquel que como un ratero
tras codiciado botín

se metió en nuestro jardín
y el precio de tal abuso
fue que tu padre le puso
de cachucha el bandolín?

Pues si es el mismo, Julieta,
hazle saber que si pasa
va a salir ya de esta casa
como un tiro de escopeta.

*Pero el tercio logra entrar
y hacia Julieta echa a andar
como presa de un hechizo,
sin importarle un carrizo
lo que le pueda pasar.*

JULIETA:

(¡Qué distinguido, qué fino,
qué formas tan sugerentes!
¡Sobre todo, por los dientes
parece un mismo cochino!)

(*A Romeo*): ¿Cómo osáis, caballero,
violar el recinto austero
que mi existencia cobija,
sabiendo que soy la hija
de un padre tan capachero?

¿Es que ignoráis, voto a tal,
que en el pueblo de Verona
lo que no acaba en chirona
termina en el hospital?

¿Que cada cual en su bando,
 Montescos y Capuletos
 nos la pasamos peleando
 como unos mismos mampletos?

ROMEO (*Llorando*):

No soy Montesco
 ni Capuleto,
 soy un mampleto
 sin filiación
 que tras tus ojos
 ando cegato
 como va el gato
 tras el ratón.
 ¿Ves este bulto
 tan levantado
 que tengo al lado
 del corazón
 y que parece
 que en la casaca
 cargo una hallaca
 por precaución?

Eso es indicio,
 Julieta amada,
 de lo inflamada
 que es mi pasión.
 De amarte entonces
 dame el derecho
 antes que el pecho
 me haga explosión.

Tal vez encuentres
intempestiva
tan emotiva
declaración;
mas, ¿quién se aquieta
ni tiene calma
teniendo el alma
como un jamón?

*Julieta muere callada;
mas se nota en su expresión
que tiene ese corazón
como gallina asustada.*

JULIETA:
Perdonad, joven Montesco,
si al principio metí el casco
cuando os recibí con asco
por causa del parentesco.
Os mostré un odio dantesco
y me habéis gastado un chasco,
pues escuchando el chubasco
de vuestro amor gigantesco,
mi alma fue como un peñasco
contra el cual chocara un frasco
que contuviera un refresco.

(Llorando):
Brinca esta noche
por allá afuera
la talanquera
y el botalón;

para la oreja
junto al rellano
donde el anciano
tiene el colchón.
Y en lo que sepas
por el ronquido
que está dormido
como un lirón
trepa la mata
de berenjena
coge una buena
con precaución,
y la disparas
por este lado
sobre el tejado
de la mansión.
Tírala en forma
de que ella rueda
cual quien adrede
tira un balón,
que yo ante el ruido
diré en mi pieza:
«Ya el gato empieza
con su cuestión»,
y so pretexto
de echar al gato
dejaré un rato
mi camastrón,
y a que me digas
cuánto me amas
saldré en pijamas
por el balcón.

ROMEO:

Entonces vuelvo
después del cine,
cuando termine
la recepción.

Vete a tu pieza
dentro de un rato,
amarra el gato
por si acasón,
y en lo que el viejo
coja el petate,
tira un mecate
por el balcón.

JULIETA:

Así he de hacerlo,
negro estimado;
mas ten cuidado
con la ascensión,
pues la botica
ya está cerrada
y aquí no hay nada
contra chichón,
salvo manteca,
limón asado
y un mentolado
que huele a ron.

ACTO II

*Al levantarse el telón,
podemos ver a Julieta
asomada a la gaveta
que hace el papel de balcón.*

*Temblando como un conejo
se encuentra el joven parejo
de su amada en el jardín;
mas, siguiendo su consejo,
por no despertar al viejo
no le toca el bandolín.*

*Hecho todo lo indicado
se asoma al balcón Julieta
y lo obliga a que se meta
moneando un palo ensebado.*

JULIETA:

Amor mío, aquí estoy yo;
tiende, pues, tu leve escala
y pasa para la sala,
que el viejo ya se acostó.
Móntate por esa mata,
pero agárrate, querido,
mira que yo me suicido
si te quiebras una pata.

ROMEO:

¡Pues allá voy, vive Dios;
pero antes sabedlo, amada,

si me doy una matada
la culpa será de vos!

*En cuestión de un santiamén
llega el tercio al terraplén.*

ACTO III

*Habitación de Julieta;
en escena el que la adora
y ella, que a última hora
se está haciendo la zoqueta.*

JULIETA:
Oye la alondra cantar
con sus dulcísimas notas.

ROMEO:
No es la alondra, son las botas
(*Fastidiado*) que me chillan al andar.

(*Atacón*) Bueno, deja la varilla,
y a ver si me das un beso.

JULIETA:
¡Ay!, no, no; déjese de eso,
que me hace mucha cosquilla.

*De pronto se abre un pipote
que está a los pies de la cama
y aparece un sacerdote
que no estaba en el programa.*

ROMEO:

Perdona la entrepitura
y que en tus cosas me meta;
pero contesta, Julieta:
¿qué hace en tu cuarto ese cura?

JULIETA:

Es el padre Baltasar,
del templo de los Chireles;
ya yo fijé los carteles
y él es quien nos va a casar.

ROMEO (*Furioso*):

¿Conque esa fue tu intención?
¿Conque arriesgando un chichón
a hacer vine por el techo
lo mismo que hubiera hecho
cualquiera por el portón?

EL AUTOR:

Y así fue como al doncel
le llegó, por fin, su día,
pues salió de cacería
y al que cazaron fue a él.

ACTO IV

JULIETA:

Con su trino siempre triste
ya canta la alondra afuera.

Márchate con tu escalera
por donde mismo viniste.

ROMEO:

¿Por qué, si ya soy tu esposo,
no he de salir por la puerta?

JULIETA:

¡Porque el viejo se despierta
y ese viejo es peligroso!

ROMEO:

Le dirás que estás casada.

JULIETA:

¡Eso es jugarme el pellejo!
¡Tú sabes que ese es un viejo
que se calienta de nada!

*Se van a un rincón aparte,
sollozan, hay besuqueo
y, al fin, se marcha Romeo
con su música a otra parte.*

ACTO V

*Ignorando que Julieta
tiene su trompo enrollado,
viene el viejo entusiasmado
con la siguiente receta:*

EL VIEJO:

Julieta, vete a comprar
tu cama y tu escaparate,
y acomódate en el bate
porque te vas a casar.

JULIETA:

¡Ay, papi! ¿Cómo va a ser?

EL VIEJO:

Pues, así como lo escuchas:
El barón de Tres Cachuchas
quiere hacerte su mujer.

JULIETA:

¿Y si no quiero?

EL VIEJO:

No importa.
¡Yo lo mando y sobra el resto!

JULIETA:

¡Oh cielos, cielos, he puesto
lo que se llama una torta!

*Julieta cogió un capote
y en un camión de volteo
fue a hablar con el sacerdote
que la casó con Romeo.*

Ya que todo os he contado,
¿haréis algo en favor mío?

EL CURA:

Pero vieja, eso es un lío
que no lo brinca un venado.

JULIETA:

¡Ay, padre, por compasión!

EL CURA:

Vamos, no, no llores tanto;
acuérdate que del llanto
solo queda la hinchazón.

Siéntate y para la oreja...
Tengo un plan de salvación
que no sé si es de tu agrado,
pues da muy buen resultado,
pero muy mala impresión.

JULIETA:

No importa, estoy decidida.

EL CURA:

¿Lo estás? Entonces, querida,
pon estos polvos en agua
y empújate una pichagua
después de cada comida.

Esto te va a provocar
tanto sueño, hijita mía,
que mañana en todo el día
no te vas a despertar.

Al verte en tal situación,
que estás muerta pensarán,
y entonces te acostarán
largo a largo en tu cajón.

JULIETA:
¿Y entonces seré enterrada?

EL CURA:
Pues claro, en un mausoleo.
Y al pasársete el mareo
te das tu buena bañada;
te marchas con tu Romeo
y aquí no ha pasado nada.

EL AUTOR:
Fue así como al otro día,
gracias a aquella receta,
ni con tobos de agua fría
se despertaba Julieta.

LA NODRIZA FRANCESA:
¡Madame, venid, madame!

LA VIEJA:
¿Qué os te sucede, Ruperta?

LA NODRIZA FRANCESA:
¡Qué Julieta no despierta
ni echándole agua en el carne!

EL VIEJO:

¿Qué le ocurre a nuestra hija?

LA VIEJA:

No entiendo qué le ha pasado:
sin haberse desvelado
se le pegó la cobija.

LA NODRIZA FRANCESA:

No le siente el cogasón.

EL VIEJO:

¡Muerta mi pobre doncella!
¡Quédense ustedes con ella,
que yo voy por el cajón!

EL AUTOR:

Aquí daremos un salto
necesario, aunque notorio,
a fin de pasar por alto
los detalles del velorio.

TODOS:

¡Y así fue como esa chica,
con sus mañas y sus modos,
haciéndose la muertica,
les metió el estray a todos!

LOS MARTIRIOS DE COLÓN,
FRAGMENTOS DE UN DIARIO ESCRITO
POR EL FAMOSO ERUDITO
MAMERTO NÁÑEZ PINZÓN

ACTO I

*Al levantarse el telón sale
Castilla la Vieja,
con su bocina en la oreja,
su rosario y su bastón.*

*Ábrese luego un portón
y aparece una capilla
donde Isabel de Castilla
se la pasa en oración.*

ISABEL (*Rezando*):
Soy la redondez del mundo,
sin mí no puede haber Dios:
papas, cardenales, sí,
pero pontífices, no.

(*Llorando*):
San Pepe y San Timoteo,
oíd de mi alma los gritos,
y haced, ¡oh santos benditos,
que el Rey consiga un empleo!

*(Aparece un criado
bastante malcriado.)*

CRIADO:
Perdonad la interrupción.
Ahí afuera está de nuevo
el italiano del huevo
con otra demostración.

No lo he dejado pasar,
porque, aunque muy caballero,
tiene ese tercio un pelero
que da mucho que pensar.

ISABEL:
¿Te referes a Cristóforo?
¡Qué pase! Pobre criatura:
lo que él tiene no se cura
pero se alivia con fósforo.

*(Entra Colón cantando
«La vaca lechera».)*

COLÓN:
Tengo una gran carabela,
no es una barca de vela:
está bien calafateada
y la lleva timoneada
Colón, Colón.
¡Colón, Colón!

ISABEL:

¡Queridísimo Colón!
¿A qué vienes a Castilla?
¿Qué buscas en esta villa
famosa por su jabón?
¿Qué se te ofrece, Colón?
¿En qué socorrerte puedo?
¿Por qué andas con ese dedo
parado como un cañón?

COLÓN:

Pues mi visita de ahora
se debe a que os traigo el mapa
donde, aunque os parezca chapa,
mi tesis se corrobora
de que es la Tierra, señora,
redonda como una papa.

ISABEL:

¿Papa el mundo que Dios hizo?
Pues vaya tesis extraña.
(¡Entienda que en esta España
hay más locos que el carrizo!)

Mas papa, salchicha o queso,
para usar vuestros vocablos,
¿queréis decirme qué diablos
tengo yo que hacer con eso?

COLÓN:

Que si una buena mascada
me entrega vuestra persona,

muy pronto la real corona
tendrá esa papa pelada.

ISABEL:
¿Y trajiste el presupuesto?

COLÓN:
¡Por supuesto!
Aquí tenéis todo el plan,
incluyendo camarera
por si muere el capitán.

ISABEL:
¡Pero eso es más de un millón!
O, al menos, eso aparenta.
¿Por qué no sacas la cuenta?
¡Saca la cuenta, Colón!

COLÓN (*Contando con los dedos*):
Un cuartillo es un cuartillo;
dos cuartillos medio real,
tres cuartillos, tres cuartillos
y cuatro cuartillos, un real...

ISABEL:
Mi pena es infinita,
pues la contestación
es que yo ahorita ahorita
no tengo ni un doblón.

(Llorando)

¡Ay, Cristóbal,
nada iguala
nuestra mala
situación!
Le adeudamos
a Marchena
su quincena de oración.

Torquemada
brinca y salta
por la falta
de carbón;
no le damos
un mendrugo
ni al verdugo
ni al bufón,
y Anastasio
mi alquimista
se contrista
con razón:
de mil mezclas
que ha intentado
no ha sacado
ni latón!

COLÓN:

Pero, ¿y aquesos banquetes
que os pegáis con estofado,
con embriagantes claretos,
con perniles de venado

y unas lonjas de pescado
que brillan como machetes
y un champán color dorado
cuyos corchos, cual cohetes,
estallan en los golletes
y van a dar al tejado?
¿Acaso todo eso es fiado?

ISABEL:

Esos, querido Colón,
son sobrados que a Fernando
le mandan de cuando en cuando
sus parientes de Aragón.

COLÓN:

El viento está ligero,
tranquila está la mar.
Si no tenéis dinero,
dadme algo que empeñar.

ISABEL:

Pues bien, toma estas prendas,
las limpias con alcohol
y por lo que las vendas
te compras el perol.

*Le entrega al descubridor
(con un gran desprendimiento,
seis frascos de linimento
y un reloj despertador.)*

COLÓN:

De todo se ha desprendido.
¡Qué soberana tan noble!
¡Si llego a pedirle el doble
también hubiera caído!

*(De pronto llegan
catorce sabios
con astrolabios
de este color,
y se apoderan rápidamente
del eminente descubridor.)*

CORO DE SABIOS:

—Ya la Reina te dio real,
mas no irás al Continente
si no sales con un veinte
del examen trimestral.

SABIO I:

Cristóbal, venga al tablero
y a ver si nos adivina:
entre el huevo y la gallina
¿cuál de los dos fue el primero?

SABIO II:

Antes de emprender camino,
conteste, señor Colón;
¿por qué el rabo del cochino
parece un tirabuzón?

SABIO III:

Contéstanos sin tropiezo,
¿por qué razón al zamuro
le ha salido ese pescuezo
como un plátano maduro?

*(Otro sabio, de Silesia,
con un revólver lo apunta
y en rumano le pregunta
¿por qué entra el perro a la iglesia?
Pero tiene el genovés
tal crisis de nerviosismo,
que hablar con él es lo mismo
que llamar al 03.)*

TODOS LOS SABIOS:

—Contestarnos no ha podido,
y es nuestro fallo aplastante
que el mencionado Almirante
tiene el cerebro podrido.

*(Y a punto de fracasar,
Colón el ingenio extrema,
y entonces pide una ñema
para poder contestar.
El pedido estrafalario
causa a Marchena extrañeza,
pero asoma la cabeza
por detrás del escenario.)*

MARCHENA (*Llamando*)

Pi, pi, pi, pi, pi, pi,
 pi, pi, pi, pi, pi,
 pi, pi, pi, pi,
 pi, pi, pi,
 pi, pi,
 pi.

*Entonces hace
 por una esquina
 la Real Gallina
 su aparición;
 se sube el traje,
 se mete al nido
 y hace un pedido
 para Colón.*

*Y a todo el mundo
 deja asombrado
 del resultado
 de su gestión,
 pues es gallina
 de estilo nuevo
 y en vez de un huevo
 pone un mamón.*

COLÓN:

—¡Así como ha hecho
 la gallina esa,
 yo también podría
 dar la gran sorpresa!

ACTO II

*Ya lista la embarcación
y embarcado el bastimento,
fregado, pero contento,
sale de Palos Colón.*

COLÓN Y SUS MARINOS:

—¿Izasteis las velas?

—¡Izadas están!

—¿Levasteis el ancla?

—¡También, capitán!

—¿Abordo están todos?

—¡Ya todos están!

—Tocad la campana. Muy bien, capitán,

¡titaqui titán!

¡titaqui titán!

COLÓN (*Al pueblo*):

¡Adiós, viejos y chavalos!

¡A dejaros ya me apronto,

pero os prometo que pronto

regresaremos a Palos!

ACTO III

*Alta mar. Pasa el navío.
La escena que se ve a bordo
no es escena sino un lío
verdaderamente gordo.*

COLÓN:

¡Santo Dios, no sé qué hacer!
Se me está alzando la gente
y el fulano Continente
ni sueña en aparecer.

Y a regresar no me atrevo;
los barcos están muy malos
y si de vuelta los llevo
tal vez no lleguen ni a Palos.

*(Y tan sumido Colón
está en su preocupación
que pasa la noche entera
manejando una ponchera
creyendo que es el timón.)*

EXTRACTOS SIGNIFICATIVOS
DEL DIARIO DE COLÓN

Lunes

«Hoy es treinta de febrero
y no hay de tierra ni asomo.
Yo por mi parte, estoy como
tablita de gallinero».

Lunes siguiente

«Con tirarme por la borda
me amenazaron ayer.
Algo me hace suponer
que aquí se va a armar la gorda».

Dos lunes después
«Después de quitarme el mando
Vicente Yáñez Pinzón
me amarró de un botalón
en el que voy meditando:
¿Será que está conspirando
Vicente Yáñez Pinzón?».

MARINERO I (*A Colón*):
Si no da en puerto el navío
en tal fecha de tal año,
¡os vais a llevar un baño
de padre y muy señor mío!

COLÓN:
¡No, no, yo no sé nadar!
Hacedlo por patriotismo:
¡No me tiréis al abismo
donde reina el calamar!

MARINERO II:
Pues sí lo haremos, Colón;
o desandas el camino
o de tu triste destino
dará cuenta el camarón.

COLÓN:
¡No lo hagáis, pues es grotesco
que yo, tan noble y honrado,
tenga por tumba un pescado
que a lo mejor no es ni fresco!

(Llorando)

¡Oh! ¡Qué desgracia la mía!
¡Morir como una langosta
junto a un peñón de la costa
que bate el mar noche y día!

*Pero Rodrigo de Triana
grita: ¡Tierra! en ese instante
y así es como el Almirante
se salvó por la campana.*

AUTOR:

Y con esta conclusión
en que se salva Colón,
finaliza el drama escrito
por el famoso erudito
Mamerto Nández Pinzón.

LOS MARTIRIOS DE NERÓN
O EL DRAMA DE UN GORDIFLÓN
A QUIEN DE MODO OBSESIVO
CADA VEZ QUE VE UN RECIBO
SE LE ARRUGA EL CORAZÓN

ACTO I

*Al levantarse el telón
está en escena Popea,
bejuca bastante fea
que es la esposa de Nerón.*

*Feroz, tremante y huraño
y embojotado en un paño
que parece un colador,
viene saliendo del baño
su esposo el Emperador.*

NERÓN:

¡Sicarios y centuriones,
¿dónde están mis pantalones?!
¡Vestales y pitonisas!
¡¿En dónde están mis camisas?!

¡Embajadores de Esparta
y otras naciones amigas,
contestad, mal rayo os parta,
¿dónde pusisteis mis ligas?!

POPEA:

No habrán de traerte nada,
pues la verdad descarnada
es que al igual que otros bienes,
tú hace dos años que tienes
toda la ropa empeñada.

NERÓN:

¡Pero es que están por venir
los ministros del Estado,
y envuelto como un fakir
en este paño mojado
no los puedo recibir!

*(Se forma una silbatina
de las de marca mayor,
y hace su entrada Agripina;
una especie de gallina
que empolló al Emperador.*

*Y con los brazos en cruz
a Nerón le hace saber
que se debe el alquiler,
que les cortaron la luz
y que habrá, para comer,
que matar al micifuz.*

*Mientras Nerón compungido
se lamenta en español,
se oye en el foro un ladrido
y aparece un digepol.)*

DIGEPOL:

Perdonad la interrupción.
Dice el primer centurión
de vuestra Guardia de Hierro,
que bañar no puede al perro
porque se acabó el jabón.

POPEA:

Mi amor, ¿tendrás aunque sea
dos lochas o un medicito?

NERÓN:

¿Plata yo? ¡Vaya una idea!
Yo estoy, querida Popea,
como talón de angelito.

POPEA (*Al digepol*):

Entonces no hay manera de arreglarlo.
¡Que se coman al perro sin bañarlo!

*(Al foro se abre un portón
y aparecen ocho ingleses
que desde hace algunos meses
están cazando a Nerón.)*

LOS INGLESES:

A pesar de tu fama de pagano
tú eres, Nerón, un maua soberano.
Si quieres demostrar tu paganismo
¡páganos estas cuentas ahora mismo!

*(Nerón igual que un muchacho
forma un tremendo llantén,
mientras entran sin empacho
los Ministros del Despacho
que están ladrando también.)*

LOS MINISTROS *(Cantando)*:
Los ministros de la Roma de Nerón
sus renunciadas han venido a presentar,
pues no cesan los ingleses de atacar
y no queda ni una locha en el cajón.

MINISTRO I:
Aquí está el Libro Mayor,
en el cual se nos revela
que a cada santo una vela
le debe el Emperador.

MINISTRO II:
Monos de todos los tonos
nos acosan por doquier,
¡y no encontramos qué hacer
para bajar esos monos!

*(Afuera se oye un bullicio
que a Nerón saca de quicio.)*

NERÓN:
¿Qué es ese ruido?
¿Quién ruge afuera
de una manera
tan singular?

LOS MINISTROS:
Son los ingleses,
que, cual payasos,
a maletazos
quieren entrar.
Están buscándonos
desde el viernes
para un asunto
que nos concierne.

*(Al foro se abre un portón
y aparece un centurión
que le transmite a Nerón
la siguiente información):*

CENTURIÓN:
Majestad, ¡afuera hay grupos,
de ingleses gritando a coro
que en las arcas del tesoro
quedan algunos churupos!

LOS MINISTROS:
Tienen muy mala pupila,
pues con lo que este ha chupado,
de los reales del Estado
no queda ni la mochila.

NERÓN (*Llorando*):
No sé qué demonios
iremos a hacer:
tenemos los monos
a más no poder,

y no hay una puya
 con qué responder.
 Le debo al lechero,
 le debo al chofer,
 le debo al muchacho
 que viene a barrer...
 ¡Ya estoy fastidiado
 de tanto deber!

POPEA:

¡Oh, no, no llores, Nerón!
 No llores si es que me amas,
 pues el llanto que derramas
 me destiñe el camisón.
 Además —*sigue Popea*—
 cuando tú lloras, Nerón,
 pones la cara más fea
 que un pleito en un apagón.

*(Como un tiro de cañón
 vuelve a entrar el Centurión,
 y a Popea que lo embroma
 porque está bañado en fango
 le anuncia que en toda Roma
 se formó el arroz con mango.)*

CENTURIÓN:

¡Se alzaron cuarenta esclavos,
 y en los choques producidos,
 dos cabos fueron heridos
 y el jefe picó los cabos!

NERÓN:

¡Aquí no hay más solución
que pegarle a Roma fuego
y conseguimos quien luego
la compre como carbón!

¡Quemadla, pues, que entre tanto
yo al compás de mi vihuela
vaya decir con mi canto
lo que no aprendí en la escuela!

*(Y en prueba de que no es broma
lo que acaba de expresar,
saca una lira de goma
y así se pone a cantar):*

NERÓN:

En vista de que el tío
que tengo en ultramar
por deberle a un gentío
no me puede ayudar,
ayúdame, Dios mío,
ayúdame a pagar.

*(Sigue cantando Nerón,
y pues no calla el bribón
su implacable melodía,
hay alguien que, en galería,
le dispara un cohete
con tan buena puntería,
que con la sola explosión
quema un tren, quema un tranvía,*

*quema un campo de aviación,
dos polainas de teniente,
dos rueditas de chupón
y así sucesivamente,
como decía Platón.)*

NUESTRO CONMOVEDOR CUENTO DE NAVIDAD

PERSONAJES

Timotea Antonia

Agapito José

Uno de los niños

Una caritativa señora

AGAPITO: ¡Otra noche de Navidad que pasamos en la miseria, Timotea mía! ¡Estoy desempleado, tengo dieciséis años sin trabajo!

TIMOTEA: Es nuestro destino. Yo no sé por qué los personajes de los cuentos de Navidad tenemos que ser siempre tristes, estar muriéndonos de hambre y tener unos hijitos que justamente en la Nochebuena sueñan que están con el Niño Jesús y se levantan a pedirle pan a uno. ¿A ti no te parece que eso es muy cursi, mi amor?

UN NIÑO: ¡Mamá, mamá!...

TIMOTEA: ¿Qué te pasa ahora?... ¿Yo no te dije que cuando tienes que llamarme es a las doce de la noche para que yo experimente un íntimo y silencioso sufrimiento?

EL NIÑO: ¡Pero es que estoy cansado de temblar y además esta cobija me da mucho calor!...

TIMOTEA: Pues aguántese como pueda, carrizo. ¡Usted sabe que los niños pobres de los cuentos de Navidad tienen que pasar la Nochebuena temblando de frío!

EL NIÑO: Pero es que también tengo ganas de hacer pipí...

TIMOTEA: Nada de eso. Ya yo le dije que los niños de los cuentos de Navidad de lo único que pueden tener ganas en la Nochebuena es de comer pan.

AGAPITO: Bueno, vieja, vamos a ver si empezamos a sufrir de una vez; ya son casi las doce, dentro de poco va a llegar esa señora caritativa que aparece haciendo el bien en todos los cuentos de Navidad, y yo ni siquiera he comenzado a maldecir mi destino.

TIMOTEA: Por mi parte podemos empezar. ¿Ya estás bien sucio y tienes el pelo bien alborotado?

AGAPITO: Sí. Lo que falta es que tú te acuestes en el camastrón afectada por una cruel dolencia y saques un pie por el hueco de la cobija. Pero... Pero, ¿qué es eso chica?... ¿Habrás visto qué mujer más imprevisiva? ¿Cómo se te ocurre cortarte la uña del dedo gordo precisamente hoy? ¿Tú no sabes que las mujeres enfermas de los cuentos de Navidad deben tener la uña del dedo gordo como una peineta?

TIMOTEA: Ya no hay remedio. Así que vamos a echarle pichón a esto y empieza tú.

AGAPITO: Otra noche de Navidad que pasamos en la miseria... ¿Te acuerdas, Timotea mía, cuán distinta era nuestra Nochebuena en otro tiempo? ¡Qué desnuda y fría se ha ido quedando la que fuera otrora nuestra rumbosa mansión del callejón Carmona! ¿Recuerdas

que a esta hora ya tú habías terminado de preparar las hallacas de gallineta? ¿Te acuerdas que teníamos un loro al que yo había acostumbrado a dormir en el copete de nuestra amplia cama matrimonial? ¿Te acuerdas que yo siempre tenía un frasco de ron con ponsigué debajo de la cama? Ahora todo ha cambiado. Lo único que no he llevado a empeñar ha sido la pianola-piano, y eso porque no sale por la puerta después que hicimos aquella reparación. ¿Te acuerdas de aquella reparación?

TIMOTEA: Muy bien. Te está saliendo perfecto, mi amor. Ahora pregúntame si hay algo de comer.

AGAPITO: ¿Hay algo de comer?

TIMOTEA: Nada. El último pedacito de correa se lo comieron los muchachos esta mañana.

AGAPITO: ¿Y el perro?

TIMOTEA: ¿Cuál perro?

AGAPITO: El perro caliente que me regalaron aquellos señores ricos que me prometieron ayudarme.

TIMOTEA: Ah, ese. Ese se lo comió el perro.

AGAPITO: ¿Cuál perro?

TIMOTEA: Guá, el perro de nosotros.

AGAPITO: Muy mal hecho del perro de nosotros, porque ese perro era de nosotros.

TIMOTEA: Al contrario, me parece que hizo bien; de todos modos ese perro estaba nacido.

AGAPITO: ¿Cuál perro?

TIMOTEA: Guá, el que se comió el perro.

AGAPITO (*Llorando*): Creo que tú me mientes. Tú bien sabes que perro no come perro.

TIMOTEA: ¿Qué insinúas?

AGAPITO: Insinúo que la que se comió el perro fuiste tú.

TIMOTEA: No lo niego, yo fui efectivamente quien se comió el perro.

(En esto llega la Caritativa Señora que aparece en todos los cuentos de Navidad.)

SEÑORA CARITATIVA: Como todos los años (*dice*), lo primero que he hecho esta noche de Navidad para ponerme bien con el Niño Dios, ha sido acordarme de las clases bajas que sufren. No riñáis... No os dejéis arrastrar por los odios y resquemores que engendra la miseria. Vivid en paz y armonía teniendo siempre presente que todos los sufrimientos de esta vida son transitorios, y tienen su compensación en la felicidad eterna que espera a los buenos en el Más Allá. (*Y agregando*): Aquí tienen esta cosita para que se calienten el estómago (*...les regala un soplete*).

JEFATURA DE PUEBLO

(En un pueblo cualquiera del interior de Venezuela, la mañana de un domingo. Acaba de formarse un pleito de gallera.)

MELECIO: ¡No, no, usté me paga mi gallo! ¡Eso lo arreglamos en la jefatura!

ULPIANO: Pero Melecio, chico, hazme el favor, ven acá, chico...

MELECIO: ¡No, señor! ¡Tú me pagas mi gallo es lo que es!

ULPIANO: Bueno, vale, está bien; vamos a la jefatura y ya está.

UNA MUJER: ¡Ay, Dios mío, dígame ese hombre peleando con su compadre de sacramento a ver si le sale el diablo!

(Los de la disputa van a la jefatura con todo el pueblo atrás. La jefatura está cerrada. Tocan fuertemente al portón. Nadie contesta.)

ULPIANO: Ahí tá, pues, la jefatura tá cerrada. Vamos a ver qué me vas a hacer ahora.

MELECIO: ¿Cerrada? ¡Ya me vas a pagar mi gallo es lo que es!

(Vuelve a tocar al portón varias veces, con largas pausas entre llamada y llamada, esperando inútilmente que alguien conteste. A las mil y quinientas oyen adentro una voz lejanísima.)

Se entabla a través de la puerta un diálogo a gritos, como los que se oyen junto a los ríos de una orilla a la otra.)

LA VOZ: ¿Quién es...?

MELECIO: ¡Gente de paz!... ¿Ahí tá el jefe civil?

LA VOZ: ¡Tá pa' los toros coliaos!

MELECIO: ¿Y el secretario?

LA VOZ: Tampoco. ¡Tá pa' una telnera en la orilla el río!

MELECIO: ¿Y el polecía?

LA VOZ: ¡Salió pa' ve un choque y no ha vuelto!

MELECIO: ¡Ah caracha!... ¿Y usted quién es?

LA VOZ: Yo soy el arrestao, pero no le puedo abrí porque me estoy bañando...

MELECIO: Ah bueno, mire, entonces ponga cuidao: cuando venga el jefe civil...

LA VOZ: Ajá...

MELECIO: ...usted le dice que por aquí vino Melecio a arreglá un asunto de un gallo que me malogró mi compadre Ulpiano... Pero que como él no estaba aquí, nosotros vamos a seguí peleando y volvemos más tardecita, ¿ya lo sabe?

LA VOZ: ¡Bueno, no tenga cuidao!

MELECIO: Bueno, muy agradecido.

(Se dispone a irse, pero...)

LA VOZ: ¡Mire!

MELECIO: ¿Ajá?

LA VOZ: ¿Usté me quiere hacé un favor?...

MELECIO: ¡Cómo no!...

LA VOZ: Ah bueno, mire. ¿Usté sabe ahí junto 'e la barbería del Tuerto Elías, esa casa 'e tejas donde se la pasa un mochito en la puerta?

MELECIO: Sí.

LA VOZ: Entonces mire: me hace el bien de avisámele allá a Encarnación Carrillo que Ismaelito está arrestao desde anoche, porque estaba pelao en el botiquín de la plaza y le quiebré la tutuma 'e vidrio a la motorola... Y que me mande un pantalón, ¿sabe?, polque el que tengo es el de parrandea...

MELECIO: Ah, bueno. Como a mi compadre lo van a arrestá de toas maneras por el inconveniente 'el gallo, yo le digo que se lo mande con él. ¿Ya lo sabe?...

LA VOZ: ¡Bueno!...

MELECIO: Bueno, pues.

LA VOZ: Bueno...

LA CENICIENTA AL ALCANCE DE TODOS

*El dramático relato
de una pobre muchachita
que aprendió desde chiquita
dónde le aprieta el zapato.*

ACTO PRIMERO

*Al levantarse el telón
aparece una cocina
que por ser de gasolina
se inflama y hace explosión.*

*Llorando junto al fogón
estará la Cenicienta
que saluda y se presenta
con la siguiente canción.*

CENICIENTA:
A mí me llaman
la Cenicienta
soy la sirvienta
de esta pensión

y tengo amores
con un bombero
muy sirvintero
y harto atacón.

*(Entra una vieja
bastante arpía
que luciría
bastante bien,
si no tuviera
toda la cara
como tapara
con comején.*

*Y al ver a la cocinera
junto al budare sentada,
le acomoda una patada
que por poco la agujera.)*

LA VIEJA:

Lávame mi justansón
con cepillo y con hisopo
porque mañana hay joropo
casa del Rey del Cañón.

*(Llegan dos damas muy monas
que relinchan y reculan
para ver si disimulan
que son bastante jamonas.)*

JAMONA PRIMERA (*A la Cenicienta*):

Y a mí me limpias
cuando termines
los brodequines
y el tirolé,
pues los Marqueses
de Raboalzado
me han invitado
para un minué.

JAMONA SEGUNDA:

Y hay que asear el inodoro,
llevarle la ropa al chino,
ponerle alpiste al cochino
y darle un purgante al loro.

*(Por la puerta lateral
que da sobre la azotea,
sale otra vieja más fea
que un pleito en un cardonal.*

*Y con espantosa voz
a las otras les avisa
que se cambien de camisa
porque en Palacio hay arroz.)*

LA VIEJA:

Y tenemos que asistir,
pues allá estará también
el Barón Lambesartén
y su cuñado el Visir.

TODAS LAS JAMONAS:
¡Ay, la emoción nos ahoga!
¡Vamos para allá ligero,
pues el Príncipe es soltero
y a lo mejor se apersoga!

EL AUTOR (*Llorando*):
Cuando las viejas paran la cola,
la Cenicienta se queda sola,
por ser de todas la más pistola.

LA CENICIENTA:
¡Para gozar un millón
y beber champaña helada,
me dejan a mí pegada
rolo a rolo en el fogón!

*(Pero un buen corazón
hacia el bien siempre la arrastra,
y a rezar por su madrastra
se arrodilla en el fogón.)*

LA CENICIENTA:
¡San Antero de mi vida,
oye mi llanto y mi queja
y haz algo a ver si esa vieja
deja la mala bebida!

*(Como mansa mapanare
se tiende sobre el budare
y tantas lágrimas vierte,*

*que con su llanto convierte
la cocina en un manare.)*

LA CENICIENTA:

¡Y tú, Santa Cochinchina,
apiádate de estas canas
y haz que mis pobres hermanas
renuncien a la morfina!

*(De repente, por un lado,
surge un hada linda y bella
que ilumina a la doncella
con un topocho encantado.)*

EL HADA:

Soy el hada
Mezanine
y aquí vine
por avión,
a librarte
de la garra
que te amarra
del fogón.

¿Quieres plata
por montones?
¿Camisones
a granel?
¿Ganar cientos
de millones
con acciones
de la Shell?

LA CENICIENTA:

Quiero un vestido y un coche,
pues me consume el deseo
de asistir al picoteo
que tiene el Rey esta noche.

*(Coge el hada
su topocho,
cuenta ocho,
da un traspíe,
y del pote
del potaje
saca un traje
de soirée.*

*Después invoca a San Pablo,
y al momento por el foro
sale el coche de Isidoro
como alma que lleva el Diablo.)*

EL HADA:

Móntate en este quitrín
que ha de cruzar el espacio
para llevarte a Palacio
donde te espera el festín.

Si nadie allí te conoce
les dices que yo te mando,
pero regresa a las doce:
mira que están reclutando.

ACTO SEGUNDO

*El coche llega ligero
al palacio del Visir,
y el Príncipe sale a abrir
creyendo que es el lechero.*

*Pero al ver a Cenicienta
tan linda y tan maquillada,
le conecta una mirada
que por poco la revienta.*

EL PRÍNCIPE:

Cuando a tus ojos me asomo
y tu aliento me perfuma,
el pecho me brinca como
cochino que ve totuma.

*(Por su parte la chiqueta
siente que pierde el aplomo
y el cuerpo le tiembla como
gelatina en parihuela.)*

EL PRÍNCIPE (*Que está rascado*):

¿De dónde sales
con esa facha
de cucaracha
con DDT
y esas orejas
verde perico
y ese jocico
de chimpancé?

¡Contesta bicha,
te estoy hablando!

Responde cuándo
viniste aquí.
¿Eres delirio
de fiebre aftosa,
o eres la esposa
de algún sigüí?

LA CENICIENTA:

¡No sigáis, por compasión,
que con lenguaje tan puro
como en pico de zamuro
me ponéis el corazón!

*Mientras el joven
coge el caballo
y un lavagallo
va a echarse al bar,
una campana
toca la hora
por la emisora
Crono-radar.
Y la muchacha
sale en carrera
por su escalera
particular.*

ACTO TERCERO

*Vuelve el Príncipe, y al ver
que se ha ido la visita,
se mete en una cuevita
llorando a más no poder.*

*Pero cuando allí se cuela
para estar solo y oculto,
el Príncipe siente un bulto
y no va para la escuela.*

*Y dando un salto de atleta
descubre, ¡suerte bendita!
un zapato de vaqueta
que dejó la muchachita.*

ACTO CUARTO

*(Al levantarse el telón
se descorre una cortina
y aparece la cocina,
que vuelve a hacer explosión.
Mientras por el suelo inmundado
la Cenicienta se arrastra,
las hijas de la madrastra
dicen cosas de gran mundo.)*

JAMONA PRIMERA:
Al Marqués de Cocorote
le dio fiebre en el bigote.

Y el Barón de Tapiramo
piensa mandarnos un ramo.

LA VIEJA:
La Marquesa me ha obsequiado,
con un callo autografiado.

JAMONA SEGUNDA:
Y el Duque de Las Tres Pepas
me metió las nueve arepas.

JAMONA TERCERA:
Anoche en la Ceremonia
vi al Conde de Parapara,
y el Barón de Titiaronia
por poco se me declara.

*(Suena el Himno Americano
se abre en foro un baúl
y sale el Príncipe Azul
con un zapato en la mano.)*

EL PRÍNCIPE:
Le daré mi corazón
a la doncella o madame
que logre meter su ñame
dentro de este zapatón.

*Con los ojos abiertos
cual huevos fritos,
las solteronas saltan
pegando gritos;*

*entablan una lucha
con el zapato
y se dan por vencidas
al cabo rato,
pues la maldita pata
no se les mete,
ni que se la recorten
con un machete.*

*En vista de lo cual
el Príncipe se ausenta,
mas ve a la Cenicienta
durmiendo en un huacal.*

*Y mirándole los pies
le dice:
Dime, Fulgencia,
¿por alguna coincidencia
calzas tú cuarenta y tres?*

LA CENICIENTA (*Bajando los ojos*):
Sí, dotol...

*Y aceptando con rubor
el zapato de vaqueta,
lo coge y se lo encasqueta
por la cabeza al autor.*

AQUILES NAZOA

EL AUTOR:

¡Y así damos finiquito
a una gran obra maestra
que a las claras nos demuestra
lo que puede un pie chiquito!

NIÑITA TOCANDO PIANO
O QUIÉN FUERA SORDO
Comedia musical en un acto

Al levantarse el telón, una muchachita que parece un merengue está tocando una pieza clásica, que también parece un merengue. Su mamá, situada en primer plano entre la aterrada concurrencia, es la única que parece manifestar alguna alegría por lo que está sucediendo. El diálogo comienza momentos antes de terminar la música. (¡La música!)

UNA DAMA (*A la mamá de la niñita*): ¡Ay, pero qué bien toca! ¿Cómo se llama eso que estaba tocando?

LA SEÑORA: Ay, ¿no lo conocía? Eso se llama piano.

UN CABALLERO: ¡Por Dios, señora!... Mi esposa se refiere a la melodía...

LA SEÑORA: Pues es un nocturno clásico... Una melodía que tiene más de cien años.

LA DAMA: ¡Ah, con razón suena tan mal! Figúrese, una cosa tan vieja tiene que haberse echado a perder en tanto tiempo.

EL CABALLERO: Y dígame, señora, ¿cuánto pagaron ustedes por ese piano?

LA SEÑORA: Doce mil bolívares.

LA DAMA: ¡Doce mil bolívares!... ¡Pero eso está botado, señora!

EL CABALLERO: ¡Hum! A mí lo que me parece que está botado son los doce mil bolívares...

LA SEÑORA: ¿Cómo dijo?

EL CABALLERO: Aquí... Que sí, que está barato... Que solamente la niñita vale los doce mil bolívares... Porque esos pianos los venden con niñita y todo, ¿verdad?

LA SEÑORA: ¡Cómo...!

LA DAMA: Que... Quiere decir que la niñita vale un tesoro, que toca divinamente.

LA SEÑORA: ¡Ay, qué amable!... Y eso que ustedes no la han oído tocando cuatro.

EL CABALLERO: ¿Cómo? ¿Tocando cuatro pianos? ¡Si con uno toca tan mal, cómo será ese zaperoco con tres más!

(En ese momento termina el concierto. Todos aplauden con robusto entusiasmo.)

LA SEÑORA *(Yendo muy relamida hacia la niñita)*: ¡Ay, qué éxito te has anotado, Triquinia! ¡Escucha esos aplausos! ¡Vas a tener que tocarles otra cosa.

TODOS: ¡No, no, la pistola! ¡Socorro, socorro!

LA SEÑORA: ¿Cómo que no? Pero y entonces, ¿por qué aplauden, pues?

EL CABALLERO: Es que usted está tomando el rábano por las hojas, señora. Nosotros no estamos aplaudiendo para que toque otra vez, sino porque ya terminó de tocar.

TELÓN RÁPIDO

TEODULFO EL MISERABLE

Modelo para una conmovedora novela radial

NARRADOR:

Desesperado por la trágica situación en que lo dejamos en el episodio anterior, Teodulfo resolvió ir a pegarle una llorona a la acaudalada Marquesa de Chochopio, que a la sazón celebraba una fiesta. Al entrar en la regia mansión, Teodulfo quedó deslumbrado de ver el lujo con que vivía aquella familia. Símbolo de la reinante prosperidad, la perrita afeitada de la casa aparecía echada en un paltó-levita del mejor corte inglés y comiéndose un jamón planchado ella sola. La Marquesa se encontraba en aquel momento atendiendo a sus invitados.

MARQUESA: ¡Mi querido Archiduque...! ¡Usted no ha comido nada esta noche! ¿No quiere más hallaca de pavorreal?

ARCHIDUQUE: No, gracias. Prefiero lairén sancochado.

MARQUESA: Y a vos, señora Jobita, ¿no le gustaría otro poquito de tamarindo con ruibarbo?

SEÑORA JOBITA: No, Marquesa, gracias. Prefiero frutos del país.

MARQUESA: Ah, bueno. En ese caso sírvase con toda confianza. Aquí tiene higueroite, cauvaro, ciruela fraile y guásimo.

(Transición, para preguntarle severamente al criado que llega):

¿Y tú qué quieres, Damián, que no estás en tu puesto?
¿No te dejé cuidando en la sala para que no se roben
los sombreros?

DAMIÁN: Perdón, señora. Ahí la está buscando un hombre
de la plebe, horrorosamente llamado Teodulfo. Es un
hombre cuya edad oscila entre los treinta y los cua-
renta años, de los cuales debe haberse pasado por lo
menos nueve sin afeitarse.

MARQUESA: Ya sé. Seguro que viene a pedir otra vez. ¡Ese
hombre pide más que un queche!... ¡Sácalo de palacio!
¡Dile que yo después le mando unas conchas a su casa!

MÚSICA

¡Tan tan tan...! ¡PUM!...Ñññññííí...

NARRADOR *(Fuertemente poético)*:

*Y Teodulfo regresó aquella noche a su casa con la cabeza
tan baja, que al entrar le pegó un cabezazo al escaloncito
del zaguán.*

TEODULFO: ¡Otro día perdido!... En ninguna parte me
quieren dar trabajo. Ni en la gran fábrica de desta-
padores de primus, ni en la gran fábrica de chinelas
con plantillas de papel de periódico: ¡Todos me tienen
desconfianza!

DOÑA TEODOSIA: Y tienen razón. Eres un hombre mar-
cado por la justicia. La sociedad te echó de su seno
desde que apareciste en el famoso robo de la agencia
funeraria. ¡Oh, tú nunca debiste participar en ese
cuantioso desfalco de urnas!

TEODULFO: ¡Soy inocente, pero si fuera culpable, de todos modos ya yo purgué mi culpa!

DOÑA TEODOSIA: Por eso debe ser que tenemos tanta hambre. Los purgantes dan mucho apetito. (*Llora*).

TEODULFO: Bastante castigo tengo con estar pasando hambre esta noche, mientras los ricos gozan bebiendo caviar. (*Tierno y evocador*). ¿Recuerdas que el año pasado todavía teníamos pianola?

DOÑA TEODOSIA: Sí... Poco a poco hemos ido saliendo de todo: el juego de sillas negras con pañito de pabilo en el espaldar, la lámpara de pitillos, el paño que decía buenos días, el frasco de ají de leche tapado con una tusa, el retrato del rey de Italia con marco de verada...

TEODULFO (*Llorando*): ¡Oh veleidosa fortuna!... De nuestro antiguo esplendor no quedaba sino la arepa que teníamos clavada detrás de la puerta, y esa me la comí esta mañana.

DOÑA TEODOSIA (*Con sentimiento*): ¿Y por qué no me diste la mitad, hijo jartón? Oh, Teodulfo, tú no amas a tu madre.

NARRADOR:

Y dejando a su madre sumida en la más honda tristeza, Teodulfo ha salido en dirección al puente del Guanábano, resuelto a ponerle fin a su espantosa situación. ¿Se tirará Teodulfo por el puente o le quitará las barandas para empuñarlas?... No deje de oír el próximo episodio de «Teodulfo el Miserable», una llantonovela venezolana original de...

AQUILES NAZOA

MÚSICA

¡Tan tan tan...! ¡PUM!

NARRADOR:

¡Mascapollo Escupil, el escritor que le llega a uno al páncreas!

UN SAINETE O ASTRAKÁN
DONDE EN SUBIDOS COLORES
SE LES MUESTRA A LOS LECTORES
LA TORTA QUE PUSO ADÁN

ACTO I

*El drama pasa en el cielo
y en los tiempos patriarcales
en que Adán era un polluelo
y el mundo estaba en pañales.*

*Al levantarse el telón
es San Miguel quien lo sube,
llega Dios en una nube
y así empieza la cuestión.*

DIOS:

¡Hecha la tierra y el mar
y el crepúsculo y la aurora,
me parece que ya es hora
de acostarme a descansar!

SAN MIGUEL:

¿Terminasteis el Edén?

DIOS:

Hombre, claro, por supuesto,
y aunque peque de inmodesto,
me parece que está bien.
Es sin duda lo mejor
de cuanto hasta hoy he creado:
tiene aire acondicionado
y un río en technicolor.

Y como el clima
lo favorece
todo allí crece
que es un primor:
se dan auyamas,
se dan chayotas
y unas papotas
de este color.

SAN MIGUEL:

A propósito, Señor,
empeñado en sostener
hoy con vos una entrevista,
por aquí estuvo el nudista
que fabricasteis ayer.

DIOS:

¿Nudista? Debe haber
alguna equivocación;
yo ayer hice el cigarrón,
el picure y el cochino,
pero ninguno anda chino,
todos tienen pantalón.

SAN MIGUEL:

Señor, olvidáis a Adán,
el animal de dos patas,
el que vive entre las matas
como si fuera Tarzán.

DIOS:

¡Ya recuerdo!... El ejemplar
que fabriqué con pantano
y a quien el nombre de humano
le di por disimular.

(Risueño)

La intención que tuve yo
fue fabricar un cacharro,
pero estaba malo el barro
y eso fue lo que salió.

SAN MIGUEL:

—Y bien, ¿hablaréis con él?

DIOS:

—Llamádmelo, por favor.

SAN MIGUEL *(At the telephone)*:

—¡Atención, operador!
Conecte con el Vergel
y avísele al tercio aquel
que lo llama el director.

OPERADOR:

Estés en tierra o en mar,
deja, Adán, cuanto te ate
y acomódate en el bate
que el Viejo te quiere hablar.

ACTO II

*Ahora pasa la acción
al jardín de El Paraíso,
donde Adán, ya sobre aviso
recibe al Viejo en cuestión.*

DIOS:

Adán, ¿qué quieres de mí?

ADÁN:

¡Oh Señor, qué he de querer,
que me consigas mujer
o que me saques de aquí!

DIOS:

¿No te gusta este lugar?

ADÁN:

Tiene magníficas cosas,
las frutas son deliciosas
y el clima muy regular,
tiene animales
de los más finos,
solo cochinos
hay más de cien.

Y en cuanto a plagas
esto es muy sano:
solo hay gusano,
chipo y jején.

Pero aunque no igual
ni en belleza ni en salero,
mientras yo viva soltero
le falta lo principal.

DIOS:
Entonces no hay más que hablar.
Si quieres una señora,
ponte de rodillas, ora,
y acomoda el costillar.

*(Tras esta declaración
y sin conversarlo mucho
pela Dios por un serrucho
y empieza la operación.)*

DIOS:
¡Hágase en un santiamén
la criatura encantadora
que va a coger desde ahora
por el mango la sartén!

*(Y del costado de Adán
sale su joven esposa:
la joven pecaminosa
de quien los siglos dirán*

*que por estar de golosa
perdió el perro y perdió el pan.)*

ACTO III

*Adán se casó con Eva
y con sus pocos ahorros
se compraron dos chinchorros
y alquilaron una cueva.*

*Y a la siguiente semana
ya arreglados sus asuntos,
salieron a darle juntos
una vuelta a la manzana.*

*Y fue en aquella ocasión,
fue en aquel triste minuto,
cuando encontraron el fruto
que causó su perdición.*

EVA:

¿Qué fruta es esa
color granate?
¿Será tomate?
¿Será mamón?

ADÁN:

Ni son naranjas
ni son limones.

EVA:
¿Y pimentones?

ADÁN:
¡Tampoco son!

EVA:
La mata en su ramazón,
a la de almendrón imita.

ADÁN:
¿Almendrón? ¡Qué va, mijita!
¡Yo conozco el almendrón!

*(Eva se acerca al manzano,
pero al estar junto a él,
con un machete en la mano
la detiene San Miguel.)*

SAN MIGUEL:
Si no queréis que lejos
os boten del jardín
oíd estos consejos
que os doy en buen latín.
Podéis comer caimito,
batata y quimbombó,
cambur y cariaquito,
¡pero manzana no!
Y el que haga caso omiso
de tal prohibición,
saldrá de El Paraíso
lo mismo que un tapón.

*(Se evapora San Miguel
y entonces sale una fiera
semejante a la manguera
de una bomba Super-Shell.)*

MANGUERA:
No le hagas caso, mujer,
si quieres comer manzanas
no te quedes con las ganas,
que nadie lo va a saber.

*(Y al probar Eva el sabor
del fruto que tanto ansiaba,
se vuelve pájara brava,
por no decir lo peor.)*

EVA:
¡Quiero joyas
y oropeles!
¡Quiero pieles
y champán!
¡Quiero viajes
por Europa!
¡Quiero sopa
de faisán!
¡Quiero un novio
que se vista!
¡No un nudista
como Adán!

*(Aplauda alegre el reptil.
Eva baila con un oso*

*y Adán está más furioso
que un loco en ferrocarril.)*

ACTO IV

*Sale Adán junto a la fuente
jugando con una rana,
diversión intrascendente
muy propia de un inocente
que no ha comido manzana.*

*Y es aquí cuando Eva llega
con un traje tan conciso,
que se le ve El Paraíso
por la parte de La Vega.*

EVA:

Adán, ¿por qué tan callado?
Dime, amor, ¿qué te resiente?

ADÁN:

Que entre tú y esa serpiente
me tienen muy disgustado.

EVA:

¡Pero si todo es en chanza!
¡y esa culebra es tan mansa
como el caballo y la cebra!

ADÁN:

Pero para ser culebra
le has dado mucha confianza.

(Llorando)

Yo soy tu burla, tu guasa,
y en cambio con la serpiente,
te muestras tan complaciente
que ella es quien manda en la casa.

(Filosófico)

¡Eso es lo triste y lo cruel
de la amistad con culebra,
que si uno les da una hebra
cogen todo el carretel!

EVA:

Bueno, Adán, aquí hay manzana.

ADÁN:

¡No quiero!

EVA:

¿Por qué, negrito?

ADÁN:

¡Porque no tengo apetito
ni me da mi perra gana!

EVA:

Un pedacito... Sé bueno...
Pruébala... ¡Sabe a bizcocho!

ADÁN:

No puedo. Comí topocho
y a lo mejor me enveneno.

*(Furiosa, escupiendo plomo,
Eva coge un arma nueva
y antes de que Adán se mueva
se la sacude en el lomo.)*

EVA:

¡Vamos, Adán, no más plazos!
Aquí tienes dos docenas:
¡Te las comes por las buenas
o te las meto a escobazos!

ADÁN:

Bueno, sí, voy a comer:
pero no arriesgues tu escoba,
mira que el palo es caoba
y es muy fácil de romper!

*(Y arrodillándose allí,
como un moderno cristiano,
coge la fruta en la mano
se la come y dice así):*

ADÁN:

¡Por testigo pongo a Dios
de que si comí manzana,
la culpa es de esta caimana
pues me puso en tres y dos!

(Come llorando.)

LA VOZ DE DIOS:

Pues transgredisteis así
mis órdenes oficiales.
¡Amarrad los macundales,
y eso es saliendo de aquí!

AUTOR:

Y así acaba el astrakán
donde en subidos colores
se les mostró a los lectores
la torta que puso Adán.

VENEZUELA LIBRE ASOCIADA O LA GENERACIÓN DEL 5 Y 6

Nos encontramos en los aristocráticos salones del club campestre Los Cuartillos, la tarde de un domingo. En el salón de recreo, algunos de los miembros más distinguidos juegan dominó. Todos están sin saco, con el sombrero puesto, las elásticas caídas sobre los fondillos, los pantalones desabrochados a la altura de la barriga y un cigarro detrás de la oreja. En la biblioteca y discoteca —llamada también *billoteca* y *discotea* por los miembros más nuevos— hay una motorola que toca un concierto de música clásica a base de «Júrame», la *Serenata* de Schubert y «Estrellita» en inglés. Por todas partes se ven educativas tablitas que dicen: «Se prohíbe escupir en las matas», o bien: «Sea decente. No bote cabos de tabaco en la piscina». De paso para el jardín viene una tal Cuchi, dama bastante antigua, más cursi que mondongo en copita y fea como el cará. Como hoy es uno de los días señalados por el reglamento del club para que sus miembros vistan el traje típico venezolano, la tal Cuchi lleva una sencilla indumentaria criolla, consistente en unas alpargatas blancas de esas que dicen «Souvenir of Venezuela», unos pantalones de los llamados pescadores y una cotica bordada con motivos tropicales. Con todo lo cual, lo que Cuchi parece no es precisamente una persona decente, sino un «pato» disfrazado de apache. Cerca de ella hay otras dos socias del aristocrático club que en ese momento

se ponen los sombreros de sus maridos para retratarse con ellos puestos y haciendo una venia militar. Hecha la fotografía, las espirituales consocias siguen paseando. Una de ellas ve a Cuchi y da un brinquito de sorpresa.

—¡Ay!, me privo: Ahí está Cuchi Hueleperro... ¡Jaló, Cuchi!

—¡Plasty! No me digas que eres tú. ¿Y ese milagro tú en el clús?

—Guá, con William Guillermo, que está antojadísimo de comerse unas caraotas con langosta. Tú sabes que él se chifla por la comida criolla.

—¿Y dónde está ese sanababiche? No lo veo desde Mayami Flórida.

—Fue hasta la casa un momento en el carro. Figúrate que vino con intenciones de darse un baño en la piscina, y tuvo que devolverse porque se le olvidó el jabón... ¿Y ustedes no se conocen?

—Cómo no, niña... ¿Usted no es la cuñada del doctor Peter Pérez?

—No, usted me confunde con Puppy. Yo soy Ñoñi.

—¿Ñoñi? Yo tengo una sobrinita haciendo el jai escul en Canadá, que también se llama Ñoñi. Qué confianza, ¿verdad? ¿Y qué está haciendo Peter ahora?

—Sigue en París. En la última carta nos decía que pensaba dictar una transferencia en la Universidad de Las Hormonas.

—Ay, eso es fantástico. ¿Y sobre qué versaba la coincidencia?

—Guá, sobre antropología. Usted sabe que él se graduó de antropófago.

—Niña, ese Peter es inmortal. Cuando yo estuve en Europa, puede decirse que pasamos todo el año santo

juntos. Primero fue en París... Me meto en el Museo de la Ubre, y con el primero que me encuentro es con Peter.

—Ah sí, él nos mandó la fotografía que se sacaron junto a la Momia Luisa.

—Bueno, después nos volvimos a encontrar en Roma cuando fuimos a visitar las cacatumbas. La última vez que lo vi fue en la canal...

—¿En la canal? ¿Y qué hacían ustedes en una canal, Cuchi?

—Guá, niña, en la Canal de Venecia. ¿No te acuerdas que te mandé una postal diciéndote que había paseado en gondola y todo?

—Ah, cómo no. Sí hombre, si Freddicito me contó que hasta tuviste un romance con el hombre que manejaba la gondola.

—Ay sí. Esos bandoleros son muy románticos.

—A propósito de romántico: ¿quieres ir esta noche al concierto de Elena Rubinstein?

—No, gracias. Yo nunca voy a conciertos. A mí no me gusta dormir fuera de casa. Además, tú sabes que en casa tenemos piano.

En ese momento, de un cercano cocotero se desprende un enorme coco. Y habiendo abajo tantos nuevos ricos dignos de un buen cocazo, el contundente fruto va a caer directamente —oh justicia divina, dónde estás— en la cabeza de un inocente mesonero.

SENCILLAMENTE ANIMALES

LA HISTORIA DE UN CABALLO QUE ERA BIEN BONITO

Homenaje a Claudio Castillo

Yo conocí un caballo que se alimentaba de jardines. Todos estábamos muy contentos con esta costumbre del caballo; y el caballo también, porque como se alimentaba de jardines, cuando uno le miraba los ojos las cosas se veían de todos los colores en los ojos del caballo.

Al caballo también le gustaba mirarlo a uno con sus ojos de colores, y lo mejor del asunto es que en los ojos de ese caballo que comía jardines se veían todas las cosas que el caballo veía, pero claro que más bonitas porque se veían como si tuvieran siete años. Yo a veces esperaba que el caballo estuviera viendo para donde estaba mi escuela. Él entendía la cosa y veía para allá, y entonces mi hermana Elba y yo nos íbamos para la escuela a través de los ojos del caballo.

¡Qué caballo tan agradable!

A nosotros cuando más nos gustaba verlo era aquellos domingos por la mañana que estaban tocando la retreta y ese caballo de colores llegaba por ahí vistiéndose de alfombra por todas partes que pasaba.

Yo creo que ese caballo era muy cariñoso. Ese caballo tenía cara de que le hubiera gustado darle un paseíto a uno, pero quién se iba a montar en aquel pueblo en un caballo como ese, pues a la gente de ahí le daba pena; ahí nadie tenía ropa aparente.

Cómo sería de bonito ese caballo que con ese caballo fue que se alzó Miranda contra el gobierno porque se inspiró en el tricolor de sus labios y en el rubio de sus ojos.

Ese caballo sí se veía bonito cuando estaban tocando ahí esa retreta y el señor presidente de la Sociedad de Jardineros lo traía para que se desayunara con la plaza pública.

Qué caballo tan considerado. Ese caballo podía estar muy hambriento, pero cuando los jardineros lo traían para que se comiera la plaza, él sabía que en el pueblo había mucha gente necesitada de todo lo que allí le servían, y no se comía sino a los músicos.

Y los músicos, encantados. Como el caballo estaba lleno de flores por dentro, ellos ahí se sentían inspirados y se la pasaban tocando música dentro del caballo.

Bueno, y como el caballo se alimentaba de jardines y tenía todos los colores de las flores que se comía, la gente cuando pasaba por ahí y lo veía esperando que los jardineros le echaran su comida, decían: míreme ese caballo tan bonito que está ahí espantándose las mariposas con el rabo.

Y el caballo sabía que decían todo eso, y se quedaba ahí quietecito sin moverse para que también dijeran que aquel caballo era demasiado bonito para vivir en un pueblo tan feo, y unos doctores que pasaron, lo que dijeron es que lo que parecía ese caballo es que estaba pintado en el pueblo.

¡Así sería de bonito ese caballo!

Todo el mundo era muy cariñoso con aquel caballo tan bonito, y más las señoras y señoritas del pueblo, que estaban muy contentas con aquel caballo que se alimentaba de jardines. ¿No ve que como consecuencia de aquella alimentación lo que el caballo echaba después por el culito eran rosas?

Así, cuando las damas querían adornar su casa o poner un matrimonio, no tenían más que salir al medio de la calle y recoger algunas de las magníficas rosas con que el caballo le devolvía sus jardines al pueblo. Una vez en ese pueblo se declaró la guerra mundial, y viendo un general al hermoso caballo que comía jardines, se montó en él y se lo llevó para esa guerra mundial que había ahí, diciéndole: mira, caballo, déjate de jardines y maricadas de esas y ponte al servicio de tal y cual cosa, que yo voy a defender los principios y tal, y las instituciones y tal, y el legado de yo no sé quién, y bueno, caballo, todas esas lavativas que tú sabes que uno defiende.

Apenas llegaron ahí a la guerra mundial, otro general que también defendía el patrimonio y otras cosas así, le tiró un tiro al general que estaba de este lado de la alcabala, y al que mató fue al caballo que se alimentaba de jardines, que cayó a tierra echando una gran cantidad de pájaros por la herida, porque el general lo había herido en el corazón.

La guerra por fin tuvo que terminarse porque si no, no hubiera quedado a quién venderle el campo de batalla.

Después que terminó la guerra, en ese punto en que cayó muerto el caballo que comía jardines la tierra se cubrió de flores.

Una vez que venía por ahí de regreso para su pueblo uno que no tenía nombre y estaba muy solo y había ido a recorrer mundo buscando novia porque se sentía bastante triste, ¿no ve que le mataron hasta el perro con eso de la defensa de los principios y tal?, y no había encontrado novia alguna porque era muy pobre y no tenía ninguna gracia, al ver ese reguero de flores que había ahí en el campo donde había muerto el caballo que comía jardines, el hombre cogió una que era muy de su gusto y se la puso en el pecho.

Cuando llegó al pueblo encontró a su paso a una muchacha que al verlo con su flor en el pecho, dijo para ella misma: qué joven tan delicado que se pone en el pecho esa flor tan bonita. Hay cosas bonitas que son bien tristes también, como esa flor que se puso en el pecho ese señor que viene ahí. Ese debe ser una persona muy decente y a lo mejor es un poeta.

Lo que ella estaba diciendo dentro de ella sobre ese asunto el hombre no lo escuchó con el oído, sino que como lo oyó fue con esa flor que tenía en el pecho.

Eso no es gracia; cualquiera puede oír cosas por medio de una flor que se haya puesto en el pecho.

La cuestión está en que uno sea un hombre bueno y reconozca que no hay mayores diferencias entre una flor colocada sobre el pecho de un hombre y la herida de que se muere inocentemente en el campo un pobre caballo.

Qué iba a hacer, le regaló a aquella bonita muchacha la única cosa que había tenido en su vida, le regaló a la muchacha aquella flor que le servía a uno para oír cosas: ¿quién con un regalo tan bueno no enamora inmediatamente a una muchacha?

El día que se casaron, como el papá de ella era un señor muy rico porque tenía una venta de raspado, le regaló como 25 tablas viejas, dos ruedas de carreta y una moneda de oro.

Con las veinticinco tablas el hombre de la flor se fabricó una carreta y a la carreta le pintó un caballo, y con la moneda de oro compró una cesta de flores y se las dio a comer al caballo que pintó en la carreta, y ese fue el origen de un cuento que creo haber contado yo alguna vez y que empezaba: «Yo conocí un caballo que se alimentaba de jardines».

LAS LOMBRICITAS

Mientras se oía
desde una rosa
la deliciosa
marcha nupcial
que con sus notas
creaba un ambiente
completamente
matrimonial.

Dos lombricitas
de edad temprana,
cierta mañana
del mes de abril
solicitaron
en la pradera
al grillo que era
jefe civil.

Al punto el grillo
con dos plumazos
ató los lazos
de aquel amor.
Las lombricitas
se apechugaron
y se mudaron
para una flor.

Tras una vida
dulce y risueña,
con la cigüeña
las premió Dios.
Y cuando abrieron
las margaritas,
las lombricitas
ya no eran dos.
La primorosa
recién nacida
pasó la vida
sin novedad.

Y al cuarto día
de primavera
ya casi era
mayor de edad.
Quiso ir entonces
a una visita,
y su mamita
le dijo —¡No!
Mas de porfiada,
salió a la esquina
y una gallina
se la comió.

ODA A LA CUCARACHA

Ya que no hay en el mundo quien te quiera
yo te canto, animal de chocolate
que emigraste del viejo escaparate
porque ya no los hacen de madera.

Las damas otoñales de hoy en día,
tan otoñales como vivarachas,
son tus hermanas en coquetería
pues en su afán de parecer muchachas
tapizadas de polvo y crema fría
se ponen como ciertas cucarachas:
las cucarachas de panadería.

Como hay contigo cosas muy afines
y eres pequeña, oscura y tan versátil,
yo he visto, cucaracha, botiquines
donde te han confundido con un dátil.

Eres un animal interesante
pues con solo mover tus dos alitas
acabas, entre gritos y al instante,
con una agrupación de señoritas.
Y tienes vocación de congresante
porque te gustan mucho las levitas.

A cosas dulces, de muy buena gana,
la gracia de tu nombre les concedes
(me refiero a la rumba mexicana
según la cual ni caminar tú puedes).

Dondequiera que estás juegas la vida:
te asfixias en hedionda naftalina,
y si corres buscando una salida
el hombre a chancletazos te asesina.
Luego al corral escapas perseguida
y allí te espera el otro insecticida,
el más feroz de todos, la gallina.

Y aunque te busquen con aviosos fines,
ni procuras vengarte, ni te ofendes,
pues tú, Cucarachita, tan Martínez,
no eres parienta de Martínez Méndez.

1943

FÁBULA CON LORO

A la fuerza bruta del toro
quiso oponer el loro
«la desarmada fuerza de la idea»,
y apenas comenzada la pelea,
aunque vertió sapiencia por totumas,
del loro no quedaron ni las plumas.

Así muy noble, justa y grande sea,
si no tiene a la mano algo macizo,
por sí sola, lector, ninguna idea
sirve para un carrizo.

EL OCASO DE LOS LOROS

Cuando yo era muchacho todavía
—y de esto hace ya tiempo; no lo ignoro—
recuerdo que en Caracas no existía
un solo hogar en que no hubiera un loro.

Mas pasaron los años, y hoy en día
—de solo recordarlo casi lloro—
ya no hay ni la mitad de los que había:
¡todos han hecho mutis por el foro!

Poco a poco la escoba del destino
con la implacable saña de un felino
los ha ido abatiendo en sus estacas.

Y el resultado de esto, oh caraqueños,
es que para descanso de sus dueños,
¡ya no quedan ni loros en Caracas!

EXALTACIÓN DEL PERRO CALLEJERO

Ruin perro callejero,
perro municipal, perro sin amo,
que al solo aguacero
transitas como un gamo
trocado por la sarna en cachicamo.

Admiro tu entereza
de perro que no cambia su destino
de orgullosa pobreza
por el perro fino,
casero, impersonal y femenino.

Cuya vida sin gloria
ni desgracia, transcurre entre la holgura,
ignorando la euforia
que encierra la aventura
de hallar de pronto un hueso en la basura.

Que si bien se mantiene
igual que un viejo lord de noble cuna,
siempre gordo, no tiene
como tú la fortuna
de dialogar de noche con la luna.

Mientras a él las mujeres
 le ponen cintas, límpianle los mocos,
 tú, vagabundo, eres
 —privilegio de pocos—
 amigo de los niños y los locos.

Y en tanto que él divierte
 —estúpido bufón— a las visitas,
 a ti da gusto verte
 con qué gracia ejercitas
 tus dotes de donjuán con las perritas...

Can corriente y moliente,
 nombre nadie te dio, ni eres de casta;
 mas tú seguramente
 dirás iconoclasta:
 —Soy simplemente perro, y eso basta.

La ciudadana escena
 cruzas tras tu dietético recurso.
 libre de la cadena del perro de concurso
 que ladra como haciendo algún discurso.

Y aunque venga un tranvía,
 qué diablos, tú atraviesas la calzada
 con la filosofía
 riente y desenfrenada
 del que a todo perder, no pierde nada.

EL PERRO DE AL LADO

Pared por medio al salón
donde a trabajar me encierro,
tiene mi vecina un perro
que va a ser mi perdición.
Practica el perro en cuestión
la costumbre singular
de que le basta escuchar
que yo a trabajar me siento
para armar un aspaviento
que no se puede aguantar.

Mientras yo no lo importuno
permanece él tan callado
que parece que ahí al lado
no hubiera perro ninguno.
Mas después del desayuno,
cuando me siento a escribir,
rompe entonces a latir
en tal forma ¡el muy marrajo!
que del cuarto en que trabajo
me obliga el perro a salir.

Gracias al perro en cuestión,
cuanto trabajo acometo

¡tengo que hacerlo en secreto
como si fuera un ladrón!
Pues apenas el bribón
oye que muevo el papel,
se pone como un chirel
a dar aullidos y gritos,
y eso que yo en mis escritos
nunca me meto con él.

Y es lo curioso, lector,
que mientras a mí me ladra
y el cacumen me taladra
con sus muestras de furor,
la otra noche un malhechor
entró a donde el perro habita,
de su rápida visita
se llevó hasta una ponchera,
y el perro ¡quién lo creyera!
no echó ni una ladradita.

EL PERRO SARNOSO

Este pobre animal, antes obeso,
hoy parece un inglés con paludismo;
se vio al espejo y se mordió a sí mismo
creyendo que era un hueso.

Se dispersan los grupos si él se arrima
y él sigue su camino, tristemente,
añorando caricias que la gente
ya no le da porque le tiene grima;
él ya no es perro sino, escasamente,
cuatro patas con una sarna encima.

Yo le he visto pasar
muerto de hambre, muriéndose de sed,
tan débil que no puede caminar;
y para no caer, si va a ladrar
tiene que recostarse a la pared.

Allá estaba, ladrándole a la luna;
su mirada era triste y era amarga,
como de gran dolor enorme carga
y era una
y era una
y era una sola sarna larga...

A UN PERRITO QUE ME MORDIÓ ANTIER

Yo no practico, ¡oh perro!, la venganza,
pero en esta ocasión, a mi manera,
de Aquiles vengador la hiriente lanza
para puyarte a ti blandir quisiera,
pues colgajos creyéndolos de panza
o acaso medallones de ternera
anteayer tus diabólicos colmillos
clavar osaste, ¡oh perro!, en mis fondillos.

No es el dolor, ¡oh perro!, ni es la ira
ni tampoco el rencor lo que me impele
a que hoy tuerza las cuerdas de mi lira
y cual látigo usándolas te pele,
pues tu mordisco fue, si bien se mira
un mordisco trivial que ni me duele;
pero me duelen, sí, mis pantalones,
y en su nombre te escribo estos renglones.

Jamás varón alguno, que yo sepa,
de todos los que inscribe mi linaje,
ni aun cuando jugaban palmo y pepa,
rodeados de famélico perraje,
o enfrentaban, buscándose la arepa
perros de variadísimo pelaje,

jamás ninguno fue, vuelvo y repito,
atacado por perro ni perrito.

Tal nuestro orgullo fue y nuestra presea
en el deporte igual que en el trabajo;
mas llegas tú de pronto con la idea
de que solomo soy o bien tasajo,
y de un solo empellón, maldita sea,
toda una tradición echas abajo:
¡Gracias a ti y al diablo que te auxilia,
soy el primer mordido en la familia!

Yo consagré a los perros más de un canto,
yo en más de una ocasión, con voz canora,
le supliqué a San Roque, vuestro santo,
que os tendiera su mano protectora:
hoy os quiero también, pero no tanto,
pues si os tuve por buenos hasta ahora,
hoy os encuentro, ¡oh perros!, tan cretinos
que prefiero a los dóciles cochinos.

Contempla, pues, ¡oh perro!, lo que has hecho:
al hundir en mis glúteos tus colmillos
no solo, como he dicho, me has deshecho
una vasta porción de los fondillos,
sino que a suponer me das derecho
que son todos los perros unos pillos...
¡Todo esto por morderme a mí, tan seco,
habiendo en este mundo tanto adeco!

PEQUEÑO CANTO AL BURRO

¡Oh burro, noble hermano!
permíteme que ahora que me aburro
buscando un tema en vano,
a modo de susurro
te dedique un pequeño Canto al Burro.

Feliz tú que, callado,
miras cómo la vida se desliza,
y si el arriero airado
unos palos te atiza,
soportas en silencio tu paliza.

Para más de un idiota
tu nombre constituye un serio agravio
y casi nadie nota
que pese a tal resabio,
más vale un burro bueno que un mal sabio.

Tú no haces el ridículo:
si por buscarte pleito alguien la da,
tú en lugar de un artículo
que nadie leerá
le sueltas dos patadas y ya está.

Ahí vuelves del trabajo,
cansado, soñoliento, medio cojo,
y ahora, cabizbajo,
vas sin ningún enojo
a buscar tu poquito de malojo.

Yo desde aquí te miro,
mientras en pos de un tema a ti recurro
y desde mi retiro
me digo en un susurro:
¡quién fuera como tú, querido burro!

Mi próximo poema
para ti, será mucho más bonito:
por hoy, por darme el tema
para el presente escrito,
¡mil gracias, queridísimo burrito!

FÁBULA DE LA AVISPA AHOGADA

La avispa aquel día
desde la mañana,
como de costumbre
bravísima andaba.
El día era hermoso
la brisa liviana;
cubierta la tierra
de flores estaba
y mil pajaritos
los aires cruzaban.

Pero a nuestra avispa
—nuestra avispa brava—
nada le atraía,
no veía nada
por ir como iba
comida de rabia.
«Adiós», le dijeron
unas rosas blancas,
y ella ni siquiera
se volvió a mirarlas
por ir abstraída,
torva, ensimismada,
con la furia sorda
que la devoraba.

«Buen día», le dijo
la abeja, su hermana,
y ella que de furia
casi reventaba,
por toda respuesta
le echó una roncada
que a la pobre abeja
dejó anonadada.

Ciega como iba
la avispa de rabia,
repentinamente
como en una trampa
se encontró metida
dentro de una casa.
Echando mil pestes
al verse encerrada,
en vez de ponerse
serena y con calma
a buscar por dónde
salir de la estancia,
¿sabéis lo que hizo?
¡Se puso más brava!
Se puso en los vidrios
a dar cabezadas,
sin ver en su furia
que a corta distancia
ventanas y puertas
abiertas estaban;
y como en la ira
que la dominaba
casi no veía

por dónde volaba,
en una embestida
que dio de la rabia,
cayó nuestra avispa
en un vaso de agua.
¡Un vaso pequeño
menor que una cuarta
donde hasta un mosquito
nadando se salva!...

Pero nuestra avispa,
nuestra avispa brava,
más brava se puso
al verse mojada,
y en vez de ocuparse
la muy insensata
de ganar la orilla
batiendo las alas
se puso a echar pestes
y a tirar picadas
y a lanzar conjuros
y a emitir mentadas,
y así poco a poco
fue quedando exhausta
hasta que furiosa,
pero emparamada,
terminó la avispa
por morir ahogada.

Tal como la avispa
que cuenta esta fábula,
el mundo está lleno
de personas bravas,
que infunden respeto
por su mala cara,
que se hacen famosas
debido a sus rabias
y al final se ahogan
en un vaso de agua.

CANCIÓN DE LA GALLINA

En el corral, sentado,
vi una gallina ayer bastante fina,
y fue tan de mi agrado
que casi a la sordina
le escribí esta «Canción a la gallina».

¡Oh gallina inocente,
calla tu cacareo detonante
que a tantísima gente
le resulta chocante,
y a escuchar mi canción ven un instante!

Yo te admiro, ¡oh gallina!,
yo admiro en ti el afán con que procuras,
sin dejar de ser fina,
sacar de la basura
las más apetitosas sabrosuras.

Ducha en sacar provecho
de lo que sucio esté, sin ensuciarte,
y de cualquier desecho
que a tu pico se ensarte,
¡allí, gallina, es donde está tu arte!

Pudriciones exhumas,
pero con tal cuidado las escarbas,
que en ellas pescas rumas
de granitos y larvas
sin que te salpiquen ni las barbas.

Yo he visto, en cambio, humanos
que escarbando también como los buenos
pestíferos pantanos
e infecciosos terrenos,
¡se ensucian mucho más y sacan menos!

LA GALLINA PARLANTE

Viendo lo bien que el loro la pasaba
tan solo porque hablaba
—cosa que ella miraba con inquina—,
trató de hablar también una gallina.

Y con este deseo,
tras de aprender del loro el parloteo,
un día, de manera inesperada,
en vez del consabido cacareo
soltó una lenguarada.

Mas no bien iniciar quiso su charla,
cuando exclamó una vieja al escucharla:
—¿Una gallina hablando? ¡Voto al Nuncio!
¡Esto es de fin de mundo un claro anuncio!

Y tras un breve rezo,
en que invocó a los santos de rutina,
agarró a la gallina
y le torció el pescuezo.

DIFERENCIA ENTRE LA CORTE DE LUIS XVI Y UNA GALLINA

Hay una gallina
norteamericana
que a la ciencia yanki
tiene alborotada,
pues es la gallina
sin duda más rara
que ha visto la especie
de las gallináceas.

No sé si es piroca,
no sé si es enana,
no sé si es papuja,
no sé si es jabada.
(¡Dirán los lectores
que yo no sé nada!)

Lo cierto es que dicen
que al ave de marras,
queriendo su dueño
comérsela horneada,
cortóle el pescuezo
y así degollada,
en un calderito
la dejó tapada,

tal vez para luego,
venir a pelarla.

Algunos minutos
dejó que pasaran
y cuando ya estuvo
bien caliente el agua,
volvió al sitio donde
la gallina estaba.

Mas, ¡vaya sorpresa!,
qué cosa tan rara,
cuando del caldero
levantó la tapa,
vio que allí no había
gallina ni nada.

¿Qué es esto? —se dijo—
¿Qué es esto, caramba?
¿Quién fue el vagamundo
que me echó esa lava?
Yo no tengo perro,
yo no tengo gata,
yo no tengo zorro,
yo no tengo nada;
lo que tengo es novia
y es vegetariana.

¡Como un detective
por toda la casa,
jorungó cajones,
registró las camas,

levantó la alfombra,
rajó las almohadas,
y no halló ni huellas
del ave extraviada!

Compungido entonces,
al corral se marcha,
y allí de sorpresa
casi se desmaya,
pues la tal gallina
que por muerta daba,
no estaba tan muerta
como él la dejara:
así, sin cabeza,
sin pico ni nada,
la bicha, señores,
no solo escarbaba,
sino que la bicha
también cacareaba.

No ha habido en el Mundo
gallina tan rara:
el cuello le cortan
y sigue encantada.

En cambio, lo mismo
le hicieron en Francia
a toda una Corte
con todo y monarca,
¡y a los diez minutos
nadie cacareaba!

FÁBULA CON ZORRO Y GALLINITA

Viendo una gallinita enfermo a un zorro,
acudió conmovida en su socorro.

Y lo trató tan bien
que el zorro se curó en un santiamén.

Y el final fue que el zorro de este cuento
dio una fiesta exquisita
y celebró su restablecimiento
comiendo gallinita.

FÁBULA DEL RABIPELADO

Al verse el rabo un día
cierto rabipelado
sintió un incontenible desagrado
observando cuán feo lo tenía.

Y en rápida visita
fue a pedirle prestado el de la ardita,
la cual ante su ruego
accedió con un fino: —Desde luego....

—¡Me queda como un clavo!,
dijo el rabipelado muy contento,
y dándole las gracias fue al momento
a mostrárselo a su esposa el nuevo rabo.

Mas la rabipelada
que no estaba del préstamo enterada
al verlo con el rabo de la ardita,
se asustó de tal modo, pobrecita,
que tomando al marido
por algún animal desconocido,
lo acometió de un brinco, y con fiereza
lo mató de un mordisco en la cabeza.

El cuento que aquí copio
nos demuestra, lector, que bien mirado,
más vale feo y propio
que bonito y prestado.

ROMANCILLO DE LA MOSCA

—Buenos días, buenos días.
¿Qué hacéis por este lugar?
—Estoy buscando una mosca
y no la puedo encontrar.
Ella se llama Rosita
tiene quince años de edad,
una trompita delante
y un rabito por detrás;
donde quiera que se para
pone un puntico final,
y viste un vestido negro
que no se quita jamás,
porque esa mosquita es
más cochina que el cará...

Salió anoche para el cine
del brazo de su galán,
un mosquito muy buen mozo
de la mejor sociedad
que a las seis vino a buscarla
y se la llevó a pasear.
Dijeron que iban primero
a ver «Forever Ambar»
después a beber fresco
al mercado principal.

—¿Refreshar con este frío
que baja de Galipán?
¿Atreverse a tomar fresco
con este clima polar?
puede que no le mintieran
tal vez dijeran verdad,
pero en cuanto a mí, le digo
que esto me huele muy mal.
Mosquito no toma fresco,
no hay que dejarse engañar.
Si en los frescos de guarapo
uno los ve aterrizar,
no es beber lo que allí quieren,
es que se quieren bañar
para ponerse bien bellos
y salir luego porái
engañando a las mosquitas
que se dejan engañar.

Y aquí termina el romance
de la mosquita inmoral
que se fue con un mosquito
diciéndole a su mamá
que iban a tomarse un fresco
al mercado principal,
y esta es la hora en que nadie
sabe por dónde andarán.

SECCIÓN EXCLUSIVA DE NOTAS SOCIALES PARA LA SEMANA DE LOS ANIMALES

El loro que compraron los García
dijo ayer su primera grosería.
Mejora de un reciente zapatazo
la gata de Parménides Otazo.
La gallina Cló-Cló de esta ciudad
presentó anoche un huevo en sociedad.
El mono de Pompilio Maldonado
salió de gira ayer por el tejado.
Reina júbilo unánime en Los Teques
por el baile mensual de los tuqueques.
Está constituyéndose en Caracas
el Comité Benéfico de Vacas.
Para el próximo mes es muy seguro
que se funde la Casa del Zamuro.
El quince inauguró su primer poste
el perrito de Antonia Picatoste.
El caballo de Chucha Regalado
fue visto en cierta fiesta muy dopado...
La culebra viejita que tienen los Bolaños
cumplirá esta semana sus primeros cien años.
El morrocoy de Arístides Palencia
inauguró una nueva residencia,
pues cambió su anterior vivienda rústica
por una concha acústica.
Y es bueno que terminen los sociales
en que solo se trata de animales.

CONSIDERACIONES ACERCA DE LA EDUCACIÓN DE LOS COCHINOS

Fragments de una ponencia presentada en la Convención
Nacional de Medicina Veterinaria.

Señores de la asamblea:
permitid que aunque yo sea
solo un hijo de vecino,
os dé una ligera idea
sobre la noble tarea
que es educar un cochino.

Apenas nazca el pichón,
se pone en observación,
a fin de determinar
a dónde se ha de orientar
su futura vocación.

Pues cabe aquí recordar
que hay de cochinos la mar
que no pasan del chiquero
por culpa de un cochinero
que no los supo educar.

Decirlo causa pavor
pero aunque nos dé dolor

reconocer nuestro yerro,
menos sabroso es el perro
y lo educamos mejor.

Pero mi tema es porcino;
volvamos, pues, al camino
dejado atrás hace rato
y expliquemos de inmediato
cómo se educa un cochino.

El cuidado principal
se refiere a lo social,
y es enseñarle primero
a que cuide con esmero
su apariencia personal.

Hay que ponerle atención
si mostrara inclinación
a andar siempre empantanado,
pues cochino desaseado
no llega ni a chicharrón.

Hay que inculcarle, señores,
que las tres prendas mejores,
después de la inteligencia,
son el amor, la obediencia
y el respeto a los mayores.

Hay que infundirle la idea
de que, por macho que él sea,
debe hablar con mucho esmero,

porque no hay cosa tan fea
como un cochino grosero.

También se le ha de imponer
el sentido del deber
y enseñarle desde chico
a que se lave el jocico
cuando acabe de comer.

Que si va a un baile o coctail
de gentes de otro nivel,
ninguna protesta emita
cuando alguna señorita
se niegue a bailar con él.

Pues según la educación
que se le imparta a un lechón
desde que mama chupón
hasta que ya está rollizo,
unos son para chorizo
y otros son para jamón.

COCHINOS TRISTES

Desde Villa de Cura, estado Aragua
una nota periodística nos llega,
informándonos de algo que es, sin duda,
para aguarle los ojos a cualquiera.
Y es que desde hace días
se ha presentado un mal en esta tierra
que ataca el corazón de los cochinos
y acaba por matarlos de tristeza.

El origen del morbo
no se sabe cuál sea,
pues ni criadores ni veterinarios
han visto cosa igual hasta la fecha.
Solamente se sabe que el cochino,
cuando tan rara enfermedad le pega,
se pone tan sensible,
que llora por las cosas más zoquetas.

Su proverbial sonrisa
en rictus melancólico se trueca,
se dedica a leer a Julio Flórez;
con claveles de muerto se alimenta
y va a los cementerios mucho, mucho,
como Garrick buscando la receta.

Y así hasta que una noche,
 una noche, señores, toda llena,
 el cochino se encierra en su despacho,
 saca un araguaney de la gaveta,
 y haciendo un lanzamiento a la australiana,
 se lo deja caer en la cabeza.

La cuestión, como veis, es peliaguda.
 ¿Qué enfermedad tan rara será esa
 que a los cochinos de Villa de Cura
 convierte en personajes de novela?
 ¿Será acaso huevito,
 mal que ataca al cochino en las orejas
 y que se extiende luego hasta la trompa
 y al fin, lo mata del dolor de muelas?

Pero no; yo estudié veterinaria
 y aunque no soy muy ducho en esa ciencia,
 me consta que cochino con huevito
 no es igual que cochino con tristeza.

Y si del mal ignórase hasta el nombre,
 menos habrá quien sepa
 con qué puede curarse, y, sin embargo,
 yo creo haber hallado la receta.

Y es que, considerando que los síntomas
 son todos de tristeza,
 ¿por qué los ciudadanos de La Villa
 no invitan sus cochinos a una fiesta?

CONVERSACIÓN CON UN COCHINO

Cochino, buenos días.
Cochino, ¿cómo estás?
¿Qué me cuentas, cochino?
¿Qué novedades hay?
¡Espera! No te asustes:
no te vengo a matar.
Acércate, cochino:
cochino, ven acá.
Quédate aquí echadito
sin gruñir ni roncar,
y como dos amigos
vamos a conversar.

Tú no sabes, cochino,
qué lástima me da
saber que a ti la gente
no te suele nombrar
sino para hacer chistes
por lo hediondo que estás,
y que nadie en el mundo
se te puede acercar
sin decir: ¡fo, carrizo!,
sin decir: ¡fo, cará!
Yo, cochino, te admiro,
yo te admiro a pesar

de que con esa trompa
pareces un disfraz,
porque pese a tu aspecto
tan poco intelectual
y a ese absurdo moñito
que te cuelga de atrás,
ya quisieran, cochino,
los que te tratan mal
tener de tus virtudes
siquiera la mitad.
¡Oh imagen cochinesca
de la sinceridad!
Tú haces tus cochinadas
metido en tu barrial:
como eres un cochino,
te portas como tal
sin ocultarle a nadie
tu condición social.
Ni engañas, ni te engañan:
tú vives y ya está;
sabes que mientras seas
cochino y nada más,
del palo cochinero
nadie te va a salvar,
y así esperando vives
tu toletazo en paz.
Ni pides garantías
ni pides libertad,
ni pides que interpelen
al cochinero tal
porque mata cochinos
sin permiso del SAS,

sino que estás tranquilo
metido en tu barrial
con tu trompa adelante,
con tu rabito atrás
soportando en silencio
la pueril necedad
de los que te hacen chistes
por lo hediondo que estás
y dicen fo carrizo
y dicen fo cará,
y no ven que ellos mismos
—o su modo de actuar—
comparados contigo
huelen mucho más mal.
Hasta luego, cochino,
yo me voy a almorzar;
te prometo que el lunes
volveré a tu barrial
y si no te han raspado
volveremos a hablar.
Mas por si para entonces
no te vuelvo a encontrar,
acércate, cochino,
ven, acércate más,
para darte en la trompa
mi besito final.

SONETOS CON POLLO Y COCHINO

¡Cómo me gustaría ser un cerdo:
vivir en un corral, en una piara,
o amarrado a una mata de tapara
entre pollos que brincan si los muerdo!

Más robusto y feliz cuanto más cuerdo,
no habría conmoción que me turbara:
me bastaría con mis conchas para
con todo lo demás estar de acuerdo.

Y cuando ya pletórico y gordazo,
me asestarán el clásico manazo
para ser en chuletas convertido.

Aún verías mi rostro doble-ancho,
sonriéndole a la gente desde un gancho,
como diciendo: —Muy agradecido...

Y a ti ¡cómo te envidio, hermano pollo!
Cierto que yo por manso te critico,
mas de no haberlo sido desde chico
no hubieras alcanzado el desarrollo.
Aislado en tu corral como en un hoyo,
solo para comer le das al pico

(tal vez por no encontrar, como el perico,
quien te dé un escobazo en el meollo).

Apático, ni alegre ni sombrío,
vives para escarbar y decir pío;
y el día que la doña que te ha criado

quiera comerte en salsa o con fideos,
sin tratar de marearte con rodeos
te retuerce el pescuezo, y arreglado.

FÁBULAS CON COCHINO

Cortóse, por lucir más elegante,
las patas y la trompa un elefante.

Y un hombre que lo vio,
creyéndolo un cochino lo mató.

Por más que se las eche uno de fino,
siempre hay quien lo confunda con cochino.

Una vez un cochino yendo
por un camino
a su paso encontró un enorme palo,
y al ver que era de pino
decidió, por echárselas de fino,
llevarse lo a su dueño de regalo.

Y el dueño del cochino
que era un hombre muy fino
y todo lo trataba con esmero,
queriendo darle al palo un buen destino,
lo cogió para palo cochinero.

FÁBULA CON PERRO Y COCHINO

Para eludir su trágico destino
de morir bajo el palo cochinero,
un astuto cochino
optó por escaparse del chiquero,
dejando en su lugar un sustituto
que tuviese la cara «acochinada»
a fin de que el criador, que era algo bruto,
no sospechara nada.

Con este plan en mientes, un domingo
llamó nuestro cochino al perro chingo
que cuidaba la casa
y le observó en el tono más sincero:
—Yo no sé, francamente, lo que pasa,
pero el mundo es injusto, compañero:
mientras yo me reviento de la grasa,
usted se va quedando en el huesero...
¿Verdad que es hartito injusto
el que sea usted flaco y yo robusto?

—Hombre —le dijo el can— pero, ¿qué se hace?
¿Cómo no va a ocurrir que yo adelgace
y que de raquitismo me desplome
si usted aquí es él único que come?

Y el astuto cochino, con malicia:
 —Tiene razón —le dijo— compañero,
 y para reparar tanta injusticia
 yo le voy a dejar este chiquero.
 —¿ Y quién cuida la casa?
 —preguntó el perro. Y el cochino: —Yo.
 Eso me hará muy bien para la grasa...
 Conque diga si acepta: ¿Sí o no?...
 Y así fue como el cambio se efectuó.

Dueños de un gran talento imitativo,
 de sospecha jamás dieron motivo:
 con la destreza del mejor marrano,
 se revolcaba el perro en el pantano,
 y el cochino ladrábale a la luna
 con la más alta técnica perruna.

Vivieron de ese modo un año entero...
 Hasta que una mañana el hombre vino
 y creyendo que el perro era el cochino
 lo liquidó de un palo cochinero.

—¡De la que me he salvado!,
 —dijo entre sí el cochino entusiasmado.
 Y se puso a reír como una hiena...
 Pero entonces el hombre que envenena
 llegó como un enviado del Destino
 y sin ninguna pena
 creyendo que era un can, raspó al cochino.

FÁBULA CON OTRO COCHINO

Pues señor, este era
un perro que sufría de sordera,
y culpando del caso a lo muy viejas
que eran ya sus orejas,
se las cortó, y atadas con cabuyas
se las cambió al cochino por las suyas.

Con sus nuevas orejas
motivo no tenía ya de quejas,
pues aunque un poco rudas en verdad
y un tanto en desacuerdo con su tipo,
funcionaban lo mismo que un equipo
de alta fidelidad.

Sin embargo, aunque loco
de dicha por el cambio, fue muy poco
lo que de sus orejas disfrutó,
pues al verle una vieja esas orejas
coloradas y gruesas como tejas,
creyéndolo un cochino lo mató.

Así cumplió aquel perro su trágico destino:
¡lo mataron a cuenta de oreja de cochino!

LOS NOMBRES DEL COCHINO

a Ángel Rosenblat

Allá por el año treinta
—quién sabe si más allá—
cuando yo era todavía
un niño de tierna edad
y con mi padre ciclista
salía al campo a pasear
él pedaleando adelante
y yo como un mono atrás,
cada vez que nos tocaba
junto a un cochino pasar,
—¿Cómo se llama ese bicho?
¿Cómo se llama, papá?,
le gritaba yo a mi padre
mostrándole el animal
cuya presencia excitaba
mi infantil curiosidad.

Siempre era igual mi pregunta
frente al robusto animal,
mas la respuesta paterna
no era la misma jamás.

Pues cada vez que veíamos
algún cochino pasar,

por un nombre diferente
me lo nombraba papá.
Este de acá era cochino,
marrano el de más allá,
lechón o cerdo aquel otro,
chancho y puerco los demás,
y en fin, seis nombres distintos
y uno solo el animal.

Pues bien, ya no soy un niño,
ya se murió mi papá,
ya no salgo en bicicleta
por los campos a pasear,
ya soy padre de familia,
ya soy un hombre de edad,
y aún comprender no he podido
por qué al cochino le dan
esa cáfila de nombres
con que lo suelen nombrar.

Animales en el mundo
cien veces más grandes hay
y solo tienen un nombre
—que es el nombre popular—
aparte del que le ponen
en la historia natural.
Ahí tenéis al elefante,
que con ser todo un titán
y pese a su gran volumen
solo dos nombres le dan:
elefante, paquidermo,
y... pare usted de contar.

En cambio, siendo el cochino
tan pequeño y tan vulgar,
tiene —y que Dios me perdone—
más nombres que el santoral:
cochino, lechón, marrano,
chancho, puerco y... basta ya.
Oh lector, respondedme,
decid con sinceridad,
¿no son demasiados nombres
para tan poco animal?

FÁBULA CON COCHINO

Ahogándose una vez en un pantano
se encontraba un marrano;
y al verlo un cochinerero
le dijo: —No se ahogue, compañero,
yo lo voy a salvar, deme la mano.

Y una vez que al cochino
salvó del pantanero,
siguiendo luego juntos el camino
lo llevó derecho al matadero...

FÁBULA CON COCHINA

Para salvarse un día una cochina
del clásico leñazo,
decidió disfrazarse de gallina
y se sentó a poner en un cedazo.

En eso el propietario, un viejo chocho,
quiso hacer un sancocho de gallina,
y con apio, con yuca y con topocho
se comió a la cochina.

FÁBULA 5

Para evitar que el hombre lo matara,
como a todos los otros de su piara
que siguieron tan trágico destino,
una vez de comer dejó un cochino.

Y así logró su fin, aunque os asombre,
pues se empezó a poner como un alambre
hasta que en vez del hombre,
quien lo mató fue el hambre.

Vaya por el camino
o por la calle real,
el caso es que el cochino
siempre muere al final.

EDUARDO Y EL MARRANO

Al perseguir en Nutrias a un marrano
al que iba a darle muerte y se le fue,
se fracturó una pierna el ciudadano
Eduardo Pérez E.

Para Eduardo, modesto campesino,
resultó el lance trágico en exceso,
pues un colapso, a causa del suceso
en la circulación le sobrevino.
De allí que muy feliz esté el cochino,
ya que entre la fractura y el colapso
le han prolongado el lapso.

—Yo no me alegro por el mal de Eduardo
—dirá él—, pero sí por el retardo...
Y aunque de su leñazo aún me acosa
la sombra amenazante,
¿quién sabe si de aquí a que él se levante
me muero de otra cosa?

ALGUNOS ANIMALES Y SUS DEFECTOS

De no ser por sus defectos,
que los hacen imperfectos,
multitud de animalitos
pudieran ser muy bonitos.

Si no fuera que recula,
muy linda sería la mula.

Si no fuera por el pico,
muy lindo fuera el perico.

Si no fuera tan cochina,
fuera linda la gallina

Si no pareciera gafa,
fuera linda la jirafa.

Si no fueran tan ingratos,
¡qué lindos fueran los gatos!

Si no fuera tan cazurro,
¡qué lindo sería el burro!

La gallineta, ¡qué hermosa!
si no fuera tan pavosa.

¡Qué bello fuera el marrano,
si renunciara al pantano!

Si tuviera más recato,
¡qué bonito fuera el pato!

De no ser tan erosivos,
¡qué lindos fueran los chivos!

El día en que no nos pinche
será muy bella la chinche.

Cuando el violín se le quite
será lindo el mapurite.

Finalmente, el elefante
fuera lindo por demás
si lo que tiene delante
lo tuviera por detrás.

BUEN DÍA TORTUGUITA

Buen día, tortuguita,
periquito del agua,
que al balcón diminuto de tu concha
estás siempre asomada
con la triste expresión de una viejita
que está mascando el agua
y que tomando el sol se queda medio
dormida en la ventana.

Buen día, tortuguita,
abuelita del agua,
que para ver el día
el pescuecito alargas
mostrando unas arrugas
con que das la impresión de que llevaras
enrollada una toalla en el pescuezo
o una vieja andaluza muy gastada.

Buen día, tortuguita,
payasito del agua,
que te ves más ridícula y más torpe
con tus medias rodadas
y el enorme paltó de hombros caídos
que llevas sobre ti como una carga
y con el que caminas dando tumbos,
moviendo ahora un pie y otro mañana
como una borrachita,

como una derrotada,
 como un payaso viejo
 que mira con fastidio hacia las gradas.

Buen día, tortuguita,
 borrachito del agua,
 ¿de dónde vienes, di, con esos ojos
 que se te cierran solos, y esa cara
 de que en toda la noche no has dormido,
 y esa vieja casaca
 que se ve que no es tuya,
 pues casi te la pisas cuando andas?

Buen día, tortuguita;
 filósofo del agua
 que te pasas la vida hablando sola,
 porque si no hablas sola, ¿a quién le hablas?
 ¿Quién, a no ser un tonto atendería,
 a tus tontas palabras?
 ¿Ni quién te toma en serio a ti con esa
 carita de persona acatarrada
 y esa expresión de viejita chocha,
 que a tomar sale el sol cada mañana
 y que se queda horas y horas medio
 dormida en la ventana?

Buen día, tortuguita,
 periquito del agua,
 abuelita del agua,
 payasito del agua,
 borrachito del agua,
 filósofo del agua...

LA RATONCITA PRESUMIDA

Hace ya bastantes años,
doscientos años tal vez,
por escapar de los gatos
y de las trampas también,
unos buenos ratoncitos
se colaron en un tren
y a los campos se marcharon
para nunca más volver.

Andando, andando y andando
llegaron por fin al pie
de una montaña llamada
la Montaña Yo-No-Sé,
y entonces dijo el más grande:
—Lo que debemos hacer
es abrir aquí una cueva,
y quedarnos de una vez,
porque como aquí no hay gatos,
aquí viviremos bien.

Trabaja que te trabaja,
tras de roer y roer,
agujereando las piedras
se pasaron más de un mes,

hasta que una hermosa cueva
 lograron por fin hacer
 con kiosko, jardín y gradas
 como si fuera un chalet.
 Había entre los ratones
 que allí nacieron después
 una ratica más linda
 que la rosa y que el clavel.
 Su nombre no era ratona
 como tal vez supondréis,
 pues la llamaban Hortensia
 que es un nombre de mujer.

Y era tan linda, tan linda
 que parecía más bien
 una violeta pintada
 por un niño japonés:
 parecía hecha de plata
 por la color de su piel
 y su colita una hebra
 de lana para tejer.

Pero era muy orgullosa.
 Y así ocurrió que una vez
 se le acercó un ratoncito
 que allí vivía también
 y que alzándose en dos patas,
 temblando como un papel,
 le pidió a la ratoncita
 que se casara con él.
 —¡Qué ratón tan parejero!
 —dijo ella con altivez—.

Vaya a casarse con una
que esté a su mismo nivel,
pues yo para novio aspiro,
aquí donde usted me ve,
un personaje que sea
más importante que usted.

Y saliendo a la pradera
le habló al Sol gritando: —¡Jeeéy!
Usted que es tan importante
porque del mundo es el rey,
venga a casarse conmigo
pues yo soy digna de ser
la esposa de un personaje
de la importancia de usted.
—Más importante es la nube
—dijo el Sol con sencillez—,
pues me tapa en el verano
y en el invierno también.
Y contestó la ratica:
—Pues qué le vamos hacer...
Si es mejor que usted la nube
con ella me casaré.

Mas la nube al escucharla,
habló y le dijo a su vez:
—Más importante es el viento
que al soplar me hace correr.
—Entonces— dijo la rata—,
entonces ya sé qué hacer;
si el viento es más importante
voy a casarme con él.

Mas la voz ronca del viento
se escuchó poco después
diciéndole a la ratona:

—Ay, Hortensia, ¿sabe usted?
mejor que yo es la montaña
—aquella que allí se ve—
porque detiene mi paso
lo mismo que una pared.

—Si mejor es la montaña
con ella me casaré

—contestó la ratoncita—,
y a la montaña se fue.

Mas la montaña le dijo:

—¿Yo importante? ¡Je, je, je!

Mejores son los ratones
los que viven a mis pies,
aquellos que entre mis rocas,
tras de roer y roer, construyeron la cuevita,
de donde ha salido usted.

Entonces la ratoncita
volvió a su casa otra vez,
buscó al ratoncito aquel
al que un día despreciara
por ser tan chiquito él.

—¡Oh, perdóname, Alfredito
—gimió cayendo a sus pies—,
si me quieres todavía,
contigo me casaré!

¡Por pequeño y por humilde
un día te desprecié,
pero ahora he comprendido
—y lo he comprendido bien—
que en el mundo los pequeños
son importantes también!

EL PERRO, EL CHIVO Y LOS TIGRES

En dos solares vecinos y separados nada más que por una pobre empalizada que les permitía hablarse todos los días, vivían de un lado un perro y del otro un chivo. El chivo se la pasaba suelto triscando en el corral; pero al perro, como era bravo, lo tenían encadenado.

Como el perro quería escaparse, se la pasaba hablándole al chivo de las cosas fabulosas que había fuera de sus corrales y lo sabroso que sería salir a correr mundo. Para tentarle le decía que qué sabrosos deben estar ahorita esos montes verdécitos cubiertos por todas partes de cogollos tiernos y esas chivotas blancas comiéndoselos para ponerse bien buenamozas; que si qué bonitos se ven desde aquí aquellos cerros que deben tener esa tierra coloradita de bachacos. El chivo escuchaba aquello y se le ponían esos ojotes, sobre todo cuando le hablaba de las chivas y de los bachacos, que son las dos cosas que más le gustan a un chivo en este mundo.

El perro lo sabía, y después de que le adornaba hasta hacerle la boca agua, las pinturas de la vida que los dos llevarían por esos mundos si fueran libres, lo tentaba a tirar la parada diciéndole:

—Lo único que usted tiene que hacer es soltarme a mí con los dientes y acompañarme.

Pero el chivo era muy cobarde y siempre se oponía a los planes del perro. Todos los días el perro le dedicaba la misma cantaleta, y aunque al chivo se le salían los ojos de las ganas que le daban, siempre le contestaba:

—Uhm, mire, vale perro, todo eso que usted me cuenta es muy bonito, pero a mí me da mucho miedo salir. Por ahí hay mucho animal malintencionado.

A lo que el perro, que era muy bravucón, lanzaba tres gruñidos bien fuertes y le retrucaba con esos dientes pelados:

—No hombre, no tenga miedo, vale chivo. ¿Usted cree que a mí me tienen esta cadena en el pescuezo por lujo? Es que hasta el amo me tiene el miedo hereje, y eso que me recogió desde chiquito.

Otros días, cuando el chivo se encontraba más distraído comiéndose un pedazo de trapo o buscando en el suelo a ver si encontraba una cueva de bachacos, el perro siempre con su idea en la cabeza, lo sorprendía a bocajarro:

—¿Qué hubo, vale chivo? ¿Se decide?

Y el chivo no contestaba enseguida, sino que se quedaba como si estuviera consultando con su conciencia, y después de mucho pensarlo le salía con lo mismo:

—No, vale perro; todavía no. Yo voy a pensarlo un poco más.

Y pasaba un día y otro día, y pasaba el tiempo, y el perro seguía con su cuestión y el chivo no y no. Hasta que, por fin, una tarde el perro parece que estaba más inspirado y logró convencer al chivo con sus historias y con su labia.

—Bueno, vale chivo —le dijo entonces el perro al chivo—, ya que estás decidido quítame esta cadena. El chivo le quitó la cadena al perro y los dos salieron por fin a correr mundo.

El perro iba escotero; no llevaba nada de bastimento; pero el chivo sí llevaba el hocico metido dentro de un morralito de maíz con las puntas amarradas de cacho a cacho. Ese es el porsiacaso de los chivos. Cuando se lo ponen parece que andan con una careta.

Camina que te camina, ya habían recorrido muchas leguas de sabana y la tarde estaba cayendo cuando al desembocar en una ceja de monte, divisaron en el suelo una cabeza de tigre toda llena de sangre. Ver el chivo aquella cabezota y ponerse a temblar del miedo fue una. Y páticas pa' qué te tengo, se echó a correr por esa sabana, y el perro atrás llamándolo hasta que por fin lo alcanzó, y trayéndolo por una oreja se puso a convencerlo: —No sea zoquete, hombre, ¿no ve que esa bicha es de tigre muerto que ni cuerpo tiene?

El chivo no se mostraba muy convencido, pero así y todo el perro logró hacer que recogiera la cabeza y la metiera en el morralito junto con el maíz, y hecho esto siguieron su camino.

—Usted va a ver que esa cabeza nos va a ser muy útil, compañero —le dijo el perro.

Ya de nochecita estaban bien cansados cuando, sin darse cuenta, fueron a dar a la entrada de una cueva, donde una familia como de cinco tigres mariposos estaban comiéndose un burro que habían matado esa tarde.

Cuando los tigres vieron venir a los viajeros que se acercaban, se pusieron contentísimos y empezaron a decir con esa chocancia:

—Caray, miren lo que viene ahí. Pasen adelante, amigos; a buena hora llegan porque no teníamos el seco para hoy.

El chivo, al ver a los tigres y oír esa voz ronca, paralizado como estaba por el miedo, se quedó a prudente distancia. Pero al perro no se le enfrió el guarapo. Al contrario, sacó el pechito y se enfrentó muy fresco con los tigres.

—¿Quién es el jefe de ustedes aquí, ah?

—¿Y a ti qué te importa eso, cagoncito? —le preguntó uno de los tigres.

—No, para señalarle una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Ah, usted es? Bueno: ¿usted ve aquella cabezota que trae el chivo en el morral? Esa es la del tigre más chiquito que hemos matado hoy.

Y llamó al chivo.

El chivo sabía que si corría estaba perdido y aunque casi no podía moverse con el temblor que tenía, se acercó a la llamada del perro.

El perro sacó la cabezota del tigre del morral y con una gran bravuconería la colocó en el suelo ante la admiración y el terror de los tigres, que ahí mismo se pusieron chiquiticos y no hallaban qué zalamerías y agasajos hacerles para que les perdonaran la vida.

Les sirvieron la mejor comida que tenían. Los viajeros comieron hasta más no poder, y el perro entre bocado y bocado soltaba los ladridos más roncocos que tenía en su repertorio, cosa que hacía que a los tigres se les destiñeran las manchas de tan pálidos que se ponían.

Ya bien entrada la noche, el perro le preguntó a uno de los tigres:

—¿Y dónde duermen ustedes?

—Allá arriba, en aquella trojita— le contestó humildemente el tigre.

—¿Y suben?

—Por ese tronco que está ahí —contestó el tigre más humilde todavía.

—Está bien —tronó el perro—. Nosotros necesitamos la troja por esta noche. Ustedes dormirán abajo.

—Lo que usted mande —contestaron todos los tigres.

Enseguida, el perro se subió a la troja por el tronco. Pero el chivo, al verse solo entre las fieras, le entró otra vez el miedo y empezó a temblar de nuevo.

Viéndolo en ese temblor, uno de los tigres dijo con burla:

—Guá, ¡adiós carrizo! El maestro como que está temblando.

A lo que el perro contestó desde arriba:

—Ese tiembla de lo puro bravo que está. Modere ese carácter, vale chivo, y véngase a dormir.

El chivo ya había empezado a subir, pero qué va.

¿Usted cree que podía? Sea porque el temblor no lo dejaba, sea porque tenía las pezuñas muy afiladas, cada vez que trataba de afincarse en el palo, se resbalaba. —No haga tanto ejercicio y suba ligero —le gritó el perro desde la troja. Animado por lo cual, el chivo logró al fin subir.

—¡Concha! Con esa amoladita que les dio le quedaron esas pezuñas como unos cuchillos —le dijo el perro—. Eso debe ser para equiparárselas con los cachos, porque esos cachos suyos cortan un pelo en el aire.

Los tigres escuchaban esto abajo y se quedaban calladitos, mirándose medrosamente unos a otros. Al poco rato los tigres, que se habían acostado abajo, se durmieron y empezaron a roncar. Pero el chivo, nada que dejaba que el pobre perro cogiera el sueño.

—En buen berenjenal me metiste —le reclamaba—. Yo estoy temblando de miedo.

—Pero chico, no seas cobarde; duérmete y déjame, ¡carrizo!

Así estuvieron hasta la medianoche. Por fin, el sueño venció al chivo; pero no acababa de quedarse dormido cuando comenzó a soñar que millones de tigres con las bocotas abiertas venían a comérselo. Se despertó dando un berrido y dio un brinco que hizo que se desbandaran los palos de la troja, armando el gran escándalo y cayendo el pobre chivo de bruces al suelo en medio de los tigres. Con la misma se despertó también el perro, y dándose más o menos cuenta de lo que pasaba,

rápidamente le gritó al chivo con un vozarrón:
—¡Así es, compañero! ¡Agarre usted al más
grande, que yo me ocupo de los demás!

Y los tigres, tan sorprendentemente despertados,
confundidos por lo que estaba pasando, al verse al
chivo encima y oír aquella gritería del perro
dijeron la pistola, y paticas pa' qué te quiero,
salieron a la desbandada, para a la mañana
siguiente amanecer contándose los unos a los otros
que se habían salvado de milagro,
mientras el perro y el chivo, ya lejos del lugar,
continuaban su camino muertos de risa.

LA NIÑA, EL POZO, EL GATO, EL COJÍN BAILADOR Y LAS SIETE PIEDRITAS

Era una creencia antigua entre los niños de aquel pueblo que si alcanzaban a recoger siete piedritas blancas al tiempo que las campanas tocaban el Aleluya, tendrían después una Navidad llena de riqueza. Pues luego, en los diez meses que corren entre Semana Santa y Navidad, las piedritas irían volviéndose centavos. Esto, siempre que una vez recogidas se tuviese el cuidado y la perseverancia de guardarlas todas la noches, sin mirarlas, debajo de la almohada.

Incubadas por el sueño y la esperanza de los niños, un alquimista misterioso y paciente iba después gastando las piedritas hasta infundirles el brillo y la delgadez del metal; limas silentes redondeaban sus bordes; buriles y troqueles secretos les inscribían los conocidos cuños. Y el 24 de diciembre a las doce de la noche, ni un minuto más ni un minuto menos, podía usted —con los ojos cerrados, eso sí— levantar su almohada, que si había sabido conservar su esperanza hasta el final, ahí estarían, en hilerita deslumbrante, las siete monedas. Pero aunque todos creían en él, la verdad es que ninguno de los niños de nuestro pueblo había sido jamás favorecido por tan dadivoso milagro. Era la suya, como la de todas las gentes simples, una fe alimentada en la conseja familiar, una ilusión comunicada a su corazón por las gentes viejas que en su tiempo habían sido también niños crédulos e imaginativos. Pero

tampoco ellos, los viejos, habían conocido el milagro, a no ser, quizá, que lo hubiesen visto en otras comarcas.

Y es que en el pueblo de nuestro cuento todo parecía dispuesto para que los niños no conocieran nunca esta alegría. Las treinta o cuarenta casas que formaban el vecindario se levantaban sobre un suelo de tierra grisácea, tan fina que parecía cernida, toda lodazales en el invierno, toda remolinos de polvo en el verano: tierra flotante de médanos, siempre a merced del viento, y en donde hallar una piedra, por pequeña que fuese, era tan difícil como encontrarse un anillo de oro en el baúl de alguno de aquellos pobrísimos vecinos.

Había, sí, a alguna distancia en las afueras, y como compensación de tanta aridez y polvo seco, un río que daba de beber a las cercanas vegas; un río generoso y bonito que no se sabía de dónde venía ni para dónde iba, siempre concurrido de arrieros que iban a bañar sus mulas, o de bulliciosas lavanderas que batían sus trapos contra grandes piedras, y, algunos días, de sacadores de arena cuyas carretas proveían a las escasísimas albañilerías de por aquellos lugares.

El Sábado de Gloria, desde muy en la mañana, los niños del pueblo tomaban el camino del río, y una vez junto a él después de larga caminata, se repartían por las zonas más arenosas de la ribera, a fin de tener asegurada su provisión de piedrecitas para cuando llegara el momento de recogerlas.

Pero nunca acertaban con el momento justo, pues estaban entonces tan distantes del pueblo, y era tan envolvente el rumor del agua, que ni el más fino de los oídos alcanzaba a escuchar las campanas. Inseguros, con la vaga angustia de la incertidumbre, afirmándose unos a otros

haber oído algo, cuando en ese momento cercano al mediodía se sugerían en la distancia sonidos que podían ser o no ser de remotas campanitas, entonces elegía cada uno siete piedritas de las más lavadas por la corriente. Cada cual, después de contemplarlas y sopesarlas, se las echaba al bolsillo o las conservaba apuñadas en la mano y la muchachada volvía jubilosa al pueblo, a los gritos de: «¡Aleluya, Aleluya, ya cada cual cogió la suya!».

Mas, siempre era para comprobar, llegada la noche de diciembre, que toda ilusión, acrecida en casi un año de espera, había parado en nada.

Sea porque se les habían adelantado las campanas, sea porque se les hubieran quedado atrás, lo cierto es que nunca llegaba a cumplírseles el milagro de las piedritas.

De los niños que aquella Nochebuena levantaron su almohada para encontrarse con que las piedritas blancas no se habían convertido en centavos, la más golpeada por el desengaño fue, quizá, la niña que protagoniza esta historia.

Como todas las niñas de los cuentos tristes, ella era bonita, huérfana y buena, y tenía una madrastra cruel.

Vivían en la última casita del pueblo, una casita tirada como una semilla perdida en la mitad de la sabana. Pero no era una fea casita, pese a que en ella se hacía sufrir a una pobre niña. Parecía una casita pintada en un cuaderno cuando uno está en segundo grado y tiene una caja de creyones. Era tal vez la única que en la región podía darse el lujo de tener flores, flores de esas que uno le pinta a la casita que ha dibujado en el cuaderno, cuando uno está en segundo grado y tiene una caja de creyones y se le ocurre pintar una casita que tenga flores.

Aunque dicho sea en honor de la verdad, la casita no tenía aquellas flores por adorno sino porque la terrible

madrastra, ocho veces viuda, había descubierto un espléndido negocio en fabricar coronas fúnebres para venderlas a precios especiales de familia a los dolientes de sus ocho difuntos maridos.

El principal oficio de la niña era precisamente el cuidado de las flores. Las regaba sacando agua de un pozo muy hondo y muy fresco que había en el patio. Haciendo girar una manivela que el pozo tenía en su brocal, una cuerda se iba enrollando y, atado al extremo de la cuerda, subía un cubo de agua olorosa a raíces tiernas y a día de lluvia. A veces, con el agua se venían también algunas piedrecitas, seguramente las piedrecitas más limpias y más pequeñas del mundo.

Conoció una vez la niña cómo podían estas piedrecitas llegar a convertirse en centavos. Y el día indicado, cuando calculó que la hora de recogerlas se acercaba, echó el balde dentro del pozo. Al sacarlo de vuelta, venían justamente siete piedrecitas en el fondo del agua.

Esperó un rato sin tocarlas y cuando a la distancia creyó percibir las campanas del Aleluya, las recogió, las contó bien y fue a guardarlas.

Noche tras noche, con los ojos cerrados, las colocaba debajo de su almohada; mañana tras mañana, con los ojos cerrados, las volvía a meter en su escondite. Así pasaron días y semanas y meses, y con el tiempo iba creciendo su ilusionada curiosidad.

Llegó al fin la Nochebuena y sonó la hora señalada. Con el corazón vuelto un caballo dentro del pecho, se incorporó en su cama. ¿Cómo lo haría? Primero pensó en entrarles de sorpresa, como a cosa que puede asustarse y salir volando. Pero sus manos se detuvieron en el impulso. Y cambiando de parecer, ¡zas!, alzó la almohada de un tirón seco.

Se quedó un momento inmóvil, fijos los ojos grandes en el lugar donde estaban las piedritas.

Toda la cara se le fue como apagando. A través de una confusión de lágrimas y mocos fue recogiendo las piedras una por una y examinándolas desconsoladamente. Por fin, llorando y llorando, se echó encima de ellas y lloró muy largamente como solo puede llorar una pobre niña desengañada.

Apuñando las piedritas que al echarse encima de ellas se le habían incrustado entre la palma de la mano y la mejilla, se levantó y salió de puntillas al patio.

—Se las devolveré al pozo —dijo—. El pozo me ha engañado.

Y ya junto al brocal, empuñó la manivela y se puso a darle vueltas; pero en lugar del cubo de agua, ahora lo que subía del pozo, a medida que giraba el cilindro, era un melódico y muy antiguo vals como de orquesta mecánica de carrousel. Sorprendida, detuvo la manivela, y con la misma cesó la música. La volvió a hacer girar y la música sonó de nuevo. ¡He aquí, pues, que nuestro pozo funciona como un organillo!

Encantada de su descubrimiento, dejó caer las siete piedritas, que al dar en el fondo sonaron como centavos, como un puñado de centavitos nuevos que se le caen a uno. ¡Eran centavos! ¡Y ella que no había visto bien! ¿O será que sonaron así al chocar con el metal del cubo?

Para cerciorarse hizo girar la manivela, y esta vez sí subió el recipiente. Pero al asomarse a él, ¡nueva sorpresa!: donde esperaba encontrar piedrecitas o monedas lo que vio fue un sapo, un sapo de piel intensamente verde que la miraba con ojos tan tristes como los de ella.

Iba a devolverlo al pozo, llena de miedo, cuando oyó que el sapo le hablaba, llamándola por su nombre con una voz profunda como la del señor gordote que canta en la ópera.

—Soy —le dijo— un príncipe convertido en sapo por la maldad de una madrastra cruel. Estoy condenado a vivir así hasta que encuentre una niña de tan noble corazón que quiera alojarme en su casa arriesgándolo todo.

—Yo te salvaré —dijo la niña—. Te alojaré en mi casa, pero como mi madrastra odia a los sapos y te mataría si te encontrase, deberás permanecer oculto en la forma que yo te diga.

En eso amaneció el radiante día de Navidad. Muy sigilosamente la niña volvió a su cuarto. Allí no había nada que le sirviera para ocultar al sapo. Pero la pared del cuarto era blanca, y ella tenía un creyón azul. De modo pues que cogió el creyón y sobre la pared blanca dibujó un cofrecito de plata. Pero como el espacio de la pared era muy reducido y el creyón muy chiquito, el cofre que dibujó le salió demasiado pequeño como para que en él pudiera meterse con comodidad un sapo.

Lo que hizo ella entonces fue abrir el cofre que había dibujado y de él sacó sedas, algodón, telas finísimas y un dechado.

Vino nuevamente a sentarse en el brocal del pozo mientras el sapo esperaba. En pocos minutos tuvo terminado un hermoso cojín, con las iniciales de su madrastra bordadas con hilos de oro en todo el centro.

—Esta será su casa, señor Prinsapo —le anunció al huésped. Y por un boquete de la tela que todavía tenía sin coser, metió dentro del cojín a su amigo con recomendaciones de que estuviese allí muy quieto, y remató su costura.

En ese momento salía la madrastra con sus habituales regaños.

—Madrastra —le dijo la niña presentándole el cojín—, como hoy es día de Pascuas le he preparado este aguinaldo.

—¡Ay! —exclamó la madrastra con rara complacencia—. ¡Qué hermoso cojín! Lo colocaremos en el sofá del salón para vendérselo al primer cliente que venga a encargarnos una corona. Por experiencia lo digo: al que acaba de perder algún ser querido siempre le hace falta un cojín para echarse a llorar.

Tan grosera muestra de mal corazón hizo estremecer al sapo dentro del cojín, pero comprendió que, en aquel instante, cualquier efusión de sus sentimientos podía perderle. Y se quedó calladito.

El cojín fue colocado en el mejor mueble de la casa, entre un modelo reducido de corona funeraria para general y un enorme retrato de conjunto donde el artista había reunido, por riguroso orden alfabético, a los ocho difuntos maridos de la señora.

Por el momento, tanto el sapo como la niña respiraron tranquilos. Pero aquí entra en acción un personaje llamado Pancho, del que hasta ahora nos habíamos olvidado por completo.

Pancho era el único ser en este mundo a quien aquella terrible señora había llegado a dispensarle algún cariño. Pancho era un gatazo gordo, remilgoso y mal acostumbrado.

Viendo que había cojín nuevo en la casa, se aprestó a estrenarlo. De un salto ganó el sofá, se arqueó perezosamente como conviene a un verdadero gato, y se instaló en el cojín, dispuesto a echar en ese mullido lecho la primera siesta del día.

Pero apenas (cerrados plácidamente los ojos) se había enroscado sobre el lujoso cojín, empezó a percibir unos insólitos movimientos debajo de su cuerpo; era el sapo que allá dentro en su prisión de algodones, se sentía agobiado bajo el peso de Pancho.

Pancho, a los primeros movimientos abandonó de un salto el sitio, emitiendo una especie de soplido. Por su parte, al sentirse libre de aquel peso agobiante el asustado sapo quiso emprender la huida; pero prisionero como estaba en su encierro de trapos y algodones, sus saltos no lograron otra cosa que poner a bailotear el cojín por toda la casa.

A los bufidos del enfurecido Pancho salió la vieja con un palo en la mano, resuelta a descargarlo sobre el extraño cojín bailador. Pero, cosa rara, en el momento justo en que alzaba el brazo para golpearlo, un coro de voces al mismo tiempo dulce y lúgubre la hizo volverse. Eran los ocho retratos de sus ocho difuntos maridos, súbitamente animados, a quienes al parecer divertía la danza del cojín, pues en un *crescendo* cada vez más poderoso, acompañaban aquel bamboleo tan raro con el sonsonete que también, para que brinquen a su compás, se les canta a los niños:

¡Sapito lipón,
sapitó lipón,
ni tiene camisa, ni tiene calzón!

Entretanto, ya el cojín danzante había ganado la puerta, perseguido por el gato. Un salto feroz, un bufido, y ya las diez afiladas uñas desgarraban la funda. Entre los algodones dispersos por el manotazo de Pancho se vio aparecer al sapo. ¡Qué feo estaba ahora, tembloroso de miedo y cubierto de pelusas! Pero ya la niña corría en su auxilio. Al verlo perdido, toda ella se convirtió en una pluma soplada por siete gigantes, o en la luz de un relámpago, o en una flecha de agua. Lo cierto fue que en un segundo le ganó distancia al zarpazo que ya bajaba, se echó a tierra y cayó como un ala sobre su trémulo amigo. Y allí

se quedó dulcemente echada, el pecho contra la tierra desnuda, el rostro sobre húmeda almohada de flores.

Cuando despertó era Día de Navidad. Tenía las siete piedrecitas marcadas como siete estrellas sobre su cara. Pero ya no estaba triste. Abrió una vieja ventana y su primera mirada del día fue para el pozo.

Nunca le fue tan familiar. Le sonrió con esa sonrisa que los seres sencillos no suelen tener sino para los que comparten con ellos un secreto maravilloso.

SENCILLAMENTE TESTAMENTO
1976

La noción de lo que es vivir me ha llegado muy tarde.

Permítanme, queridos deudos, organizadores de mi sepelio, evitarse la ampulosidad del coche fúnebre, en el que habéis convenido enviarme al otro mundo como un hediondo paquete y dejadme ir por los propios pasos que manda mi corazón.

DESPEDIDA DEL DUELO A CARGO DEL PROPIO INTERESADO

Miren, hijos de puta, desde mis escombros, desde lo que ustedes han destruido de mí; desde los pedazos de descompuesta sangre a que la infamia de ustedes me redujo, todavía les digo que lo ocurrido no fue de ninguna manera una derrota. Yo tengo más vidas que todos los gatos de ustedes juntos. Nadie ha logrado matarme completamente jamás, a pesar de que todos ustedes se conjuraron para comerme a puñaladas. Pues yo soy inmortal porque yo soy el pueblo. Yo encarno la inmortalidad del amor; soy inmortal porque sufro y soy rico también; registren los bolsillos de lo que ustedes han dejado de mí, y se llevarán interesantes sorpresas. Nunca le robé nada a nadie, cosa que lamento

* Este es un manuscrito que encontré en su escritorio días después de su muerte. Primera vez que se publica (Claudio Nazoa).

mucho. Fui un buen tipo, algunas señoras me amaron y el tiempo de mi vida se consumió en ejercicios superiores de la tontería. Mis asesinos al matarme confirmaron la teoría de que el crimen perfecto no existe. Ustedes, gavilla de criminales indoctos en su pobre oficio, al asesinarme a la vuelta de la esquina se emporcaron estúpidamente y aunque creyeron que me mataban al despedazarme, yo sigo vivo en ese perro, en esa nube, en esos zapatos. Es más: por lo que ustedes viven es porque yo los he amado de alguna manera, quede constancia de ese asunto.

ÍNDICE

PRÓLOGO	
RAFAEL RODRÍGUEZ GUERRERO	7
GUARATARO CON CHAMPAÑA	
CLAUDIO NAZOA	11
MI AQUILES	
CLAUDIA DACHA NAZOA	17
SENCILLAMENTE AQUILES	
CREDO	25
SENCILLAMENTE HUMOR	
AQUILES AUTOBIOGRÁFICO	29
RETRATO 1940	31
BALADA PESIMISTA	33
MI MADRE ES UN PUEBLITO DE RECUERDOS	36
PASA MI PADRE	39
ELEGÍA A AQUILES NAZOA	42
CURIOSIDADES DEL FOLKLORE	43
DECÁLOGO DEL BUEN BOMBERO	47
EL DÍA DE LOS INOCENTES CONTADO POR UNO DE ELLOS	50
EL MILAGRO DEL CIEGUITO	55
EL MISMO PIANITO	57
LA ÓPERA	62
PRESENTAMOS NUESTRA SECCIÓN DE PAVA CLASIFICADA	64
LA PAVA EN LA LENGUA	66

LO QUE ABUNDA	68
LOS ANIMALES EN CARACAS	70
LOS APAGONES	72
NOCTURNO DEL POETA Y LA AREPA	75
RELÁFICA DEL NEGRO Y LA POLICÍA	78
HERMOSA POESÍA PARA RECITÁRSELA A PAPAÍTO	
EN EL DÍA DEL PADRE	81
FATALISMO	85
FLASH	86
GEOGRAFÍA BROMISTA DE VENEZUELA	87
HOMBRES CASEROS	89
JUDAS QUEMADO EN CAGUA	92
RECUERDOS DE SEMANA SANTA	96
ROMANCE ACATARRADO	98
ROMANCE EN CELEBRACIÓN DEL MES DE LA RASPAZÓN	101
SE DESPIDE DON LIBORIO O EL CRONISTA	
VA A UN VELORIO	106
VERBOS IRREGULARES	109
¿VERDAD QUE LOS CARAQUEÑOS PARECE QUE HABLAN	
EN SUEÑOS?	111
¡AY, QUÉ RICO!	113
ARROCERAS	114
AMOR, CUANDO YO MUERA...	116
AL NAZARENO DE SAN PABLO	118
PROFESIÓN DE BANQUERO	119
HISTORIA NATURAL CONTADA POR CARLOTA	121
SENCILLAMENTE LÍRICOS	
DEDICATORIA	127
MUCHACHAS BAJO LA LLUVIA	128
BALADA DE HANS Y JENNY	130
ELEGÍA A LA DULCERA DE SOCIEDAD	132

BOLÍVAR EN UN LIBRO DE LECTURA	135
MUERTE DEL GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA	137
ELEGÍA AL BARRIO EL CENIZO	138
MARÍA	140
POLO DOLIENTE	143
ELOGIO INFORMAL DE LA HALLACA	145
TENDERAS DE LA PASCUA	147
LUGAR DE RESIDENCIA	149
UNOS NIÑOS	151
ZOO DOMINICAL	154
INVOCACIÓN AL TRANVÍA	156
EL CALVARIO	157
HOMBRE Y PAN	158
MOZART COMESTIBLE	159
A MOZART, DE UNO DE SUS DOLIENTES	161
RAFAEL PINEDA LE PRESTA SU CAMISA A BOLÍVAR	162
SOCIEDAD DE CONSUMO	164
LA ALMOHADA	166
MÉTODO PRÁCTICO PARA APRENDER A LEER EN VII	
LECCIONES MUSICALES CON ACOMPAÑAMIENTO	
DE GOTAS DE AGUA	167
ANIVERSARIO DEL COLOR	170
RETABLILLO DE NAVIDAD	171
RETABLO ARAGÜEÑO	174
ELEGÍA A UN ELEFANTE	176
POEMA RIGUROSAMENTE PARROQUIAL	177
BUENOS DÍAS AL ÁVILA	179
UNA PELA	183
CUENTOS DE NAVIDAD	184
EXALTACIÓN DE LA SOPA DE CEBOLLA	185
NADA	188
MARILYN EN LA MORGUE	189

SENCILLAMENTE PROSA

EL HOMBRE Y SU VIVIENDA	195
MESA SERVIDA	211
NAVIDAD	215
DESCUBRIMIENTO DE LA CASA	221
JUDAS	238
ELOGIO INCONDICIONAL DE LA JUVENTUD	254
UN POQUITO DE MÚSICA	280
LA ELECTRICIDAD COMO ARTISTA	288
LA ELECTRICIDAD EN VENEZUELA	296
PEQUEÑA HISTORIA DE LA RADIO	301
LA PAVA Y LO PAVOSO	308
LISTA DE ALGUNAS COSAS PAVOSAS	311
FORMAS PAVOSAS DE LA INDUMENTARIA VENEZOLANA	315
COSAS QUE PASARON DE MODA	316
NUEVA LISTA PAVOLÓGICA	318
¡NO DESPILFARRE SUS UTILIDADES!	320
CEMENTERIOS DE CARACAS	
Y ALGUNAS COSTUMBRES FUNERARIAS	321

SENCILLAMENTE TEATRO Y DIÁLOGO

RATÓN PÉREZ	333
EL ARROCITO DE LAS LÓPEZ	341
EXTRACCIÓN SIN DOLOR	349
LA PASIÓN SEGÚN SAN COCHO O SER SANTO	
NO ES SER MOCHO	352
LAS PERSONAS SUPERIORES O AL QUE NO LE HAYA	
SUCEDIDO ALGUNA VEZ, QUE LEVANTE LA MANO	361
LAS MUÑOZ MARÍN SALEN DE COMPRAS	370
LOS AMANTES DE VERONA	
O EL FINAL DE UNA ENCERRONA	374

LOS MARTIRIOS DE COLÓN, FRAGMENTOS DE UN DIARIO ESCRITO POR EL FAMOSO ERUDITO MAMERTO ÑÁÑEZ PINZÓN	390
LOS MARTIRIOS DE NERÓN O EL DRAMA DE UN GORDIFLÓN A QUIEN DE MODO OBSESIVO CADA VEZ QUE VE UN RECIBO SE LE ARRUGA EL CORAZÓN	403
NUESTRO CONMOVEDOR CUENTO DE NAVIDAD	411
JEFATURA DE PUEBLO	415
LA CENICIENTA AL ALCANCE DE TODOS	418
NIÑITA TOCANDO PIANO O QUIÉN FUERA SORDO	430
TEODULFO EL MISERABLE	432
UN SAINETE O ASTRAKÁN DONDE EN SUBIDOS COLORES SE LES MUESTRA A LOS LECTORES LA TORTA QUE PUSO ADÁN	436
VENEZUELA LIBRE ASOCIADA O LA GENERACIÓN DEL 5 Y 6	448

SENCILLAMENTE ANIMALES

LA HISTORIA DE UN CABALLO QUE ERA BIEN BONITO	453
LAS LOMBRICITAS	457
ODA A LA CUCARACHA	459
FÁBULA CON LORO	461
EL OCASO DE LOS LOROS	462
EXALTACIÓN DEL PERRO CALLEJERO	463
EL PERRO DE AL LADO	465
EL PERRO SARNOSO	467
A UN PERRITO QUE ME MORDIÓ ANTIER	468
PEQUEÑO CANTO AL BURRO	470

FÁBULA DE LA AVISPA AHOGADA	472
CANCIÓN DE LA GALLINA	476
LA GALLINA PARLANTE	478
DIFERENCIA ENTRE LA CORTE DE LUIS XVI Y UNA GALLINA	479
FÁBULA CON ZORRO Y GALLINITA	482
FÁBULA DEL RABIPELADO	483
ROMANCILLO DE LA MOSCA	485
SECCIÓN EXCLUSIVA DE NOTAS SOCIALES PARA LA SEMANA DE LOS ANIMALES	487
CONSIDERACIONES ACERCA DE LA EDUCACIÓN DE LOS COCHINOS	488
COCHINOS TRISTES	491
CONVERSACIÓN CON UN COCHINO	493
SONETOS CON POLLO Y COCHINO	496
FÁBULAS CON COCHINO	498
FÁBULA CON PERRO Y COCHINO	499
FÁBULA CON OTRO COCHINO	501
LOS NOMBRES DEL COCHINO	502
FÁBULA CON COCHINO	505
FÁBULAS CON COCHINA	506
FÁBULA 5	507
EDUARDO Y EL MARRANO	508
ALGUNOS ANIMALES Y SUS DEFECTOS	509
BUEN DÍA TORTUGUITA	511
LA RATONCITA PRESUMIDA	513
EL PERRO, EL CHIVO Y LOS TIGRES	518
LA NIÑA, EL POZO, EL GATO, EL COJÍN BAILADOR Y LAS SIETE PIEDRITAS	525
SENCILLAMENTE TESTAMENTO 1976	535

Sencillamente Aquiles
se imprimió en mayo de 2020
centenario del natalicio de Aquiles Nazoa
en los talleres de la
FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA
Guarenas-Miranda, Venezuela.
Son 5000 ejemplares.

Sencillamente Aquiles

Esta edición constituye un legado para las nuevas generaciones. En ella se incluye material inédito, transcripciones del programa de televisión *Las cosas más sencillas*, y una recopilación de la obra más bella y vigente de Aquiles Nazoa, para decirlo con palabras de Rafael Rodríguez Guerrero.

Tres prólogos, emotivos y reveladores, nos dan algunas claves de interpretación en tono familiar y jocoso. Delimitan el retrato de un genial autodidacta, un mecenas pobre, un exiliado político a quien le gustaba vestirse de smoking, jugar criquet y tomar champaña. A través de estas páginas se distinguen los trazos de un anarquista y un romántico, de un poeta extravagante que cultivaba la manía de andar en patines por los pasillos de su casa.

Aquiles Nazoa

(Caracas 1920-Valencia 1976). Ejerció diversos oficios que él mismo llegó a calificar de muy pintorescos y curiosos. Cuando era apenas un muchacho trabajó como aprendiz de carpintería, telefonista, botones, guía turístico y mandadero. Más adelante se dedicaría al periodismo y formaría parte de las redacciones de *Últimas Noticias*, *El Morrocoy Azul*, *El Nacional*, *Élite* y *Fantoches*. De esta última publicación llegaría a ser director. Obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en la especialidad de escritores humorísticos y costumbristas en 1948. También recibió en 1967 el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal.



1920 - 2020
Aquiles Nazoa
100 AÑOS DE HUMOR Y AMOR

IMPRESO EN TIEMPO DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA

